



Si solo  
fuera  
un  
cuento  
de  
hadas

VICTORIA  
VÍLCHEZ

# Copyright

EDICIONES KIWI, 2017

info@edicioneskiwi.com

[www.edicioneskiwi.com](http://www.edicioneskiwi.com)

Editado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONESKIWI

Primera edición, noviembre 2017

© 2017 Victoria Vílchez

© de la cubierta: Borja Puig

© de la fotografía de cubierta: shutterstock

Corrección: Elena Hernández

© Ediciones Kiwi S.L.

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

# Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

# Índice

[Copyright](#)

[Nota del Editor](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[32](#)

[33](#)

[34](#)

[35](#)

[36](#)

[37](#)

[38](#)

[39](#)

[40](#)

[41](#)

42

43

Epílogo

Agradecimientos

A mis lectores,  
sois vosotros los que hacéis de esto algo mágico.

«Es importante recordar que todos tenemos magia dentro de nosotros»

**J. K. Rowling**

# 1

—Venga, Ali, por favor.

Lara pone esa carita de cachorrillo abandonado que emplea siempre para salirse con la suya. Aun sabiéndolo, cedo y le permito arrastrarme al interior de la librería. Me espera al menos una hora de paseos entre estanterías, pero pocas cosas hacen tan feliz a mi mejor amiga como comprar libros. No seré yo la que le prive de ese placer, y tampoco es que tenga mucho que hacer ahora mismo.

Pilas y pilas de libros se amontonan en cada rincón y el aire huele a papel y polvo a pesar de que todo está muy limpio.

—¡Oh, Dios! —exclama, y se abalanza sobre una de las mesas para coger un libro.

Reprimo una sonrisa mientras la observo ir y venir, con su media melena morena oscilando al compás de sus movimientos y sus grandes ojos castaños mirándolo todo con frenesí.

—¿Y tú? ¿No te gusta leer? —me interroga la librera, una anciana de aspecto imponente.

Debe rondar al menos los ochenta años y, sin embargo, su mirada brilla con la misma intensidad que la de un niño.

Me apoyo en el mostrador y le devuelvo la sonrisa.

—No suelo tener demasiado tiempo para dedicar a la lectura. No de este tipo.

La señora niega con la cabeza con aire reprobatorio.

—Siempre hay tiempo para soñar —replica, con voz suave y cantarina.

Me guiña un ojo antes de volver su atención hacia la estantería que queda a su espalda y, aunque no me ve, me encojo de hombros.

—Me llevo solo estos —señala Lara, apareciendo a mi lado.

La ayudo a colocar sobre el mostrador la pila de libros que carga entre los brazos.

—¿Solo? —inquiero, y ella asiente—. Pues menos mal...

La anciana toma nota de los precios en una libreta. Suma las cantidades y le cobra el total. Ni siquiera hay caja registradora y mucho menos un ordenador. Todo en el establecimiento, salvo una parte de los libros, parece sacado del siglo

pasado.

—Ten, para ti —me dice, tras entregarle la bolsa con su compra a mi amiga—. Por si sacas tiempo para soñar.

Insisto en que no puedo aceptarlo, pero ella se muestra tajante. Al final, tomo el libro que me entrega y lo meto en mi bolso sin pararme siquiera a comprobar el título.

—Gracias.

—No me las des aún —comenta, con una extraña sonrisa—. Vuelve y dámelas cuando lo leas.

Nos despedimos de la anciana y salimos al exterior, donde las nubes prácticamente han desaparecido y el día parece ahora mucho más primaveral.

—Si soy yo la que se ha dejado medio sueldo en la tienda, ¿se puede saber por qué te ha regalado a ti un libro? —protesta Lara, amagando un puchero.

—Si lo quieres, te lo doy.

Ella niega.

—La mujer tiene razón. Te hace falta volver a soñar.

Pongo los ojos en blanco y mi amiga me enseña la lengua. No podemos ser más diferentes. Lo de soñar Lara lo lleva en la sangre, igual que su inmensa capacidad creativa. Su padre es escritor y su madre pintora. Yo, en cambio, soy una persona mucho más práctica, hija de abogados. En mi casa me han enseñado a vivir con los pies en la tierra, a no «distraerme». Mientras Lara ha elegido estudiar Bellas Artes, yo opté por seguir los pasos de mis padres. El año pasado me gradué y por ahora trabajo de ayudante en un bufete. Aun así, y aunque seamos incapaces de ponernos de acuerdo en nada, somos muy amigas. Claro que nos conocimos en la guardería y desde entonces no nos hemos separado.

—¿Tienes tiempo para un café? —le digo, porque me muero por una buena dosis de cafeína—. Creo haber visto un cartel de Starbucks al venir hacia aquí.

—Mi madre me necesita como modelo —tercia ella, mirando el reloj—, pero nos vemos esta noche.

—Ya veremos...

Lara está empeñada en que vayamos a la inauguración de una exposición de uno de sus compañeros de facultad. Sinceramente, no me apetece lo más mínimo. Pensaba levantarme mañana temprano y aprovechar para ponerme al día en el trabajo (algo que nunca ocurrirá igualmente).

—¡Venga ya! —se queja, de forma excesivamente dramática—. Deja de vivir como una ermitaña. Te vendrá bien desconectar. Vamos, Ali, por favor. — Emplea de nuevo ese tono lastimero—. Por fi, por fi —añade—. Un ratito nada más.

Suspiro, resignada.

—Está bien.

Lara me muestra una sonrisa de oreja a oreja. Desde que recuerdo, ella es la que termina siempre saliéndose con la suya y metiéndonos en problemas. Yo soy la que luego nos saca de ellos. Espero que esta no sea una de esas ocasiones.

Me da un beso antes de marcharse y yo me dedico a callejear en busca de mi ración de café. Cuando tras varias vueltas encuentro el Starbucks, pido un Frappuccino y me siento en una de las mesas libres que hay junto a las cristaleras para ver a la gente que pasa por la calle. Mi mente, demasiado analítica, necesita algo en lo que concentrarse incluso cuando estoy tratando de relajarme.

«Te hace falta volver a soñar».

Las palabras de Lara se repiten en mi mente.

Tampoco es para tanto, ¿no? Es verdad que durante estos años en la facultad me he concentrado en estudiar y sacar las mejores notas posibles, y que tal vez no sea la persona más imaginativa del mundo...

Doy un sorbo a mi bebida y saco del bolso el libro que me ha regalado la anciana. Es un tomo de aspecto antiguo, encuadernado en cuero y con el título en letras doradas: *Un, dos, tres. Un cuento al revés*.

¿Un cuento infantil? No hay nombre del autor, lo cual despierta aún más mi curiosidad.

Lo coloco en mi regazo para poder tomar el vaso con una de las manos y, con la otra, lo abro. En la primera página solo hay escrito: «Había una vez...».

Paso hoja tras hoja, pero todas están en blanco. Me pregunto si no se tratará más bien de una de esas libretas con aspecto *vintage* y no un libro de verdad. Desconcertada, lo dejo abierto sobre la mesa y me concentro en mi café.

¿Qué pretendía la librera al regalarme un libro en blanco? A lo mejor se supone que tengo que dejar volar mi imaginación y escribir en él mis sueños. ¿Se tratará de eso?

Todavía estoy analizando el incidente cuando percibo un cosquilleo en la

nuca. Levanto la cabeza y me encuentro con que un hombre me observa desde el otro lado del local. Diría que no estoy del todo segura de que me esté mirando a mí, pero, al fijar la vista en él, una de sus comisuras se eleva. No se trata de una sonrisa amistosa, más bien emana cierto desprecio.

Está sentado en una de las butacas del fondo y ni siquiera tiene una bebida delante. Todo lo que hace es contemplarme con fijeza. Aparto la mirada y finjo leer el libro, lo cual resulta complicado, dado que no hay nada que leer.

De reojo, echo un vistazo en su dirección, pero ya no está. No puedo evitar sentirme aliviada.

—¿Una lectura interesante?

La pregunta hace que pegue un bote en el asiento y suelte un vergonzoso gritito. El desconocido está ahora sentado en la mesa de mi izquierda, repantigado en la silla y sonriendo con descaro. Su repentina aparición me pilla tan desprevenida que no sé qué contestar.

—Ya veo —exhala, con desgana.

Su apatía despierta mi lado más borde. Observo su vestimenta: un traje de chaqueta y pantalón negro. La camisa blanca abierta en el cuello contrasta con la seriedad del resto del atuendo. Sin contar con que rondará los veintisiete o veintiocho años, aunque la formalidad de su ropa le va bien a ese carácter seco y prepotente del que hace gala.

Este sí que necesita soñar con urgencia.

—Le importaría dejar de cotillear mis cosas —le exijo, al ver que continúa observando el libro.

Ladea la cabeza y clava sus ojos grises en mí. No me sorprende al comprobar que emanan la misma frialdad que el resto de su aspecto. Son de un gris poco común que podría resultar atractivo si los acompañara de un sonrisa sincera y no de esa mueca de amargado.

—Sí, sí me importaría.

—¿Perdón? —replico, perpleja.

Él suspira, irritado, consiguiendo aumentar el rechazo que me provoca.

—Que sí que me importa —repite, y se acomoda en el asiento de medio lado para quedar frente a mí.

Empiezo a pensar que se trata de un acosador o algún tipo de tarado.

—Vale, creo que me voy —digo en voz alta.

Empiezo a recoger mis cosas mientras él no me quita el ojo de encima, lo que aumenta mi malestar. ¿Qué demonios le pasa a este tío?

Salgo a la calle casi a la carrera con el bolso en una mano y el café en otra. Por suerte, a través de las ventanas, veo que él sigue en el interior. No hace ademán de moverse. Sin embargo, ahora sí que me dedica una amplia sonrisa y esta no tiene nada de desdeñosa, es más la clase de sonrisa que consigue que no desees apartar la vista. Tanto es así que me doy de bruces contra una farola por seguir andando mientras le miro. El dolor del golpe se extiende desde mi pómulo por toda la cara. Pero lo peor es la vergüenza, esa que hace que me eche a correr calle abajo y no mire atrás.

## 2

Lara se sale con la suya. No puedo decir que no estoy disfrutando mientras nos arreglamos en mi diminuto apartamento. Cuando me gradué y empecé a trabajar, lo primero que hice fue independizarme. No ha sido fácil hacerme cargo de mis propias facturas y sortear los inconvenientes de vivir sola, pero por ahora parece que me voy defendiendo.

Con la música a tope y dando saltitos del dormitorio al baño, parecemos dos quinceañeras que nunca hayan salido de noche antes. Dado que la fiesta es en una galería de arte, pero gran parte de los asistentes son compañeros de Lara (universitarios de último curso de Bellas Artes), dudo acerca de qué atuendo debería elegir. Mi amiga lleva ya puesto un vestido estampado de un solo tirante, así que yo opto por escoger también un vestido. El mío es algo más sobrio, de un tono azul oscuro, y con escote cuadrado. Ambas nos calzamos unos taconazos y yo, que soy algo más alta que ella, le sigo sacando media cabeza.

Al llegar a la calle donde se celebra la exposición, Lara se encuentra con varios de sus amigos. Un buen grupo se amontona en la entrada rodeados de una nube de humo mientras charlan y comentan algunas de las obras de arte que ya deben haber visto. Mis conocimientos sobre el tema son nulos. Cuando Lara me pregunta acerca de uno de sus cuadros, solo sé decirle si me gusta o no, según la impresión que me dé, pero nunca he sido de las que lanzan una extensa disertación mientras observan una pintura con los ojos entrecerrados. Solo espero que nadie me meta en un aprieto esta noche, porque seguro que termino haciendo el ridículo.

El pensamiento me hace recordar el incidente de esta mañana. No se lo he mencionado a mi amiga. Tampoco es que le dé mayor importancia. Con suerte, no volveré a ver al imbécil que provocó que terminara dándome de bruces con la farola.

—¿Vamos a por algo de beber? —propone Lara, en cuanto ponemos un pie en el interior de la sala.

No sé si nos hemos metido en una galería de arte o en un *after*. Las luces son más tenues de lo esperado, dándole un ambiente demasiado íntimo al local, la música muy alta y, para mi sorpresa, en vez de camareros con bandejas

paseando entre los asistentes, me encuentro con una barra repleta de bebidas alcohólicas y solo unos cuantos canapés que no creo que tarden demasiado en desaparecer.

—No he cenado nada —le digo, sabiendo lo mal que me sienta el alcohol con el estómago vacío.

Lara me pasa una pequeña tostada con lo que parece un trozo de salmón y algo indeterminado. Hago de tripas corazón y me lo trago sin rechistar. Acto seguido, termino por coger otro y zampármelo. Sea lo que sea, está bastante bueno.

Echo un vistazo a nuestro alrededor mientras Lara pide dos vodkas con lima. Como suponía, hay una mezcla heterogénea de personas. Desde gente más joven, seguramente compañeros de Lara, hasta algunas parejas de mediana edad y aspecto más sofisticado. Por lo que sé, el chico cuyos cuadros cuelgan de las paredes ha adquirido mucha fama y sus pinturas se cotizan a precios bastante elevados. Con mi exiguo sueldo es probable que no pudiera permitirme comprar uno de sus óleos ni siquiera pagándole a plazos.

—Ese es increíble —señala Lara, pasándome mi bebida.

Señala hacia una de las paredes, donde se exhibe un lienzo enorme salpicado de multitud de colores. Me da por pensar en un mono con una brocha y sé lo que me diría mi amiga si se enterara de ello. Así que me callo y asiento mientras sonrío.

—Tienes cara de creer que lo ha pintado un niño de cinco años —señala, porque me conoce mejor que nadie.

Me ahorro explicarle lo del mono dando brochazos a lo loco y me echo a reír.

—Algo así.

Ella también ríe. Ninguna de las dos entiende el oficio que ha elegido la otra, aunque reconozco que hay más belleza en el suyo que en el mío. Puede que seamos tan opuestas que solo por eso hemos conseguido mantener nuestra amistad durante todos estos años.

La siguiente hora la dedicamos a socializar, como le gusta decir a Lara. Me presenta a los compañeros con los que se va encontrando y aún no conozco. Ella es mucho más extrovertida que yo, desde siempre. A mí me cuesta un poco soltarme cuando estoy con gente nueva y eso suele llevar a Lara a ejercer de

relaciones públicas.

—Oh, mierda. Esto es cosa tuya, ¿no? —inquiero, dirigiéndome a ella.

Es imposible tal casualidad. Estoy segura de que, que acabe de ver al acosador de esta mañana observándome desde una de las esquinas de la sala, tiene que ser una de las intentonas de mi mejor amiga de ejercer de casamentera conmigo. Tiene una larga tradición al respecto; larga y desastrosa, todo hay que decirlo. Aún no se me ha olvidado la última vez que intentó liarme con un tipo. Acababa de salir de una relación y estaba bastante deprimido. Lara pensaba que era perfecto para mí a saber por qué. El caso es que, en el restaurante al que fuimos a cenar, nos encontramos con su exnovia, se pusieron a hablar y terminó sentada a nuestra mesa, ambos lloriqueando y diciéndose cuánto se echaban de menos mientras yo me bebía sola una botella de vino para tragar la vergüenza.

Y esa no ha sido la única ocasión en la que me ha metido en algún lío. Sinceramente, cuando de citas a ciegas se trata, le tengo verdadero terror.

—¿Por qué, Lara? ¿Por qué yo? —gimoteo, agarrándola del brazo.

Ella compone una expresión de inocencia que no me convence ni por un segundo.

—¿Qué he hecho esta vez?

—«Eso» es lo que has hecho —replico, señalando al acosador.

Me da un poco de pena porque probablemente él sea tan víctima como yo de los tejemanejes de mi amiga.

—¡Joder! ¡Vaya macizo! —exclama, alzando la voz—. ¿Le conoces?

La sorpresa en su tono de voz parece genuina, pero sigo sin confiar del todo en ella. Lara tiene unas increíbles dotes interpretativas.

Se queda embobada mirándole y, en honor a la verdad, yo también. En realidad, no tiene pinta de ser uno de sus compañeros de facultad. Va impecablemente vestido con un traje de chaqueta y pantalón oscuro y una camisa blanca, aunque no es el mismo que el de esta mañana. No lleva corbata, pero sí chaleco, y no puedo evitar pensar que más bien parece uno de los abogados del bufete en el que trabaja. Tiene el pelo castaño, más rubio en las puntas, y de un largo que podría parecer descuidado, pero que a él le da un aire de modelo de calendario. También podría pasar por uno; bajo la ropa se adivina un cuerpo de escándalo.

—¿No conoces a ese tío? —insisto, sin dejar de mirarle.

Me doy cuenta de que, tanto Lara como yo, le estamos observando con un descaro que seguramente resulta inapropiado, dado que, al parecer, ninguna de las dos le conoce. A regañadientes, aparto la vista de él y me centro en mi amiga. Ella, por contra, sigue contemplándole como si se tratara de una más de las obras de la exposición.

—Ali, si así fuera, estaría revolcándome con él en cualquier esquina —suelta sin más—. ¿Pero tú has visto lo bueno que está? Tiene pinta de ser capaz de follarte contra una pared sin tan siquiera despeinarse.

—¡Lara! —la amonesto, aunque no puedo evitar reírme.

Echo un rápido vistazo al desconocido. Es imposible que haya escuchado a Lara y, sin embargo, en cuanto nuestras miradas se cruzan, una de las comisuras de sus labios se curva de forma leve, como si supiera exactamente de lo que estamos hablando.

—¡¿Qué?! —replica, mientras lo devora sin miramientos—. Como si tú no lo hubieras pensado.

No, no lo había pensando, pero ahora que lo ha dicho me imagino la escena con todo lujo de detalles. Me veo obligada a darle un sorbo a mi bebida, rezando para que eso ayude a aplacar el aumento de temperatura repentino que está sufriendo mi cuerpo.

—Tienes que presentármelo.

—No le conozco, Lara, pero es un imbécil.

—¿Te das cuenta de lo absurdo que ha sonado eso? ¿Cómo sabes que es un imbécil si no le conoces? —razona, porque le encanta llevarme la contraria.

Reconozco que tiene razón, pero, incluso desde donde estamos, se percibe la arrogancia y la prepotencia que emana de su persona, además de esa sensación de hastío que le acompañaba en el café esta mañana.

—Ese tío podría llevar un cartel en la frente de «se mira, pero no se toca» —comento, resoplando. La agarro del brazo para atraer su atención, no vaya a ser que nuestro desmedido interés le dé a ese tipo una impresión equivocada—. Vamos a dejarlo estar.

Lara aparta la vista por fin. Arquea las cejas y frunce los labios, señal de que no le gusta lo que digo.

—No seas aguafiestas, Ali, y suéltate un poco por una vez —me sermonea.

Para ella es fácil decirlo, pero ambas sabemos que no tengo suerte con las

relaciones. Los desastres amorosos me persiguen y no solo cuando es Lara la encargada de meterme en líos; incluso los típicos rollos sin complicaciones, en mi caso, terminan saliendo mal. Es como si el destino me la tuviera jurada.

En primero de carrera estuve saliendo con uno de mis compañeros de Derecho y la historia terminó cuando me enteré de que se tiraba a media facultad. Lo peor es que todo el mundo lo sabía menos yo. Desde entonces, y a pesar de haber tenido algún que otro escarceo, procuré centrarme en graduarme lo antes posible y rehuir al sexo opuesto en la medida de lo posible. No es que haya hecho voto de castidad ni nada por el estilo, pero es que hasta en el tema del sexo las cosas han sido bastante deprimentes hasta ahora.

—Cada vez que me «suelto» ocurre alguna desgracia —le recuerdo, con cierto tono lastimero.

—¡Mira a ese tío, por Dios! —replica ella, forzándome a girar la cabeza—. Es imposible que algo salga mal con él.

Sin embargo, el tipo ha desaparecido. Ambas lo buscamos con la mirada entre los grupos de gente que llenan la sala, sin éxito.

—¿Dónde se ha metido? —protesta Lara, mientras yo suspiro aliviada.

—Justo aquí —contesta una voz a nuestra espalda.

Mi amiga se vuelve con una rapidez casi cómica y yo me echo a temblar. Inspiro profundamente y, armándome de valor, comienzo a darme la vuelta.

Esta noche se va a convertir en un desastre, como si lo viera.

### 3

Lara se limita a sonreír al desconocido con su desparpajo habitual, como si no acabara de pillarnos hablando de él. No contenta con eso, se lanza sobre él, le da dos besos y le dice su nombre y, ya de paso, también el mío. Yo cruzo los brazos y no hago amago alguno de imitar su osadía.

—Encantado —responde él, aunque no menciona su nombre—. Necesito disponer un momento de tu amiga.

Lara asiente sin contar con mi aprobación o tan siquiera mirarme, estaba demasiado ocupada derritiéndose por su espléndida sonrisa y su expresión encantadora. Ni por asomo se mostró tan amable conmigo esta mañana. Es más, en cuanto Lara se marcha tras guiñarme un ojo con toda la intención del mundo, las líneas de su rostro se endurecen y la curva de sus labios se transforma en una mueca de disgusto.

—Vayamos al grano —me espeta—. Necesitas mi ayuda.

—¿Perdona?

Resopla, claramente irritado, y procede a frotarse las sienes en un gesto dramático que hace que me caiga todavía peor. Lo de imbécil empieza a quedarse corto.

—Vamos, necesitas una copa. Tal vez así podamos hacer algún avance esta noche.

Me arrastra hasta la barra sin contemplaciones, hasta que reacciono y me deshago de un tirón de él.

—O me estás confundiendo con alguien o, definitivamente, estás tarado —le increpo, tratando de mantener la compostura y no montar un espectáculo.

No me hace el menor caso. Pide dos copas de vino al camarero y me tiende una, la otra la deja sobre la barra. No parece que tenga intención de brindar conmigo. Valoro la opción de lanzarle el líquido sobre la cara. Sin embargo, estoy segura de que sería capaz de responder de igual manera y no me apetece volver a casa apestando a alcohol.

—Tú eres mi asignación, así que procura portarte bien y ponerme las cosas facilitas —explica, y no tengo ni idea de lo que habla—. Veamos...

Su mirada desciende por mi cuerpo con descaro, muy lentamente,

repasando cada una de mis curvas con tanta intensidad que siento que el vello se me eriza. El calor que brota de mi pecho es ahora de pura indignación. ¿Qué demonios se cree que está haciendo?

Cuando alza la cabeza de nuevo estoy a punto de empezar a insultarle, pero él me toma de la barbilla y se concentra en mi rostro. Con la otra mano me aparta el flequillo que cubre uno de mis ojos.

—Estarías mucho más encantadora con el pelo suelto —murmura, disgustado por el recogido que me he hecho—, pero tienes unos ojos preciosos. No los ocultes.

El desconcierto impide que abra la boca. Sus dedos siguen manteniendo mi barbilla alta, sujetándola con cuidado, y su mirada se traslada a mis labios, donde permanece demasiado tiempo.

—Eres bastante guapa —concluye, encogiéndose de hombros, y no sé si lo ha dicho como un halago o se trata de un insulto.

Consigo reaccionar y aparto su brazo de un manotazo.

—¡Y tú un gilipollas! ¡O un perverso!

No lo tengo demasiado claro. Es probable que sea ambas cosas y otras muchas que no tengo intención de descubrir.

La gente que nos rodea se gira para observarnos. Estoy segura de que la pareja que hay a nuestro lado ha escuchado todo lo que hemos dicho.

—No me extraña que estés sola con esa mierda de carácter —replica, y si no fuera porque me he bebido el vino de un solo trago, ya estaría escurriendo sobre su pelo. Tenía que habérselo lanzado cuando tuve ocasión—. Mira, he venido a ayudarte, a hacerte feliz.

Se me escapa una carcajada desquiciada. No solo porque haya pronunciado la última palabra con tanta desidia que parece que busca justo lo contrario, sino porque ahora sí que es obvio que está para que lo encierren.

—Tú estás loco —le digo, señalando lo evidente.

Hago amago de girarme. No sé por qué no he echado ya a correr para alejarme de él. Pero no me da opción. Me sujeta por la cintura y una de sus manos se extiende sobre la parte de baja de mi espalda junto con un agradable calor.

—Vas a calmarte y vamos a hablar con tranquilidad, ¿verdad que sí? —murmura, inclinándose sobre mi oído.

Acto seguido me veo asintiendo y esbozando una sonrisa complaciente. La sensación de urgencia ha desaparecido y ha sido reemplazada por una calma absoluta, que no tengo ni idea de dónde ha salido.

—Mucho mejor —comenta para sí mismo, y da un paso atrás.

Cuando su mano abandona mi espalda siento un momentáneo deseo de abofetearle y largarme, pero desaparece tan rápido como ha aparecido. Él me observa, como si esperase que lo hiciera.

—No podías mandarme algo más facilito, ¿verdad? —repone, y creo que continúa hablando consigo mismo—. Joder, qué hartito estoy de esta mierda.

Sus ojos se posan sobre su bebida y titubea un momento antes de coger la copa.

—¡Qué demonios! —exclama, después de apurarla de un solo trago—. Espero que no pase lo de la última vez. No llevamos bien lo de beber —me explica, como si entendiera algo de lo que me está diciendo.

Yo sigo allí plantada como un pasmarote y tengo la extraña sensación de que si me ordenase que me pusiera a dar saltos, lo haría sin dudar. Y lo más preocupante es que me da igual. Algo no va bien en mi cabeza.

—Me has hecho algo, ¿verdad? —inquiero, y mi voz tiene un tono alegre y despreocupado.

Él ladea la cabeza y me dedica por primera vez lo que parece una sonrisa auténtica. Dicho sea de paso, es una sonrisa espectacular que convierte su rostro en un festival para los sentidos. Lo de ir de gruñón le resta muchísimo atractivo, eso está claro.

—Lo necesario para que me escuches y evitar que salgas corriendo, que era justo lo que estabas pensando hacer.

Niego, aunque es verdad, pero él no le da mayor importancia.

—¿Qué tal si vamos a tu casa? Así podremos hablar tranquilamente — propone, y sé que algo va terriblemente mal cuando, sin siquiera dudarlo, le respondo que sí.

De alguna manera, aparecemos en mi casa. Ni siquiera recuerdo haber llegado hasta aquí y, sin embargo, me encuentro de pie en mitad del salón. Las luces están todas encendidas, y mi acompañante, junto a la puerta, admira lo que le rodea sin dar muestras de qué opinión le merece. Claro que tampoco hay mucho sobre lo que opinar. El piso es pequeño, aunque para mí es más que

suficiente. La cocina está adosada al salón y el único dormitorio es tan grande como ambos. Me encanta pasar allí los domingos, enterrada bajo el edredón mientras veo alguna película antigua. Es mi refugio y, a mis ojos, es perfecto.

—Muy... tú —me dice, cuando finaliza su examen.

A mí todo sigue dándome igual. Podría decirme que es un cuchitril y es probable que le sonriera y le diera las gracias. Esto, desde luego, no es normal.

Se le escapa un suspiro mientras toma asiento en mi sofá. Me observa unos segundos hasta que se da cuenta de que no tengo intención de acompañarle.

—Ponte cómoda. Esto va para largo.

Me encojo de hombros y murmuro un «vale». Acto seguido, y sin pensar en ello, tiro de la cremallera de mi vestido y lo dejo caer. La tela se amontona a mis pies y casi gruño al verme liberada. No tengo demasiado pecho, así que lo único que llevo puesto son unas braguitas de encaje negro tan diminutas como mi apartamento.

—¡Joder! —me grita, al levantar la cabeza y verme casi desnuda—. No tan cómoda, Alice.

Se abalanza sobre el vestido, arrodillándose frente a mí y murmurando incoherencias. Cuando alza la barbilla y nuestros ojos se encuentran, me doy cuenta de que no hay rastro de la indolencia que ha mostrado hasta ahora. Un millón de emociones transforman su expresión y soy incapaz de descifrar siquiera la mitad de ellas.

Poco a poco, tira de la tela mientras se pone en pie hasta cubrirme la parte baja del cuerpo. Sus manos titubean un instante al llegar a mi cintura. Lo observo, curiosa, valorando si el agitado ritmo al que sube y baja su pecho lo he provocado yo. A mi mente le es imposible sumar dos y dos, no digamos ya adivinar lo que puede estar pensando.

—Solo quería que te sentaras —susurra, con el vista fija en mi rostro.

—Ah, vale.

El ambiente se vuelve eléctrico en el silencio posterior, como en esos instantes previos a una tormenta. Nos quedamos mirándonos el uno al otro; sus dedos continúan aún en mi cintura, enrollados en torno a la tela de mi vestido.

—Será mejor que te vistas.

Asiento. Sus manos continúan ascendiendo y me ayuda a introducir los brazos por las mangas. Se mueve de forma lenta y delicada, como si temiera

realizar un movimiento erróneo, y no aparta los ojos de los míos en ningún momento. No hace amago de subirme la cremallera y yo tampoco me molesto en hacerlo, sencillamente permanezco inmóvil.

Lo siguiente que sé es que me está besando. Primero es apenas un roce, suave y titubeante, pero no tarda en convertirse en algo más. Su lengua se abre paso e irrumpe en mi boca, y todo en lo que puedo pensar es en lo excitante que es su sabor, picante y adictivo. A pesar de haberme pillado totalmente desprevenida, le correspondo casi de inmediato. Me aferro a su cuello y él hunde los dedos en mi melena. De su garganta escapa un gruñido de satisfacción.

Conforme avanzan los minutos y el beso se hace más y más profundo, una extraña sensación de inquietud se va apoderando de mí y muy pronto se transforma en auténtico pánico.

«¡Qué demonios!», pienso para mí, y acto seguido le doy un empujón, separándole de mí.

Su expresión complacida se torna muy pronto en una de sorpresa, pero en unas décimas de segundo sus ojos adquieren un brillo comprensivo y recupera la compostura.

—El beso... —murmura para sí mismo—. Vaya error de principiante, Jay.

Yo sigo retrocediendo, alarmada, al mismo ritmo que una densa neblina se apodera de mi mente. ¿Cómo es que hemos acabado en mi casa? ¿Dónde está Lara? ¿Y por qué no puedo recordar nada salvo que estaba con mi amiga en la exposición? En cuanto intento hacer memoria, un dolor sordo se extiende desde detrás de mis ojos hasta las sienes.

—No pasa nada —dice el tipo, y yo parpadeo, confusa.

—Si te largas ahora mismo, no llamaré a la policía —farfullo, buscando a mi alrededor algo que pueda usar como arma.

Tomo uno de los candelabros que mi madre me regaló en Navidad y que pensaba esconder en algún armario; me alegra no haberlo hecho.

Él se limita a poner los ojos en blanco y dejarse caer en el sofá, resoplando. Ha perdido parte de su seguridad y se le ve ligeramente aturdido. Diría que el beso que me ha dado le ha afectado más de lo que esperaba... Un momento, ¿ha sido él el que me ha besado? ¿He sido yo?

—¡Lárgate! —exclamo, con un grito, apuntándole con el candelabro.

La improvisada arma tiembla en mi mano.

Agita la cabeza y se frota el puente de la nariz.

—Vaya desastre —murmura, sin prestarme la más mínima atención.

Tal vez lo mejor sería que fuera yo la que saliera de aquí corriendo y buscara ayuda. Echo un rápido vistazo a la puerta, solo que en el camino hasta esta se encuentra el sofá y, por tanto, tengo que pasar demasiado cerca de él.

Sin siquiera pararme a pensarlo, salgo corriendo en dirección a la entrada, rezando para que esté tan ensimismado que no se percate de mis intenciones hasta que sea demasiado tarde. Ni siquiera hace amago de seguirme y casi estoy celebrando ya mi victoria cuando intento girar el pomo de la puerta y no soy capaz. Está completamente atascado. Forcejeo una y otra vez con desesperación.

—Vamos, vamos, vamos...

El tipo aparece a mi lado y pone una mano sobre la mía. Una descarga recorre mi brazo, pero estoy demasiado ocupada tratando de alejarme de él para caer en la cuenta de lo agradable que resulta.

—No vas a salir de aquí —sentencia, con extrema seriedad—. No voy a hacerte daño —añade, de inmediato, suavizando el tono de voz.

No me creo una palabra de lo que dice, por lo que, sin mediar advertencia alguna, alzo el candelabro y se lo estampo en mitad de la frente.

## 4

—Eso era totalmente innecesario —me suelta, sin inmutarse.

Todo lo que hace es pasarse la mano por la brecha de al menos cinco centímetros de largo que le he abierto en la frente y fulminarme con la mirada. Ni siquiera sale sangre de ella, aunque sí que se le está formando un buen chichón.

—Vaya modales que tiene, señorita Queen —me amonesta, mientras yo continúo con los ojos fijos en la herida.

—Tú, tú... —balbuceo, perpleja.

—Siéntate. Ahora —exige él, furioso—. No vas a salir de aquí hasta que hablemos.

Intento tragar saliva, pero el nudo de mi garganta apenas si me lo permite. Señala el sofá y estira la otra mano en mi dirección. Pego tal bote hacia atrás que resultaría cómico si no fuera por lo terrorífico de la situación.

—No sangras —señalo, porque es lo único que se me ocurre.

Quizás debería estar gritando por la ventana en busca de ayuda, pero estoy tan alucinada que no me muevo.

—No, no sangro —replica, como si fuera de lo más normal tener la carne abierta y no soltar ni una gota de sangre—. Ahora... ¡SIÉNTATE!

La orden abandona sus labios con un tono tan autoritario que me veo obedeciendo. Me doy cuenta de que tengo la cremallera del vestido bajada. El pánico regresa y lucho por subírmela con poco éxito, apenas si consigo llevarla hasta mitad de la espalda. ¿Qué más ha sucedido que no recuerdo?

—Me has...

—Cállate —me interrumpe—. Hablas demasiado y yo tengo un poco de prisa. No entiendo por qué siempre me tocan a mí las menos dóciles.

«Este tío es un psicópata o un asesino en serie, tal vez ambas cosas».

Cierro la boca para no empeorar la situación. Él sigue frotándose la frente con aire distraído mientras se acerca y toma asiento a mi lado. Me deslizo por el sofá con disimulo, alejándome de él lo máximo posible.

—Como te decía, eres mi asignación.

—No diré nada, puedes marcharte y te prometo que no se lo contaré a nadie

—le ruego, pero él inspira con brusquedad, alza una mano y de pronto me doy cuenta de que no soy capaz de abrir la boca.

Gimo sin despegar los labios, que parecen sellados por arte de magia. Las lágrimas comienzan a llenarme los ojos.

—Mi asignación —repite, apoyándose sobre el respaldo, aparentemente más relajado—. Tu situación amorosa es... Bueno, tú lo sabes mejor que yo. Estoy aquí para hacer que eso cambie y cuanto antes lo consigamos antes podré largarme.

No tengo ni idea de a qué se refiere, pero es obvio que está loco. Yo asiento para que siga hablando y ganar tiempo para buscar una vía de escape. Tampoco es que pudiera decir nada aunque quisiera. ¿Qué demonios me ha hecho?

Trato de no pensar en ello y caer presa del pánico que amenaza con postrarme de rodillas.

—Bien, ¿por dónde empezamos? —inquire, pero no parece estar hablando conmigo—. Quizás debería presentarme. Sí, eso es... Soy Jay Forevermore —anuncia, y extiende la mano en mi dirección. Una mano que no pienso tocar.

Sus cejas se arquean mientras la sostiene frente a mí, esperando.

—En esta época la cortesía no está muy de moda, ¿no? —señala, y la deja caer, contrariado—. Ah, sí... Se me olvidaba decir que soy tu hada madrina.

Me trago la risita histérica que hubiera abandonado mis labios si pudiera hacer uso de ellos. Este tipo está como una cabra, ahora sí que no hay ninguna duda.

—¿No dices nada? Oh, claro. —Hace un gesto con los dedos y mi mandíbula cae, abriéndose al fin.

—¡Qué bien! —exclamo, dándole cuerda.

Mi mirada recorre todo el salón. El candelabro está tirado junto a la puerta, aunque para lo que me ha servido no sé si debería arriesgarme.

—Necesito saber si tienes algún pretendiente, ya sabes, algo que acelere todo esto.

Se frota la sombra de barba que puebla su mentón, pensativo, y ladea la cabeza, como si estuviera escuchando algo. Probablemente sea de esos que oyen voces en su cabeza, no me extrañaría. Solo espero que no le digan que me mate...

—¿Y bien?

—¿Eh?

Pone los ojos en blanco y adopta una expresión condescendiente que me hace sentirme estúpida.

—¿Algún pretendiente? ¿Alguien que te haga tilín? —pregunta, con sorna.

—¡Pero si eres capaz de bromear y todo! —replico, olvidando por un momento lo delicado de la situación.

—Ja, ja.

Se esfuerza por esconderlo, pero el temblor de sus labios desvela que ha estado a punto de reírse.

—¿Sí o no?

«Tú síguele la corriente».

—No, nadie.

—Bien, pues tendremos que hacer un perfil.

Chasquea los dedos y mis manos vuelan hasta mi garganta, temiendo que me deje muda de nuevo. Pero, en vez de eso, entre las suyas aparece de repente un iPad último modelo. Toquetea la pantalla con desgana mientras yo me pregunto de dónde demonios ha salido el aparatejo.

—Ahora la loca soy yo.

El pensamiento abandona mis labios sin que sea consciente de ello. Sin duda, estoy sufriendo algún tipo de alucinación. Sí, eso es... O tal vez esté soñando; uno de esos sueños extremadamente realistas. De ahí que este tío tenga poderes. Tiene que ser eso.

Me convengo de una manera tan eficaz que parte de mi inquietud desaparece. No estoy en peligro, solo estoy soñando insensateces que desaparecerán una vez que me despierte. Cierro los ojos y los aprieto con fuerza, concentrándome para abandonar la ensoñación.

—¿Qué haces? —inquire, tras unos segundos en silencio.

Noto su mirada fija en mí, pero le ignoro y continúo repitiéndome que tengo que despertar.

—Alice...

—Cállate, ¿quieres? No eres real —le espeto. Ahora que he perdido el miedo a acabar en una zanja me he vuelto valiente—. No eres real. Despierta, Ali.

—Alice —repite, y percibo con claridad que está aguantando la risa.

Resoplo, fastidiada, y abro los ojos. Jay —creo recordar que se llama así— está observándome con el iPad aún en las manos. Sus labios forman una línea apretada y está luchando para no estallar en carcajadas.

—Es Ali —señalo, torciendo el gesto—, no Alice, y no sé qué es lo que encuentras tan divertido.

Lo ofendido de mi tono solo consigue que rompa a reír y, si no fuera por lo mal que me cae para ser un sueño, diría que está muchísimo más guapo cuando sonrío.

—A ti. Eres adorable —repone, aunque viniendo de sus labios no parece un halago, sino todo lo contrario—. Ahora vamos, deja de perder el tiempo y háblame de cómo te gustan los hombres. ¿O te gustan las mujeres? Esa chica que he visto contigo... ¿Ella y tú? No tengo conocimiento, pero si es así tampoco supone un problema.

Desliza los dedos por la pantalla varias veces. Desde donde estoy no veo lo que pone, aunque sí una foto mía, la misma que sale en mi permiso de conducir.

—No, aquí no consta —farfulla entre dientes, y me dan ganas de arrebatarle el chisme de un manotazo.

—Me gustan los hombres.

Alza la cabeza, devolviéndome toda su atención.

—Necesito más datos si quieres que haga mi trabajo —tercia él, resoplando—. ¿Sabes? Incluso Cenicienta me lo puso más fácil que tú, al menos al principio, claro. Luego todo se fue torciendo.

Mis cejas se disparan hacia arriba. Este sueño tiene que ser producto de una indigestión o algo por el estilo.

—¿Cenicienta?

—Mejor no hablemos de ella. —Esboza una sonrisa tirante—. Cuéntame tus preferencias.

Me cruzo de brazos. ¿Si le ignoro me despertaré antes? Decido probarlo. Cuando ve que no le contesto entrecierra los ojos y se me queda mirando fijamente. Un momento después, exhala un largo suspiro.

—Esto es real, Alice —afirma, ignorando mi deseo de que emplee el diminutivo de mi nombre. Está claro que le gusta sacarme de quicio—. No es un sueño ni estás borracha, y tampoco te has vuelto loca. Más de lo que podrías estarlo antes de conocerme. ¿Tienes problemas mentales?

—¿Qué? ¡No! —exclamo, aunque igual debería empezar a preocuparme por mi estabilidad mental.

Jay vuelve a suspirar y deja el iPad a un lado. Parece haber adoptado una postura algo menos irritante, pero yo ya no sé qué pensar.

—Esto antes era más fácil. Todo el mundo creía en los cuentos de hadas — comenta, pinzándose el puente de la nariz—. Haremos una cosa. ¿Qué tal si rellenamos mañana el perfil de tu alma gemela?

Mi cabeza oscila de un lado a otro. ¿Y una crisis nerviosa? ¿Será esa la causa? He estado sometida a mucho estrés en el bufete, buscando impresionar a mis jefes desde el primer día.

—No eres real —repito, y ya no sé a quién trato de convencer.

Me apresuro a cerrar los ojos cuando veo que va a hacer otra vez ese gesto con los dedos. Escucho el chasquido. Despego los labios con temor aunque sin mayor problema, así que abro los ojos de uno en uno. Jay sigue sentado en el otro lado del sillón y en sus ojos se refleja cierta compasión.

—Vete a la cama, Alice. Descansa.

De inmediato, los párpados comienzan a pesarme y la boca se me abre en un exagerado bostezo. Antes de quedarme dormida, no puedo evitar preguntarme cuándo demonios he cambiado el vestido de la fiesta por este salto de cama que llevo puesto.

## 5

Despierto con un dolor de cabeza que se extiende desde detrás de mis ojos hasta las sienes y la sensación de haberme bebido hasta el agua de los floreros. Anoche Lara y yo debimos pasarnos de la raya en la exposición, eso está claro. El sol inunda ya la habitación por completo, lo que quiere decir que debí olvidar poner la alarma del despertador. A pesar de ser sábado, mi idea era levantarme temprano y adelantar algo de papeleo del bufete. Ni siquiera me han asignado ningún caso todavía, pero espero ganarme la confianza de mis dos jefes y que lo hagan pronto.

Me siento en la cama y me froto los ojos, recordando demasiado tarde que es probable que aún esté maquillada y me acabe de convertir en un mapache. De repente, un ruido de metal contra metal me llega proveniente del salón o la cocina. Permanezco inmóvil unos segundos y, sin siquiera buscarlo, una avalancha de imágenes se suceden en mi cabeza. No solo las de Lara y yo vistiéndonos en mi casa para acudir a la fiesta en la galería, sino también el inesperado encuentro con el tipo del Starbucks, el recuerdo de estar con él en mi propio salón... ¡el chasquear de unos dedos! Gimoteo mientras me froto los ojos de nuevo, convenciéndome de que no ha sido más que un mal sueño, o una horrible pesadilla más bien, y olvidándome de nuevo del maquillaje.

Salgo de la cama y, de puntillas, me dirijo a la cocina. Otro gemido se escapa de mis labios al contemplar a Jay —¡oh, Dios, ese era su nombre!— pasando unos huevos revueltos de una de mis sartenes a un plato. Hoy ha perdido toda la formalidad del día anterior. Va descalzo y lleva unos vaqueros desgastados y rotos por las rodillas, y un polo de color verde esmeralda que resalta el dorado de su piel.

—¡Menos mal! Lo tuyo no es madrugar, ¿no? —me dice, mientras coloca el plato a un lado y abre el frigorífico.

Echa un vistazo al interior como si estuviera en su casa y esta fuera su cocina. Lo observo sacar la jarra de zumo y servirse un vaso, que coloca también en la barra junto al resto del desayuno.

—No eres real —farfulto, atónita.

Es imposible que nada de lo que mi mente recuerda pasara de verdad.

—¿Ya estamos de nuevo con eso? —replica él, desganado, y señala en mi dirección—. Por cierto, bonito pijama.

No entiendo por qué recalca tanto la última palabra hasta que bajo la vista y me doy cuenta de que llevo puesto un salto de cama negro que deja poco a la imaginación.

—Y bonitas bragas —añade, confirmando que él también se ha dado cuenta—. Un buen par de tetas, sí señor —sentencia finalmente.

Hago ademán de taparme, pero es imposible que las manos cubran mi desnudez, y así es como me siento: desnuda y abochornada, y también confusa, especialmente confusa. Me limito a seguir allí plantada sin decir una palabra y luchando para que mi mente lo elimine de la escena. Estoy segura de que se trata de una alucinación.

Es extraño, porque al verle tomar asiento en uno de los taburetes y empezar a comer, lo único que me preocupa es que solo hay un servicio.

—¿Has preparado el desayuno para ti solo? —inquiero, indignada, como si no tuviera problemas mayores y más preocupantes.

Él levanta la vista del plato y me mira, asintiendo.

—Eres todo un caballero.

—Eso se lo dejo al príncipe del cuento —replica, esforzándose para no reír alguna broma privada que tan solo él entiende.

Alza la mano y, justo antes de que sus dedos hagan ese gesto que ya he aprendido a temer, me lanzo sobre él y la agarro entre las mías.

—Ah, no. Ni se te ocurra.

Su mirada va de mi rostro a nuestras manos unidas y luego de vuelta a mi rostro. Su exagerada expresión de asco dice mucho de lo poco que le gusta que le esté tocando.

—Ni lo sueñes —insisto—. Le tengo aprecio a mi cordura.

Él resopla y agita la mano hasta deshacerse de mi agarre. Cierro los ojos un instante antes de escuchar el maldito chasquido. Al abrirlos, ha aparecido un iPad junto a su plato.

—El perfil —comenta él, por toda explicación.

A mí me rugen las tripas, algo normal teniendo en cuenta que anoche apenas probé bocado. Lo malo es que no creo que sea capaz de hacer pasar nada por mi garganta y, si así fuera, dudo de que no lo vomitara de los nervios.

Al pensar en la exposición me viene a la memoria algo más. Antes de que me quiera dar cuenta le he arreado a Jay un tortazo en plena cara. La mano comienza a picarme de inmediato.

—¡Joder! ¡Que soy de verdad y eso duele! —explota. Se levanta del taburete con tanta rapidez que este cae al suelo y por poco lo hace sobre mis pies—. ¿Se puede saber a qué ha venido eso?

—¡Me besaste! —Otro de los recuerdos escoge ese momento para pasar a primer plano—. ¡Por Dios, me has visto desnuda! ¿Echaste algo en mi bebida, no es así?

Las acusaciones van saliendo de mi boca mientras retrocedo para salir de detrás de la barra. La puerta de entrada me queda a apenas unos metros, solo espero que esta vez el pomo no haga de las suyas.

Jay se cruza de brazos, ofendido.

—Antes de que lo intentes, que sepas que no puedes salir de esta casa —expone, con una sonrisita complacida—. Está bloqueada. Con magia —añade, y su sonrisa se hace más amplia. Es obvio que disfruta empleando esos trucos delante de mí e intentando volverme loca—. Rellenaremos el perfil para que yo pueda empezar a trabajar y largarme cuanto antes, aunque está claro que lo tuyo no va a ser fácil.

Lo último lo dice empleando un deje de desprecio que no hace sino aumentar mis ganas de darle otra bofetada.

Me sujeto la cabeza con ambas manos, temiendo que explote de un momento a otro.

—Esto no puede estar pasando.

—¿Me lo dices a mí? —replica—. Soy demasiado mayor para toda esta mierda.

Le lanzo una mirada recelosa. Apenas tiene aspecto de haber cumplido los treinta años, no sé a qué viene quejarse tanto. Casi temo preguntar.

—Y nunca se me reconoce mi trabajo —farfulla, como un niño enfurruñado—. ¿Sabes? Incluso en el mundo de las hadas hay sexismo. ¿Conoces a algún hado madriño? ¿No, verdad?

Me encojo de hombros, sin perder de vista la puerta de entrada. Tiene que haber algún modo de escapar de este loco.

—¿El genio de Aladín?

Pone los ojos en blanco.

No deja de pinchar con el tenedor los huevos del plato que tiene delante, pero aún no ha probado bocado.

—Es un genio —señala—. Nosotros no concedemos deseos. No nos va ese rollo.

Por el desprecio que muestra, está claro que existe rivalidad entre ambos gremios. Un momento, ¿por qué estoy siquiera planteándome que algo de lo que dice tiene sentido?

—Lo de Cenicienta fue la gota que colmó el vaso —prosigue, con aire indignado—. ¿Crees que quedaba mejor que su hada madrina fuera una entrañable señora con aspecto de abuela? No —se contesta a sí mismo—. ¡Era yo! Pero claro, a ella le preocupaba que el príncipe tuviera un ataque de cuernos.

Muy a mi pesar, se me escapa una carcajada. Es todo tan rocambolesco que no puede tratarse de una alucinación.

—Claro que... visto como salió todo, casi mejor así.

—¿A qué te refieres?

Clava sus ojos en mí, viéndome por primera vez desde que se abandonó a sus reivindicaciones. Tras un breve silencio, agita la cabeza.

—No me gusta hablar de aquello —arguye por toda respuesta.

Su tono consigue que me dé incluso un poco de pena, aunque eso es antes de recordar que intentó aprovecharse de mí.

—¿Qué fue lo que me hiciste anoche?

Su apetito parece regresar repentinamente porque se pone a devorar el desayuno. Mastica al menos tres bocados antes de dignarse a contestar.

—Un trquito para templar tus nervios y que entraras en razón. —Tose, y baja la voz—. No volverá a suceder. Olvidé las implicaciones de... mm... Lo de besarte cuando estabas hechizada y eso.

Obvio el tema del beso.

—¿Entrar en razón? —señalo, echándome a reír—. ¡Lo que planteas es una locura! Ni siquiera sé por qué sigo hablando contigo.

Se lleva la mano a la espalda y, acto seguido, escucho ese chasquido de nuevo. Entrecierro los ojos, alerta a lo que sucederá a continuación, pero, cuando extiende el brazo hacia mí y sus dedos se abren, apenas si puedo creer lo que veo.

## 6

Mis padres no siempre han gozado de la posición que ahora tienen. El bufete en el que ambos trabajan es en realidad suyo, pero cuando yo era niña apenas si conseguían pagar las facturas y llegar a fin de mes. Tal vez por eso yo misma me negué a que me contrataran al finalizar mis estudios y graduarme como abogada: quería labrarme una carrera y un nombre por mí misma, de la misma forma que ellos lo habían hecho.

Toda mi infancia transcurrió en un diminuto apartamento de Brooklyn. Por ese entonces teníamos una vecina que, de vez en cuando, se hacía cargo de mí. La señora Higgins era un mujer encantadora, que me trataba como una hija y a la que yo quería como a una segunda madre. Le encantaba la repostería y casi todas las tardes pasaba por su casa en busca de alguna delicia con la que saciar mi apetito. Pero, sin duda, mis favoritos eran unos pequeños lingotes de bizcocho, miel y nueces que solo le había visto preparar a ella. Ni siquiera tenían un nombre.

La señora Higgins no tenía hijos, por lo que yo iba a ser la destinataria de sus recetas secretas, solo que la mujer falleció repentinamente de una embolia. Yo contaba trece años y recuerdo haber llorado durante semanas. Nunca, desde entonces, había vuelto a probar algo tan exquisito ni cuyo sabor se asemejara lo más mínimo a aquel dulce.

Por eso, al descubrir que Jay mantiene en la palma de la mano dos pequeños dulces alargados envueltos en un celofán transparente sin ninguna marca o cualquier otro indicio de su procedencia, apenas si puedo creer que sean los mismos.

—No son reales —repito, en esa especie de cantinela que carece ya de sentido, pero sé que sí lo son—. ¿Cómo...?

—Magia —repite él, muy pagado de sí mismo—. No sabrán exactamente igual. Hay cosas que la magia no puede reproducir: el cariño con el que se realizaban estos dulces, por ejemplo. O la magia del amor...

En esa última frase hay una gran carga de sarcasmo, pero lo dejo pasar. Tanteo la palma de su mano y rozo con la punta de los dedos uno de los dos paquetitos. No me avergüenza mostrar una reverencia poco apropiada para un

postre. En realidad, no solo son los dulces los que me provocan tanta emoción, sino los recuerdos asociados a ellos.

—Cógelos, son para ti.

Le interrogo con la mirada. ¿Por qué está haciendo esto? Se ha mostrado irritante y apático, incluso despreciable, en el poco tiempo que hace que nos conocemos. No obstante, no puedo rechazar lo que este regalo supone para mí. Agarro uno de ellos y le quito el envoltorio, el olor es suficiente para llenarme los ojos de lágrimas. Más aún, cuando le doy un mordisco, mis párpados caen en el acto y un gemido de satisfacción emana de mi garganta.

El sabor es magnífico, indescriptible, aunque Jay llevaba razón al decir que no sería idéntico al que yo conocía. Pero, sin duda, es lo más similar que he probado nunca desde la muerte de la señora Higgins.

Me cuesta varios minutos recuperarme.

—Gracias —murmuro, ligeramente avergonzada.

¿Qué pensará de mí? Alguien que llora comiéndose una chuchería.

—Como te dije: eres mi asignación y he estudiado tu archivo a fondo.

Se encoge de hombros, dando por zanjadas las explicaciones, y es evidente que la atención le resulta incómoda. Lo curioso es que, por absurdo que resulte, lo que acaba de hacer consigue que empiece a creer que toda esta historia surrealista tiene algo de verdad y hace que me plantee si, al final, es realmente mi hada madrina, o mi hado madrino... o como se diga.

Deposita el otro dulce sobre la barra justo a mi lado. Persigo su mano con la vista, contemplando sus movimientos y sin saber qué decir. Al cabo de un buen rato, dejo escapar un suspiro.

—¿Por qué... yo? —inquiero, titubeante.

Lo que Jay plantea es difícil de creer, pero que además sea yo la... ¿elegida? ¿O es que todo el mundo tiene su propia hada madrina?

Él alza la vista de su plato para mirarme. Si no fuera por la expresión de fastidio que es casi una constante, sería un tipo bastante atractivo, con esos rasgos tan marcados que parecen haber sido cincelados minuciosamente por un escultor experto.

—El jefe —contesta, sin más.

—¿El jefe?

—El libro.

Enarco las cejas, cada vez entiendo menos.

—¿El libro?

Echa la cabeza hacia atrás un momento y parece farfullar algo entre dientes.

—El que tenías en el Starbucks, alguien te lo hizo llegar, ¿no?

—¿La anciana de la librería es tu jefe?

Jay resopla, mostrando aún más su desesperación.

—¡El libro es mi jefe!

Contemplo su gesto crispado, perpleja. Eso debe animarle a explicarse.

—Le gusta adoptar muchas formas, esa es su preferida y estará contigo hasta que yo cumpla mi cometido —señala, y me inquieta bastante pensar que tengo al cabecilla de las hadas metido en el bolso—. Es una mezcla entre lo que vosotros llamáis destino y... una especie de cupido.

Ahora sí que tengo que reírme.

—¿Cupido también existe?

—¡No! ¡Por la magia, Alice! Solo nos faltaba que un tipo en pañales ande por ahí disparando flechas a diestro y siniestro. Valiente estupidez.

«No más que las que tú me estás contando», pienso para mí, pero no lo digo en alto.

—¿Así que tu jefe te ha enviado para conseguir que alguien se enamore de mí? —aventuro, y casi me da la risa.

No puedo creer que estemos teniendo esta conversación.

Él niega.

—No podemos influir de esa manera. Solo... le daré un pequeño empujón a las cosas —admite, y de repente parece avergonzado—. Mira, hay personas que están destinadas —comenta, haciendo hincapié en la última palabra—, y tú eres una de esas personas. Es probable que ya lo conozcas, de ahí que me hayan enviado.

Si vamos a empezar a hablar de mi vida amorosa casi será mejor que me siente.

Rodeo la barra y me hago con uno de los taburetes para quedar justo frente a él.

—No lo entiendo —admito—. Si estoy destinada a alguien, ¿para qué te necesito?

No responde de inmediato y, por algún motivo, me da la sensación de que

no va a gustarme lo que tiene que decir.

—Porque este tipo de relaciones suelen ser —hace un breve pausa, como si escogiera la palabra adecuada— complicadas.

—¿Como Cenicienta y el Príncipe?

Jay suelta una carcajada carente de humor.

—No me hagas hablar de ella —replica—. Digamos que algo por estilo, sí, un amor casi imposible. Necesitas mi ayuda. Tu desastrosa vida amorosa así lo demuestra.

Su comentario me pone a la defensiva. Me cruzo de brazos.

—No quiero tu ayuda. No necesito un tío ni enamorarme ni nada de eso.

—La cuestión no es esa. Me da lo mismo lo que creas o no necesitar —apunta, muy serio—. No puedo irme hasta que cumpla mi misión.

Miro alrededor, comprendiendo las implicaciones de su afirmación. No piensa marcharse de aquí hasta que haga lo que ha venido a hacer.

—¿Vas a tenerme encerrada «mágicamente»? —repongo, con desdén. También yo puedo mostrar mi lado más desagradable si eso es lo que quiere.

—No —responde, y yo asiento, complacida—. Si lo hiciera, no podrías encontrar a tu gran amor.

Mi satisfacción se evapora, ayudada en buena parte por el sarcasmo que destila su voz. O no le gusto yo o no le gusta especialmente su trabajo, eso está claro.

—Pero ¿por qué yo? —insisto, sin poder contenerme.

Él suspira.

—Tus relaciones han sido... pésimas —explica, aunque no creo que fuera esa la palabra que iba a utilizar—. Más que eso, ¿verdad? Un completo desastre, como si el destino te la tuviera jurada.

Se hace el silencio y yo no puedo evitar pensar que me han estado poniendo la zancadilla durante todo este tiempo. ¿Así que de eso se trata? ¿Estoy destinada a enamorarme de alguien?

—¿Tengo un alma gemela? —inquiero, aturdida.

—El amor no funciona así para la mayoría —aclara, y vuelve a clavar la vista en el plato—. Los mortales que realmente se enamoran se convierten a sí mismos y convierten a los demás en mejores personas, su propia felicidad las transforma en almas gemelas. Pero tú... Tú ya tienes a alguien perfecto para ti,

solo que antes tendréis que ganaros esa perfección.

—Cada vez entiendo menos —le digo, aunque sigue sin mirarme—. Entonces, ¿el mero hecho de estar destinados hace que sea todo más difícil que en un caso normal?

Suelto una risita estúpida porque realmente me siento estúpida. Al fin, levanta la vista y me atraviesa con esos turbulentos ojos, provocándome un estremecimiento.

—La cuestión es que si no te ayudo, lo vuestro será imposible —afirma, sin rastro de humor, pero tampoco de su persistente apatía—. La única razón por la que los cuentos de hadas existen es porque las hadas madrinas los creamos.

## 7

La conversación se estanca tras el comentario de Jay. No dice una palabra más, se limita a recoger el plato y los cubiertos, y acto seguido los mete en el fregadero. Cuando veo que se dispone a lavarlos no puedo evitar preguntarme si no es algo que podría hacer con uno de sus chasquidos de dedos. Tal vez su magia está sometida a limitaciones, como en la serie *Embrujadas*, y no deba emplearla para beneficio personal. O quizá solo desee hacer algo para mantenerse ocupado y hacerme entender que no hay mucho más que decir. No sé muy bien por qué, pero me inclino por la segunda opción.

Decido que es un buen momento para ducharme y ponerme algo menos... «festivo», y me escabullo en dirección al baño. El agua no se lleva mi inquietud, ojalá fuera tan fácil, pero al menos me hace sentir un poco mejor. Una vez en mi dormitorio, me visto con unos vaqueros y una camiseta. Me siento en la cama y permanezco contemplando la pared de enfrente. Está decorada con un *collage* de fotos con forma de árbol que me llevó semanas terminar, fotos de mi vida. En la base del tronco están las de mi niñez y conforme ascienden mi edad va aumentando. Es una pequeña maravilla que siempre me recuerda quién soy y de dónde vengo. Lara me ayudó a completarla.

Puede que creáis que me lo estoy tomando con mucha calma, pero, en realidad, después de vestirme he pasado un buen rato peleándome con la ventana de la habitación, buscando una vía de escape. He llegado a tal punto que incluso he lanzado una bota contra el cristal sin importarme si se rompía. ¡Quería que se rompiera! Pero ha rebotado con un ridículo «plof» y no ha ocurrido absolutamente nada. He escuchado pasos en el pasillo y, a continuación, Jay me ha recordado desde el otro lado de la puerta que la casa está bloqueada: la magia y todo ese rollo...

Así que me he sentado aquí y he observado mi vida en instantáneas, foto a foto, detalle a detalle. Aunque no he sacado nada en claro, salvo la posibilidad de que no esté preparada para encontrar a mi alma gemela.

Ahogo un quejido y me tapo la cara con las manos. La idea de saber que hay alguien ahí fuera destinado a estar conmigo es aterradora, por lo menos es eso lo que yo siento. Debería pensar que es una buena noticia, la mayoría de las

personas sueñan con eso, ¿no? Encontrar al gran amor de su vida... Pues a mí me da un miedo atroz. No solo porque Jay haya dicho que será complicado que terminemos juntos, es algo más, quizá la certeza misma de que ese desconocido y yo estemos hechos el uno para el otro. Un momento... ¿Cuándo he empezado a tragarme lo del hada madrina y los finales felices?

Resulta curioso que lo que me saca de mi ensimismamiento es el silencio que se extiende por la casa. Agudizo el oído a la espera de escuchar a Jay moverse por el salón, quizás abrir algún armario o un cajón para cotillear —¿no es eso lo que hacemos todos cuando nos quedamos a solas en una casa ajena?—. Tal vez se haya marchado o puede que sea ahora cuando descubra que todo esto es producto de mi imaginación.

Acudo junto a la ventana y vuelvo a probar suerte. No obstante, continúa inamovible. Salgo en dirección al salón y me encuentro a Jay tumbado en el sofá con los ojos cerrados. Su cabeza se apoya en uno de los reposabrazos, mientras que sus pies lo hacen en el otro. Hay líneas de tensión en su frente y en torno a sus ojos, como si estuviera dándole vueltas a algún tema desagradable. No creo que esté durmiendo.

—Desayuna —me dice, tras unos segundos.

He procurado moverme de forma silenciosa, pero igualmente debe tener un radar mágico o algo por el estilo.

—Sobre la barra —añade, y mi vista se desvía hasta esta.

Hay un bol repleto de frambuesas, moras, arándanos... Todos con aspecto fresco y jugoso. ¿Mi predilección por las frutas del bosque también estará en mi historial?

Me muevo hacia la cocina y Jay se incorpora, volviendo la mirada hacia mí.

—Y sí, puedo «detectarte» —comenta, enfatizando la última palabra—. A ti y a tus estados de ánimo.

Esbozo una sonrisa de pura inquietud. Este tío da más miedo por momentos.

—Desayuna —insiste.

No voy a hacerle ascos a uno de mis postres favoritos, así que obedezco solo por gula. Rodeo la barra y me siento en la parte que da al salón. Jay me observa mientras la cuchara va y viene del bol a mi boca, lo que me obliga a mostrar cierto decoro y no engullirlas como suelo hacer. Cuando frunce el ceño,

mi mano se queda a mitad de camino y mis cejas salen disparadas hacia arriba. Está claro que está deseando hacer algún comentario.

—¿Qué?

Hace un mueca.

—¿No tienes nada más... atractivo? —inquire, y sus ojos me recorren de arriba abajo.

—¿Perdona?

—Ya me has oído —replica. Apoya el codo en el respaldo del sofá y, a su vez, la barbilla en la mano—. Vamos a salir a dar un paseo y vas a llevarme a algún sitio que suelas frecuentar; un restaurante me vale para empezar la búsqueda. —Su mirada vuelve a subir y bajar por mi cuerpo—. Una buena presencia ayuda.

Se me escapa una carcajada cargada de cinismo.

—Perdone usted —me río—. El vestido para las fiestas reales lo tengo en la tintorería.

Él asiente, aunque su ceño sigue fruncido. No puedo creer que se haya tomado en serio lo que he dicho.

—No pasa nada.

«Oh, no —pienso para mí—. Otra vez esa mierda de los dedos».

Cuando quiero darme cuenta Jay ha vuelto a hacer de las suyas. No hay rastro de mis vaqueros ni de la camiseta que llevaba puesta y, en su lugar, me encuentro con un vestido fruncido en la zona del pecho y más amplio en torno a las caderas, que alcanza hasta la mitad de mis muslos. Su color azul sufre un degradado desde la parte inferior hasta llegar a los hombros, donde es de un tono más intenso. Sobre la tela del vestido hay una segunda capa de tul que debería horrorizarme, pero que, sin embargo, dota a la prenda de un toque único. En realidad, es precioso.

Bajo la vista y me encuentro con unos zapatos en tono *nude* con un tacón de al menos diez centímetros. Casi había esperado encontrarme cristal brillando sobre mis pies, aunque no puedo decir que esté decepcionada.

—Como hada madrina no sé, pero como estilista te auguro una carrera prometedora —bromeo, a pesar de que tengo que reconocer que ha hecho un trabajo magnífico.

Pero, teniendo en cuenta la situación, que Jay tenga un gusto para la moda

tan exquisito es lo de menos.

—Estás preciosa —señala él, y suena sincero.

Me ruborizo sin poder evitarlo y, durante un largo minuto, en la estancia se respira un ambiente enrarecido.

Jay es el primero en apartar la vista e, incluso así, yo sigo mirándole.

—Has dicho algo de un restaurante —apunto, solo por decir algo.

Se aclara la garganta antes de contestar.

—Tienes que dejarte ver —repone, y se levanta del sofá—. Creo que podremos posponer el perfil y probar suerte. Es bastante probable que ya conozcas a tu futuro esposo.

Estoy bastante segura de que mi expresión en ese instante es, cuando menos, cómica. ¿Esposo? ¿De verdad ha dicho «esposo»?

—Ajá.

No se me ocurre qué más podría decir. Todavía estoy digiriendo lo del esposo... ¡Dios, no! Creo que voy a saltarme esa parte y hacer como si no hubiera dicho nada al respecto.

—Probaremos en los lugares a los que sueles acudir —dice él, con una naturalidad que asusta.

¿De verdad ya conozco a mi... alma gemela? Un montón de rostros pasan a toda velocidad frente a mis ojos, una sucesión de tíos que van desde compañeros de trabajo a simples conocidos, incluyendo el que suele traerme la pizza cuando hago un pedido a domicilio y que siempre me sonrío le dé o no propina.

No quiero volver a caer en la fase de negación, pero me está costando lo mío. ¿En qué momento me he metido yo en todo este lío? Una cosa está clara, jamás volveré a entrar con Lara en una librería; nunca nunca jamás.

## 8

Cuando Jay agarra el pomo de la puerta de entrada este cede bajo su mano. Cero resistencia. Me tiende un pequeño bolso de mano que se ha sacado de a saber dónde y sale al descansillo, no sin antes invitarme a que sea yo la primera en abandonar mi piso. Estoy segura de que mi vecina de enfrente, la señora Jackson, está atrincherada tras su mirilla como siempre. Debe estar alucinando; no solo porque yo vaya vestida como si fuera a acudir a un baile de gala, sino porque hay que admitir que, a pesar de su expresión de aburrimiento, Jay está de muy buen ver.

Encontrarme en la calle me despeja la mente más de lo que esperaba. Jay echa a andar y yo le sigo por pura inercia. Decir que la situación es extraña suena... bueno, como el eufemismo del siglo. Una parte de mí se niega a admitir que algo de esta locura pueda ser real. Sin embargo, la otra parte... Me dedico a la abogacía, ya sabéis: causa probable, duda razonable... ¡Pruebas, pruebas, pruebas! Aunque también esté acostumbrada a jugar con las distintas interpretaciones de un hecho en concreto.

La cuestión es que Jay podría haberme drogado para llevarme hasta mi apartamento. Podría haber escondido el iPad entre su ropa y mostrarlo en el momento adecuado, como el que se saca un as de la manga. El desayuno podría haber estado guardado en mi propio frigorífico desde la noche anterior; esta mañana ni siquiera he mirado dentro. En cuanto al bloqueo de la casa... eso tiene una explicación más difícil, aunque no imposible. Pero mi cambio de *look* en décimas de segundos y, sobre todo, la aparición repentina de los dulces de la señora Higgins son muy muy complicados de razonar.

Para no perder la cordura me tengo que aferrar a que es Jay el que sufre algún trastorno de personalidad.

—No estás loca —me suelta, como si supiera el rumbo que han tomado mis pensamientos, lo cual añade más inquietud a la ya existente.

—Pensaba más bien que el loco eres tú.

Las comisuras de sus labios tiemblan en un esfuerzo por reprimir la sonrisa. No entiendo lo que tiene en contra de ellas.

—Yo tampoco estoy loco —señala, muy convencido—. Y no, no puedo

leerte la mente —para no poder hacerlo, se le da muy bien interpretar mis pensamientos—, pero sí detecto parte de tus emociones; eso facilita mi labor.

Os aseguro que hubiera podido vivir sin saber eso.

Por un momento admito la posibilidad de que sea quien dice ser y que la magia exista —solo por un momento—. Mi mirada cae de nuevo sobre mi atuendo, un vestido precioso y unos zapatos no menos bonitos. No es que no suela arreglarme a menudo, sin embargo, hay algo equivocado en todo esto. Tengo una familia pequeña y mis verdaderos amigos se cuentan con los dedos de una mano. Aun así, sé que cada uno de ellos me quiere por lo que soy.

—Esto está mal —farfullo, y Jay ladea la cabeza para mirarme mientras seguimos andando—. No quiero sonar desagradecida, pero si se supone que estamos buscando a mi... pareja —comento, porque no pienso decir en voz alta lo del alma gemela—, ¿qué más da lo que lleve puesto? Él debería quererme por mí misma, al margen de cómo vaya vestida.

Jay se detiene con tanta brusquedad que prosigo caminando varios metros hasta darme cuenta de ello. Retrocedo hacia él, que me observa con una mirada curiosa, mucho más interesada de la que ha mostrado hasta ahora.

—Te pareces a Bella.

—¿Bella? ¿De *La bella durmiente*? —replico, a pesar de que me siento ridícula.

Él niega con la cabeza.

—De *La Bella y la Bestia*.

Hasta ahora había mencionado en varias ocasiones a Cenicienta, así que escuchar de sus labios esa afirmación no debería resultarme tan confuso. Igualmente, no soy capaz de esconder mi sorpresa.

—No sabía que Bella hubiera tenido hada madrina.

Jay se ríe. ¡Por fin! Y no me había dado cuenta de lo mucho que deseaba verlo sonreír hasta este momento.

—Ella no, era él —comienza a andar de nuevo y yo me apresuro a seguirle—. Me asignaron a Bestia después de que un hada novata metiera la pata con él y la cosa acabara con un grave problema de vello facial y corporal. —Tuerce el gesto, pero cuando vuelve a hablar su voz suena melancólica y cargada de cariño—. Lo curioso es que yo apenas si tuve que intervenir, Bella hizo de esa historia algo sencillo. Ella creía que lo importante siempre estaba en el interior, aunque

tampoco era que necesitase de vestidos espectaculares o maquillaje. Era hermosa más allá de todo eso, como tú.

Aprieta el paso y no dice una palabra más, lo que me hace pensar que la última parte igual no tenía pensado soltarla en voz alta. Me esfuerzo por encontrar una pregunta que le haga continuar hablando y al final, de todo lo que podía haberseme ocurrido, planteo la cuestión más banal.

—¿Qué edad tienes?

Su expresión cambia, volviéndose menos seria.

—Los años se confunden, los siglos...

—¿Siglos?

—Tengo unos treinta —repite, divertido—. Año arriba, año abajo.

—¿Siglos? —repito yo, y suelto una risita estúpida.

—Treinta años —apunta, dando por zanjada la cuestión.

Nuestro paseo, a pesar de carecer de un rumbo definido, termina en la zona sur de Central Park. En realidad, no es que viva demasiado cerca, normalmente tomo el metro para venir hasta aquí. Pero de algún modo hemos llegado al pulmón de la ciudad y a mí ni siquiera me duelen los pies.

Accedemos a través de una de las puertas para peatones y continuamos deambulando por uno de los senderos que lo recorren. La ausencia de nubes y una excelente temperatura hacen de este un día perfecto para visitar el parque, por lo que no escasean ni los turistas ni los neoyorquinos con ganas de disfrutarlo. Nadie se fija en nosotros ni en mi vestimenta. ¡Esto es Nueva York!

Debemos haber recorrido al menos la mitad del parque cuando por fin nos sentamos en un banco frente al Reservoir, el estanque principal. Bajo la mirada hasta mis zapatos. Definitivamente tienen que ser mágicos porque no hay forma humana de que, tras la larga caminata, no me produzcan la más mínima molestia. Los observo con curiosidad.

—¿Eran de cristal? —comento, refiriéndome a Cenicienta y sus famosos tacones.

Jay, que se ha acomodado a mi lado, asiente con la vista perdida en los árboles de la orilla de enfrente.

—Eran magníficos, mi mejor creación —farfulla, abstraído.

No puedo evitar fruncir el ceño.

—Nunca he entendido ese cuento —le digo—, ¿de verdad necesitaba

probarle el dichoso zapato para saber que era ella la chica de la que se había enamorado?

Una de sus comisuras se eleva. Ni aun así me mira.

—La suya fue una historia muy complicada. Si te portas bien, tal vez algún día te la cuente.

Permanecemos en silencio durante un rato, contemplando las hermosas vistas. Central Park es uno de mis lugares favoritos de todo Manhattan y más si, como ahora, es primavera. Todo se ve de un verde increíble, salpicado de zonas de vivos colores allí donde las plantas han florecido. Estar aquí, en mitad del parque, es como estar en otro planeta. Nada de asfalto, hormigón ni coches.

Una pareja se detiene justo frente a nosotros. Ella, con una larga melena pelirroja, casi parece tener el pelo en llamas. Él, por su parte, es moreno y tiene unos ojos muy llamativos, de un gris plateado. Está rodeado de un aura de peligro tan intensa que no puedo evitar fruncir el ceño. Los observo con detenimiento. Jay también los está mirando.

—Vamos, Stone —le dice ella, empujándolo con suavidad cuando él la rodea con los brazos e intenta besarla.

No se esfuerza mucho más para resistirse a él y, al final, permite que la bese. Lo siguiente que sé es que se están devorando el uno al otro como si sus vidas fueran a terminar segundos después. Desvío la mirada y me encuentro con que Jay está sonriendo.

—¿Los conoces? —inquiero, porque en su expresión se lee cierto reconocimiento.

Él ni confirma ni desmiente, solo sonrío. Se remueve en el asiento y su pierna roza la mía. A pesar del tacto rugoso de sus vaqueros, el gesto se transforma en una caricia sutil contra la piel de mi muslo. Un cosquilleo asciende desde este hasta una zona a la que no quiero prestar atención en este momento, menos aún teniendo en cuenta quién lo ha provocado. Noto el calor acumularse en mis mejillas.

—Es un punto caliente.

A punto estoy de llevarme las manos a la cara y ocultarla de su mirada. ¿Se ha dado cuenta también de eso? Aguanto el tipo como puedo, aunque me esté muriendo de la vergüenza.

—¿Perdón? —repongo, dispuesta a negarlo todo.

—Central Park. Aquí la magia es mucho más intensa que en cualquier otro lugar de la ciudad —me explica, y se me escapa un suspiro de alivio—. La línea entre los mundos es más delgada.

Me giro para mirarle y él hace lo propio, y de pronto me presta toda la atención que hace un momento reservaba para el paisaje.

—La fuerza aquí más intensa es —bromeo, tratando de aligerar la tensión, aunque no sé si las hadas conocerán *Star Wars*.

Jay no reacciona, continúa concentrado en mí. Está claro que no es aficionado al cine.

—Estaba equivocado contigo —señala, tras unos segundos.

Me da por pensar que, después de todo, por fin se ha dado cuenta de que esto tiene que ser un error, que su jefe ha elegido mal y no soy ni mucho menos la persona que debía convertirse en su asignación. No sé por qué, pero ese pensamiento me entristece. Ahora que empezaba a aceptar la existencia de la magia creo que Jay va a decirme que se marcha —como yo misma no me he cansado de pedirle— y que no voy a volver a verle.

Trago saliva en un intento de deshacer el nudo que se me ha formado en la garganta. No lo consigo.

## 9

—Ya, bueno... —contesto, solo por decir algo.

Jay mantiene sus ojos sobre mi rostro unos segundos más y me siento obligada a cambiar de tema.

—¿Por qué has dicho que me parezco a Bella? No es que te lo haya puesto demasiado fácil...

Parece salir de su trance. Parpadea y su mirada se posa de nuevo sobre el estanque. A continuación, se encoge de hombros.

—No lo sé... Tal vez sea porque tampoco ella quería enamorarse — comenta—. Sus sueños eran otros.

Al menos no soy la única rarita del grupo.

—Por lo que veo esperabas que diera saltos de alegría.

Agita la cabeza.

—No, Alice. Lo entiendo, de verdad —me dice, y suena sincero, pero aun así siento deseos de explicarme.

No es solo que tenga miedo a que todo salga mal y tenga que vivir con la certeza de que he perdido al amor de mi vida.

—Es que... todo parece demasiado forzado —apunto, aunque no sepa si tiene sentido.

Jay exhala una carcajada y el sonido musical de su risa parece rodearnos en forma de suave brisa, incluso el sol brilla con más fuerza, o puede que me lo esté imaginando.

Mi móvil vibra en el bolso y me veo obligada a prestarle atención. Hablo rápidamente con Lara, que me cuenta casi sin respirar lo bien que se lo pasó en la fiesta. También me interroga acerca de mi éxito con el macizo de Jay — palabras textuales— y no me sorprende que recuerde su nombre; Lara nunca olvida a un hombre guapo, pero, en cambio, jamás sabe en qué día vive. La despacho con rapidez asegurándole que la pondré al corriente cuando nos veamos.

—Nadie va a obligarte a que te enamores. Puedes resistirte o puedes dejarte llevar —tercia Jay, en cuanto cuelgo. Se reclina sobre el respaldo del banco y pasa uno de sus brazos por detrás de mí, rozándome la espalda. Un escalofrío me

recorre de pies a cabeza—, y que sea lo que la magia quiera.

—Ya, eso es muy fácil de decir para ti.

Su expresión se transforma por completo. Es como si acabara de darle una bofetada. De repente, parece que todo el peso de los siglos que mencionó antes cayeran sobre él.

—Sí, muy fácil —replica, y aunque intenta emplear un tono ligero, no consigue disimular del todo el deje de amargura en su voz—. Está bien, llévame a tu restaurante favorito.

El cambio de tema, así como el de su actitud, es tan drástico que por un momento no sé qué contestar. Tras casi un minuto, asiento y me pongo en pie. Trato de sonreír, pero es en vano. Jay ni siquiera se molesta en mirarme.

No sé a dónde esperaba que lo llevase, pero seguro que no era a un lugar como este. En los alrededores de mi casa hay un restaurante —por llamarlo de alguna manera— pequeño y bastante cutre al que Lara y yo acudimos habitualmente, sobre todo cuando nos entra hambre a horas intempestivas. Abre toda la noche y tienen los mejores perritos calientes de todo Manhattan. También sirven hamburguesas y sándwiches, y todo lo acompañan con patatas fritas y ensalada de col.

Jay entra detrás de mí y observa el local con interés, a pesar de que no hay demasiado que mirar. Unas pocas mesas y sillas configuran el mobiliario. No hay manteles ni cubiertos, nada salvo un taco de servilletas en cada mesa.

—¡Ali! Ya te echaba de menos —grita Bam, en cuanto me ve.

Nunca he sabido de dónde viene su nombre o si es tan solo un apodo, pero así es como se presentó el primer día que Lara y yo estuvimos aquí hace ya unos cuantos años.

Su sonrisa reluce desde detrás del mostrador, aunque una arruga surca su frente cuando sus ojos pasan de mí a Jay.

—¿Y Lara? ¿No ha venido contigo hoy?

Por su tono, en realidad parece preguntar: «¿Quién es este tipo?».

Antes de que abra la boca, Jay se coloca frente a él y le tiende la mano.

—Jay Forevermore —se presenta.

Bam parece a punto de estallar en carcajadas al escuchar su apellido.

—Encantado, tío.

Se estrechan las manos con energía.

Bam es un tipo muy alegre y hablador. Debe tener apenas uno o dos años menos que yo, pero su altura y sus espaldas de jugador de fútbol americano lo hacen parecer mayor. Siempre que Lara y yo venimos se pasa todo el tiempo posible sentado en nuestra mesa. Sin embargo, hoy nos sirve nuestro pedido y no sale de detrás de la barra en ningún momento.

—Se lo haría contigo —suelta Jay a bocajarro. Ni siquiera se molesta en bajar la voz.

—¿Se supone que eso tiene que resultar romántico? Pensaba que buscabas a mi alma gemela —replico, y por mucho que intente evitarlo mi voz adquiere un matiz burlón.

Tuerce el gesto, como si hubiera esperado una respuesta distinta de mí.

—Empezaremos por lo básico: atracción física.

No añade nada más.

Lo que está claro es que parece dispuesto a seguir adelante con su misión y, aunque me fastidia, una parte de mí se alegra de que no haya decidido tirar la toalla.

Desde ese momento la velada adquiere un tono distinto. Jay le da un mordisco a su perrito y se le escapa un suspiro de satisfacción que echa por tierra esa pose de tipo apático y de vuelta de todo. No puedo evitar sonreír cuando, con el siguiente bocado, ocurre exactamente lo mismo.

Tras devorar la comida, charlamos mientras apuramos nuestros refrescos. Acabo contándole un montón de cosas sobre mí, del trabajo que llevo a cabo en el bufete, de mi infancia en Brooklyn, de Lara y nuestra amistad, incluso de mis padres. Él también se suelta y me narra varias anécdotas sobre su labor como hada madrina.

—Te lo digo en serio —afirma, tras relatar una versión algo diferente de la historia de Caperucita Roja—. Yo era el Lobo Feroz.

Lo dice con una exultante sonrisa que, durante un instante, hace que me olvide hasta de mi nombre.

—¡Pero si Caperucita era solo una cría!

Jay arquea una ceja, haciéndose el interesante.

—No te creas todo lo que lees —repone—. Años más tarde se casó con el leñador —añade, y me guiña un ojo.

—Así que los cuentos de hadas son reales.

Él se encoge de hombros. Sus dedos trazan las líneas que, durante años, los clientes han ido grabando en la madera: una fecha, nombres o iniciales...

—Más a menudo de lo que quisiéramos un hada ejerce de musa y le susurra una historia a algún escritor —me explica, sin levantar la mirada de la mesa—. Luego este la interpreta a su manera, ya sabes. Un poco más de drama por aquí, unos toques de romanticismo por allá. Cambia un detalle porque no resulta creíble o porque le da más consistencia a la trama.

Me río de su vehemencia y de lo indignado que suena, pero descubro en ese mismo momento que ya no pongo en duda ni una sola de sus palabras.

Cuando atino a mirar el reloj es casi media tarde. No puedo creer que hayamos pasado casi todo el día de un lado a otro y, lo que es aún más sorprendente, que Jay se haya mostrado tan agradable conmigo.

De camino a casa la charla continúa, Jay me cuenta cosas sobre su madre, que es algo así como una celebridad en su mundo. Por lo visto, desciende de una prominente familia de hadas.

—Estooo... —titubeo unos segundos, plantada en mitad del salón—. ¿Tienes una residencia mágica en Manhattan o algún sitio donde quedarte?

—Aquí —afirma, dejándose caer en el sofá—. Será mejor que descansemos, mañana empieza tu cuento de hadas.

«Mi cuento de hadas», repito para mí misma. Debe ser lo único en lo que me cuesta creer.

Y así, sin el menor atisbo de duda, Jay se instala en mi pequeño apartamento a saber por cuánto tiempo.

# 10

Me encantaría poder decir que, efectivamente, al día siguiente da comienzo mi particular cuento de hadas, pero eso sería mucho decir. Cuando despierto, Jay ya está en pie y ni siquiera sé muy bien si ha dormido o no. ¿Duermen las hadas? Me quedo con la duda. A un chasquido de sus dedos el maldito iPad aparece de la nada.

Por alguna razón, pasa por alto lo de interrogarme acerca de mis «preferencias» y me anima a mencionar al primer hombre de mi pasado que me venga a la mente. Sin pensarlo, nombro a Mike, un compañero de facultad con el que salí un par de veces, aunque la cosa no fue a más. Era inteligente y muy competitivo, además de atractivo. Sin embargo, yo no estaba muy por la labor de establecer una relación seria y, muy a mi pesar, temía atraer algún tipo de desgracia si continuábamos viéndonos; algo que suele ocurrir siempre que salgo con alguien.

Jay asiente y sus ojos se centran en la pantalla del aparato. Me pregunto si también tiene acceso a la ficha de los tíos con los que he salido.

—Bien —me dice, tras varios minutos en silencio—. Esta tarde acudiremos a un cóctel.

Esa es toda la información que me da. Hoy ha adoptado una actitud mucho más seria y profesional. A mí, todo esto de buscar el amor verdadero valiéndose de la tecnología y de la magia a la vez me deja un poco fría. No sé muy bien cómo sentirme, pero le sigo el juego a la espera de comprobar lo que ocurrirá a continuación. El resto del día lo dedico a adelantar parte de los informes que tengo pendientes, dado que ayer pasé el día fuera de casa. Jay me deja tranquila, así que puedo hacer como si mi vida no se hubiera convertido en una especie de *show* televisivo para encontrarme pareja. Me consuela la idea de que al menos no tengo público.

—¡Yo puedo vestirme! —me grita, horas más tarde.

Me he encerrado en mi dormitorio y le he dicho que soy perfectamente capaz de arreglarme sin su ayuda. En honor a la verdad, sé que espera que me ponga un vestido, por lo que escojo un mono negro de aspecto sobrio solo para llevarle la contraria. Los tirantes son tan finos que, una vez más, prescindo del

sujetador. Lo único por lo que no me decido son los zapatos. Al final, salgo al pasillo y le lanzo una mirada lastimera.

—Puedes ayudar —le pido, señalando mis pies.

Después de calzarme con sus mágicos tacones creo que no podré prescindir de él en ese aspecto.

Tarda unos segundos en responder, los necesarios para que su mirada descienda por mi cuerpo de forma perezosa y recorra mi figura con un interés desmedido tratándose de él. Tose para aclararse la garganta justo antes de chasquear los dedos. Empiezo a acostumbrarme al sonido. Sin embargo, que de repente mis talones comiencen a alzarse mientras estoy de pie, provoca que me tambalee.

Jay se apresura a sostenerme por la cintura.

—Estás realmente espectacular —susurra, muy bajito, y su aliento revolotea sobre mis labios.

Percibo el calor que emana de las palmas de sus manos filtrándose a través de mi piel, provocándome un súbito cosquilleo que se va extendiendo por mi cuerpo conforme avanzan los segundos y no se aparta.

Mi plan para molestarle con mi vestimenta no parece haber tenido demasiado éxito. El brillo de sus ojos me advierte de que su comentario ha sido totalmente sincero.

—Eres preciosa —añade, aunque su tono de voz da a entender que se trata de un pensamiento que ha escapado de su boca sin que sea demasiado consciente de ello.

La tensión del ambiente se agrava por momentos cuando no se me ocurre nada que responder. Un «gracias» supongo que estaría bien, pero estoy demasiado entretenida observando sus labios entreabiertos y preguntándome cómo sería besar a un ser mágico sin estar drogada —lo de la vez anterior no cuenta—. El hecho de que me lo esté planteando resulta tan inquietante que consigue hacerme reaccionar.

Ahora soy yo la que tose de una manera bastante forzada y, ya estabilizada sobre unos preciosos zapatos rojos, doy un paso atrás. Los dedos de Jay resbalan sobre la fina tela que cubre mis caderas y me deja ir. La caricia me hace tragar saliva, consciente de que se ha trasladado a otras partes de mi cuerpo que Jay no va a tocar nunca.

«Oh, Dios. ¡No puedes estar pensando en él de esa forma!», me reprocho.

No sirve de nada. Por un momento estoy segura de que Jay ha vuelto a emplear el mismo truquito de la fiesta y ha doblegado mi voluntad de nuevo.

—Esperaré en el coche —balbucea, y abandona el apartamento tan deprisa que ni siquiera me da tiempo a contestarle.

Me dirijo al espejo de mi habitación para mirarme en él y asegurarme de que soy yo misma y no una zombi borracha de magia. Me siento rara, aunque, tras repasar las líneas de mi rostro, sé que continúo siendo Alice Queen, al menos por el momento. Se me escapa un suspiro dramático. No sé qué demonios estoy haciendo ni si esta locura tiene algo de sentido, menos aún por qué me estoy dejando arrastrar a ella.

Al llegar a la calle no le pregunto a Jay de dónde ha sacado el deportivo que hay aparcado frente al portal —ni cómo ha hecho para conseguir un aparcamiento en esta zona—, segura de que lo de usar la magia para beneficio personal debe estar a la orden del día, visto lo visto. O tal vez ponga como excusa que solo está haciendo su trabajo.

El cóctel es, en realidad, una fiesta organizada por un importante *holding* de empresas nacionales para celebrar que ha absorbido a una nueva compañía. La terraza del hotel en el que tiene lugar, situado en la Quinta Avenida, resulta tan desmesuradamente lujosa como sus asistentes. Hay sillones y sillas de madera distribuidas por varias zonas y un amplio surtido de plantas en grandes macetones que confieren al lugar un aspecto exótico y algo salvaje. Decenas de camareros van y vienen entre la gente portando bandejas de bebidas y canapés, y un cuarteto de cuerda ameniza la velada desde una esquina. Empiezo a plantearme si no debería haber permitido que Jay me vistiera.

—Encajas a la perfección —murmura él en mi oído, como si hubiera detectado mis dudas.

Según lo que me comentó, es probable que así sea.

Jay se hace con dos copas de vino blanco y me entrega una. Estoy a punto de preguntarle qué hacemos aquí cuando un rostro conocido llama mi atención.

—No me lo puedo creer.

—Deberías dejar de repetir eso —replica Jay, llevándose la copa a los labios.

Acto seguido, se detiene y observa el líquido unos segundos. Parece

cambiar de opinión porque la aparta de su boca y se la cambia de mano.

—Es Mike —le digo, aunque está claro que no es una casualidad—. ¿Es él? —pregunto esta vez, confusa.

¿Mike es mi gran amor? ¿Mike? No es que no me atraiga. El tiempo que hace que no nos vemos ha jugado en su favor. Se le ve mucho más adulto, y el traje oscuro que lleva le sienta como un guante. Aunque Jay, vestido mucho más informal que él, parece difícil de superar.

Parpadeo, aturdida por estar comparándolos y por sentirme parcialmente decepcionada.

—No tiene por qué. —Arqueo las cejas, animándole a explicarse—. No es algo que yo sepa de forma instantánea. Es algo un poco más complicado y lleva su tiempo.

Le doy un sorbo a mi vino porque de repente se me ha secado la garganta.

—¿No tendría que sentir algo especial?

Opto por no reírme, aunque me están entrando unas ganas locas. La situación roza lo ridículo.

—¿Por qué no vas a hablar con él? Déjate llevar —me anima, y tengo que aclarar que lo de hacer de alcahueta le sienta francamente mal.

No es así como me esperaba que se desarrollase este lío.

Mi indecisión no supone un gran problema. En ese instante, como si hubiera percibido que lo observamos, Mike gira la cabeza y nuestras miradas tropiezan. He de admitir que los nervios se arremolinan en la boca de mi estómago en cuanto me doy cuenta de que me ha reconocido y está sonriendo. ¿Es eso una buena señal?

Apenas tarda unos segundos en disculparse ante los dos hombres que lo acompañan y encaminarse en nuestra dirección. Al volverme hacia Jay me percató de que ha desaparecido.

—Jodida hada —mascullo para mí, pero fuerzo una sonrisa.

Mike me envuelve con sus brazos con la misma naturalidad que si aún siguiéramos en la facultad y no lleváramos años sin vernos.

—¡Dios, Alice! Estás increíble —exclama, echándose hacia atrás para contemplarme.

Su descarada mirada me hace sentir desnuda.

Atino a murmurar un «tú también», aunque creo que ni siquiera me

escucha. Su brazo rodea mi cintura y, si percibe algo de la incomodidad que me provoca, no da muestras de ello. Me arrastra hasta uno de los bordes de la terraza y yo, aturdida, no hago nada por resistirme.

—¿Eres miembro de la nueva compañía? —inquire, curioso.

De cerca está aún más atractivo. Su perfecta dentadura consigue deslumbrarme cuando me dedica una sonrisa a la espera de mi respuesta.

—No, no —me apresuro a negar, maldiciendo a Jay por no proporcionarme una coartada. Estoy segura de que no ha recibido una invitación—. Me ha traído un amigo... de un amigo.

Él asiente. A continuación me informa, no con poco orgullo, que forma parte del despacho de abogados del *holding*. Deja caer el nombre del renombrado bufete al que pertenece y no puedo evitar sentir cierta envidia al comprobar lo lejos que ha llegado en el mismo tiempo que yo. Claro que todos en la facultad sabíamos que Mike siempre fue un poco trepa, así que no tengo claro si su meteórico ascenso será por méritos propios.

Procuro centrarme en lo que me está contando, pero, por algún motivo, no puedo dejar de preguntarme dónde diablos se ha metido mi hada madrina. Tardo un rato en comenzar a relajarme. Mike lleva el peso de la conversación, aunque voy animándome conforme avanzan los minutos y terminamos recordando anécdotas de nuestros días en la universidad mientras nos reímos de nosotros mismos. Lo forzado de la situación se va diluyendo al ritmo que se incrementan las sonrisas.

# 11

—Estás increíble —me repite, agitando la cabeza.

Sus dedos se deslizan de manera fugaz por mi brazo, de manera que no estoy segura de si ha sido del todo intencionado. La intensa mirada que me dedica a continuación me dice que es probable que sí.

—Gracias —atino a responder.

Él traslada su atención a un grupo de gente que hay a varios metros de donde nos encontramos.

—No quiero acapararte —le digo, consciente de que este tipo de celebraciones suelen requerir ciertos compromisos. Mike no está aquí para tontear conmigo.

Sus ojos vuelven a mí y esboza una mueca de disgusto.

—Lo siento, es... —Hago un gesto con la mano, restándole importancia—. Podríamos quedar esta semana para comer —propone, y tras un leve titubeo añade—: O cenar.

No es demasiado sutil. El comentario viene acompañado de una media sonrisa que indica su interés.

—Déjame tu número —me pide, sacando su móvil del bolsillo interior de su americana. Se lo doy y en cuestión de segundos mi teléfono vibra en el interior del bolso de mano—. Ahora tú también tienes el mío. Pero no te preocupes, te llamaré esta misma semana.

Me percató de que se me ha hecho un nudo en la boca del estómago y, de repente, me acuerdo de Jay y de lo que se supone que es todo esto. Si tener una cita ya es algo extraordinario para mí, lo de ir en busca del amor de mi vida me produce una sensación de vértigo con la que no tengo ni idea de cómo lidiar.

—Vale —murmuro, porque no me salen las palabras.

Mike abre la boca para decir algo, pero, antes de que hable, alguien nos interrumpe. Una rubia que le saca varios centímetros de altura se cuelga de su brazo sin siquiera prestarme atención. Lleva un vestido impresionante, quizás incluso demasiado teniendo en cuenta que la fiesta tiene un carácter profesional y no lúdico, con la espalda al aire y tantas lentejuelas que llega incluso a deslumbrarme.

—Te reclaman, cariño —le dice a Mike y, por un instante, estoy segura de que no he oído bien.

¿Quién es esta tía?

Mike me saca de dudas en cuanto me la presenta.

—Alice, está es Minerva... —No solo es guapa, además tiene nombre de diosa. El pensamiento se evapora en el instante en que él termina la frase—. Mi prometida.

¿Prometida? ¡¿Prometida!?! ¿Qué demonios...?

Estoy segura de que el desconcierto en mi expresión resulta evidente. Estoy mirándola fijamente y sin pestañear. Al percatarme de ello, hago un esfuerzo para sonreír.

—Encantada.

—Alice y yo estudiamos juntos —prosigue Mike, como si no llevara cerca de media hora tonteando conmigo y me acabara de pedir el teléfono.

Ella lo mira con adoración y deja escapar una risita, pero no dice nada. Sin embargo, suelta su brazo y su mano se entrelaza con la de él. Mis ojos siguen el movimiento sin que pueda hacer nada por evitarlo.

—Enseguida voy —le dice a la diosa, y le da un apretón en la mano antes de soltarla.

La chica se despide de mí con un gesto de cabeza y nos deja a solas. Ahora sí que me siento realmente incómoda. Voy alternando el peso de mi cuerpo entre un pie y el otro con un leve balanceo del que apenas si soy consciente.

—Me ha encantado verte, Alice —señala Mike, y acto seguido me guiña un ojo—. Te llamaré.

Por si fuera poco, antes de marcharse se inclina sobre mí y me da un beso en la mejilla, demasiado cerca de la comisura del labio. ¿Qué se supone que hace? ¡Por Dios, está prometido! A punto estoy de darle un empujón y quitármelo de encima. Si no lo hago, es solo porque estoy demasiado alucinada para reaccionar.

Permanezco allí plantada sin saber muy bien qué acaba de pasar. Jay aparece a mi lado como por arte de magia —esta vez solo es una forma de hablar—, sonriendo satisfecho.

—Ha ido muy bien, ¿no?

Me quedo mirándole aún más perpleja que hace un momento, aunque la

sorpresa pronto se transforma en enfado.

—Lo sabías —apunto, porque la existencia de Minerva seguro que constaba en su maldita ficha—. Sabías que estaba prometido, ¿verdad?

Él se encoge de hombros y yo agito la cabeza.

—No me lo puedo creer.

La expresión confusa de Jay me dice que no tiene ni idea del motivo de mi furia.

—Estoy seguro de que va a llamarte.

—¡No quiero que me llame! —replico, a gritos, y un grupo de ejecutivos trajeados se vuelve para mirarnos—. Por Dios, va a casarse —gruño ahora, bajando la voz.

A Jay no parece que ese detalle le resulte relevante, lo cual no hace más que incrementar mi cabreo. Me doy media vuelta, dispuesta a salir de allí antes de que sea incapaz de contenerme y acabe montando un numerito. Me dirijo a los ascensores que llevan a la planta baja y ni siquiera le espero; por lo que yo sé podría descender volando los pisos que nos separan de la calle. Puede que así sea porque me alcanza ya en la acera, frente al edificio. No le dirijo la palabra. Me dedico a buscar un taxi libre para regresar a casa. No tengo ninguna intención de subirme a un coche con él.

—Espera, Alice. —Me agarra del brazo y, de inmediato, doy un tirón para que me suelte.

No quiero darle opción a que emplee su magia para someterme como hizo la noche de la exposición.

—No vuelvas a tocarme.

Cada vez estoy más enfadada. ¿Qué se supone que pretendía trayéndome aquí?

En cuanto veo un taxi disponible lo paro y me meto dentro sin mirar atrás. Jay no hace amago de seguirme y es mejor así, porque juro que estoy dispuesta a echarlo a patadas de vuelta a la acera.

Mi apartamento está en silencio y a oscuras, pero no encontrarle allí tampoco me hace sentir mejor. Voy hasta mi dormitorio y empiezo a desvestirme casi con violencia. La ducha rápida que me doy a continuación tampoco me hace sentir mejor. Estoy exhausta y mañana tengo que trabajar, por lo que, a pesar de que sé que me va a costar dormirme, lo único que puedo hacer es meterme en la

cama y olvidar lo humillante y patética que ha sido la noche.

Si creía que el lunes todo iría mejor, me equivocaba. Thomas, uno de mis jefes y con el que más estrechamente trabajo, regresa de los juzgados a media mañana de un humor de perros. No necesito preguntarle para saber que el juicio no ha ido bien. Durante las horas siguientes no deja de ladrar órdenes casi sin darme tiempo a que cumpla ninguna de ellas y, por si fuera poco, justo antes del almuerzo, termino de rematar la faena cubriendo el suelo de su despacho con los documentos de un expediente con más de doscientas entradas. Me fulmina con la mirada cuando se da cuenta del lío que he montado y no se corta en señalar, con no poco sarcasmo, que bien podía haber lanzado la carpeta por la ventana.

Ni que decir tiene que tengo que posponer la comida hasta arreglar el desastre. Me lleva más de una hora ordenar cada uno de los folios y, para entonces, mis tripas no dejan de rugir y estoy a punto del desmayo. Como Thomas sí que no se ha saltado su almuerzo y ya está en el despacho, me veo obligada a acercarme corriendo a una cafetería cercana y comprar —para llevar, claro está— un sándwich vegetal y un zumo. Me lo como a pequeños bocados mientras mi jefe prosigue demandando atención. El día, resumiéndolo mucho, es una auténtica mierda.

No regreso a casa hasta bien pasadas las siete de la tarde y apenas si me tengo en pie. No solo por el trajín del día, sino porque anoche no pegué ojo; todo lo que hice fue dar vueltas y más vueltas en la cama, y también preguntarme dónde estaría Jay y si se habría marchado para no volver. Una vez que abro la puerta de mi apartamento, mis ojos recorren el salón buscándole, sin saber muy bien si quiero que esté allí o no. El cansancio apenas si me permite pensar para conocer la respuesta a esa cuestión.

Sigo enfadada. Sin embargo, él está sentado tranquilamente en mi sofá. Tiene los ojos cerrados y la cabeza apoyada en el respaldo, pero estoy segura de que no duerme y me ha escuchado entrar.

—Alice... yo...

Pronuncia mi nombre con suavidad. Aun así, no dudo en corregirle.

—Es Ali —repongo, y aunque solo he dicho dos palabras incluso yo me sorprendo de la inquina con la que estas salen de mi boca.

—Mike te llamó Alice.

Se me escapa una carcajada cínica.

—Bueno, ya sabemos que Mike hace cosas que no debería hacer.

Sus ojos siguen cerrados y no se ha movido para mirarme, y eso no mejora en nada la hostilidad que bulle en mi pecho.

Exhala un largo suspiro y se pinza el puente de la nariz con una calma que me saca de quicio. No obstante, acto seguido, sus hombros caen y, al levantar por fin los párpados, atisbo un leve indicio de arrepentimiento en su expresión.

—Lo siento. Siento haberte presionado, pero tú eres mi asignación. Mi deber...

Lo interrumpo una vez más.

—¡No me importa quién seas o lo que crees que debes hacer! —exclamo, alterada—. Puede que sea «tu» trabajo, pero esta es «mi» vida. Mía —recalco—. Es mi puñetero corazón del que estamos hablando.

Alzo las manos en un gesto de pura frustración.

—¡Va a casarse con esa chica, Jay! ¿Qué esperabas?

Al igual que la noche anterior, se encoge de hombros, y a punto estoy de perder los papeles por ese gesto.

—Cosas así ocurren todos los días. La gente anula compromisos, se enamora de otras personas... Además, Minerva es la hija de uno de sus jefes. El interés de Mike en ella es puramente «comercial».

Resoplo ante su afirmación.

—¡Me da igual! ¡Ella es una persona! No la conoces y no puedes juzgarla por lo que ponga ahí —le recrimino, señalando el iPad que descansa en el asiento junto a él—. Y es más, si piensas que el amor de mi vida es un tío que no duda en casarse solo para medrar en el ámbito laboral, es que tampoco me conoces a mí en absoluto. Jamás me enamoraría de alguien así.

Jay se levanta, pero no se acerca a mí. El silencio que se establece entre nosotros está cargado de tensión y hostilidad. Al final, soy yo la que da por zanjada la discusión.

—Al diablo con este maldito cuento de hadas. Eres una pésima hada madrina.

Le doy la espalda.

—Lo siento... Ali.

Su voz se quiebra, pero yo sigo andando por el pasillo.

—Puede que en tu mundo de Nunca Jamás consigas todo lo que deseas con

un simple chasquido de dedos, pero mi vida no es así —le reprocho, antes de encerrarme en mi dormitorio dando un portazo.

# 12

El hecho de que haya elegido este preciso instante para emplear el diminutivo de mi nombre hace que me sienta un poco culpable. Eso, y la tristeza que he detectado en su voz. Quizás mi reacción esté resultando exagerada y, sin embargo, no puedo evitar que los ojos se me llenen de lágrimas en cuanto me quedo a solas. Teniendo en cuenta que el último chico con el que salí se dedicó a enrollarse a mis espaldas con media facultad, lo de la fidelidad es un tema delicado para mí.

Jay no tiene por qué saberlo, aunque probablemente también eso conste en mi maldita dicha. Me dan ganas de arrebatárselo el iPad y lanzarlo por la ventana. No me importa si es mi hada madrina o el mismísimo Santa Claus; nadie debería tener acceso a tu vida de esa forma a menos que tú decidieras compartirlo con él.

¿Cómo es posible que en apenas un fin de semana haya puesto patas arribas la tranquilidad de mi día a día? Claro que que se te presente tu hada madrina normalmente es algo que solo ocurre en los cuentos.

Trato de recobrar la calma mientras voy de un lado a otro de la habitación. Paso largo rato así, dándole vueltas a lo extraña que es la situación. Al recordar la forma en la que le he gritado mi malestar aumenta. No suelo perder los papeles de esa manera y mucho menos en público, pero la actitud de Jay la mayoría del tiempo tampoco ayuda en nada. Finalmente, regreso al salón sin saber si mi enfado ha desaparecido del todo. Quedarme aquí encerrada es infantil.

Encuentro a Jay en la cocina. La encimera está plagada de diversos ingredientes y él se afana de un lado a otro. Me apoyo en el umbral de la puerta en silencio, observando cómo dispone en varios platos un montón de rollitos de *sushi*. Sus manos son grandes y sus dedos largos y elegantes, pero lo más curioso es que esté tan concentrado en una tarea que ambos sabemos que podría ahorrarse.

—Pensé que tendrías hambre —me dice, sin levantar la cabeza.

Es obvio que sabe cuándo estoy cerca de él, aunque no tengo ni idea de cómo funciona ese radar que emplea para detectarme. En algún momento debería de explicármelo, porque da un poco de mal rollo.

Mi estómago lleva rugiendo casi desde que me terminé el sándwich vegetal en la oficina. A estas alturas, estoy famélica. Procuro que no se me note que estoy salivando de anticipación.

—Sé que te gusta la comida japonesa —agrega, con un claro deje de culpabilidad.

Ahora sí, alza la barbilla y en sus ojos atisbo una disculpa silenciosa.

—Cuando quieras saber algo sobre mí, deberías preguntarme —replico, a pesar de que puede que ya sea tarde para eso.

—Lo haré.

Suena sincero.

Se hace el silencio mientras él termina de prepararlo todo. Rechaza mi ayuda, por lo que me entretengo mirándole mientras mordisqueo sin pausa mi labio inferior. La sensación de que no tengo control alguno sobre lo que está pasando me pone muy nerviosa, y no me refiero precisamente al menú para la cena.

Una vez que termina y coloca todos los platos sobre la barra, me invita a sentarme con ademán conciliador. Suspiro, resignada. Degustamos las exquisiteces que ha preparado en silencio, hasta que se me ocurre poner algo de música y esperar que sea suficiente para que la estancia deje de asemejarse a un velatorio. Aun así, acomodo el volumen para que, si se da el caso, podamos hablar sin problemas.

—Cocinas muy bien —señalo, cuando me canso de esperar a que diga algo.

El comentario me sale con un tonillo de sorpresa que él capta de inmediato. Sonríe a medias, como si tuviera miedo de mostrarse más animado. Igual sí que se me ha ido la mano antes.

—Gracias —repite, y asiente con la cabeza—. A veces puedo hacer algo más que chasquear los dedos.

No es un ataque en toda regla, solo está tratando de que me relaje.

—¿Quieres vino?

Se levanta incluso antes de que conteste.

—Sí, por favor.

Sirve un copa y me la tiende, mientras que él continúa bebiendo agua. Observo el líquido, la botella, y luego mis ojos vuelven a Jay, aunque su atención está puesta en el plato.

—¿Tú no bebes?

Agita la cabeza y sonrío como si acabara de contar un chiste que solo él entiende. Recuerdo que el día de la exposición comentó algo respecto, pero los detalles de esa noche están bastante difusos.

—Alice es un bonito nombre —tercia él, sin responder a mi pregunta—. Alicia... *Alicia en el país de las maravillas*.

—Oh... —Es todo cuanto se me ocurre decir.

Él alza la vista y me mira al fin, aún con la sonrisa bailando en sus labios. Sin embargo, hay cierta tristeza en ella. Tras unos instantes en silencio, toma mi copa y la mira al trasluz.

—Las hadas no podemos beber. No «debemos» beber. —Me devuelve la bebida y se yergue en el asiento, aunque de repente es como si estuviese a kilómetros de aquí—. Lo de caerse por una madriguera no fue algo planeado... eso seguro.

Después de lo enfadada que he estado con Jay durante toda la velada, no puedo evitar compadecerme de él.

—El alcohol altera nuestra magia —me dice, avergonzado— y... yo estaba totalmente ebrio. Casi logro que la maten.

Me quedo callada porque no sé muy bien qué decir. Sin embargo, él rompe a reír a carcajadas.

—Lewis lo hizo muy bien, ¿sabes? Lo narró de forma muy fiel a lo que en realidad sucedió —comenta, agitando la cabeza con cierta melancolía.

No sé por qué, después de lo que estoy viviendo desde que Jay apareció en mi vida, sigo sorprendiéndome.

—¡Eh, un momento! —repongo, y le señalo con el dedo—. Tú bebiste la noche que nos conocimos. Lo que pasó después...

No termino la frase, recordando que acabé desnuda frente a él.

Jay niega, pero yo insisto.

—¡Podía haber acabado persiguiendo a un conejo blanco!

El comentario le hace reír aún más fuerte.

—Suerte que no fue eso lo que hiciste. —Sus labios se mantienen curvados y su mirada destila picardía. Sé exactamente en lo que está pensando—. Solo fue una copa, no comportó un peligro real.

«Ya, eso será porque no fue él el que terminó en pelotas».

—¿Qué fue de Alice? —tercio yo, cambiando deliberadamente de tema—. ¿Tuvo su final feliz? ¿Encontró el amor verdadero?

—Las hadas madrinas no siempre actuamos como casamenteros. Pero sí, Alice tuvo su final feliz. —Exhala un suspiro que me hace pensar que hay más tras esa historia y, cuando creo que no va a decir nada, añade—: Estoy cansado de esto. Este trabajo...

Se detiene de forma abrupta, como si de repente cayera en la cuenta de que ha hablado de más. Sin embargo, sus ojos siguen reflejando una tristeza que no logra esconder. Me pregunto si él, dedicado a hacer que los demás encuentren a su alma gemela, se sentirá tan solo como yo me siento a veces. Siempre he bromeado con que estoy maldita en cuanto a relaciones amorosas, destinada a que ninguna de ellas funcione, pero ¿tienen las hadas siquiera la oportunidad de enamorarse?

En un acto inconsciente, cubro su mano con la mía y le doy un pequeño apretón. Sus ojos vuelan hacia nuestras manos unidas sobre la madera y permanece al menos un minuto largo mirándolas fijamente.

Empiezo a comprender el porqué de esa desgana que ha mostrado desde el primer momento, quizás está harto de vivir viendo cómo los demás se enamoran. Supongo que, por muy mágicas que sean, las hadas también albergan sentimientos y anhelos que no son capaces de obtener chasqueando los dedos.

Tras otro largo suspiro, su atención regresa a mí.

—Siento lo de anoche —balbucea, y, por su expresión, sé que no lo dice por decir.

—Está bien. Solo...

—Irá bien. Todo irá bien —afirma ahora sin titubeos—. Y no volveré a actuar de esa forma.

Nuestras manos siguen unidas y, tras unos segundos en los que ninguno de los dos dice nada, comienzo a sentir que el gesto es... inapropiado. La retiro y tomo de forma apresurada el tenedor. Lo siguiente que sé es que me estoy metiendo un trozo enorme de *sushi* en la boca como excusa para no tener que hablar.

Jay me dedica una sonrisita que no atino a interpretar, pero que mi cuerpo traduce en un gran nudo en la boca del estómago y un repentino aumento de mi temperatura corporal.

—Deberías irte a la cama —sugiere, cuando damos por finalizada la cena—. Mañana tienes que trabajar.

Por un momento he creído que iba a decirme que mañana daría comienzo mi cuento de hadas —otra vez—, pero me alegra que recuerde que tengo más vida al margen de esta frenética carrera para encontrar el amor.

Por más que lo pienso, todo esto sigue resultándome ridículo.

—Buenas noches, Jay.

—Buenas noches, Ali.

# 13

—¡OH. DIOS. MÍO!

Lara atraviesa la puerta como un pequeño huracán y se detiene en cuanto sus ojos se posan sobre Jay.

Mi hada madrina y yo llevamos conviviendo ya una semana y no me ha presionado para tener más citas, dice que primero quiere recopilar la información necesaria para hacer las cosas bien. Así que, mientras yo me dedico a seguir con mi vida, él vaga por la casa y, de vez en cuando, desaparece durante unas horas para ir a Dios sabe dónde. Además, no deja de hacerme más y más preguntas.

Como cada primer viernes de mes, se supone que Lara y yo hemos quedado para ponernos ciegas a comida basura, cotillear sobre nuestras respectivas vidas y ver una o dos películas; eso cuando mi amiga no insiste en arrastrarme a alguna fiesta. El caso es que es «nuestro» viernes de chicas y lo último que espera encontrarse es a Jay sentado en mi sofá.

Su mirada alterna entre ambos y sus cejas se arquean, interrogantes. Está claro que su imaginación ha empezado a funcionar a marchas forzadas.

—Hola, macizo de la exposición —le saluda, y yo no puedo evitar reírme.

A Jay no parece importarle demasiado el apodo. Se pone en pie y se acerca a ella tendiéndole la mano. No creo que le pase desapercibido el minucioso repaso al que Lara le está sometiendo.

—Hola, Lara.

—¡Qué mono! —exclama ella, girando la cabeza en mi dirección—. Se acuerda de mi nombre.

Permanezco de brazos cruzados junto a la entrada, sin dejar de sonreír, mientras le estrecha la mano a Jay con excesiva efusividad y sigue comiéndoselo con los ojos.

—¿Habíais quedado? ¿Tenéis una cita? Podemos cancelar lo nuestro —recita Lara, a toda prisa, aunque ni siquiera me mira.

La verdad es que Jay está hoy más guapo que nunca, y no es que yo me haya fijado el resto de los días... Bueno, tal vez un poquito de nada.

Lleva un sencillo jersey de punto fino en color gris y unos vaqueros negros que hacen equilibrio sobre sus caderas, botas de cordones parcialmente

desatados y el pelo alborotado de esa manera tan suya. Cuidadosamente despeinado. Por fin parece haberse deshecho de ese gesto apático tan común en él los primeros días y tengo que admitir que... es un auténtico bombón, para qué mentir.

Ahora soy yo la que se lo come con los ojos.

—¿Ali? —me llama Lara, y, por su tono, sé que no es la primera vez que reclama mi atención.

—¿Eh?

Jay suelta un risita y se muerde el labio inferior. Soy incapaz de apartar la vista de su boca.

Lara, que por fin ha conseguido obligar a su cuerpo a soltar la mano de Jay, viene hasta mí y me da un empujoncito.

—Tienes mucho que contarme —murmura entre dientes, y yo trago saliva, sopesando qué se supone que voy a decirle.

—Os dejaré a solas —señala Jay, sin esconder la diversión en su voz.

Niego con disimulo, a la espera de que mi amiga no se percate de ello. Si me deja a solas con Lara, voy a tener que mentirle, y no quiero. ¿Qué voy a contarle? ¿Que Jay es mi hada madrina porque mi vida amorosa es un completo caos? No es que le vaya a costar creerse la segunda parte —tiene información al respecto de primera mano—, pero lo de la magia es otra historia. Yo aún no termino de creérmelo del todo y eso que he visto de lo que Jay es capaz.

—Aunque puedo quedarme si no os importa —tercia él, y yo le sonrío, agradecida.

—¡Genial! ¡Quédate! —exige Lara, entusiasmada con la propuesta—. Pediremos unas pizzas y traigo helado para un ejército.

Al final se queda y se ofrece a preparar comida libanesa. Yo me pongo a rezar para que no comience a chasquear los dedos a lo loco y a Lara le dé un síncope. Sin embargo, se limita a sacar decenas de cosas de los armarios y el frigorífico; la mayoría de ellas ni siquiera sé qué son, pero estoy segura de que no estaban en mi última lista de la compra.

Tras su ofrecimiento, mi amiga me lanza su clásica mirada de «tienes mucho que explicar», y, mientras Jay cocina, añade la de «¡por Dios, Ali! ¿A qué esperas para pedirle que se case contigo?».

Yo sonrío y puede que ahora mismo me esté mostrando un poco pagada de

mí misma. No todos los días se tiene a un tipo tan atractivo preparándote la cena, aunque ambos sepamos que no hay nada más entre nosotros que una relación... ¿laboral? Lo que sea. Nada me impide alegrarme la vista. Y eso es precisamente lo que estamos haciendo Lara y yo, observando sin disimulo la forma perfecta en la que los vaqueros se ajustan al culo de mi hada madrina.

Jay se gira de repente y nos pilla embobadas.

—Estooo... Voy a poner la mesa. —Se ofrece mi amiga, más rápida de reflejos.

Aprieta los labios para no partirse del risa al mirarme. Debo haberme dejado la boca abierta. Por lo que sé, bien se me podría estar cayendo la baba.

—¡Te ayudo! —exclamo, con un tono que me hace parecer aún más idiota.

Jay se frota la sombra de barba que cubre sus mejillas y juraría que le tiemblan las comisuras de la boca, pero su única reacción es asentir.

—Esto casi está listo.

—¡Genial! —repongo, mientras rebusco en un cajón, aunque no tengo ni idea de lo que estoy buscando.

Lara ya está colocando las mesas nido que hay junto al sofá para tener más espacio. Cojo algunos platos y me reúno con ella.

—Dime que te lo estás tirando —sisea, ganándose un codazo.

—Tú siempre tan sutil.

Echa un vistazo por encima de su hombro antes de responder.

—¿Pero tú lo has visto bien? ¡Ese tío no es de este mundo! —Me atraganto con mi propia risa, consciente de que no puede tener más razón—. ¿Eso es un sí?

—No. Es... un amigo, ¿vale?

No añado nada más y, por la suspicaz mirada que me lanza, sé que no se traga ni una palabra. Sin embargo, nos vemos obligadas a aplazar la conversación cuando Jay sale de la cocina con las manos llenas de platos que huelen de una forma deliciosa.

Lara y él se pasan la noche bromeando. Es tan obvio que, por un momento, llego a sentir ciertos celos. Jay no deja de sonreír y se muestra más amable incluso que en estos últimos días. Durante la semana ya no se ha comportado como si tuviera un palo metido en el culo, que es lo que parecía cuando le conocí, pero tampoco ha estado tan jovial y extrovertido.

No es que me estén dejando al margen ni nada por el estilo, solo que él

parece mucho más relajado y Lara... Bueno, Lara es una mujer divertida e increíble, además de una amiga inmejorable. No la cambiaría por nada. Lo cual me hace sentir un poco culpable por querer acaparar la atención de mi hada madrina.

—Y tú, ¿a qué te dedicas, Jay? —inquire Lara, casi al final de la cena, tras contarle que ella está cursando el último año de Bellas Artes.

Me giro hacia Jay, atenta a su respuesta, al tiempo que le lanzo una mirada de advertencia.

—Yo... Ayudo a la gente —termina por decir—. Soy algo así como un *coach* emocional.

A mí me entra la risa floja y creo que Lara no sabe muy bien qué decir.

—Umm... Entiendo. Debe de ser gratificante —repite mi amiga, tras unos segundos de vacilación.

Los ojos de Jay buscan los míos y no me pasa inadvertida la pequeña sonrisa que asoma a sus labios mientras asiente.

—La mayoría de las veces lo es —replica él, y no tengo ni idea de si yo soy de la mayoría o bien la excepción—. ¿Queréis helado?

Se pone en pie y recoge varios platos vacíos. Creo que Lara está a punto de ponerse a aplaudirle por ser tan servicial; igual es ella la que termina por pedirle matrimonio. Tampoco duda en darle un repaso a su culo cuando Jay se gira y se dirige a la cocina. En honor a la verdad, yo también me recreo un poco con las vistas.

—Sí —contestamos ambas a la vez.

Si sigue paseándose con esos vaqueros frente a nuestras narices, es posible que necesitemos algo frío, muy frío...

Jay regresa con tres tarrinas de helado de un kilo cada una.

—Para la chica de las mil sonrisas —le dice a Lara, ofreciéndole una con una leve inclinación. Se vuelve hacia mí y me pasa otra—. Alice.

Se me frunce el ceño en un acto reflejo y le arranco el helado de entre las manos. ¿Dónde quedó el Ali susurrado con suavidad?

—¿Vuelvo a ser Alice? —le espeto, con cierto retintín.

—Ya te dije que era un nombre precioso.

La mirada de Lara oscila entre uno y otro, curiosa. Yo, por mi parte, estoy cada vez más molesta y ni siquiera sé por qué.

—¡Oh, venga ya! ¡Te emborrachaste y la tiraste por una madriguera! —  
suelto, sin pararme a pensar en lo que estoy diciendo.

Lara asiste perpleja al intercambio de pullas. Abre la boca para decir algo,  
pero Jay se le adelanta.

—Ya te expliqué que no era mi intención que terminase persiguiendo al  
Conejo Blanco.

Sus ojos se clavan en mí y sus labios forman una línea recta y apretada.

—¿Alice? —tercia Lara—. ¿Estáis hablando de *Alice in Wonderland*?

En ese momento me doy cuenta de que puede que hayamos ido demasiado  
lejos. No sé qué clase de reglas rigen el mundo de las hadas madrinas, Jay no ha  
dicho que no pueda contarle a nadie quién es o lo que hace, pero si tuviera carta  
blanca para desvelar su secreto supongo que ya haría mucho que sabríamos de su  
existencia.

—Es una larga historia —le digo, y evito mirar a Jay, consciente de que me  
estoy comportando como una chiquilla caprichosa.

No estoy segura de a qué ha venido este arrebato, pero lo que está claro es  
que me he pasado de la raya.

—Nada importante —agrego, avergonzada.

Lara rompe a reír a carcajadas y doy gracias por tener como mejor amiga a  
alguien que no suele tomarse las cosas demasiado en serio.

—Estáis como cabras. Los dos —concluye, agitando la cabeza.

Si bien, Jay no abre la boca y, por el fuego llameante que destella en sus  
ojos, sé que está muy pero que muy cabreado.

# 14

—¿No te quedas a dormir?

Lara suele pasar la noche en casa en estas ocasiones. Sin embargo, hoy, tras el postre, ha anunciado que se marchaba. Jay ha estado algo más callado esta última hora, si bien, no sabréis realmente lo que es engullir helado hasta que veáis a alguien como Jay tragándose un kilo entero sin pestañear. Para mí que se le han muerto unas cuantas neuronas de hipotermia y por eso no dice nada.

O tal vez siga cabreado.

—Mañana tengo que hacer... cosas.

Arqueo las cejas, haciéndole saber que no va a colarme esa excusa. Lara es una persona de hábitos nocturnos y los fines de semana no se levanta antes de la hora del almuerzo a no ser que se trate de una emergencia. Eso es: comprar libros o bien... comprar libros. Creo que debe ser lo único capaz de robarle horas de sueño.

—Ha sido un placer. —Se despide Jay, dedicándole una sonrisa.

Acto seguido, se sienta de nuevo en el sofá.

Acompaño a mi amiga a la entrada.

—Tienes que quedártelo —murmura, inclinándose sobre mi oído para evitar que Jay la oiga—. Es monísimo.

Que Lara hable de él como si se tratara de un cachorrillo al que me hubiera encontrado abandonado en la calle no sé si es más o menos preocupante que el hecho de que no puedo explicarle el motivo por el que «quedarme» con él no es una opción aunque quisiera.

«Que no quieres, claro...», se regodea una insidiosa voz en mi mente.

—Pues no —contesto en alto, solo para dejarlo claro.

Lara, que cree que hablo con ella, pone los ojos en blanco.

—Pues salta a la vista que él está coladito por ti.

Se me escapa una carcajada que atrae la atención de Jay.

Niego con la cabeza, sin dejar de reír.

—Si tú supieras, Lara —repongo, mientras ella sale al descansillo—. Es solo un amigo, nada más —insisto, dándole un abrazo.

Me lo devuelve con su entusiasmo habitual y me lanza una última sonrisa.

—Pues es una pena. —Se asoma al interior del salón—. ¡Adiós, macizo de la exposición!

Cuando cierro la puerta y me giro, me encuentro a Jay fulminándome con la mirada.

—¿A qué ha venido eso?

Exhalo un suspiro, consciente de que me he comportado como una imbécil.

—Lo siento... yo...

¿Qué puedo decir? Ni siquiera sé por qué he saltado de esa forma. Él agita la cabeza, negando, y yo busco a la desesperada una manera de salir del paso.

—Ha sido un día muy largo —señalo, como si eso fuera una excusa. Titubeo un instante—. Ven conmigo.

Abro la puerta de nuevo y salgo al descansillo, porque esto es lo único que se me ocurre. Al ver que continúa plantado en mitad del salón, vuelvo sobre mis pasos y deslizo mi mano en la suya para obligarle a seguirme. Su tacto es cálido y también reconfortante, y hay una parte de mí que ahora mismo se está esforzando mucho para ignorar el agradable estremecimiento que recorre mi espalda mientras tiro de él. No tengo intención alguna de pensar en cuál es la causa que lo está provocando.

Lo arrastro hasta el ascensor y pulso el botón del último piso. No tengo una idea clara de la razón por la que estoy llevando a Jay a la azotea, teniendo en cuenta que siempre ha sido una especie de refugio secreto para mí. Incluso Lara desconoce que a veces paso horas allí contemplando los edificios y las luces de la ciudad. En su momento coloqué un pequeño sillón que, a pesar de estar pensado para el exterior, ya está medio desvencijado, pero cumple su función a la perfección.

Jay no dice una palabra cuando llegamos arriba. Me adelanto hasta el borde y me apoyo en el muro. El bloque de apartamentos en el que vivo no es demasiado alto, pero las vistas valen la pena. A estas horas, con parte de las ventanas de los alrededores iluminadas, los edificios se asemejan a mosaicos de luz y oscuridad, pequeños rectángulos que encierran un montón de vidas ajenas. Nunca he tenido muy claro por qué me gusta pasar tiempo aquí. Tal vez sea debido a que el ruido de Manhattan se transforma en un murmullo apagado o quizás porque en este lugar uno se siente lo suficientemente insignificante para que cualquier problema deje de tener importancia.

O puede que, sencillamente, me guste dejar de ser uno de esos cuadrados de luz que otra persona podría estar observando.

Me doy la vuelta. Jay se ha quedado junto a la entrada de la azotea y observa curioso el rincón donde suelo sentarme más a menudo de lo que me gustaría. Hay varios cojines y un puñado de macetas que lo rodean y que nunca me acuerdo de regar. Es una suerte que mi vecina de enfrente siga todos mis movimientos y suba aquí de vez en cuando para hacer la labor de jardinera. Gracias a ella dispongo de una pequeña selva en miniatura, un toque de verde que le da algo de frescura a mi escondite.

—Siento lo de antes —digo al fin, porque no sé cómo explicarle por qué le he traído aquí.

—Esto no consta en tu ficha —me dice, y se me escapa una carcajada al contemplar lo desconcertado que parece.

—Te dije que me preguntaras —replico, pero no hay rastro de reproche en mi voz.

Por algún motivo, me alegra saber que puedo sorprenderle y que no lo sabe todo de mí.

Me acomodo en el sillón mientras él recorre los alrededores y disfruta de las vistas. Desde aquí, las estrellas son casi indistinguibles, demasiada luminosidad y contaminación, pero no puedo evitar mirar al cielo.

Cuando Jay acude a sentarse a mi lado, al menos parece menos enfadado.

—Mereces un hada madrina —me dice, muy serio—. Tienes que empezar a creer en mí y dejar de pensar que cualquier merecería esto más que tú.

—No entiendo...

—Sí, sí lo entiendes —me corta él—. Percibo con claridad lo mucho que te cuesta creerte especial. Lo eres —asegura, con firmeza—, y también eres preciosa, inteligente, un poco contestona para mi gusto... —enumera, guiñándome un ojo y arrancándome así una sonrisa tímida—, y además buena persona.

No es que me sienta especialmente bondadosa, dado mi comportamiento de esta noche. Sin contar con que las atenciones que Jay le ha dedicado a Lara han despertado ciertos celos —absurdos— en mí.

No estoy segura de lo que capta o no, pero no duda en añadir:

—Eres capaz de pasar una mañana metida en una librería solo por ver

sonreír a tu mejor amiga. Aunque la relación con tus padres no es especialmente buena, los llamas al menos tres veces a la semana o te pasas a visitarlos porque sabes lo mucho que les alegra saber de ti. Y a ti también te gusta —añade, ladeando levemente la cabeza para buscar mi mirada—. Sé que lo de Mike fue un desastre y que fue culpa mía, pero, incluso existiendo la posibilidad de que fuera el amor de tu vida, rechazaste de pleno tener nada que ver con él en cuanto supiste de la existencia de Minerva.

Me mantengo en silencio, aunque eso no parece suponer un problema para él.

—Y eso me lleva al hecho de que ni siquiera te planteaste que «tú» podrías haber sido mejor para él —sentencia, con ojos brillantes—. Sin desmerecer a Minerva. Pero es algo que no pensaste porque de entrada ni siquiera creíste poder competir con ella.

—No quiero competir con nadie —me apresuro a aclarar, aunque empiezo a entender lo que quiere decir.

Alza las manos para hacerme entender que no se trata de eso.

—Lo sé, lo sé... Solo quiero que entiendas que, aunque hasta ahora las cosas no hayan ido demasiado bien en cuestión de relaciones, no hay absolutamente nada malo en ti, Ali.

Mi nombre permanece flotando unos instantes en el espacio que hay entre nosotros, junto con la dulzura que ha empleado para pronunciarlo.

Jay me da varios minutos para reflexionar acerca de lo que ha dicho y se establece un silencio que no resulta incómodo ni perturbador a pesar de la seriedad y la vehemencia que ha empleado. Puede que lleve razón y que en el fondo haya una parte de mí que se pregunta si la culpa de mi catastrófica trayectoria amorosa no es mía, si no será que soy defectuosa o algo por estilo.

—Me gusta este sitio —comenta, inspirando hondo y volviéndose hacia mí.

—¿No estás enfadado conmigo? —pregunto, sintiéndome como la alumna que teme haber decepcionado a su profesor con su pésimo comportamiento.

—¿Lo estás tú conmigo? —Niego, y él sonríe—. Esa es mi chica.

El comentario, aunque no se trate más que de una frase hecha, me hace sonreír.

—¿Te hace un peli? —propongo. No podría irme a dormir aunque quisiera—. ¿Las hadas veis películas?

Jay resopla, pero asiente.

—Y también comemos palomitas, listilla.

Media hora después estamos tumbados en mi cama con un enorme bol de palomitas en medio. No tengo televisión en mi dormitorio, pero Jay ha desplegado su magia y ahora parece una sala de cine. La situación no deja de ser un poco rara, al fin y al cabo, Jay y yo no somos amigos... ¿o sí? ¿Nos veremos cuando su misión llegue a su fin? Por un momento, pensar en ello me inquieta. Si bien, la posibilidad de dar con mi alma gemela me parece tan lejana e irreal que dejo de pensar en ello casi al instante.

—Cualquier pensaría que te va más el cine negro o esas películas de juicios y asesinos en serie —bromea, metiéndose un puñado de palomitas a la boca.

Su espalda descansa contra el cabecero de mi cama y tiene las piernas cruzadas a la altura de los tobillos. Por alguna razón, tengo que obligar a mis ojos a que se aparten de la zona de su abdomen que ha quedado al descubierto cuando se ha dejado caer sobre el colchón y llevarlos hasta su cara. Jay no parece haberse percatado de ello, no pierde detalle de cómo Johnny Castle enseña a Baby a bailar —entre otras cosas— en *Dirty Dancing*.

—Me van más los clásicos —replico, convencida— y ni se te ocurra decir que esta película no lo es.

Él ríe, pero no me contradice, y sus ojos regresan a la pantalla. Los míos, por contra, recorren con lentitud toda su figura. Me esfuerzo para concentrarme en el argumento de uno de mis films favoritos e ignorar el extraño aleteo que se ha despertado en mi estómago.

No estoy segura de que sea demasiado adecuado lo que la cercanía de Jay comienza a provocar en mí.

# 15

Mi primera cita oficial, sin contar con el desastre de Mike, es con Owen, un tipo con el que me suelo cruzar en el ascensor del edificio de oficinas en el que trabajo. No se puede negar que es atractivo y tiene una expresión interesante y un brillo inteligente en esos ojos azules que asoman tras sus gafas. Eso es todo lo que sé de él cuando Jay insiste en que lo aborde y lo invite a cenar. Mi primera intención es reírme porque creo que está bromeando. Sin embargo, termino por entender que lo dice totalmente en serio. Ni siquiera sé cómo consigue convencerme, pero al final claudico e intento fiarme de su buen juicio. Se supone que sabe lo que hace, ¿no?

Pues bien, su juicio no tiene nada de bueno, os lo aseguro. Estoy con Owen en un ostentoso restaurante de comida francesa en la *65th*. Los precios de la carta son prohibitivos, aunque eso no resultaría tan malo si no fuera porque no hemos llegado ni al segundo plato y yo estoy a punto de cortarme las venas haciendo uso del cuchillo de la mantequilla. Lo que a primera vista parecía un hombre con cierta seguridad en sí mismo es, en realidad, un ególatra de manual. No ha dejado de hablar de él ni tan siquiera a la hora de pedir la cena. Ya me ha dejado claro la «importantísima» cartera de clientes que gestiona para el banco en el que trabaja y lo exclusivo de su vestuario, de la zona de Manhattan en la que reside e incluso del coche que conduce y del reloj que adorna su muñeca. Todo ello, sin mostrar el mínimo interés por conocerme o saber algo más de mí, salvo el bufete para el trabajo. Para mí que, al escuchar el nombre, se ha creído que ostento un cargo más relevante que el de ayudante y con eso le es suficiente.

Cuatro mesas más allá, Jay disfruta de su cena en soledad. Me cambiaría en el acto por él. Mostré cierto recelo cuando me informó de que no pensaba alejarse demasiado por si surgía algún inconveniente, pero ahora mismo me alegro de que estemos en el mismo edificio; no pienso esperar a llegar a casa para estrangularlo con mis propias manos.

—He acertado con mi elección del primer plato, ¿no te parece? —comenta Owen, evidenciando su satisfacción.

Y yo que creía que Jay se mostraba en ocasiones demasiado presuntuoso...

—Ajá.

No digo más, tampoco creo que Owen me esté prestando atención. La mía tampoco está puesta en él, estoy ocupada fulminando la nuca de Jay con la mirada a la espera de que se gire y poder gritarle en silencio que me saque de aquí cuanto antes. O ese radar que tiene para detectar mis emociones se ha estropeado o me está dejando que sufra un poco de manera intencionada.

Justo en este instante ladea la cabeza, muy levemente al principio, para girarse casi por completo después. A punto estoy de ponerme a dar saltos. Tras vocalizar varios tacos en silencio, hacerle un gesto a escondidas con la mano y un par de fruncimientos de cejas, por fin entiende lo que quiero decirle. Se pone en pie y se acerca titubeante, pero se detiene a unos pocos metros de la mesa. ¿Por qué demonios duda ahora?

Cuando estoy decidida a levantarme, farfullar una excusa y largarme a la carrera y sin mirar atrás, Jay parece reaccionar. De repente, recupera su soltura habitual y se nos acerca con el mismo aire desinteresado pero muy pagado de sí mismo que exhibió la noche que nos conocimos. Lleva puesto un traje que parece hecho a medida, camisa y corbata, todo negro, y tengo que admitir que está muy, pero que muy sexi. Lo mismo deben pensar las mujeres de las mesas contiguas, porque todas le siguen con la mirada.

Al llegar junto a nosotros, se coloca junto a mí y desliza los dedos por su corbata, deshaciendo parte del nudo con habilidad y elegancia. Cuando nuestras miradas tropiezan, sus comisuras se elevan con una mezcla de picardía y sensualidad que consigue acelerarme el pulso. Durante un instante, todo lo que veo es su rostro, la curva que dibuja su boca y sus ojos clavados en mí.

—Discúlpanos —le dice a Owen, recordándome por qué estoy aquí y, sobre todo, con quién.

Acto seguido, me ofrece su mano, que tomo sin mostrar duda alguna, segura de que a continuación argumentará alguna disculpa por la interrupción y dará un motivo convincente para nuestra inminente marcha. Sin embargo, una vez en pie, Jay desliza un brazo en torno a mi cintura, se inclina sobre mí y lo siguiente que sé es que me está besando.

Y, madre mía, vaya beso...

Sus labios se amoldan a los míos con una seguridad implacable mientras sus dedos presionan levemente en la parte baja de mi espalda, empujándome contra su cuerpo. Su otra mano asciende hasta alcanzar mi nuca y enredarse en

mi pelo, y la calidez de su boca, que reclama que le franquee el paso, consigue que me rinda y ceda a sus deseos. Es entonces cuando su lengua irrumpe y se desliza con habilidad hasta rozar la mía. Un estremecimiento de placer me recorre de pies a cabeza y me aturde a la vez que provoca que cada rincón de mi cuerpo estalle en llamas.

La cabeza me da vueltas y sus labios persisten, ansiosos y adictivos, repletos de ternura, tanta inocencia como pasión.

En otras palabras: es jodidamente mágico.

Un vergonzoso gemido escapa de mi garganta y va a parar a su boca. Jay me suelta con tanta rapidez que tengo que agarrarme al borde de la mesa para no derrumbarme sobre el suelo. Confusa, busco su rostro, cuya expresión horrorizada consigue que mis mejillas, ya encendidas de por sí, se calienten y ardan.

—¡¿Qué cojones...?! —Owen se pone en pie con tanto ímpetu que su silla sale volando hacia atrás.

Desvió la mirada hacia él porque Jay continúa inmóvil, aparentemente demasiado... abochornado por lo sucedido. O asqueado, no lo tengo demasiado claro. La cuestión es que no parece haberle gustado mucho el resultado de su intervención. Owen, claro está, tampoco está muy contento.

—Lo siento —farfullo, cohibida, y no sé muy bien a quién de los dos me estoy dirigiendo.

Jay me ha besado a saber por qué motivo, supongo que buscando deshacerse de Owen de una manera algo dramática, y es obvio que no esperaba que yo reaccionara con tanto entusiasmo.

—Lo siento mucho —murmuro, una vez más, antes de dar media vuelta y, ahora sí, salir de allí casi a la carrera.

El ridículo que acabo de hacer apenas si me permite poner un pie delante de otro con la suficiente celeridad, pero me las apaño para llegar hasta la calle sin caerme y empeorar la humillación, si es que eso es posible.

¿Cómo me he dejado llevar de esa forma? Jay no debería haberme besado, pero, aun así, yo podría haber fingido con algo más de recato y serenidad. Solo que soy muy consciente de que nada de lo que ha sucedido ahí dentro ha sido fingido, al menos por mi parte.

Al llegar a la calle me doy cuenta de que es la segunda vez que salgo

corriendo y dejo tirado a Jay. No se puede decir que me esté comportando de la manera más madura. Me detengo en mitad de la acera e inspiro profundamente varias veces, dándole tiempo para que me alcance si es que no ha regresado ya a casa a golpe de magia.

Segundos después, se sitúa a mi lado. Por el rabillo del ojo compruebo que no me mira, tan solo está ahí, con las manos en los bolsillos y la vista fija en el tráfico que fluye calle abajo.

—Siento haberme... puesto así —le digo, girándome para encararlo.

Él, por contra, mantiene su atención más allá de mí.

—No te disculpes, no tienes por qué —repone, con el rostro inexpresivo—. Soy yo el que debería pedirte perdón.

¿Perdón por besarme o por su reacción? Quizás ni siquiera se haya percatado del rechazo que ha asomado a su cara y a sus ojos. Lo mismo da, la cuestión es que se arrepiente de ello y yo debería sentir lo mismo.

—¿Volvemos a casa? —inquiero, exhausta tanto física como emocionalmente.

Mi vida ha pasado de una tranquila rutina a convertirse en una auténtica montaña rusa. No creo que consiga mantener este ritmo mucho tiempo ni que logre acostumbrarme a todo este tema de la magia y las hadas madrinas. La parte lógica de mi mente sigue gritando que lo que me pasa en realidad es que necesito con urgencia un buen loquero y una camisa de fuerza.

—Podemos estar allí en un abrir y cerrar de ojos... si tú me lo permites —sugiere él, que debe haber detectado mi cansancio—. Solo... abrázame.

La palabra se convierte en una súplica y su tono titubeante pone de relevancia lo mucho que debe disgustarle la idea. Empiezo a pensar que el contacto físico está sobrevalorado, sobre todo cuando no es deseado.

En el mismo instante en el que me acerco hasta él y rodeo su cintura con los brazos, comprendo que ha sido un error. Su aroma me envuelve al mismo tiempo que sus manos se extienden sobre mi espalda, y su sabor regresa a mi boca. Trago saliva y me obligo a mantenerme quieta y no volver a escapar.

Un suspiro escapa de los labios de Jay poco antes de que coloque su mejilla contra mi sien.

—¿Lista?

—¿Vamos a hacerlo aquí? —replico, porque cualquiera podría vernos.

Él ríe sin ganas.

—Sí. Vamos a hacerlo aquí —asegura, empleando mis mismas palabras y evidenciando así que puede que no las haya elegido de la forma más acertada.

## Jay Forevermore

En una décima de segundo estamos en casa de Alice. Confieso que estoy totalmente inmóvil, con los ojos cerrados y sujetándola contra mi pecho, cuando ya debería haberla avisado de que hemos llegado. No la suelto hasta que es ella la que se remueve inquieta entre mis brazos.

—¡Joder! —exclamo, cuando me doy cuenta de que no estamos solos.

Alice gira sobre sí misma de forma apresurada, pero no se separa de mí, al contrario, reacciona al desconocido apretando de nuevo su pequeño cuerpo contra el mío.

—¿Quién demonios eres?! —grita, fuera de sí, y me entran ganas de hacerme el loco y fingir que no conozco al tipo que está sentado cómodamente en su sofá.

—Por fin estáis en casa, empezaba a preocuparme.

Se levanta con su habitual parsimonia y nos dedica una sonrisa maliciosa mientras sus ojos dan buena cuenta de la cercanía entre Alice y yo.

—No te esperaba —comento, temiendo el momento de las presentaciones de rigor.

Alice se mantiene pegada a mí y no puedo decir que me disguste; cuanto más lejos de Joey, mejor.

—Ya veo que no, hermanito —repone, con sorna—. Supongo que esta es tu nueva asignación. ¿No vas a presentarnos?

—¿Este tipo es tu hermano? —tercia Alice, para luego dirigirse a él—. ¿Y no sabes llamar a la puerta? Empiezo a estar harta de que todo el mundo se presente en mitad de mi salón sin más. Hacéis un uso bastante fraudulento de vuestros poderes —le regaña, y tengo que reprimir la risa.

Si Alice supiera las normas que mi hermano ha llegado a saltarse, lo menos que le preocuparía sería que viniera a visitarnos sin avisar.

Interpone una pequeña distancia entre nosotros y repasa con la mirada a Joey, que se muestra encantado con su escrutinio.

—Llamar no es lo mío. Me gustan más las sorpresas —le dice él, devolviéndole la mirada con evidente regocijo.

—Alice, este es Joey Forevermore, mi hermano —les presento, más por cortesía hacia ella que porque quiera que se conozcan o tengan nada que ver.

Si por mí fuera, lo haría desaparecer en este mismo instante. Sin embargo, conozco lo suficiente a mi hermano para saber que regresaría una y otra vez, y en cada ocasión con peores intenciones.

Joey esboza una media sonrisa y exhibe su perfecta dentadura. Alice no ha apartado la vista de él en ningún momento. Sin pensarlo, estiro la mano y deslizo mis dedos entre los suyos. La sonrisa de mi hermano se amplía.

—Es un verdadero placer conocerte, Alice. Supongo, por vuestra entrada triunfal, que mi hermano aún no cumplido con su cometido.

Entrecierro los ojos y los clavo en los de mi hermano. Alice, por su parte, se cruza de brazos y adopta una expresión ofendida.

—Lo está intentando. Se esfuerza mucho —replica ella, y sus intentos por defenderme despiertan una extraña calidez en mi pecho.

Joey asiente sin dejar de sonreír.

—Seguro que sí —le dice, para luego dirigirse a mí—. Deberías aprovechar mientras puedas. Tiene unas buenas piernas y sus tetas no están nada mal.

—Joey —le advierto, no solo por referirse así a Alice, sino porque sé lo que viene después.

—¡Venga ya! —exclama, alzando las manos—. Disfruta un poco por una vez. Es una buena pieza para estrenarse.

Alice parece incapaz de mantenerse callada por más tiempo.

—¿Perdona? ¿Quién demonios te crees, macarra de tres al cuarto? —le suelta, señalando los pantalones de cuero con los que mi hermano acostumbra a vestirse.

Joey arquea las cejas.

—Si la princesita tiene carácter y todo.

—Vete a la mierda.

—¡Basta! —exijo—. Joey, regresa por donde has venido y déjame hacer mi trabajo.

Pero él mantiene esa jodida sonrisa en su cara. Hay días en los que me pregunto cómo es que no le han obligado a retirarse.

—Mi asignación también vive en Manhattan.

—Genial, ahora vamos a tener a este capullo de vecino —se queja Alice.

Le doy un apretón leve en los dedos y tiro de ella hacia mí. Mentiría si dijera que no me encanta el hecho de que no se esté dejando deslumbrar por Joey, cosa que pasa a menudo. En este momento, lo está contemplando como si fuera un bicho que se ha estampado contra el parabrisas de su coche.

—Volveré —afirma Joey, con un dramatismo muy propio de él y de su ego.

Alice pone los ojos en blanco y hace un mueca de desdén que mi hermano no alcanza a ver porque ya ha desaparecido.

—¿Quién se cree que es? ¿Terminator?

Rompo a reír, no sé si debido a la broma o al alivio de haberme quedado por fin a solas con ella. Mi deber es que Alice consiga ser feliz y puedo asegurar que, con Joey cerca, eso es algo complicado de lograr.

—¿Y a qué venía eso de «vive el momento y estrénate con esta»? —inquire, imitando la voz profunda y ronca de mi hermano.

Mi alivio se esfuma en cuanto comprendo que no ha pasado por alto ese detalle.

—A nada —me apresuro a contestar. Suelto su mano y me giro para ir a la cocina, dándole la espalda—. Tonterías de mi hermano. Si vuelve a presentarse aquí cuando yo no esté, sal pitando. Te aseguro que no quieres estar a solas con él.

Sigue mis pasos hasta detrás de la barra. Abro el frigorífico, buscando a saber qué, solo para evitar su mirada.

—¿Tan malo es? Tiene pinta de ladrar mucho y morder poco.

Vuelvo a reír sin ganas.

—Más bien es de los que juega con la comida antes de devorarla —sentencio, y no puedo evitar sentir cierta inquietud.

No quiero ser como mi hermano. No puedo volver a besar a Alice.

# 17

No hablamos más de su hermano, tampoco del desastre de Owen o de nuestro beso, aunque las preguntas me queman en la punta de la lengua. Al día siguiente, a primera hora de la mañana, Jay me sorprende con un anuncio.

—Te he programado dos citas esta semana —me dice, muy serio.

Arqueo las cejas. ¿Dos? ¿No tiene suficiente con organizar las decepciones de una en una?

—¿Sabes? No voy a preguntar qué demonios les has dicho a esos tíos para que queden conmigo, pero que hayas planteado dos citas de una sola vez dice muy poco de la confianza que tienes en que vayan bien —señalo, aunque me parece algo evidente—. ¿No puedo saltarme la primera e ir directa a por el segundo candidato?

No quiero pensar en lo frío y poco romántico que se está volviendo esto.

—Es solo por si acaso —resuelve, y no creo que vaya a discutirlo conmigo—. Te he preparado el desayuno.

Observo las tostadas, el zumo y el bol de frutos del bosque que hay sobre una bandeja en la barra de la cocina, además de una taza inmensa de café humeante, y se me hace la boca agua.

—Me conformaba con el café —le digo, y me acomodo en uno de los taburetes—, pero muchas gracias.

No hablamos más. La tensión entre nosotros es palpable y difícil de disimular, así que evito ponerme a protestar por el tema de las citas y decido seguirle la corriente. Antes de irme a trabajar, le lanzo una mirada al sofá, donde Jay está sentado sin hacer absolutamente nada. No hay rastro del infernal iPad.

—¿Duermes? —inquiero, ya desde la puerta.

En las semanas que lleva instalado en mi casa siempre ha estado despierto cuando yo me iba a la cama y también al levantarme. Me reprendo mentalmente porque ni siquiera le he dejado una manta o una almohada. Soy una pésima anfitriona.

—Lo suficiente —responde él, pero yo ya voy de camino a mi dormitorio.

Cojo ropa de cama y un almohadón y vuelvo sobre mis pasos. Los coloco a su lado.

—Siento no haberlo pensado antes.

—¿Eres consciente de que podría haber estado convirtiendo este sofá en una cama *king size* cada noche? —repone, pero sus labios me regalan una sonrisa de agradecimiento.

—Lo sé. O podrías trasladarte al Ritz y volver antes de que me levantara —replico, encogiéndome de hombros—, pero eso no significa que no te guste que se preocupen por ti.

Por lo que sé, Jay ha implantado ciertos recuerdos en la mente de mis citas. Ahora ellos creen que es un amigo de la infancia y yo una preciosa chica que él quiere presentarles. Ni siquiera me molesto en reprenderle por jugar con la memoria de la gente. Procuro fingir entusiasmo para contentarle, pero, en realidad, no tengo demasiadas ganas de quedar con nadie. Que siga pensando en la forma en la que me besó tampoco ayuda. Es todo demasiado raro.

Con el primero de los «amigos» de Jay me limito a tomarme un café. Su cara me resulta familiar. Supongo que debo conocerle de algo porque, según mi hada madrina, ya me he encontrado con el amor de mi vida —léase con sarcasmo—. No hay mucho que contar sobre la cita, la verdad, no tenemos demasiado en común y, en apenas un par de horas, acumulamos silencios incómodos suficientes para saber que no conectamos. A mi regreso, me ahorro el «te lo dije» que tenía preparado para Jay.

Dos días más tarde, me entero de que mi segunda cita es con Bam, el chico del local al que llevé a Jay al poco de conocernos.

—¿Ahora él cree que sois amigos? —insisto, solo para que me quede claro.  
Jay asiente.

Sigue con su costumbre de prepararme el desayuno y ya no exhibe la actitud de los primeros días, pero tampoco se muestra tan cordial como antes de la visita de su hermano —y de besarnos, ya que estamos—. Es un Jay a medio camino entre el capullo de la exposición y el tío con el que compartí mi refugio de la azotea. No me gusta, es como un Jay a medias, sin pasión ni personalidad.

—¿Voy a tener una cita con Bam?

Vuelve a asentir.

Lara va a estar riéndose un mes de mí cuando se entere de esto. Por otra parte, ella cree que entre Jay y yo hay algo que no le estoy contando. Tiene razón, solo que no es lo que imagina.

Me arreglo para la cita yo sola, incluidos los zapatos. No quiero andar aprovechándome de la magia de Jay, a pesar de que se ha ofrecido en varias ocasiones y dice que es parte de su labor de hada madrina. Me resulta un poco frívolo emplear sus poderes para mejorar mi estilismo, por no contar con que no me siento cómoda dejando que un hombre me vista para enviarme a ligar con otro, sobre todo porque ese hombre es Jay.

—Esto es una locura —farfulto, en voz baja, poco antes de marcharme.

Sin embargo, tengo que admitir que con Bam las cosas discurren de manera muy diferente. Es un tipo estupendo y no paramos de reírnos, y eso que estamos en el cine, lo que nos vale más de una llamada de atención del resto de espectadores. Como a mí, le encantan las películas clásicas y no es un gran amante de las salidas nocturnas, por lo que el plan es bastante tranquilo. Después de salir del cine, me lleva a un restaurante de esos en los que pagas una cantidad determinada y puedes comer todo cuanto quieras. Hay mil tipos de ensaladas, carnes y un buen puñado de platos de pescado, y nos batimos en duelo para ver quién de los dos es capaz de rellenarse más veces el plato. Ni que decir tiene que ambos podríamos salir rodando de aquí.

—Tengo que admitir que, si no fuera por Jay, no sé si hubiera reunido el valor para pedirte una cita —admite, con los ojos clavados en el mantel.

Siempre lo había tenido por alguien mucho más lanzado. Cada vez que Lara y yo hemos estado comiendo en el local en el que trabaja, se sentaba en nuestra mesa si no había demasiados clientes y bromeaba con nosotras. Nunca creí que estuviera interesado en mí. Sin embargo, la mención de Jay apaga un poco mi sonrisa. Quiero pensar que es porque ha manipulado a Bam para hacer surgir una amistad de la nada. Me pregunto si no habrá suscitado también un interés ficticio por mí.

—Sí, Jay es genial —repongo, porque parece esperar una respuesta—. No naciste en Nueva York, ¿verdad? —inquiero, cambiando de tema.

Bam niega y una sonrisa baila en sus labios mientras me habla de sus orígenes. Es obvio que charlar sobre su familia le trae recuerdos agradables. Procuo centrarme en él y en lo que me está contando, pero, por mucho que lo intento, no dejo de pensar en Jay y en lo poco que sé en realidad de él.

Mucho más tarde, después de un buen número de cervezas y más confesiones mutuas sobre nuestra niñez, mi cita insiste en acompañarme hasta el

portal del edificio en el que vivo y acepto solo porque ha mencionado que su casa está a un par de calles. Lo he pasado muy bien con él y tengo claro que es un tío increíble que podría convertirse en un gran amigo, alguien con el que buscar cines en los que repongan viejas películas, ir a un concierto o salir a cenar, pero nada más. Es una pena, porque estoy segura de que es un hombre íntegro y, posiblemente, muy romántico. En algún momento hará muy feliz a alguna afortunada, pero no seré yo.

—Me ha encantado salir contigo —le digo, con sinceridad.

—Yo también lo he pasado bien.

Se hace un silencio y a mí se me escapa un suspiro. Sin previo aviso, tengo a Bam sobre mí y sus labios contra los míos. Ni siquiera me da tiempo a añadir el «pero» que venía después de mi comentario. Es más, creía que no tendría que decir nada al respecto. No parecía que Bam fuera a intentar besarme.

Sin darme cuenta, termino con la espalda contra la puerta. Reacciono pocos segundos después y coloco las manos sobre su pecho para empujarle con suavidad. Él no tarda en percatarse de mis intenciones.

—Yo... lo siento. Pensaba... —balbucea, y si no fuera porque está pasando un mal trago resultaría adorable.

—No pasa nada, Bam. No tienes por qué disculparte.

Quiero tranquilizarlo y darle algún tipo de explicación, pero la puerta tras de mí cede y a punto estoy de caerme de espaldas. Bam me agarra del brazo antes de que eso suceda.

—Ey, ¿qué hay, Jay?

Me giro para encontrarme a mi hada madrina plantada en el umbral, sosteniendo el pomo con tanta fuerza que parece que quisiera arrancarlo de cuajo. Puede que lo consiga.

—Hola, Bam. Alice —me saluda, clavando sus ojos en mí—. ¿Lo habéis pasado bien?

Mi acompañante asiente, no sin cierto nerviosismo.

—Bueno, te dejo a salvo y en buenas manos —tercia él. Me dedica una última sonrisa y se apresura a marcharse, supongo que algo avergonzado por haberme besado.

Jay mantiene la puerta abierta para mí.

—¿Qué pasa? ¿No podías esperar para ver cómo había ido? —le suelto, al

pasar por su lado—. Ya sé que te mueres de ganas de perderme de vista, pero esto ha sido demasiado hasta para ti.

En el ascensor me niego a mirarlo. Me cabrea que haya aparecido justo antes de que pudiera hablar con Bam. Es un buen tío, no quiero que se sienta mal.

—Ya sabía que había ido bien —comenta, con tono ácido y remarcando la última palabra—. Estaba en el cine, vi que tonteabais y decidí marcharme para daros intimidad.

Estoy segura de que ahora mismo tengo cara de imbécil. ¿Jay estaba en el cine? Se suponía que no volvería a ir a mis citas.

—¿Me has seguido?

Se encoge de hombros, aunque al menos tiene la decencia de parecer ligeramente avergonzado.

—Estaba... intranquilo.

—¿Intranquilo? —repito, sintiéndome aún más estúpida. Agito la cabeza—. Esto se nos está yendo de las manos, Jay.

Abro la puerta y dejo que él entre primero en casa. Yo, sin embargo, permanezco en el descansillo.

—¿Qué haces? —me dice, al verme allí plantada.

Ni siquiera consigo enfadarme con él. Lo que de verdad me entristece es pensar que esto no va a ningún lado. Es absurdo y también deprimente. Necesitar un hada madrina que resuelva mi aparente incapacidad amorosa y ni aun así....

—Necesito estar un rato a solas.

Su expresión se ensombrece. Abre la boca, pero termina cerrándola sin decir nada. Me giro para ir directa al ascensor y subir a la azotea, tal vez las luces de Manhattan consigan calmarme.

—¿Te has acostado con él?

La pregunta detiene mis pasos de manera inmediata. Vuelvo a girar sobre mí misma y, si yo también tuviera poderes, estoy convencida de que estaría lanzando rayos por los ojos; directos a su persona, claro está.

—¿Perdón? —inquiero, para darle la oportunidad de que se desdiga.

—¿Te has acostado con Bam? —repite, en un tono carente de emoción—. Has regresado tarde y...

No quiero escuchar los motivos por los que cree que Bam y yo nos hemos

ido a la cama.

—¿De verdad me estás preguntando eso? No es asunto tuyo, Jay, no me importa quién o qué seas —le espeto, aturdida pero furiosa.

Aunque Jay parece dispuesto a replicar, no le doy opción. Me marchó casi a la carrera antes de perder los nervios y empezar a gritar.

# 18

Las luces de Manhattan no parecen hoy tan brillantes ni me provocan paz alguna. Me acurruco en el sillón de mimbre, sintiéndome más insignificante que nunca, confusa y exhausta. La parte más insegura de mi mente se dedica a lanzarme imágenes de la colección de fracasos y equívocos que acumulo a mis espaldas, sin darme tregua. Mi vista vaga sin fijarse en ningún punto y también sin mirar nada en realidad.

Puede que haya transcurrido algo más de una hora cuando la puerta de la azotea se abre y Jay, cauteloso, asoma tras ella. Se acerca a mí despacio, como si temiera que fuera a salir corriendo de un momento a otro. Lleva una copa y una botella de vino en la mano.

—Pensé que te gustaría —comenta, ofreciéndome la copa.

Dejo que la llene y le doy un sorbo mientras él continúa plantado frente a mí, pendiente de mi reacción a lo que supongo que es una ofrenda de paz. El sabor del vino permanece sobre mi lengua mientras le observo y, por un momento, me da la sensación de que lo estoy viendo por primera vez. Todos tenemos más de una cara, distintas actitudes según el ambiente en el que nos encontremos. No actuamos de la misma forma en el trabajo que con nuestra familia o amigos, o cuando estamos solos. En este instante, Jay parece totalmente perdido, vulnerable. Su expresión desorientada no varía cuando mis ojos tropiezan con los suyos. En cierto modo, siento que me está mostrando su verdadero rostro, ese que todos ocultamos salvo cuando lo único que nos rodea es la soledad.

—¿Te importa? —me dice, señalando el espacio a mi lado.

Con un leve movimiento de barbilla le indico que puede sentarse.

Tal vez Jay también esté vislumbrando el miedo a través de mis ojos y la tristeza que no ha cesado de aumentar desde que me he largado huyendo de él. Admito que, si es así, mis vistas son mejores que las suyas. Es agradable ver a Jay así, despojado del disfraz de hada madrina, solo él. Aunque dicho disfraz no lo sea en su caso.

—Me retirarán. Si no logro ningún progreso contigo, harán que me marche —escupe, de repente—. Vendrá otro, no sé quién...

Algo me dice que es lo último que desea, no sé si porque eso sería una afrenta para su orgullo de hada, una mancha en su historial o cualquier otra cosa por el estilo.

—Siento haber preguntado —añade, y mantiene sus ojos en mí a pesar de que es obvio que está deseando desviar la mirada—. Lo siento, Ali. No es asunto mío.

—No quieres irte —replico, obviando su disculpa.

Él niega, aunque no explica los motivos y yo no se los pregunto.

—Puede que sea eso lo que necesites, lo mejor para ti —tercia, por contra—. El problema no eres tú. No tienes nada de malo, Ali —cuanto más dice mi nombre, más me gusta escucharlo—. De verdad que no.

Suspiro y esbozo una sonrisa amarga.

—Tú tampoco, Jay —repongo, porque en el fondo sé que Jay solo trata de lidiar con las cartas que el destino me ha dado.

—Bueno, tengo una larga lista de asignaciones que estarían encantados de rebatir eso —se ríe, pero la felicidad evita sus ojos.

Bebo de mi copa de nuevo, esta vez un trago algo más largo. Sin pensar demasiado en lo que hago, me deslizo en su dirección y coloco la cabeza contra su pecho. Los músculos bajo mi mejilla se tensan durante un instante. Sin embargo, poco después se relaja y me envuelve con sus brazos. Sus dedos apartan de mi cara un mechón de pelo y se enredan en él de forma distraída.

Reflexiono sobre la posibilidad de que obliguen a Jay a marcharse y descubro la inquietud que me produce pensar en ello. Es extraño lo rápido que a veces podemos acostumbrarnos a ciertas cosas. Cada mañana, cuando me levanto, Jay me espera ya despierto con el desayuno listo y, ahora que caigo en la cuenta, también con una sonrisa en los labios. Cada noche se despide de mí deseándome dulces sueños. A veces me acompaña a la oficina y, durante el trayecto, charlamos sobre temas banales. De repente, Jay es algo más que el tío que ha surgido de la nada para complicarme la existencia con magia y darle caza al supuesto amor de mi vida. Lo gracioso es que no me importaría que el Jay hada madrina se marchase, pero no quiero que el que me sostiene ahora mismo contra su cuerpo vaya a ningún lado.

Chasquea los dedos y una copa a medio llenar aparece en su mano.

—No quiero que bebas sola —argumenta, manteniendo su otro brazo en

torno a mí—. Prometo no empujarte por un agujero en el suelo.

La broma me arranca una pequeña sonrisa y me da por pensar que, en realidad, soy yo la que tiene que salir de la madriguera en la que se ha metido.

Sostiene su bebida en alto unos segundos y luego la hace chocar contra la mía.

—Por la magia —dice él.

—Por nosotros —añado yo, sin saber muy bien por qué lo he dicho.

Bebemos en silencio. Tal vez debería preocuparme que, dada su escasa tolerancia al alcohol, Jay la apure de una sola vez, aunque no creo que las cosas vayan a torcerse más por un poco de vino.

—Prométeme que si envían a Joey te mantendrás alejada de él —me ruega, susurrando la súplica en mi oído.

La petición no es más rara que el resto de esta locura.

—No vas a ir a ningún sitio, Jay —le aseguro, aunque no parece escucharme.

Levanto la cabeza para buscar sus ojos y él, a su vez, baja la barbilla. Su aliento se mezcla con el mío y nuestras miradas se enredan. Con la yema de los dedos recorre la curva de mi cuello hasta llegar a mi mentón. Su tacto es tan delicioso que me provoca un escalofrío.

—Te mereces a alguien que vea lo preciosa que eres, no solo por fuera, Alice Queen, sino también por dentro —murmura, con los ojos empañados—. Que adore tu valentía y tu perseverancia, que disipe tus miedos y que no desee otra cosa que hacerte sonreír. Mi hermano ha visto todo eso en ti —prosigue—, igual que lo veo yo. Él... En realidad, yo...

Sus párpados caen y una arruga aparece en su frente.

—Jay —le llamo, con suavidad—. No tienes de qué preocuparte.

En mi opinión, su expresión torturada resulta algo exagerada, pero saber que soy algo más que la chica a la que tiene que buscarle un novio me provoca un vergonzoso placer.

Sus párpados se abren y clava sus ojos grises en mí, más turbios que hace un momento, cargados con lo que juraría que no es otra cosa que deseo. Sus dedos continúan deslizándose por mi piel. Traza la curva de mis labios con el pulgar, mientras que el resto llega hasta la línea del nacimiento de mi cabello y se hunde en él.

—Está claro que no debería haber bebido. —Estoy a punto de reírme cuando abre la boca para agregar—: Voy a besarte, Ali.

Sus labios se posan sobre los míos con suavidad, muy lentamente, de tal manera que en un primer instante creo que me lo estoy imaginando. No sé si se trata de cautela o miedo, pero Jay apenas si roza mi boca con leves toques, uno tras otro. No obstante, cada caricia se traduce en una descarga que me recorre de pies a cabeza.

—Serás mi perdición —farfulla, mientras sus manos sujetan mi rostro.

Su lengua se cuelga en mi boca con la misma delicadeza que ha empleado hasta ahora y, al encontrarse con la mía, un débil gemido asciende por su garganta. El beso se vuelve más intenso de forma paulatina, hasta que Jay ataca mis labios con ferocidad, devorándome de manera minuciosa, bebiendo de mí, respirando a través de mí, como si se estuviera ahogando y yo fuera lo único que pudiera salvarlo.

Mi cuerpo tiembla y casi parece estar deshaciéndose en este beso. Los ruidos de la ciudad han desaparecido y solo quedan nuestras respiraciones agitadas. No percibo más que el sabor de Jay en mi boca y la sensación de que mis mejillas arden bajo las palmas de sus manos. Esa llama muy pronto se extiende por todo mi cuerpo. No tengo ni idea de si lo que estoy sintiendo es fruto de la magia; tal vez sea así como besan los seres como él y sea esto lo que provocan. Pero tengo que recordarme que ya he besado antes a Jay y, aunque resultó increíble, ahora es como si me estuviera perdiendo en él.

—Y yo seré la tuya —gruñe, arrastrándome hasta que termino sentada a horcajadas sobre él.

Sí, tal vez lo sea, pero soy incapaz de parar.

Sus labios recorren mi cuello, dejando a su paso un rastro de calidez embriagadora, y sus manos se deslizan hasta acabar sobre mis caderas. La tela de mi vestido, ligera y vaporosa, apenas si tapa la parte alta de mis muslos y Jay no tarda en dar cuenta de ello. Sus dedos se enroscan en el dobladillo solo unos segundos, para luego ir a parar bajo él. El contacto directo con mi piel, caliente a pesar de la brisa fresca que corre en ese momento, casi consigue hacerme soltar un gemido. El roce de la yema de sus dedos, su boca devorándome, su aroma adictivo... De nuevo, es como si me estuviera perdiendo en él. Soy consciente de todos los puntos en los que nos estamos tocando y a la vez es como si flotara.

Mis caderas revelan mi excitación sin pudor alguno, oscilando sobre su cuerpo con lentitud, y con cada balanceo Jay emite pequeños gruñidos de placer. Lo percibo duro debajo de mí y de pronto me siento como si con ello hubiera ganado alguna clase de batalla. No puedo evitar preguntarme si Jay podría hacer de esto algo mágico, literalmente. Sin embargo, ahora mismo deseo al hombre que hay en él por encima de lo que representa.

—Ali... —gime, besándome de nuevo, degustándome con suavidad—. No puedo... No está bien... Tenemos que parar.

Escucho lo que dice y, aun así, la idea de detenernos carece de sentido para mí. Jamás, en toda mi vida, me había sentido como en este instante. Tan perdida y a la vez tan completa.

—Ali..., por favor —suplica, una vez más, pero no hace ademán de separarse de mí.

¿Es esto tan solo una consecuencia del vino? Tal vez no debería haberle permitido beber. A saber qué podría suceder entre nosotros y, en honor a la verdad, no me gustaría que Jay se arrepintiera de ello. Que no me pare a valorar si yo quiero que pase algo dice mucho de lo que en realidad deseo. No obstante, la posibilidad de que él pueda estar bajo los efectos del alcohol, sumado a sus ruegos, consigue que mi cuerpo obedezca.

Me reclino ligeramente para interponer algo de espacio entre nosotros, pero no llego a retirarme del todo. No creo que mis piernas respondieran aunque quisiera.

—Jay... —murmuro, y no sé qué más decir.

—Ali... —replica él, suspirando.

Sus párpados caen, ocultando el intenso brillo de sus ojos plateados, y no estoy muy segura de qué es lo que va a pasar a continuación.

# 19

Jay se mantiene en silencio y yo permanezco inmóvil sobre él. Tiene la mirada fija en mi rostro, así como una expresión dolorida y algo ausente, como si estuviera pensando en algo que le hace daño a un nivel casi físico. Me gustaría poder decir algo, pero me he quedado sin palabras. Con mi inoportuna incapacidad verbal, mi mente parece aprovechar para recordarme que las reglas que rigen para este tipo de situaciones no son aplicables con Jay. No me encuentro deseando a un hombre normal... ¡Es mi hada madrina y yo acabo de enrollarme con él! Sin mencionar lo de frotarme contra su entrepierna como un perro en celo. Lo peor de todo es que en este mismo instante lo que más deseo es perderme de nuevo en sus labios.

Tan rápido como me he visto arrastrada sobre él hace un momento, Jay me alza por la cintura y me coloca de nuevo en el asiento.

—Ali... —farfulla, y aunque parece a punto de decir algo más es obvio que no encuentra las palabras adecuadas.

Alza la mirada al cielo y, tras esta, también eleva la mano. Agita los dedos y de repente miles de puntos luminosos aparecen sobre nuestras cabezas, más de las que jamás haya visto en toda mi vida.

—Oh —atino a murmurar.

Él suspira.

—Dicen las hadas más ancianas que cada estrella del firmamento es una pareja destinada a encontrarse —explica, en voz muy baja—. Algunas lo consiguen, otras se esquivan en un universo infinito o mueren antes de acercarse lo suficiente...

Esa última parte no es nada alentadora.

Jay, como esas estrellas, ahora mismo parece a kilómetros de distancia de aquí. Sin embargo, me animo a bromear, sin saber muy bien en qué punto estamos o qué demonios le ronda la cabeza.

—Con mi suerte seré de esas.

Baja la vista y sus ojos se pasean por mi rostro de tal forma que casi puedo sentir la caricia en mi piel.

—Tú le encontrarás, Ali. Lo harás —repite, y no estoy segura de a quién

trata de convencer—. Yo... Yo me encargaré de ello.

«Tú... tú que me has besado hace un momento como nadie me ha besado nunca», pienso para mí, y su sabor acude a mis labios, dulce y a la vez picante. Tan contradictorio como él.

—Pero nosotros acabamos...

Un músculo palpita en su mandíbula y soy incapaz de terminar la frase.

—Lo sé.

Aparta el rostro. Su atención regresa a las luces titilantes que ha invocado con un simple gesto de su mano mientras yo continuo intentando discernir si ha sonado arrepentido, asqueado o sencillamente resignado. Ninguna de las tres opciones me deja demasiado contenta.

Pasamos varios minutos en silencio, disfrutando del espectáculo sobre nuestras cabezas. Me pregunto si todo Manhattan está viendo lo mismo que nosotros o esto es algo así como un pase privado.

En algún momento, Jay pasa su brazo en torno a mi espalda y mi cabeza va a parar a su pecho. Estamos como al principio, solo que mi mente es un caos de ideas absurdas y mi cuerpo reclama más. Más cerca. Más besos. Más de él.

Me obligo a pensar en otra cosa.

—¿Qué hay de Peter Pan?

Mi pregunta consigue que sus labios pierdan la rigidez y una de sus comisuras se eleva de manera muy leve. Algo es algo.

—Es Joey.

—¿Cómo? —inquiero, sin entender.

—Peter Pan está inspirado en mi hermano —repone, encogiéndose de hombros—. No quieres saberlo.

Yo también sonrío.

—Sí, sí que quiero. ¿Garfio existe? ¿Campanilla?

Jay niega a pesar de que su humor es algo menos pesaroso.

—Es hora de irnos a la cama.

Por un segundo, me imagino que ha dicho lo que yo querría que dijera, aunque no creo que sea el caso. Todo mi cuerpo estalla una vez más en llamas. Ni siquiera parece que se haya dado cuenta de que sus dedos llevan un rato trazando espirales sobre mi brazo.

—No tengo sueño —me quejo, pero antes de terminar de hablar ya estoy

metida en mi cama y con el pijama puesto—. ¡Jay!

Mi inminente enfado se diluye antes siquiera de hacer acto de presencia cuando le veo soltar una carcajada. Su risa es fluida y tan sincera que me quedo observándole y las protestas mueren sin llegar a mis labios.

Cuando sus carcajadas cesan, mantiene la sonrisa.

—Hay alguien ahí fuera para ti, y juntos... daremos con él.

Ya lo ha dicho hace un momento en la azotea. Cuanto más lo repite, peor suena para mí. Al principio creía que mis dudas se debían a lo repentino de toda esta locura: la magia, los cuentos, la existencia de seres mágicos dedicados a ayudar a los mortales... Pero lo curioso es que, conforme avanzan las semanas, he aceptado toda la parte de las hadas, por muy increíble que resulte. Sin embargo, algo me dice que en lo que respecta a la labor de Jay conmigo se trata de una batalla perdida de antemano.

A estas alturas no albergo la curiosidad o la inquietud que debería ante dicha posibilidad, ni siento emoción alguna por las futuras citas que Jay tenga planeadas, si es que tiene algo pensado. Empiezo a creer que no dispone de muchos candidatos, lo cual es aún más deprimente.

Jay debe detectar algo en mi expresión, porque se acerca a la cama y toma asiento en el borde. Me cubre con la colcha y, acto seguido, sus dedos apartan con suavidad de mi rostro varios mechones rebeldes. Parte del brillo de sus ojos se apaga.

—Descansa —sugiere, pero no quiero dormirme todavía, no cuando la piel que han rozado sus dedos exige más de él.

Jay insiste.

—Mañana deberíamos rellenar tu perfil, tal vez nos resulte útil.

—Cuéntame algo de ti —tercio yo, por contra, ignorando su comentario.

Odio ese dicho perfil. Nunca he sabido describirme a mí misma y, si tengo que ser sincera, creo que no se puede conocer a una persona tan solo sumando detalles de su vida. Somos más que la comida que nos gusta o el colegio al que fuimos. Somos emociones y vivencias, sueños, heridas, sonrisas... No existe un perfil que mida eso.

Arquea una ceja, sorprendido.

—¿De mí? —replica, como si fuera lo más descabellado que ha escuchado jamás.

Asiento y me deslizo sobre el colchón, dejando un hueco libre a mi lado a modo de invitación.

—Te doy una respuesta para tu perfil por cada pregunta que respondas sobre ti.

Titubea un instante, pero sé que le he convencido por el sutil movimiento de las comisuras de sus labios. Es mucho más expresivo de lo que había creído en un principio.

—Está bien, tú ganas.

Toma asiento junto a mí y apoya la espalda en el cabecero. El colchón cede bajo su peso y tengo que hacer un esfuerzo para no rodar y acurrucarme contra él, y no es solo por el efecto de la gravedad. Mantenemos la distancia entre nuestros cuerpos con una rectitud admirable teniendo en cuenta lo sucedido hace unos minutos.

—Cinco preguntas —me advierte—. Luego te irás a dormir.

Su voz rebosa ternura y preocupación, y resulta demasiado agradable para tratarse del tío que me secuestró en una exposición y me trajo a casa bajo los efectos de un hechizo.

—Dispara.

Durante las semanas que Jay lleva formando parte de mi vida he acumulado uno o dos millones de cuestiones acerca de las cuales me gustaría interrogarlo. No obstante, ni siquiera me paro a reflexionar sobre la primera:

—¿Eres inmortal?

Sus cejas se alzan y, además de la sorpresa, su expresión adquiere también cierto matiz confuso. Supongo que tampoco él esperaba que me interesara ese detalle.

Tarda varios segundos en contestar.

—En realidad, no. No vivimos para siempre —señala, y se remueve inquieto—. Nuestra longevidad es, desde luego, mayor que la vuestra. Aunque también podemos... renunciar.

—¿Renunciar? ¿Quién querría renunciar a una vida más larga? —Ahora soy yo la sorprendida.

Jay tuerce el gesto.

—¿Es esa otra pregunta? Una cada vez —me amonesta—. Me toca.

Me enfurruño un poco, pero no me queda más remedio que aceptar las

normas.

—¿Qué es lo que más valoras en un hombre? —tercia él, y no puedo evitar sentirme decepcionada.

Debería haber sabido que todo esto iba sobre el maldito perfil. Aun así, medito un momento antes de darle lo que busca.

—Puede que suena a tópico, pero... que me haga reír, sin duda.

No nos estamos tocando y, a pesar de ello, hay una especie de corriente invisible entre nosotros. La piel de mi brazos, a pocos centímetros del suyo, está completamente erizada.

—Bam te hacía reír —replica, aunque yo continúo mirando el espacio que nos separa.

Incluso así, no se me escapa el tono de fastidio que emplea. Casi parece indignado.

—Sí, sí que lo hacía...

—¿Pero?

Inspiro hasta llenar mis pulmones.

—No había chispa. Nos faltaba algo —intento explicar—. Puede que creas que solo era la primera cita y que eso es algo imposible de saber tan pronto, pero estoy segura de que no era él. Yo necesito...

—¿Qué necesitas? —vuelve a interrumpirme, tan ansioso que me contengo para no echarme a reír.

Me recuerda a Lara cuando le cuento alguna de mis desastrosas citas y no deja de atosigarme para conocer todos los detalles. Tal vez Jay y yo nos estemos convirtiendo en algo similar a dos buenos amigos.

—¿Eso es otra pregunta? —le cito, aprovechándome de la situación.

—Touchè. —Sonríe—. Te toca.

En esta ocasión, me detengo a valorar qué preguntar. Mientras, Jay tamborilea con los dedos sobre su muslo.

—¿Por qué renunciarías a tu pseudoimmortalidad?

Él también se toma su tiempo para contestar.

—No lo sé, supondría renunciar a la magia —dice al fin—. Aunque este trabajo... Digamos que es un cargo vitalicio y yo tal vez esté demasiado cansado de todo esto.

Ladeo la cabeza para mirarle. Se ha puesto demasiado serio, incluso parece

triste.

—¿Siempre dama de honor y nunca la novia? —bromeo, y su sonrisa regresa.

Mis labios se curvan con los de él.

—No creo que sepa cómo contestar a tu pregunta. Lo siento —me dice, y hago un gesto con la mano para restarle importancia—. Y ahora dime, ¿qué es eso que necesitas?

## 20

Había albergado la esperanza de que Jay no volviera sobre el tema, pero no quiere dejarlo de lado. Aprieto ligeramente los labios y lucho por encontrar una forma de expresar lo que pasa por mi mente.

—Es complicado.

—Tengo toda la eternidad —afirma— o casi. Tú solo háblame.

—¿Te das cuentas de que yo no soy inmortal?

—Háblame —repite, arrancándome un suspiro.

Me acomodo en un intento de ganar tiempo para pensar. Jay no parece impaciente, aunque sí atento. No hay tensión entre nosotros, en cambio, seguimos rodeados de esa especie de energía que no ha dejado de crecer desde que nos hemos besado en la azotea.

—No lo sé, Jay. No sé lo que realmente necesito —comienzo, titubeante—. No busco un amor épico ni una historia enrevesada, solo quiero algo sencillo. Alguien que no se canse de compartir mis sueños cada noche y que me despierte con un beso cada mañana. Con el que pueda esconderme en la cama los domingos solo para que me haga cosquillas, y más tarde me haga el amor. — Conforme hablo, más palabras acuden a mis labios sin que tenga que rebuscar en mi interior para sacarlas—. Que ría conmigo y que lllore también cuando sea necesario. No quiero un caballero andante que me salve o me proteja, sino un hombre normal que camine a mi lado. Alguien que me mire y me vea. De verdad.

Doy por terminada mi pequeña diatriba, lamentándome porque es probable que me halla excedido, avergonzada.

—Así que nada de zapatos de cristal, ¿no? —bromea Jay, y me da un pequeño codazo sin fuerza.

Ladeo la cabeza para contemplar su sonrisa, comprensiva y cargada de cariño. Aquí, sentada junto a él en mi propia cama, de repente caigo en la cuenta de lo lejos que está del tipo odioso que se presentó ante Lara y ante mí en la exposición. No es que se haya redimido del todo, y todavía tiene sus momentos, pero, sin duda, ha cambiado o al menos ha dejado de comportarse como un imbécil la mayor parte del tiempo.

—Tienen que ser incómodos.

—¡Cómo osas! —exclama, con falsa indignación—. Siempre serán mi mejor creación. Cenicienta dijo que era como ir descalza. Por cierto, ¿has dicho cosquillas?

Antes de mi siguiente parpadeo, mi espalda está ya contra el colchón y Jay sobre mí. Sus dedos se cuelan entre los pantaloncitos del pijama y la camiseta y lo siguiente que sé es que estoy riendo a carcajadas. Jay ríe conmigo. Estoy segura de que si pudiera permanecer quieta y no estar siendo objeto de un ataque de cosquillas, lo observaría embobada. El sonido de su risa es adictivo, casi tanto como su olor, y su rostro prácticamente brilla.

Me rindo a la evidencia: Jay, en este instante, es jodidamente atractivo, y no solo se trata de su físico.

Rodamos por el colchón con las piernas enredadas. Me esfuerzo para quitármelo de encima, pero bloquea cualquier escapatoria haciendo uso de todo su cuerpo.

—¡Para, Jay! ¡Por... favor! —le ruego, sofocada—. ¡Para!

Lo malo es que obedece y, al detenerse, termina sobre mí. Ambos respiramos de forma agitada y los alientos se mezclan debido a la cercanía de nuestros labios. Y eso es solo de cintura para arriba... La distancia es inexistente de ahí para abajo. Sin embargo, no hay nada sexual en este momento de intimidad compartida. O casi nada.

Jay se mantiene sobre mí y me está mirando a los ojos con una gran sonrisa a los labios. Hay muchas clases de sonrisas, pero siempre he pensado que las más sinceras, con diferencia, son las de los niños. Ellos sonríen sin motivo incluso, sin esperar nada a cambio. Es felicidad en su estado más puro y más sencillo. Es justo así como lo está haciendo Jay y no podría resultar más mágico que cualquier cosa que pudiera invocar chasqueando los dedos.

No tengo manera de medir el rato que permanecemos mirándonos el uno al otro en silencio. Solo sé que él termina por romper ese intenso momento deslizándose su cuerpo sobre el mío hacia atrás muy despacio hasta ponerse en pie, con tanto cuidado que parece estar alejándose de una bomba a punto de estallar.

—Será mejor que te deje dormir un poco —murmura, en voz muy baja, sin dejar de observarme.

Retrocede y soy incapaz de descifrar su expresión.

—Buenas noches, Ali.

No espera mi respuesta.

—Jay —lo llamo, cuando ya va camino a la puerta.

Se gira para mirarme. Ni siquiera sé muy bien qué voy a decirle hasta que hablo.

—Quédate.

Avergonzada, mis ojos descienden hasta el hueco que ha vuelto a quedar libre a mi lado. No es que le esté pidiendo una noche desenfadada de sexo ni nada por el estilo, solo quiero continuar sintiéndole a mi lado. Es estúpido y absurdo, porque está claro que meter a un tío en tu cama —un tío como Jay— no es en absoluto una buena idea. Sin embargo, a riesgo de ascender un peldaño más en este mundo irreal en el que me he sumergido en las últimas semanas, no quiero que se marche.

—El sofá es incómodo —añado, y sé que estoy tratando de justificarme.

La mirada de Jay no desvela nada de lo que pasa por su mente ante mi petición.

—Recuerdas lo que hablamos sobre transportarme al Ritz, ¿verdad?

Asiento.

No se mueve. No avanza ni retrocede. No hace nada salvo quedarse ahí mirándome. Transcurren unos segundos agónicos en los que no tengo muy claro si debería reírme y decirle que bromeaba o meter la cabeza bajo la almohada.

Pero... ¿qué demonios? Me niego a ser una cobarde. La cuestión es que Jay —por algún motivo que no alcanzo aún a comprender— me hace sentir bien.

—Vamos, ven aquí, Campanilla —me burlo, y la tensión del ambiente se diluye.

Sus labios se curvan y ladea la cabeza. La estampa resulta de lo más atractiva. Da un paso hacia delante y sé que me he salido con la mía, pero lo que no espero es que, acto seguido, su ropa desaparezca y no queden más que unos bóxers sobre su piel y una sonrisa torcida en su rostro.

—¿Tienes algo en contra de los pijamas? —le suelto, esforzándome por dominar el temblor de mi voz.

Se tumba a mi lado y tira de la sábana para cubrirnos hasta la cintura. Mis ojos se pasean por su pecho de forma perezosa, me recreo con las líneas de sus músculos en tensión, con la perfección de su torso.

—Suelo dormir desnudo —me informa, y esa es toda la explicación que me da.

No sé si es descaro o naturalidad, pero no titubea al agarrarme y acomodarme contra su costado, como si lleváramos toda la vida compartiendo la misma cama y acurrucándonos juntos. Mi mejilla termina por reposar sobre su pecho y siento el latir de su corazón, potente y ligeramente acelerado.

—Duérmete —me dice, con voz suave.

Me va a resultar un poco complicado teniendo en cuenta que la calidez que desprende se cuele por cada poro de mi piel y ese olor adictivo que emana de él comienza a aturdirme.

—Me debes aún algunas respuestas. —Suspira mientras sus dedos se enredan en un mechón de mi pelo, y yo aprovecho para preguntar antes que decida negarse o emplee alguno de sus trucos para dejarme inconsciente—. Me has besado. Tres veces —añado, con la mirada fija en el punto exacto en el que las yemas de mis dedos rozan con descuido su piel—. ¿Por qué?

Los nervios retuercen mi estómago durante el silencio posterior. Soy incapaz de dejar de pensar en el beso de la azotea, en el sabor de su boca y en el gemido que ha escapado de su garganta al moverme sobre él, y tener a Jay casi desnudo entre las sábanas no ayuda a que consiga olvidarlo.

—¿Haces esto con todas tus asignaciones? —inquiero, sin darle margen para responder—. ¿Te acuestas con ellas?

El tono de reproche es más que obvio y no puedo evitar preguntarme por qué me molesta tanto pensar en lo que pueda haber hecho anteriormente. No me lo imagino besando a Cenicienta, pero ¿qué sabré yo de lo que hacen las hadas? Hasta hace unas semanas ni siquiera sabía que existían.

—Eso son dos preguntas.

—Pues dame dos respuestas —replico, con cierta dureza.

Jay desliza los dedos bajo mi barbilla y me obliga a mirarlo. Sus ojos recorren mi rostro.

—Solo vamos a dormir —me dice, evasivo.

Hago ademán de separarme de él, pero no me lo permite.

—Responde a la pregunta, Jay —insisto, más enfadada si cabe.

—No.

—¿No qué?

—No me acuesto con mis asignaciones —explica, sin apartar la vista de mí.  
—¿Con ninguna?  
—En realidad... no me he acostado con nadie.

# 21

## Jay Forevermore

Ali duerme aún, enrollada entre las sábanas y cubriendo con su brazo la línea de mi cintura. Allí donde su piel está en contacto con la mía siento un hormigueo constante que no me permite pensar. Al despertarme he estado a punto de saltar de la cama y alejarme de ella, pero, incluso después de haber pasado gran parte de la noche despierto acunándola entre mis brazos, mi cuerpo me ruega que la mantenga tan cerca como pueda mientras me sea posible.

Sigo sin entender qué demonios me está pasando. Aunque sospecho que no me creyó cuando se lo confesé, jamás había sentido ningún tipo de atracción por mis asignaciones. Nunca hasta ahora. Nunca hasta ella.

Tampoco comprendo en qué pensaba al admitir que no me he acostado con ninguna mujer. No es que las hadas no mantengamos relaciones sexuales — prueba de ello es Joey, mi hermano—, pero durante siglos mi único interés ha sido completar mis misiones y regresar con los míos.

—Ya sabía yo que no eras tan diligente como nos querías hacer creer.

Mi hermano tiene, sin duda, el don de la oportunidad. Por la sonrisa satisfecha que exhibe en su rostro está claro que no puede alegrarse más de haberme pillado metido en la cama de Ali.

—¿Qué haces aquí? —murmuro en voz baja. Evito moverme, aunque me muero de ganas de levantarme y sacarle a patadas de la habitación—. Vas a despertarla.

—Llevo años esperando este momento —repone, acercándose a la cama.

Le apunto con el dedo y luego señalo la puerta, pero no se da por enterado.

—Careces de integridad, te aprovechas de tus asignaciones... —enumera, repitiendo las acusaciones que he formulado en su contra en más de una ocasión—. Eres egoísta, detestable... ¿Quieres que continúe?

Nuestras miradas entablan un duelo silencioso que sé que no puedo ganar.

—No es lo que piensas.

Las carcajadas retumban en su pecho mientras agita la cabeza de un lado a

otro.

—El gran Jay Forevermore claudicando al deseo por una humana —señala, y soy consciente de lo mucho que está disfrutando de la situación.

Ali se remueve a mi lado y uno de sus muslos va a parar justo a la zona de mi entrepierna. La erección es casi instantánea. Aprieto los dientes y ruego para que Joey no se dé cuenta de ello. Aunque, por la amplitud de su sonrisa, diría que está al tanto de todo lo que ocurre bajo las sábanas.

—Lo que yo pienso es que, esta vez, no has sido capaz de mantener la polla dentro de los pantalones.

—Mi polla está donde tiene que estar —replico, cayendo en su juego.

—Seguro que sí, hermanito, pero me apuesto lo que sea a que ese lugar no es donde tú quieres que esté.

Apenas ha pronunciado la última palabra se esfuma sin darme tiempo a rebatir su afirmación. Detecto su magia y la misma sangre que corre por mis venas en algún lugar de la casa. Seguramente esperará en el salón a que Ali se levante y así continuar torturándonos a ambos.

Solo restan un par de minutos para que el despertador de Ali suene y me resulta impensable que vaya a encontrarme aquí. Anoche conseguí que se durmiera aburriéndola con evasivas. Dudo mucho que hoy tenga tanta suerte. Eso sin mencionar que, si me mantengo un minuto más a su lado, es probable que las acusaciones de Joey comiencen a tener más fundamento del que desearía.

Armándome de valor, me deslizo con cuidado hasta el borde del colchón y me dirijo directamente al baño. Necesito con urgencia un ducha bien fría.

Al terminar, me encuentro a Ali en la cocina, fulminando a Joey con la mirada mientras se prepara el desayuno.

—Podía haberlo hecho yo —comento, ignorando deliberadamente a mi hermano.

A saber de qué puede haberle estado hablando en mi ausencia.

—Te veo muy servicial, hermanito.

—Cállate, Joey.

Los ojos de Ali alternan entre el uno y el otro, pero no abre la boca. No es hasta que termina de comer cuando me informa de que va a vestirse para ir a trabajar y, además, de que quiere hacer un parón en sus citas.

—Necesito replantearme todo esto, Jay.

Mi nombre abandona sus labios en forma de susurro titubeante. Escucho la risita de Joey a pesar de estar de espaldas a él. Aun así, mi atención se centra en ella y en la confusión que refleja su expresión.

—¿Me estás escuchando? —inquire, y me doy cuenta de que me he quedado embozado contemplando la curva de su boca y recordando lo mucho que disfruté recorriéndola con la lengua.

—Después del trabajo voy a quedar con Lara y también les debo una visita a mis padres.

Mientras habla de sus planes echa varios vistazos rápidos a mi hermano.

Asiento.

Ahora mismo no soy capaz de pensar en lo que se supone que debería hacer o en cómo debería actuar. Soy consciente de que podrían sustituirme en cualquier momento y ya no podría ver más a Ali. La idea de salir de su vida para siempre no me hace la más mínima gracia y empiezo a comprender que no es por los motivos adecuados.

—Está bien. Tómate algo de tiempo. —Aparto un mechón de su rostro y lo coloco tras su oreja. Incluso recién levantada es la mujer más bonita que haya visto jamás—. Estaré aquí cuando regreses —prometo, aunque no sé si podré cumplirlo.

Permanece unos segundos observándome y luego se marcha en dirección al dormitorio.

—Estaré aquí cuando regreses —me imita Joey, burlón.

—No tienes ni idea. No te atrevas a juzgarme —le advierto, y lucho por no perder la escasa paciencia que tengo cuando se trata de mi hermano.

Enlaza las manos a la altura de la nuca y se recuesta contra el respaldo del sofá, ufano.

—No te juzgo, hermano, aunque es irónico que seas tú el que me pida que no lo haga. En realidad, me preocupas —señala, sin dejar de sonreír—. Me preocupas tanto que creo que debería hablar con Celeste sobre esa preciosidad y tú.

—No te atrevas a meter a Celeste en esto.

Por mucho que trato de que se largue, Joey aún sigue aquí cuando Ali regresa al salón lista para ir a trabajar. Sin embargo, antes de que abra la puerta de entrada ya me he olvidado de la presencia de mi hermano. La atraigo hacia mí

y la estrecho entre mis brazos como si fuese la última vez que fuera a verla, con fuerza, pero con la delicadeza que siento que merece. El aroma de su pelo se apodera de mis sentidos y las curvas de su cuerpo se amoldan al mío. La sensación de tenerla enterrada en mi pecho es lo más jodidamente delicioso que he experimentado nunca y ni siquiera estoy seguro de qué es lo que significa eso. Solo sé que no puedo borrar el recuerdo de tenerla sentada a horcajadas sobre mí, con el rostro encendido por el deseo, como tampoco soy capaz de olvidar el sabor de sus besos ni el tacto de su piel, cálida y suave.

Ella acepta mis atenciones sin rechistar y percibo cómo se estremece de pies a cabeza. Pero está demasiado callada y su silencio aumenta mi inquietud.

—Eres consciente de que, de una forma u otra, va a terminar con otro, ¿verdad? —tercia Joey, una vez que Ali se ha marchado. En esta ocasión no hay rastro de burla en su voz—. Las hadas y los mortales no se mezclan. No debería tener que ser yo el que te lo recordara, hermanito.

## 22

Paso la jornada laboral sepultada bajo las carpetas y expedientes que se acumulan en mi mesa, sin parar ni un segundo, aunque es algo totalmente voluntario. Hoy Thomas tiene un buen día y no reclama mi atención más que en dos ocasiones, y Robert, mi otro jefe, se pasa prácticamente todo el día en los juzgados, por lo que en el bufete reina un ambiente mucho más distendido que en otras ocasiones.

Sin embargo, me niego a darle a mi mente ningún tiempo muerto para pensar. Mantenerme ocupada aleja todas esas preguntas para las que no tengo respuesta, al menos la mayor parte del tiempo. Pero, cuando me encuentro con Lara en la cafetería a la que solemos acudir, es inevitable que saque el tema a relucir.

—No lo entiendo —me dice, tras darle un largo sorbo a su capuchino.

Yo picoteo de la ensalada que tengo delante. Ni siquiera he parado para comer y a estas horas de la tarde estoy famélica.

—No hay nada que entender —replico, sin demasiado entusiasmo—. Jay y yo no estamos saliendo. Solo somos amigos.

Explicarle a mi amiga por qué Jay ocupa de repente parte de mi tiempo sin descubrir su secreto está muy lejos de resultar una tarea fácil.

—Pero te gusta —señala ella— y a él le gustas tú.

De lo último no estoy demasiado segura, aunque, teniendo en cuenta la forma en la que Jay me besó, quiero pensar que así es. Nadie besa de esa forma si no siente al menos una ligera atracción.

—No podemos liarnos.

«Porque él es mi hada madrina y, por tanto, el encargado de encontrar a mi alma gemela».

Lara tuerce el gesto y a sus ojos asoma una mirada compasiva.

—Mira, Ali, ya sé que has tenido muy malas experiencias con los tíos, pero eso no debería hacer que tires la toalla. ¿Por qué no probáis a tener una cita? Una cena o un paseo, o incluso un buen revolcón —añade, sugerente—. Dudo mucho de que nada pueda ir mal con ese tío en tu cama. O en el suelo, o contra la pared... Tú ya me entiendes.

El comentario, muy a pesar, me arranca una sonrisa. Yo tampoco creo que las cosas puedan salir mal en ese aspecto con Jay, aunque todavía estoy intentando asimilar su confesión. ¿Cómo es posible que un tío como él sea virgen?

—¿Qué pensarías si te dijese que Jay no ha estado con nadie?

—Que lo suyo son los empotramientos sin ataduras. Llega, folla y se va —me suelta, divertida, sin plantearse lo que en realidad estoy diciéndole—. Mejor para ti. Si no quieres una relación seria, ¡Jay es tu hombre! Está demasiado bueno para dejarlo pasar.

Decido no sacarla de su error, tampoco soy quién para divulgar un detalle tan íntimo de su vida.

Lara insiste, lloriqueando mientras yo devoro mi ensalada. Me veo obligada a darle las respuestas más imaginativas que se me ocurren, intentando no desviarme en exceso de la verdad.

—¡Está casado! Es eso, ¿no? —exclama, cuando, por enésima vez, le digo que no puede haber nada entre nosotros.

No la culpo por pensarlo. Uno de mis historias anteriores terminó de la noche a la mañana cuando descubrí que el tipo tenía mujer y un encantador niño de cuatro años.

—¡No! ¡No es nada de eso!

—Pues entonces sigo sin entenderlo.

Me encojo de hombros.

—En realidad, yo tampoco lo entiendo —admito, frustrada—. Él es... diferente.

Seguramente, «diferente» se queda bastante corto.

Estoy a punto de claudicar y confesarle a Lara que me siento atraída de forma irremediable por un ser mágico que cumple deseos con un sencillo chasquear de dedos cuando mi amiga pega un respingo en la silla. El movimiento es tan brusco que golpea la mesa con la rodilla y tengo que sujetar mi plato para que no acabe en el suelo.

Antes de que pueda preguntarle al respecto, Jay se planta junto a nosotras. No viene solo.

—Lara, ya conoces a Jay. Y este es...

—Joey —me corta ella, pronunciando su nombre con evidente desdén.

Los presentes nos miramos unos a otros con cierto estupor, salvo Joey, que sonrío y se muestra tan odiosamente feliz como siempre. Empiezo a creer que, además de abusar de la magia, abusa también de algún tipo de estupefaciente.

—Jay, deberías saber que acabas de perder bastantes puntos por malas compañías —señala Lara, aunque sus ojos están fijos en Joey—. Unos mil o dos mil, como poco.

—¿Os conocéis?

La pregunta sale de mi boca al mismo tiempo que lo hace de la de Jay. Joey, por contra, se mantiene en silencio.

—Os presento a mi nuevo vecino. Mi nuevo y desagradable vecino —suscribe ella.

Lara es de esas personas que se llevan bien con todo el mundo: extrovertida, alegre, algo alocada pero encantadora. No puedo ni imaginar qué puede haber hecho Joey para cabrearla de esa manera. Nunca la había visto así.

La explicación que se me ocurre hace que me levante de un salto de la silla, agarre a Joey del brazo y lo arrastre hasta el exterior de la cafetería. En honor a la verdad tengo que decir que él me lo permite, de otro modo no sería capaz de mover su 1,90 de estatura.

—¡Dime que mi mejor amiga no es tu asignación! —le exijo, ya en la calle.

—Tu mejor amiga no es mi asignación —recita, con voz monocorde.

Aprieto los labios. No soy una persona violenta, pero Joey consigue que me replantee lo de empezar a repartir puñetazos a diestro y siniestro.

—¿Sabes? Cuando conocí a tu hermano pensé que era el típico machito prepotente, aunque ahora no le veo así. Quiero pensar que contigo podría sucederme lo mismo.

Tal vez albergo demasiadas esperanzas.

—Yo que tú no me haría demasiadas ilusiones. Comparado conmigo, Jay es un angelito.

—No me gusta comparar —replico, a punto de perder la paciencia—. Las personas no son cromos, no se las compara ni se juega con ellas. No juegues con Lara —le advierto—, no quieras saber lo que estoy dispuesta a hacer por ella si le haces daño.

Puede que sea un desastre en mis relaciones amorosas y que no me lleve especialmente bien con mis padres, o quizás sea precisamente por eso, pero Lara

es la persona más importante de mi vida.

Asiente de forma muy leve con la cabeza y espero que sea porque ha comprendido lo que trato de decirle.

—Has despertado mi curiosidad. Es la primera vez que mi hermano siente deseo por una mortal.

El cambio de tema me pilla desprevenida y no tardo en ponerme a la defensiva.

—No hay nada entre nosotros —le rebato, y soy consciente de que no estoy siendo del todo sincera.

—Oh, sí, sí que lo hay.

—No lo hay y, si lo hubiera, tampoco sería asunto tuyo.

Alza las manos y sonrío.

—Tranquila, no tengo ningún problema al respecto. Es más, voy a quedarme por aquí cerca porque cuando Jay sucumba a la tentación, que lo hará, quiero tener un asiento de primera fila para verlo.

—Eso es asqueroso.

Su sonrisa se amplía, muy pagado de sí mismo, como si el comentario se tratase de un halago.

Vuelvo a plantearme dar rienda suelta a la hostilidad que despierta en mí, pero Jay aparece y se interpone entre ambos antes de que la cosa vaya a más.

—Basta —nos amonesta, y arrastra a su hermano lejos de mí.

Le lanzo una mirada de agradecimiento, dudo que pudiera conservar la calma por más tiempo.

Regreso al interior de la cafetería y me dirijo a donde he dejado abandonada a Lara, que me recibe con expresión seria.

—¿Qué te ha hecho para que ardas en deseos de darle una muerte lenta y dolorosa? —la interrogo, mientras tomo asiento de nuevo.

No es que esté defendiendo a Joey, no soy su fan número uno, pero mi amiga suele llevarse bien con todo el mundo, incluso con los tipos que van de sobrados y perdonavidas, como es el caso de Joey. Tiene la increíble capacidad de manejarlos a su antojo, domarlos y acabar colgándose de ellos; la mayoría de veces ni siquiera lo hace en ese orden. Por eso me extraña más si cabe su actitud. No es alguien que pierda la sonrisa con facilidad.

—Es un capullo.

—Cuéntame algo que no sepa.

Se reclina en la silla y toma la taza entre las manos. Yo he dejado a un lado mi plato, he perdido el apetito.

—Desde que se instaló en el piso de Derek, semanas atrás, ha convertido el edificio de mis padres en algo muy similar a un burdel.

Mi amiga vive en un piso que comparte con una compañera de facultad, pero suele pasar los fines de semana con sus padres. Al contrario que yo, tiene una excelente relación con ellos y si se mudó al comenzar la universidad fue solo por comodidad, para estar más cerca del campus. Sus padres, a su vez, la animaron a que lo hiciera y disfrutara al máximo de la experiencia que supone la universidad. Los primeros años los pasó en una residencia y más tarde se trasladó al piso que ocupa en la actualidad.

—Organiza fiestas cada noche, entra y sale gente a todas horas... sobre todo mujeres, y no son siempre las mismas, no creas. Parece que estuviera intentando batir alguna clase de récord.

—¿Vive con Derek?

No puedo ocultar la sorpresa. Derek es algo mayor que nosotros, rondará los treinta, y es el hombre más tímido que haya conocido jamás. Cuando me he cruzado con él suele esconderse tras sus gafas y murmura bajito un escueto saludo. Aunque tiene una bonita sonrisa y no carece de atractivo, no le pega en absoluto esa clase de vida nocturna. A no ser...

—¡Derek es su asignación!

—¿Su qué? —inquire Lara, y me doy cuenta, demasiado tarde, de que he hablado en voz alta.

—Joey también es... Es asesor emocional —intento arreglarlo—, como Jay.

Las carcajadas de mi amiga resuenan a lo largo y ancho del local, atrayendo la atención del resto de clientes.

—Ese tío no encontraría sus propias emociones ni aunque se las colocaran en una buena delantera. No te digo ya las de otra persona.

Me encojo de hombros, poco puedo decir teniendo en cuenta que lleva bastante razón. Joey no ha hecho nada que me haga pensar que su hermano no estaba en lo cierto al advertirme sobre él. Aun así, me cuesta juzgarle sin apenas conocerle. Supongo que la parte de mí que adora la abogacía necesita más pruebas antes de condenarle.

—Al menos ha conseguido que Derek tenga vida social.

—Sexual. Vida sexual —me corrige, y no tengo valor para contradecirla.

## 23

Lara prácticamente salta sobre Jay cuando este regresa solo.

—¿Te has deshecho de él?

—Dicho así cualquiera pensaría que habéis cometido un asesinato —tercio yo, echando un vistazo a mi alrededor.

—Por ahora —repite Jay, de pie frente a nuestra mesa.

—Si me lo dejas a mí, puedo hacer que parezca un accidente —comenta mi amiga, mucho más relajada.

Quiero creer que no lo dice en serio.

Jay no hace ademán de sentarse y comienzo a preguntarme qué le ha hecho aparecer en la cafetería. No creo que se trate de una casualidad. Juro que si me ha organizado otra cita me pondré a gritar aquí mismo.

—¿Por qué has venido?

Arquea las cejas y hay cierta diversión en su forma de mirarme.

—Lara no puede acompañarte a ver a tus padres y pensé que no querrías ir sola.

No sé quién de las dos parece más perpleja.

—¿Y tú cómo sabes...? —Lara ladea la cabeza y me lanza una mirada interrogante.

Acto seguido, frunce el ceño cuando su vista se posa en mi teléfono móvil, consciente de que es imposible que le haya comentado nada a Jay al respecto porque ni siquiera he llegado a preguntarle a ella si vendría conmigo.

—Magia —se ríe Jay, y yo trato de no pensar en lo mucho que se acerca eso a la verdad.

—No puedo ir contigo —confirma Lara, aún desconcertada—, pero llévalo a él.

Lo dice como si fuera la mejor idea que ha tenido en toda su vida. Por su expresión, debe estar imaginando la cara de mi madre cuando aparezca con Jay. Mi hada madrina, por su parte, muestra idéntico entusiasmo, y no sé muy bien de qué extraña manera consiguen convencerme entre los dos, pero lo siguiente que sé es que estoy llamando al timbre del apartamento que mis padres tienen en el Upper East Side con Jay a mi lado.

—¿Por qué estás tan nerviosa? —me interroga, alardeando de su aparente tranquilidad.

Es una pésima ocasión para recordarme que puede percibir mis emociones o lo que sea que haga. Lo único que consigue es empeorar mi estado.

—No nos llevamos demasiado bien —replico, y es todo cuanto puedo explicarle, porque justo en ese momento se abre la puerta.

Mis peores temores se materializan cuando, tras invitarnos a entrar, mi madre somete a Jay a una especie de tercer grado sobre él y sobre nosotros; como si hubiera un «nosotros»...

Lo del asesor emocional hace que una arruga del tamaño del cañón del colorado se instale en su frente. Odio esa faceta de mis padres. Nunca entenderé la rapidez con la que han olvidado lo humilde de sus orígenes.

Estoy bastante segura de que lo de *coach* emocional es una invención de Jay, aunque no me extrañaría que existiera algo así en realidad, pero el panorama con mi madre es desolador. No deja de lanzarme miradas de soslayo según avanza en sus pesquisas.

—Bueno, de cualquier manera —termina diciendo—, me alegra que Alice traiga por fin a alguien para que lo conozcamos.

Habla en plural, aunque mi padre ni siquiera ha hecho acto de presencia.

Jay palidece al comprender que ha dado por supuesto que somos pareja, pero no sé muy bien si espera que lo niegue o que pase por alto la confusión. Opto por lo segundo, no por temor a mi madre, sino porque lo único que me apetece es salir de esta casa cuanto antes.

De igual manera, Jay no duda en afirmar:

—Ali es una mujer increíble.

Aunque tiene la vista fija en los fríos ojos de mi madre me da la sensación de que, en realidad, se está dirigiendo a mí. No puedo evitar sonreír.

No nos quedamos mucho más. No me detengo hasta que atravieso la puerta principal del edificio y piso la calle.

—Gracias —le digo, porque no había motivo para que soportara nada de lo que ha sucedido ahí dentro.

Él agita la cabeza, restándole importancia.

—Es una mujer difícil, pero ni siquiera te has planteado negar —hace un gesto con la mano— lo nuestro.

Río sin ganas, exhausta por el largo día que no podría haber tenido una culminación peor.

—No tiene sentido discutir con mi madre, Jay.

Me cuelgo de su brazo y echamos a andar. Caminar siempre me ha ayudado a pensar, y tampoco deseo sentir la mirada escrutadora de Jay sobre mí mientras hablo.

—Mis padres se conocieron en la universidad, se enamoraron y... cuando quisieron darse cuenta mi madre se había quedado embarazada. No fui algo planeado, pero decidieron seguir adelante a pesar de que aún estaban estudiando. Les costó mucho terminar Derecho con una niña a cuestas, pero lo hicieron —comento, aunque es un gran resumen de toda la historia—. Pelearon por cumplir su sueño: abrir su propio bufete. Sin embargo, apenas si tuvieron tiempo para dedicarle a su hija. No les culpo, no han sido unos malos padres. Cuidaron de mí, me dieron una educación y, aunque hubo momentos difíciles, tampoco me faltó de nada.

Jay me escucha en silencio, aunque con gesto serio. No quiero que juzgue a mis padres, incluso ahora, me siento obligada a defenderlos. Fueron los padres que supieron ser, solo eso.

—No crecí rodeada de muestras de cariño y hubo un tiempo en el que hice de todo por conseguir su atención —concluyo, alicaída. No suelo hablar de mi relación con ellos—. A día de hoy ya me he resignado a que la relación sea más fría de lo que me gustaría. No quiero pelear más con ellos por su amor, lo único que conseguiría serían más heridas. Quizás por eso Lara es tan importante para mí, es la hermana que nunca tuve y la única persona con la que sé que puedo contar pase lo que pase.

Cuando quiero darme cuenta nos hemos detenido en mitad de la acera. Jay se sitúa frente a mí, alza las manos y acuna mi rostro. Desliza el pulgar por mi pómulos mientras que su mirada absorbe la mía y casi, casi... consigue tragarse así mi pena.

—Nadie te ha querido nunca como te mereces —farfulla para sí mismo, y el comentario se me clava en mitad del pecho, doloroso y real.

Trato por todos los medios de sonreír, pero solo consigo una mueca forzada. Los ojos me escuecen y lucho por mantener las lágrimas en mi interior.

—Lo siento —murmuran sus labios muy cerca de los míos.

Agito la cabeza.

—No te preocupes, Jay. No pasa nada.

—Es... diferente a lo que contaba tu ficha —repone él, y parece avergonzado.

Ahora sí que me echo a reír.

—Deberías quemar esa ficha.

—Puede que lo haga.

Sus dedos continúan en torno a mi cara, las yemas rozando el nacimiento de mi pelo.

—Venga, vámonos a casa —me dice, al tiempo que sus manos resbalan hasta colocarse en la curva de mi espalda.

Seguramente resultará estúpido y es más que probable que lo haya dicho sin pensar, pero unas absurdas mariposas deciden alborotar en mi estómago al escucharle decir «vámonos a casa» como si el pequeño apartamento en el que vivo también fuera la suya.

En una décima de segundo pasamos a encontrarnos en el salón.

—Creo que me echaré un rato.

Jay me mantiene contra su pecho. O bien está poco dispuesto a soltarme o no se ha percatado de que ya puede hacerlo. En realidad, ni siquiera me está mirando a pesar de lo cerca que estamos. Tiene la mirada perdida más allá de mí.

—¿Jay? —lo llamo, con suavidad.

Percibo el agradable calor de sus manos sobre la parte baja de mi espalda y, si por mí fuera, no le pediría que las retirara. No obstante, necesito al menos un par de minutos para recuperar la compostura y apartar a un lado el tema de mi familia.

—Oh, sí, perdona. —Carraspea y se aleja de mí—. Deberías descansar. Yo... yo tengo que trabajar.

Enarco las cejas. Estoy segura de que no quiero preguntar. Ambos sabemos cuál es su trabajo y yo había dado por sentado que habíamos establecido alguna clase de tregua, pero estoy demasiado cansada para ponerme a discutir con él.

Durante las dos semanas siguientes, esa es la tónica general de nuestra relación. Jay me organiza tal cantidad de citas que los candidatos a convertirse en mi alma gemela —léase con una dosis de ironía aún mayor que la última vez

— desfilan frente a mí sin pausa. Uno tras otro, a veces dos en el mismo día. No sé muy bien por qué, pero no le digo lo poco que confío en que dé resultado. Quizás sea porque parece casi obsesionado con el tema y se lo ha tomado como algo personal, aunque también supongo que para un hada madrina debe ser frustrante no lograr su cometido.

Hago lo que Jay me dice e incluso le permito elegir los modelitos que me pongo, pero la cuestión es que he empezado a tomarme esto como un juego en el que sé que no habrá un ganador. En el fondo, tengo muy claras las razones por las que actúo así.

—Ha sido un desastre —señala, en cuanto echa un vistazo a mi rostro tras el que debe ser el vigésimo encuentro que ha orquestado—. No sabes cuánto lo siento, Ali.

Me encanta que últimamente siempre me llame Ali y no Alice. Esas tres letras se deslizan sobre su lengua con una calidez de la que ni siquiera es consciente y, cada vez que las dice, un escalofrío de placer me recorre la espalda. Siempre. Ni una sola vez hasta ahora he dejado de sentir ese cosquilleo.

—No te preocupes. ¿Cine en casa o un paseo? —sugiero, sin darle mayor importancia.

Es sábado por la noche y aún es pronto. John, un abogado que trabaja para mis padres, no ha sido de las apuestas más acertadas de Jay. Ni siquiera nos hemos planteado ir a tomar algo después de una cena de lo más aburrida. Con una sonrisa que ya tengo más que ensayada, le he pedido que me dejara en casa y él no ha puesto la más mínima objeción.

Soy consciente de que Jay está dando palos de ciego, solo que ha dejado de importarme.

—¿Has cenado bien? —replica él, olvidándose de John tan rápido como yo—. Podemos ir a una crepería que hay en la novena. Sirven unos creps de chocolate que estoy seguro de que te gustarán. Luego podemos regresar y ver una película de esas que tanto te gustan o... —esboza una sonrisa traviesa que hace que mi noche mejore de inmediato—. ¿Qué tal se te da la salsa?

—Ya sabes que la cocina no es lo mío.

Él suelta una carcajada y apenas si consigo no mirarle como una idiota embelesada.

—Bailar. Me refería a bailar.

Comienzo a negar, pero Jay asiente, decidido, como si acabase de decidir que lo que sea que está pensando le complace más que cualquier otra idea que haya tenido antes.

En realidad, hacemos esto todo el tiempo. Jay conoce Manhattan mejor incluso que yo, por lo que nos alternamos para proponer planes alternativos cuando mis citas fracasan, es decir, siempre. Esa es la única razón por la que no protesto cuando me informa de que tengo que quedar con otro hombre.

De repente nos hemos convertido en... amigos, supongo. Dos amigos que disfrutaban muchísimo de la compañía del otro. No hemos vuelto a hablar de nuestro encontronazo en la azotea, como si nunca hubiera sucedido, solo que, al menos yo, lo tengo muy muy presente.

—Vamos, Ali —me dice, con expresión risueña—. Voy a llevarte a bailar.

## 24

Más tarde, cuando Jay abusa de su poder para llevarme de la crepería hasta un local en que, según él, me va a enseñar a menear las caderas, niego de nuevo aún con más efusividad. Me ha atiborrado de chocolate en la que ha sido mi segunda cena del día, sabiendo lo mucho que me gusta y que no sería capaz de decirle que no a nada. Solo que ahora, rodeada de un montón de gente moviéndose de maneras imposibles para las que poseemos dos pies izquierdos como yo, empiezo a creer que no puede salir nada bueno de aquí, al menos para mi ya de por sí dañado ego.

Me consuela que el club es más bien pequeño y no se trata de una de esas discotecas enormes. El ambiente está tan caldeado que no tardo en deshacerme de la chaqueta. Jay me la arranca de las manos y le lanza una rápida mirada al veraniego vestido que ha elegido para mí esta noche.

—Estás preciosa.

—Lo dices porque lo has escogido tú.

—No me refería a la ropa —sentencia, guiñándome un ojo.

Se gira hacia la única barra que hay en el local y se dirige hacia ella, no sin antes deslizar su mano en la mía para llevarme consigo. Su tacto es firme pero suave, y reconozco que en estos días cualquier excusa es buena para tocarnos.

Le doy un apretón y dejo que me arrastre entre la gente.

—Te va a encantar —me dice, por encima de su hombro, con tanta seguridad que casi consigue convencerme—. El dueño es un viejo conocido.

No le pregunto cómo de viejo, estoy demasiado ocupada observando las llamativas coreografías que se desarrollan en la pista. La mayoría de las parejas son de ascendencia latina y se mueven como si llevaran el ritmo corriéndoles por las venas. Jay me comenta que su amigo mantiene el club abierto solo porque los clientes son casi como una familia. Al parecer, todo se conocen; todos menos yo. Algo que queda claro cuando reparte varios saludos en el breve camino que va desde la puerta hasta la barra del bar.

—¡Troy! —grita Jay, y el camarero se gira en su dirección.

El tipo debe rondar los treinta y cinco años. Tiene el pelo moreno y muy corto, casi rapado, y la piel de un tono dorado envidiable, además de una enorme

sonrisa que se hace aún más amplia al posarse sobre Jay.

—¡Jodido cabrón! —exclama, mientras acude a nuestro encuentro.

Ambos se inclinan para darse un abrazo sobre la barra. Se demoran lo bastante como para que comprenda que deben tenerse un gran aprecio. Cuando se separan, los ojos de Troy van de Jay a mí y de vuelta a Jay.

—¿Y esta preciosidad es...?

—Ali —me presenta él, volviéndose hacia mí—. Este es Troy, el dueño de este tugurio.

Río, porque es obvio que no lo dice en serio. En el local se respira familiaridad, podría ser cualquier cosa menos un bar de mala muerte.

—No le hagas caso —me dice Troy. Salta la barra con agilidad, se coloca a mi lado y, antes de que pueda negarme, me da un abrazo—. Bienvenida a mi casa.

—Gracias —atino a responder, una vez que me libera—. Y no te preocupes, no suelo hacerle el más mínimo caso.

Suelta una carcajada y palmea a Jay en el hombro antes de retomar su lugar tras la barra.

—Chica lista. Me gustas. —Su atención regresa a su amigo antes de repetir —: Me gusta.

Jay asiente, dándole la razón. Luce más despreocupado que de costumbre, alegre y particularmente feliz. No sé muy bien si se trata de este lugar o de su reencuentro con Troy, pero prácticamente brilla. Igual debería empezar a preocuparme que se ponga en plan Campanilla y vaya dejando un rastro de polvos mágicos a su paso.

—¿Y Teresa? —le pregunta, mientras Troy ejerce de camarero y nos sirve dos margaritas.

Jay da un sorbo sin titubear y Troy señala a nuestras espaldas, haciendo que este se vuelva para seguir la dirección de su dedo. No me pasa desapercibida la sonrisa que asoma a sus labios en cuanto ve a la que supongo que debe ser Teresa, una morena de melena ondulada con un vestido que marca cada una de sus curvas y unas piernas kilométricas.

—¿Te importa quedarte sola un momento? —Niego—. Volveré enseguida.

Antes de irse, se inclina sobre mí y me da un beso rápido en la mejilla. Juraría que suelta una risita por lo bajo antes de marcharse. Con el ceño fruncido

y un molesto pinchazo en el pecho, le sigo con la mirada. ¿De verdad necesitaba arrastrarme hasta aquí para luego dejarme sola?

Apoyo un codo en la barra y le doy un largo trago a mi bebida, probablemente demasiado largo. Troy me observa sin dejar de sonreír.

—Dime, Ali, ¿qué haces con Jay?

—Esa es una pregunta un poco rara —replico, sin saber cuánto conoce Troy a su «viejo» amigo.

Acerca la cara a mí hasta que no le es necesario alzar la voz para que el volumen de la música no me impida escucharle.

—Así que lo sabes —afirma, lo que me hace creer que él también está al tanto de la profesión de Jay—. ¿Eres su asignación o el bueno de Jay ha dejado de cumplir las normas?

—Su asignación.

Chasquea la lengua. Diría que parece decepcionado.

Un sorbo más y mi vaso está vacío. Troy se da cuenta y se limita a rellenarlo, aunque no se lo haya pedido. Al terminar, sigue manteniendo esa estúpida sonrisa en los labios.

—¿Qué?

—Si solo eres su asignación, ¿por qué estabas tratando de asesinar a mi mujer con la mirada?

Un gesto de su mano me da a entender que Teresa, la guapa morena a la que mi acompañante ha ido a saludar, es su mujer.

—Oh. Ella es tu... —No concluyo la frase e ignoro deliberadamente su pregunta—. Es preciosa.

El halago le distrae.

—Es mi segunda mujer y también la primera.

Tras ese comentario se lanza a contarme su historia y la participación de Jay en ella.

Teresa y él se conocieron muy jóvenes. Se enamoraron con locura, pero apenas eran dos críos cuando decidieron casarse y las cosas fueron muy mal entre ellos. Sus respectivas familias terminaron por intervenir, y la presión a la que los sometieron, o tal vez el destino, los alejó el uno del otro. Sin embargo, ninguno de los dos llegó a superarlo nunca. Años más tarde, Troy continuaba siendo tan infeliz que enviaron a Jay para ayudarlo. Al principio ni siquiera sabía

que debían buscar a Teresa, aunque no tardaron en darse cuenta de que su verdadero amor era y siempre sería ella.

—Se lo debo todo —admite, refiriéndose a Jay—. Es un jodido mago del amor.

A pesar del tono burlón, su voz transmite un inmenso respeto, tanto como cariño.

Echo un vistazo sobre mi hombro. Jay continúa hablando con Teresa, ambos sonríen mientras charlan. De repente, el mundo de Jay —y lo que él es— se convierten en algo mucho más real de lo que han sido hasta ahora. *La Cenicienta, Caperucita Roja, Peter Pan...* Jay ha bromeado al mencionar una decena de cuentos, pero ahora estoy ante una pareja normal, dos desconocidos, sobre los que ejerció su magia y a los que terminó por darles su final de cuento de hadas.

—Conseguiré que seas feliz —añade, sacándome de mis cavilaciones, y yo trato de sonreír, pero no lo logro del todo.

—Mi caso es algo complicado.

—Todos los son —replica, guiñándome un ojo—, pero Jay sabe lo que hace.

«Tal vez yo no», me lamento.

Troy se muestra encantador conmigo y no me deja sola salvo para atender a los que se acercan a pedir una bebida. Les sirve con rapidez, intercambia algunas palabras, pero regresa a mí en cuanto termina. Mientras conversamos, me fijo en el tatuaje que cubre su cuello, desaparece bajo el cuello de la camisa sin mangas que lleva para reaparecer en su hombro y extenderse hasta el codo. En los cuatro nudillos de la mano derecha: *TERE*, lo que me hace suponer que es así como llama cariñosamente a su esposa.

Otro hombre se coloca a mi lado para pedir una cerveza.

—Raúl, esta es la chica de Jay —me presenta—. Mi primo Raúl.

Le lanzo una mirada interrogativa a Troy por la elección de sus palabras y él se encoge de hombros. Supongo que es el único que sabe quién es Jay, por lo que decido no contradecirlo.

—*Estás muy rica* —comenta el recién llegado en lo que creo que debe ser español—. *¿Bailas?*

Me limito a sonreír. No tengo ni idea de lo que me está diciendo.

Raúl tira de mí y me arrastra hasta la pista de baile y, de repente, comprendo lo que ha querido decir. Trato de negarme, diciéndole que ni en mis mejores sueños podría moverme como el resto de la gente que llena la parte más céntrica del local, pero el tipo está tan entusiasmado que creo que ni siquiera me está escuchando. Troy, por su parte, nos observa desde su privilegiado puesto detrás de la barra y no hace ademán de intervenir.

—¡No sé bailar esto! —le grito a Raúl, en vano.

En los siguientes minutos, me guía de un lado a otro y doy vueltas y más vueltas sobre mí misma. Sus contoneos no se detienen ni una vez, a pesar de que yo pierdo el paso continuamente. Al final, termino por rendirme e intentar hacerlo lo mejor posible, lo cual tampoco es que signifique una gran diferencia. Entre giros, movimientos de caderas insinuantes y una desbordante alegría, apenas si logro cruzar una mirada con Jay, que ahora se encuentra de nuevo junto a la barra.

—Eso es, nena —me anima Raúl, esta vez en mi idioma, y a mí me entra la risa floja porque lo más probable es que esté haciendo un ridículo espantoso.

Olvido mi sentido del decoro y me río aún más fuerte. Los cinco minutos que dura la canción —que habían empezado siendo los más largos de mi vida— se convierten finalmente en una de esas locuras que una recuerda luego con una sonrisa.

Raúl me sostiene de las caderas con los últimos acordes, pero, tras un breve titubeo, me suelta y retrocede varios pasos. De repente, un brazo se desliza por la parte delantera de mi cintura y alguien tira de mí hacia atrás. Sé que es Jay sin necesidad de volverme. Su aroma me rodea al tiempo que mi piel responde con un cosquilleo a esa calidez tan reconfortante que siempre siento cuando me toca.

—Eso es, nena. —Repite las palabras de Raúl y yo suelto una carcajada—. ¿Te estás desmelenando sin mí?

Sus labios rozan el lóbulo de mi oreja de forma casual y mi cuerpo reacciona por sí solo girando la cabeza hacia él. Nuestras bocas quedan a tan solo unos pocos centímetros y, durante un instante, permanecemos inmóviles respirando el aliento el uno del otro; sus ojos fijos en los míos.

Tras unos largos segundos, Jay toma algo de distancia, aunque sin soltarme de todo. Mi espalda sigue reposando contra su pecho y uno de sus brazos rodea todavía mi cintura. Alza la otra mano, apura la bebida y el vaso desaparece antes

siquiera de que vuelva a bajarla.

Enarco las cejas.

—¿Bebiendo y jugando a hacer magia? —murmuro, muy bajito, aunque el ruidoso ambiente del local no creo que permita que nadie escuche nuestra conversación.

Jay se aprieta un poco más contra mí y, por un momento, todo lo que deseo es restregarme contra él. Supongo que los margaritas empiezan a hacer su efecto. Siendo sincera, hay una alta probabilidad de que me dominara el mismo impulso incluso estando sobria.

Me controlo a duras penas.

Jay, en cambio, vuelve a inclinarse sobre mi oído.

—Esta noche no quiero ser el hada madrina —murmura, y me da la sensación de que arrastra ligeramente las palabras—. Voy a ser el malo del cuento.

## 25

—Jay...

Mi amago de advertencia muere incluso antes de ser formulado. Jay se planta frente a mí y vuelve a rodearme con los brazos. Uno de sus muslos empuja y se cuela entre mis piernas, lo que me obliga a doblar las rodillas.

—Cuando te dije que ibas a aprender a menear las caderas quería decir que lo harías conmigo —afirma, y comienza a balancearse de forma sensual—, no con Raúl. Ese no tiene ni idea.

A punto estoy de salir en defensa del primo de Troy cuando Jay tira más de mí hacia él. El vestido se me sube un poco hasta mostrar buena parte de los muslos y acabo casi encajada en él. Cuando digo «encajada» me refiero a que prácticamente estoy cabalgando su pierna. El roce de sus vaqueros contra la suave tela de mis braguitas me arranca un vergonzoso gemido.

—Jay... —repito, con la boca seca.

Pero no se da por aludido, sino que prosigue moviéndose, bailando al ritmo de la canción que acaba de comenzar. Me mostraría sorprendida ante su destreza si no fuera porque estoy intentando obligar a mi cuerpo a seguir sus pasos.

—Relájate, Ali. Yo te llevo.

Me esfuerzo para hacerle caso, algo complicado cuando ha susurrado esas dos frases con los labios contra la piel de mi cuello. Por si fuera poco, me da la sensación de que yo no soy la única que se está excitando con el bailecito.

Como si detectase que las rodillas están a punto de fallarme, me da una pequeña tregua. Toma una de mis manos y me hace girar hacia un lado y luego hacia el otro. Los pliegues de mi vestido ondean y, maldita casualidad, los dedos de su otra mano vuelven a rozar uno de mis muslos de manera distraída. Diría que no ha sido fortuito.

—Antes, al dejarte en la barra con Troy —empieza a hablar, aferrándose a mi cintura—, estabas enfadada.

Sus ojos adquieren un brillo malicioso y me pregunto si no se habrá tomado al pie de la letra lo de convertirse en el villano de esta historia.

—No, en absoluto —respondo, tal vez demasiado rápido.

Jay ladea un poco la cabeza y entrecierra los párpados.

—Irradiabas...

—No me gusta mucho estar sola en sitios que no conozco —le corto, antes de que diga algo embarazoso.

No es mentira, al menos no del todo, pero él sigue observándome como si tratara de leer más allá de mi expresión. Tal vez esté haciendo uso de ese radar suyo otra vez.

Damos algunas vueltas más. Jay no se mueve a un ritmo tan frenético como Raúl, pero baila incluso mejor que él y, lo que es aún más increíble, parece capaz de guiar mi cuerpo para que haga exactamente lo que él desea. Ni siquiera lo he pisado; Raúl no tuvo tanta suerte.

Según avanza la canción, se vuelve más atrevido. Más sensual y más sexual. Yo le dejo hacer, consciente de que mi temperatura corporal asciende con cada uno de sus movimientos.

—¿Sabes? Dicen que por la forma de bailar puede saberse cómo será alguien en la cama —suelto, a bocajarro.

A saber por qué demonios he dicho eso.

Jay se pasa la punta de la lengua por el labio inferior y luego lo mordisqueea.

—¿Estás pensando en sexo mientras bailas conmigo, Ali?

Mi cuerpo grita un gran «sí», pero yo niego con la cabeza, también demasiado rápido esta vez. Para ser abogada, se me da de pena ir de farol.

Él no dice nada. Sus dedos ascienden por mis costados y pasan luego a mis hombros, para más tarde descender por mis omoplatos y continuar bajando hasta el comienzo de mi trasero, todo ello sin detenernos. Alguien lanza vítores a nuestro alrededor cuando la canción va llegando a su fin, pero Jay no aparta la mirada de mi rostro. Me lanza, haciéndome girar sobre mí misma, y me atrapa de nuevo. Resulta curioso que, con cada roce de su piel contra la mía, sea como si un poco del Jay hada madrina desapareciera. Me siento dividida. Por un lado, mi mente no deja de recordarme que es el artífice de la historia de Troy y Teresa, algo mágico en un mundo real, pero por otro...

Jay me obliga a inclinarme hacia atrás y él lo hace sobre mí, dando por finalizado el baile con un suave toque de sus labios en el hueco entre mis clavículas. Al incorporarme, nuestras respiraciones están igual de agitadas, aunque me digo que solo se debe al numerito que hemos montado.

Si Jay se mueve la mitad de bien en la cama de lo que baila...

A mi mente acuden algunos de los comentarios de Lara: «Tiene pinta de ser capaz de follarte contra una pared sin tan siquiera despeinarse».

En este momento, no lo dudo, es más, mi cuerpo está claramente convencido de ello. Doy gracias por que Jay me está sosteniendo aún a pesar de que ya no estamos bailando; dudo de que mis piernas me respondieran. Claro que eso es en gran parte consecuencia de lo sucedido durante los últimos cinco minutos, de su cercanía y de la intensa mirada que me está dedicando.

—¿Sigues pensando en sexo? —Cuatro palabras, una pregunta, eso es cuanto necesita para que mi razón suelte por completo las riendas de mi desbocada imaginación.

—Emm... ¿no?

Él ríe, y hay cierta perversidad en la forma en la que lo hace.

—Porque ¿sabes qué? —añade, sus dedos recorriendo mi mentón y repasando después el contorno de mis labios—. Yo sí.

Me atraganto con mi propia saliva, y no puede resultar más bochornoso.

—Tú me haces pensar en cosas en las que nunca había pensado antes, Ali.

Sostiene mi mirada unos segundos más y luego se da la vuelta y me lleva de la mano hasta la barra.

Creo que necesito una copa, algo más fuerte que un margarita, y no es que no esté ya un poco mareada. A Jay le debe suceder lo mismo porque, sin mediar palabra, le arrebató a Raúl la cerveza que acaban de servirle y se la bebe de un solo trago antes de que pueda decir nada para evitarlo. Mi mente aún trata de asimilar lo que acaba de decirme.

Troy se acerca a nosotros agitando la cabeza mientras que Raúl farfulla en español lo que debe ser una retahíla de tacos, o así es como suena.

—Jay, ya has bebido demasiado —le advierte el barman, y no puedo estar más de acuerdo.

Él, en cambio, le brinda una sonrisa y da un golpe sobre la madera del mostrador con la botella.

Troy suspira antes de dirigirse a mí.

—¿Cómo habéis venido? —Señalo a Jay para indicarle que ha sido cosa suya—. ¡Oh, mierda! Tienes acento neoyorkino, ¿verdad?

No entiendo a qué viene la pregunta hasta que una luz se enciende en el fondo de mi mente.

—¿Me estás diciendo que no estamos en Nueva York? —exclamo, aunque de alguna manera sé que no es así.

—Los Ángeles.

Jay se ha apoyado sobre la barra y ha hundido la cabeza entre los hombros. No tengo muy claro si está a punto de vomitar o de lanzarse sobre cualquier de nosotros. Sus manos forman dos puños tan apretados que los nudillos han perdido todo el color.

—No puede llevaros de regreso así. Hace cosas «raras» cuando está borracho.

Raúl, que asiste interesado a nuestra conversación, nos observa como si fuéramos nosotros los que estamos ebrios. Sin embargo, yo entiendo a la perfección lo que quiere decir Troy.

—Lo sé —replico, ignorando a su primo—. Me contó lo de Alice.

—Pues no te imaginas la que lio en mi despedida de soltero. ¿Has visto la película Resacón en Las Vegas?

Hace un gesto y no sé si trata de decirme que les ocurrió algo parecido o que los guionistas de la película se inspiraron en ellos. No me sorprendería lo más mínimo que se refiriera a lo último.

Jay elige ese momento para volver en sí, o puede que haya recuperado el control de su cuerpo. En realidad, no tengo ni idea de lo que le está pasando.

—Soy capaz de llevar a mi chica a casa —señala, con la voz dura, aunque algo pastosa—. A Ali. A Alice... LA chica...

Ahora todos le miramos a él, unos más perplejos que otros.

—¡A ella! —Me señala, alzando la voz—. ¡Puedo hacerlo, joder!

—No, no puedes. Quedaos arriba, tengo un pequeño apartamento —sugiere Troy, pero Jay no le está escuchando.

Todo lo que hace es mirarme a mí, atravesarme con esos ojos de un tono gris casi como el de la plata líquida. Me tiende la mano con la palma hacia arriba y sus labios se mueven sin pronunciar un solo sonido. Aun así, entiendo lo que me está preguntando: «¿Confías en mí?».

No me lo pienso demasiado. Enredo mis dedos en torno a los suyos y una décima de segundo más tarde todo lo que nos rodea se desvanece.

## Jay Forevermore

«Mierda, Jay».

Una parte de mí, una que apenas si consigue levantar la voz demasiado en el estado en el que me encuentro, no cesa de maldecir dentro de mi cabeza, sabedora de que estoy perdiendo por completo el control sobre mis emociones y, lo que es peor, sobre mi magia.

La otra parte se empeña en evocar el balanceo de Ali entre mis brazos, la sensación de sus pechos apoyados contra el mío, el tacto suave de la piel de sus muslos... Y esa jodida expresión de felicidad en su rostro mientras se dejaba llevar por mí en la pista de baile. Esa, sin duda, es la parte que está ganando la batalla.

Tragar más alcohol no me va a ayudar en nada. Sin embargo, no dudo en hacerme con la bebida de Raúl y dar buena cuenta de ella, como si la cerveza fuera a eliminar de mis labios el dulce sabor de Ali. A punto he estado de lamer la piel de su cuello solo para sentir ese mismo sabor sobre mi lengua y, no solo eso, estoy seguro de que ella ha percibido mi erección al apretarme contra su pequeño cuerpo.

A estas alturas, ya no soy capaz de diferenciar si la necesidad que arde en mi pecho proviene de ella o de mí. Me es imposible discernir quién está sintiendo qué, y no dejo de repetirme que no puedo ser yo. No «debería» ser yo, pero que Ali me desee es algo con lo que no me atrevo a soñar.

Troy acaba de informarle de que estamos en Los Ángeles, algo que evité decirle. Se va a cabrear mucho, muchísimo.

—Soy capaz de llevar a mi chica a casa —afirmo, indignado ante su falta de fe en mis capacidades, y me doy cuenta muy tarde de cómo me he referido a ella—. A Ali. A Alice... LA chica... ¡A ella! ¡Puedo hacerlo, joder!

Tanto Ali como Troy lucen sorprendidos, sin olvidar a Raúl, que ni siquiera entiendo por qué continúa tan cerca de ella. No es que sea un mal tipo, pero no me gusta cómo la mira.

«Oh, Jay, mierda... Estás celoso».

Las dos partes de mí parecen ponerse de acuerdo y, por una vez, envidio a mi hermano Joey. Él tomaría a Ali de la mano y se la llevaría de aquí. No dudaría, la haría suya en el mismo instante en que ella le diera su aprobación. Sin remordimientos, sin pensar en las consecuencias.

Yo no soy él, pero...

Estiro la mano en dirección a Ali y susurro en voz tan baja que dudo que pueda escucharme:

—¿Confías en mí?

Apenas si tarda en decidirse y, cuando sus dedos se entrelazan con los míos, lo único en lo que puedo pensar es en que jamás voy a poder olvidar la maravillosa manera en que nuestras manos encajan. Perfectas, como si estuvieran destinadas a permanecer unidas para siempre.

No pienso en nada cuando nos traslado lejos del bar, en nada, salvo en la agradable sensación de tenerla entre mis brazos.

—¿Dónde... dónde estamos?

Hace algo más de un mes que la conozco y todavía no me he acostumbrado al tono de sorpresa que emplea en multitud de ocasiones; a que siga dándome las gracias cada mañana al encontrarse el desayuno preparado, no importa lo mucho que insista en que disfruto cocinando. La importancia que le da a pequeños detalles que otra persona no se detendría analizar... De todas mis asignaciones es la única a la que parece desagradarle que emplee mi magia sin un motivo razonable, como si no creyera merecer nada extraordinario. Puede que ella ni siquiera se haya percatado, pero yo sí.

Claro que igual esta vez sí que tiene sentido que esté sorprendida.

—No tengo la más remota idea.

Nuestros alientos forman pequeñas nubes de vaho.

Me separo de ella a regañadientes y avanzo unos pocos pasos. Los zapatos se me hunden en la nieve, que cruje bajo mis pies. Estamos en la ladera de una montaña y todo lo que veo son... más montañas y mucha mucha nieve.

Camino hasta el borde del saliente en el que hemos aparecido y, al echar un vistazo sobre mi hombro, me doy cuenta de que Ali se ha quedado pegada a la pared, tiritando.

—Lo siento. Yo no... —Ni siquiera sé qué decir, está claro que he perdido

el control.

Me limito a aumentar la temperatura a su alrededor, envolviéndola en una burbuja de calor. Solo espero no provocar alguna clase de desastre ecológico, algo bastante probable, dado que no sé qué demonios me está pasando.

—Jay, ¿estás bien?

Hago una mueca al percibir su preocupación, aunque asiento por inercia, mientras dejo que el frío traspase mi piel y me cale los huesos. Tal vez así consiga deshacerme de toda esta confusión.

—¿De verdad estás bien? —insiste, aunque no se acerca hasta donde estoy—. No debería haberte dejado beber.

Regreso junto a ella y me esfuerzo para mostrarle una sonrisa. Soy yo el que debería sentirse culpable, no Ali.

En las dos últimas semanas la he enviado al menos a un par de decenas de citas con hombres que sabía a ciencia cierta que no eran adecuados para ella. Ninguno de ellos era el elegido, pero aun así la insté a ir con la certeza de que luego regresaría a mí y comeríamos helado, veríamos una película o saldríamos a dar un paseo. Era conmigo con quien deseaba que pasara su tiempo, pero tenía que cumplir con mi tarea —o hacer que cumplía—. Resulta irónico que la haya vendido para poder tenerla.

La cuestión es que sigue habiendo alguien para ella ahí fuera y yo debería estar buscándole.

—Estás helado, Jay.

La tibieza de su mano sobre mi mejilla me saca de mi trance.

—Lo siento —repito, aunque Ali no tenga ni idea de por qué le estoy pidiendo perdón en realidad.

—No pasa nada. Esto es realmente impresionante —bromea, para animarme, y yo me siento como un jodido imbécil.

—Sí, sí que lo es —le digo, aunque mis ojos están clavados en ella—. Vamos, te llevaré a casa.

Se acurruca contra mi pecho. Por un instante me planteo si puedo pasar la noche así, con ella aferrada a mí, saltando de un lugar a otro solo para que continúe abrazándome, pero sé que tengo que llevarla de vuelta a Manhattan. También sé que no puedo seguir engañándola, que debería dejar de ser un maldito egoísta y no arañarle más segundos a su vida. Sin embargo, la idea de

ver a Ali con otro hombre me pone enfermo por motivos que no alcanzo a comprender. ¿No es eso lo que hago? ¿No ha sido así siempre?

—¿Preparada? —le digo, y le paso un mano por el pelo, disfrutando del tacto suave de sus mechones rubios.

—¿Podrás hacerlo?

—No lo sé, Ali... No sé si voy a poder —contesto, aunque no esté respondiendo realmente a su pregunta.

Aparecemos en el salón de mi casa sin tener que lamentar ningún incidente más, a pesar de que Jay no se ha mostrado demasiado convencido de que fuera capaz de traernos hasta aquí. Abro los ojos y me encuentro con los suyos, empañados con una tristeza de la jamás antes había hecho gala.

—Una cita —me suelta, y se mordisquea el labio inferior.

Exhalo un largo suspiro antes de empujarle con cuidado para separarme de él. Creo que hoy ya he tenido suficientes emociones y, sinceramente, aún estoy asumiendo todo lo que Jay ha provocado en mí durante nuestro baile. Ni siquiera he conseguido deshacerme de las huellas invisibles que sus manos han dejado sobre mi piel.

—No creo que...

—No —me interrumpe—. Una cita conmigo. Bueno, no es una verdadera cita... Podemos salir. Te distraerás. Cine, cena, lo que quieras. —Ha empezado a coger carrerilla y cada vez habla más rápido, tropezando con las palabras—. Puedes elegir tú. Solo una salida como amigos, claro. No es una verdadera cita —repite, y la verdad es que su torpeza verbal resulta adorable—. Podemos incluso emborracharnos. Más bien tú puedes emborracharte, yo casi mejor que no.

Asiento y aprieto los labios para no estallar en carcajadas. Creo que jamás lo he visto tan nervioso.

—A la mierda las citas —afirma, algo más decidido—. Hagamos algo juntos, algo especial antes de que tú...

Dos segundos de silencio más tarde, creo que está a punto de zarandearme en busca de una respuesta.

—¿Antes de que yo qué?

El brillo de sus ojos vuelve a apagarse, pero agita la cabeza.

—Nada. Solo hagamos algo juntos —insiste, a pesar de que eso es justo lo que hemos estado haciendo en las últimas semanas, aunque en esta ocasión no tendré que pasar por otro nuevo fracaso.

La idea me resulta tan atractiva que se me escapa una sonrisa.

Jay arquea las cejas.

—¿Eso es un sí?

—Mañana trabajo —señalo, y tal vez me estoy aprovechando para torturarlo un poco.

—¿El viernes? Yo me hago cargo de todo.

—Vale.

—Vale —contesta, sin rastro de la tristeza que hace un momento ensombrecía su mirada.

Solo espero que esta especie de no-cita no termine con ambos corriendo detrás de un conejo blanco o en la otra punta del mundo.

El resto de la semana pasa en un abrir y cerrar de ojos; fugaz a pesar de que el bufete es un hervidero de actividad. Thomas nos aprieta sin descanso mientras que Robert exige a su manera, de esa forma pausada que no te permite negarte, pero tampoco descansar.

El viernes, cuando llego a casa, Jay me espera con una sonrisa y alguna que otra sorpresa.

—No hay prisa —me dice, las comisuras de sus labios temblando—. Tómame el tiempo que necesites.

En los últimos días no ha mencionado su labor, nada relacionado con citas pendientes o la posibilidad de no estar cumpliendo con su deber. Se ha limitado a desayunar conmigo, sonreír mucho y escucharme aún más, como un amigo que te presta oídos porque sabe que es eso todo cuanto necesitas. Hemos bromeado mucho, de cosas realmente absurdas, y también visto películas clásicas, muy a su pesar, pero no se ha quejado. Ha estado particularmente atento. Incluso se ha encargado de recordarme que debería quedar con Lara, a la que hace días que no veo porque está preparando una exposición en una galería bastante importante. Ambos hemos sido invitados; se muere por que le cuente mis avances con Jay y la verdad es que no tengo demasiado claro lo que voy a decirle.

Al acceder al baño me encuentro una estampa muy diferente de la que es habitual en una estancia que apenas tiene más de un metro cuadrado de amplitud. La bañera está llena hasta el borde, rebosante de espuma, y parte del suelo, el lavabo y cada uno de los muebles de la reducida habitación se encuentran repletos de velas encendidas. No solo eso, al cerrar la puerta a mi espalda, una melodía resuena sin que sea capaz de encontrar de dónde sale. No enciendo la luz. Me desvisto, maravillada y sonriente, inhalando el aroma floral de las velas,

y me sumerjo en el agua caliente al tiempo que dejo escapar un largo suspiro de placer.

Una hora después, mucho más descansada de lo que he entrado en el baño, abandono la estancia y me dirijo a mi dormitorio. Paso de una habitación a otra sin cruzarme con Jay y ni mucho menos estoy preparada para encontrar otro pequeño regalo sobre mi cama. Aún envuelta en la toalla, tomo asiento en el colchón y deslizo los dedos bajo la tela doblada de un vestido. Es elegante y a la vez llamativo. La parte superior es totalmente blanca, con la zona de la espalda cubierta de encaje, mientras que en la falda se superponen varias decenas de mariposas multicolores de distintos tamaños. Los zapatos, de color azul, son de un tacón intermedio y Jay los ha dejado a los pies de la cama. Son preciosos y me atrevería a decir que podrían rivalizar con los de la mismísima Cenicienta.

Me visto con una sonrisa. No tengo ni idea de lo que ha preparado ni de cuáles son nuestros planes, pero mentiría si dijera que no estoy deseando descubrirlos. Solo que, si tengo que ser sincera, esto parece algo más que una salida de amigos y no sé si seré capaz de resistirlo después de lo que ha sucedido entre nosotros. Sería una estupidez por mi parte ignorar que Jay provoca un montón de cosas en mí que no debería provocar, teniendo en cuenta que lo único que busca es hacerme feliz..., pero con otro hombre.

Me obligo a no pensar en ello y disfrutar, solo eso.

—¿Jay? —Le llamo desde mi dormitorio.

Asoma tras el umbral con una sonrisa algo forzada, como si esperase una reprimenda.

—¿Me ayudas?

Giro sobre mí misma para mostrarle la espalda.

Se aclara la garganta y, de inmediato, percibo su cercanía. Lo noto en los huesos y muy cerca del pecho. Segundos después, coloca las manos en torno a mis caderas para a continuación llevarlas hasta la cremallera. La hace ascender muy despacio y sus nudillos dejan un rastro cálido sobre mi piel.

—No tenías por qué hacer todo esto —le digo, cuando ya no puedo soportar más el silencio.

Creo que trata de compensar lo desastrosas que han resultado hasta ahora mis citas. Ni siquiera creo que sea culpa suya, tampoco es que yo haya puesto demasiado de mi parte.

Tarda un instante en contestar. Su aliento revolotea sobre mi nuca y sus dedos alcanzan la parte superior de mi espalda.

—Me pareció que era un buen momento para convertirte en la princesa de este cuento. —No le veo, pero sé que está sonriendo.

El vestido está por fin en su sitio, así que doy media vuelta para encararlo. Tal y como esperaba, hay una sonrisa dibujada en su rostro y sus ojos brillan. Da un paso atrás y deja caer su mirada, que desciende de forma perezosa por mi cuerpo.

—Estás preciosa, Ali.

Reconozco que he tentado a la suerte al pedirle que me ayudase. ¿Quién no ha querido protagonizar alguna vez un momento así? Enfundarte un vestido increíble y que luego un tío aún más increíble te subiera la cremallera... Sin embargo, no esperaba que Jay fuera capaz de llevar ese acto a otro nivel, y es que todavía tengo la piel erizada y la respiración agitada tras el suave roce de sus dedos. La mirada que me está dedicando tampoco ayuda. A lo mejor no ha sido la mejor de las ideas.

—Tú tampoco estás nada mal —repongo, en un intento por deshacerme de la turbación.

Al ver mi vestido, he supuesto que Jay optaría por un traje. No obstante, hoy su aspecto es algo más desenfadado. Viste un pantalón de pinza negro y una camisa blanca remangada hasta los codos. Los dos botones superiores están desabrochados. No lleva ni reloj ni ningún otro accesorio. Ahora que lo pienso, nunca lo hace. Es sencillo, pero no deja de resultar impactante. Pero lo mejor, sin duda, es su sonrisa y el agradable aroma que desprende y que se hace más intenso cuando vuelve a acercarse a mí.

Me he peinado con la raya a un lado y el flequillo cubre parte de mi cara.

—No escondas tus ojos —me dice, colocándolo tras mi oreja.

—Eso mismo me dijiste el día que nos conocimos, aunque el tono era ligeramente diferente.

Suelta una breve carcajada, aunque parece avergonzado.

—Dije e hice muchas cosas estúpidas ese día.

—Me besaste —farfullo, sin saber muy bien a dónde quiero que llegue esta conversación.

—Dije que estaba cansado de esta mierda —repone, ignorando mi

comentario—. No es verdad. Me encanta haberte conocido y... tener la posibilidad de hacerte feliz.

Sus palabras permanecen flotando entre nosotros al tiempo que nuestras miradas se enredan durante unos segundos infinitos.

—Bueno... es tu trabajo, ¿no? —señalo, y hago un esfuerzo para apartar la vista.

Mis palabras suenan amargas, aunque él no parece darse cuenta.

—Sí, lo es. ¿Vamos?

Me ofrece su brazo y yo acepto el gesto. Agito la cabeza y sonrío.

—¿Qué?

—Nada. Estoy deseando saber qué has preparado.

—Sobre eso...

Su titubeo me hace temer una nueva sorpresa, tal vez no tan agradable.

—Solo seremos tú y yo, ¿verdad?

Si convierte esto en otro intento de emparejarme...

—Oh, sí, solo nosotros —confirma, de camino a la puerta—. Estaremos completamente solos, ¿es eso un problema?

Niego.

Me cede el paso y avanzamos por el descansillo. Diría que está nervioso.

—Pues allá vamos entonces.

El ascensor asciende con nosotros dentro.

—¿La azotea? —inquiero, pero él no dice nada.

No es lo que yo esperaba. No lo es en absoluto. Solo que cuando las puertas se abren y Jay me cede el paso para que salga primero, apenas si logro contener una exclamación de sorpresa.

El ridículo jardín que tanto trabajo me ha llevado conservar se ha convertido en una especie de edén. Hay varias celosías distribuidas por toda la zona y, sobre ellas, trepan un sinfín de plantas repletas de diminutas flores de todos los colores. A su vez, se entrelazan con guirnaldas de pequeñas luces blancas, formando un precioso entramado de luz y color.

Avanzo hasta situarme en el centro, donde una mesa redonda ha sido dispuesta con dos servicios, y alzo la vista para admirar el tapiz que se extiende en forma de cúpula sobre mi cabeza.

—Dios, Jay... Es maravilloso.

—Me alegra que te guste —replica, ya junto a mí—. Sé que adoras venir aquí y pensé que estaríamos tranquilos, los dos solos... Ya sabes, para que te olvides de todo y eso... Tranquilos y solos...

No tengo ni idea de por qué, pero, ahora sí, es obvio que está nervioso.

Bajo la mirada y le observo, confusa por su repentina pérdida de seguridad.

—Es perfecto, Jay —le digo, y no sabe hasta qué punto estoy siendo sincera.

Es obvio que con sus poderes podríamos disponernos a cenar en el restaurante más lujoso de Manhattan, es más, en cualquier restaurante del mundo; todo con un simple chasquido de dedos. Sin embargo, Jay ha elegido un lugar en el que sabe que me siento protegida y al que acudo cuando necesito ser yo misma, un sitio que no aparecía en esa ficha que, a estas alturas, espero haya desechado.

Nada de viajes a golpe de magia.

Sé que ha pensado en mí. No suelo dejarme impresionar por demostraciones excesivas o grandes actos, pero sí por estos pequeños detalles.

—Podemos salir por ahí si quieres —agrega, aún nervioso.

Yo niego y le regalo mi sonrisa más espléndida, o al menos espero que así sea.

—Es de cuento de hadas —comento, estirando la mano para rozar una de las pequeñas flores—. Créeme, no lo digo por decir.

Él me devuelve la sonrisa, aliviado. Retira una de las sillas y me invita a sentarme. El gesto, unido a su expresión, es lo más adorable que he visto jamás. No sé dónde ni por qué tenía escondida Jay esta faceta suya, pero me gusta. Lo hace más... humano.

La cena transcurre en un ambiente distendido y muy íntimo. Hablamos de cosas tan normales que olvido por completo quién es Jay, o más bien «qué» es. Le cuento anécdotas de mi infancia en Brooklyn, así como retazos de las muchas locuras que Lara me hizo cometer mientras estudiaba Derecho.

—La adoro. Creo que nos complementamos —comento, con la total atención de Jay puesta en mí—. Consigue que me deshaga de la seriedad con la que suelo tomármelo todo, mientras que yo atajo su parte más temeraria. Es la hermana que nunca tuve.

—Yo tengo seis hermanos y una hermana —confiesa, y de su expresión

deduzco el cariño que les profesa—: Jake, Joel, Julian, Jules, Justice y Jewel. A Joey ya le conoces.

—¿Tus padres saben que hay más letras en el abecedario? —bromeo, entre risas.

—Es una tradición familiar —me explica—. La letra varía según la generación.

Deposito los cubiertos en el plato, saciada. Si tomo un bocado más, tendré que regresar rondando hasta mi apartamento.

—No puedo imaginar cómo es crecer con tantos hermanos.

—Agotador —repone, aunque no creo que su familia tenga que ver demasiado con la mía. Se muestra risueño al hablar de ellos—. Lo bueno es que nunca me sentí solo, siempre había algún Jota con tiempo para jugar o enseñarme a emplear mi magia en actos de dudosa moral.

Me río y él lo hace conmigo.

—Puedo hacerme una idea. Pero Joey y tú... —titubeo un segundo al mencionar al que, por lo que sé, es el hermano más díscolo—. No parecéis demasiado unidos.

Mastica con detenimiento y traga.

—Joey es complicado, más emocional que cualquiera de los demás y, desde luego, mucho más rebelde. En tu mundo sería algo así como un antisistema. — Señala mi plato—. ¿No quieres más?

Me limito a contestar sin hacer referencia al cambio de tema.

—Voy a parar ya por temor a reventar. Estaba todo delicioso. ¿Has cocinado tú?

Hace un gesto afirmativo, orgulloso, y el silencio pasa a acompañarnos durante varios minutos. No corre la más leve brisa y la temperatura es bastante cálida para esta época del año, claro que no puedo saber si es natural o Jay ha tenido algo que ver. Sea como sea, se ha convertido en la velada más agradable de la que he disfrutado en muchísimo tiempo.

La charla se reanuda poco después sin esfuerzo aparente por ninguno de los dos, y me percató de lo fácil que es estar con Jay, con el hombre, no con mi hada madrina. Seguimos intercambiando preguntas, aunque en esta ocasión en un tono algo más capcioso.

—¿Lo más vergonzoso que has hecho?

Dado su historial, debe esconder alguna anécdota jugosa que no haya contado a nadie; aunque lo de empujar a Alice por una madriguera puede que se lleve la palma.

Se mira las manos durante unos segundos y suspira. Luego alza la barbilla y clava sus ojos en mí.

—Pasar todo un día sepultado bajo enredaderas y guirnaldas. —Me muestra las palmas y, para mi sorpresa, descubro que están cubiertas de magulladuras—. Quería hacerlo por mí mismo...

El volumen de su voz va descendiendo hasta convertirse en un susurro que no logro descifrar.

## 28

—¿Has montado tú solo este cenador?

Había supuesto que era producto de su magia. Un chasquido de dedos y todo listo. Continúa siendo espectacular que haya preparado algo así para mí, pero saber que, en realidad, lo ha construido con sus propias manos es... desconcertante.

—No tenías que demostrar nada, Jay.

—Lo sé, lo sé, pero... quería hacerlo.

Elevo la vista para contemplar de nuevo el bellissimo entramado sobre nuestras cabezas. Para una persona acostumbrada a conseguir cualquier cosa con un simple gesto, montar algo así debe haber supuesto un auténtico desafío.

—Tuve que pedirle ayuda a Joey —admite, y parece aún más avergonzado si eso es posible.

El pensamiento me recuerda la pregunta que ha propiciado su confesión. Estiro la mano y deslizo la yema de los dedos sobre los cortes.

—¿Por qué no te has curado? Puedes hacerlo, ¿no? ¿Curarte a ti mismo?

No me lo había planteado hasta ahora. La verdad es que no tengo ni idea de hasta dónde alcanzan sus poderes.

—Está bien así —replica, satisfecho—. Sanarán.

Entrelazo los dedos con los suyos hasta que nuestras manos quedan unidas y un escalofrío reptante por todo mi brazo. Tocarle cada vez se hace más fácil y también mucho más complicado.

—Jay, esto no tiene nada de vergonzoso. Es lo más bonito que alguien ha hecho por mí en toda mi vida. Mejora incluso lo del baño —añado, con una sonrisa, tratando de restar solemnidad a mi declaración.

Por primera vez desde que le conozco creo que se ha quedado sin palabras. Permanece inmóvil, observándome; los labios entreabiertos, como si estuviera a punto de decir algo.

Puede que me equivoque con respecto a él, puede que no sea tan sencillo tener cualquier cosa que desees, o sí lo sea, pero no todo lo que quieras se pueda solucionar con magia. Incluso así, me doy cuenta de la fuerza de voluntad que debe requerir no abusar de ese don. Y justo eso hace aún más sorprendente que

Jay esté aquí conmigo, haciendo algo tan «vulgar» como comerse una cena que ha cocinado él mismo después de pasar el día dedicado al bricolaje casero.

Consigue que me sienta especial y ni siquiera recuerdo la última vez que alguien me hizo sentir así. Con él todo parece una sucesión de primeras veces.

—¿Bailamos?

Se pone en pie sin soltar mi mano y me lleva hasta el borde de la azotea. La melodía de un piano inunda el ambiente con tanta suavidad que no estoy demasiado segura de en qué momento ha empezado a sonar.

—También toco el piano, ¿sabes? —se jacta, recuperando parte de su descaro habitual.

Ciñe mi cintura con las manos para acercarme hasta él y acto seguido me envuelve con los brazos. Su aroma se intensifica y yo no dudo en llenarme los pulmones; tampoco en dejar que el agradable calor de su cuerpo se adueñe de cada parte de mí.

—¿Eres tú? El que toca, quiero decir.

Niega, sonriendo.

—No soy tan presuntuoso —replica, y yo arqueo las cejas—. Bueno, tal vez un poco sí, pero no, no soy yo. Aunque me encantaría tocar para ti.

Me siento demasiado cómoda entre sus brazos como para plantearme qué se supone que estamos haciendo. No me refiero solo al baile. La no-cita, la cena, el despliegue que ha montado...

Me hace girar al ritmo ascendente de una canción que desconozco, pero que sacude cada fibra de mi ser. O tal vez sea Jay el que lo hace. Creo que estoy a punto de empezar a temblar y no tengo ni idea de por qué.

Doy varias vueltas, guiada por sus manos expertas, y, de repente, mi falda cobra vida propia. Jay me agarra de la cintura y me sostiene mientras el aire a nuestro alrededor se llena de cientos de mariposas. Una nube multicolor nos envuelve y se va extendiendo hacia el cielo en un espectáculo que no creo que sea capaz de olvidar.

—Dios, Jay, es precioso —murmuro, maravillada, aunque esta noche no he hecho más que repetirlo.

Mi vestido pasa a ser de un blanco immaculado cuando la última mariposa se lanza fuera de la tela en un aleteo rítmico y elegante. Ascende hasta posarse en el hombro de Jay, que la mira con una sonrisa dulce.

—Gracias —le susurra, y el insecto levanta el vuelo para seguir a sus hermanas.

Juraría que ha emitido un sonido en respuesta antes de alejarse.

—Estás aún más hermosa de blanco —me dice, recorriendo mi figura con lentitud.

Yo intento devolver mi mandíbula a su sitio por todos los medios. Contemplo a las últimas mariposas ascender hacia la oscuridad del cielo de medianoche, fundiéndose con ella hasta desaparecer.

—¿Qué...?

—Que estás más hermosa de blanco, si eso es posible.

Yo agito la cabeza, aturdida. Mis emociones han alcanzado un nivel peligroso y, como una presa a punto de desbordarse, lucho por contenerlas. Creo que estoy perdiendo la batalla. No obstante, hago la pregunta más estúpida; también la menos comprometedora.

—¿Has hablado con ese bicho?

Ladea la cabeza y las comisuras de sus labios tiemblan.

—Que no te escuchen llamarlas así —me reprende, atrayéndome de nuevo hacia él.

Nuestros cuerpos encajan con facilidad. Envuelve mi mano con una de las suyas y la otra la lleva hasta la base de mi espalda, sus dedos extendiéndose un poco más abajo, lo justo para que mi estómago parezca albergar ahora las mariposas que han escapado de mi vestido.

Me refugio en su pecho como si lo hubiera hecho millones de veces y él responde al gesto dándome un beso suave en la frente para apoyar luego la mejilla sobre mi pelo. Estamos de nuevo bailando, aunque este es un baile muy distinto. Juntos y en silencio, nos balanceamos de un lado a otro sin contar los pasos, pero sí nuestras respiraciones y los latidos de dos corazones que parecen empeñados en seguir el mismo ritmo. La canción acaba y tardamos aún un rato en detenernos, creo que ni siquiera estábamos escuchándola.

Jay deja caer los brazos y carraspea antes de hablar. Su tono es una octava más grave que de costumbre.

—Creo que necesito beber algo —me dice, y me da la espalda para acudir junto a la mesa.

Llena dos copas de vino y me sorprende la rapidez con la que engulle la

suya, antes incluso de entregarme la otra.

—¿Sed? —tercio yo, dando un pequeño sorbo.

Reprimo el impulso de hacer alguna broma sobre lo mucho que pueden torcerse las cosas si le da por comprobar la resistencia al alcohol de las hadas. No parece el momento.

—Un poco. Tranquila, no acabaremos en el Everest.

Mira a todos lados menos a mí y me sorprende pensando en lo mucho que eso me fastidia. Si no me mira, no me ve, y estoy empezando a creer que Jay lo hace... Me ve.

Soltaría una carcajada cínica ante lo irónico de la situación a pesar de que todo esto es muy típico de mí: colgarme de un tío al que no puedo tener. Sin embargo, tampoco es el momento para eso.

—Jay, ha sido una noche fantástica... —comienzo a decir, y solo entonces fija sus ojos en mí.

—No puede terminar todavía.

No dice nada más. Lo interrogo con la mirada y, de igual modo, también yo misma me cuestiono muchas cosas. De nuevo la pregunta que más resuena en mi cabeza es ¿qué estamos haciendo?

Suspira y cierra los ojos durante un breve instante para abrirlos de inmediato. Luego vuelve hasta donde estoy, pero su mirada se pierde en las siluetas de los edificios que nos rodean. Apoya los codos en el muro de la azotea antes de empezar a hablar.

—La primera vez que te besé fue... —titubea y yo me muerdo el labio, reteniendo el aliento—. Fue un impulso. Puede que producto del alcohol que tomé en la exposición o un arrebató rebelde al verte... desnuda frente a mí.

Me sitúo a su lado. Lo suficiente lejos para que nuestros brazos no se rocen, pero es probable que demasiado cerca para lo que sea que tiene decirme. Hasta ahora no había sido del todo consciente de que su presencia me resultara tan reconfortante y a la vez me pusiera tan nerviosa. Y ya no sé si es también por lo que he bebido durante la cena, por la cena en sí o por las semanas que llevo conviviendo con él, pero me aterra que este sea el típico discurso de «lo nuestro no puede ser».

Quiero que sea. No tengo claro el qué exactamente, pero que sea algo... Algo más de lo que es.

—La segunda vez. —Se ríe sin ganas—. La segunda vez elegí, de entre todas las maneras posibles de quitarte a Owen de encima, la que posiblemente fuera la más rastrera que se me ocurrió. Ni siquiera sé por qué. Me convencí de que mi proceder era directo y bastante revelador y ese tipo entendería el mensaje a la primera. Sigo intentando convencerme de ello —agrega, en voz más baja, como si no estuviera demasiado seguro de querer que yo lo oiga.

Se gira hacia mí. Una de sus manos reposa sobre el muro mientras que la otra cae contra su muslo. Sus ojos me buscan y, durante los siguientes segundos, permanece en un silencio que se vuelve más ruidoso que las calles de Manhattan en hora punta.

—Pero el tercero...

Las comisuras de sus labios tiemblan. Una de ellas asciende hasta que me regala una sonrisa de esas que parece vender tan caras, natural, sin artificios ni doblez alguna. El gesto me provoca un ligero temblor que recorre todo mi cuerpo.

Su mirada continúa fija sobre mí, pero no se queda en la superficie, no ahora. Atraviesa piel, músculo y hueso hasta hundirse en mi pecho de una forma que resulta casi dolorosa. Los segundos se dilatan hasta convertirse en minutos y sus ojos se enturbian más y más conforme el tiempo prosigue su avance. El aire entre nuestros cuerpos se carga de electricidad hasta tal punto que podría desatarse una pequeña tormenta en el espacio que va desde su pecho al mío. Lo que nos rodea desaparece, la ciudad que nunca duerme cae en un repentino sueño y sus calles y edificios se difuminan hasta que solo quedamos nosotros.

Lo más curioso es que nada de esto tiene que ver con la magia. Nada en absoluto.

—Jay, vas a besarme —susurro, y no sé muy bien si es una pregunta o la constatación de un hecho.

Toma una bocanada de aire de golpe.

—No... ¡Sí! ¡Joder, Ali! —balbucea, luchando consigo mismo.

Cuando quiero darme cuenta, soy yo la que tengo mis labios sobre los suyos.

## 29

Jay tarda en reaccionar lo suficiente como para que me plantee si va a rechazarme. Sin embargo, cuando lo hace, cualquier duda que haya albergado se esfuma. Sus manos rodean mi rostro y se hace con el control. En un primer momento sus labios me rozan con suavidad, pero al instante siguiente lo que sea que le ha estado conteniendo salta por los aires y Jay pasa a devorarme con ferocidad, hambriento. Su lengua acaricia cada rincón, se enreda con la mía, me provoca. Se bebe mi aliento a tragos cada vez más largos y, juntos, nos ahogamos en el sabor del otro.

Le clavo las uñas en los hombros, tirando de él hacia mí aunque no hay espacio alguno entre nuestros cuerpos. Jay responde con un gruñido. Sus manos viajan hasta mis caderas y su boca se pierde en mi cuello, cálida y desesperada.

—Joder, Ali. Joder —repite, mientras mordisquea mi piel.

Asalta de nuevo mis labios de forma exigente y decidida, obstinada, con una necesidad tan acuciante que raya en la desesperación. Y a mí... A mí me es imposible no entregarme del todo. Cada roce de su lengua lanza una descarga que desciende por mi cuello, recorre mis pechos para deslizarse luego sinuosa sobre mi vientre y terminar clavándose entre mis piernas, brutal y furiosa, e inevitablemente placentera. Mis caderas se adelantan para reclamarle, buscándole con anhelo, y le encuentran duro y tan excitado como yo.

Exhalo un gemido que se pierde en el interior de su boca.

—Jay —murmuro, y es todo cuanto puedo decir: su nombre. Reúno algo de fuerza de voluntad y me obligo a añadir—: No podemos hacer esto aquí.

Pero ya no estamos en la azotea sino en mi dormitorio, así de sencillo, y a la vez tan complicado, porque la magia seguramente es el mayor de los problemas. Trato de no ceder a ese tipo de pensamientos y, de tenerlos, desaparecen cuando sus dedos se clavan en mi cintura y son sus caderas las que embisten las mías.

—Ali —farfulla él, en respuesta, borracho de deseo—, yo nunca...

No termina la frase y tampoco hace falta. La destreza con la que me besa, la devoción con la que me devoran sus labios, no demuestran el menor indicio de que Jay no ha estado con ninguna otra mujer. Había apartado ese detalle de mi mente, olvidado por completo, pero está claro que él lo tiene muy presente.

—No pasa nada —le digo, llevando mi boca hasta su oído—. No haremos nada que no quieras.

Él ríe, una carcajada corta pero sincera que consigue que me estremezca. No le digo que ahora mismo se me ocurren un montón de cosas que hacer con él y todas implican dos cuerpos sudorosos moviéndose uno contra el otro. Hay cierta ironía en el hecho de que yo, con mi desastroso pasado amoroso y sexual, sea la que deba calmar a un hombre que podría ser mi tatarabuelo.

El pensamiento resulta tan inquietante que me echo hacia atrás e interpongo algo de espacio entre nosotros.

—Todo esto es un poco surrealista —le digo, a pesar de que cada una de mis células han empezado a protestar en el momento en que me he separado de él.

Me dedica una de sus sonrisas ladeadas, esta vez, repleta de promesas y de deseo.

—Pensaba que ya habíamos superado esa fase.

Ahora soy yo la que ríe, pero de puro nerviosismo. Jay alza la mano y sus dedos bordean mi rostro con suavidad. Nos quedamos mirando un largo minuto, sin decir nada, al menos empleando palabras, mientras nuestros ojos no dejan de contarse historias. Los suyos tan turbios que casi parecen negros.

No sé muy bien quién es el que da un paso al frente, solo que volvemos a estar uno en brazos del otro.

—Quiero hacerlo todo contigo. Todo —afirma, contra mi boca, tal vez respondiendo a mi comentario anterior—. Quiero quitarte la ropa y contemplarte desnuda. Quiero acariciar cada curva, cada centímetro de tu piel. Recorrerlo primero con las manos y luego con los labios y la lengua. Quiero escuchar cómo se acelera tu respiración y el momento exacto en que tus jadeos se transformen en gemidos. Quiero besarte, lamerte, llenarme la boca con tu sabor, y, desde luego, quiero hundirme en ti, tomarte de todas las formas posibles. Hacerte el amor...

Las tres últimas palabras permanecen flotando en el ínfimo espacio que hay entre nuestros labios, pesadas y a la vez ligeras, como una promesa de lo que está por venir. Me descubro temblando de anticipación y, para mi sorpresa, Jay tiembla conmigo.

Le doy la espalda y él no pregunta. Hace descender la cremallera hasta que

el vestido cae amontonado a mis pies, dejándome tan solo con unas braguitas de encaje blanco y los preciosos tacones que Jay me ha regalado. Sus dedos se deslizan desde mi nuca hasta la base de mi espalda siguiendo la línea de mi columna y provocándome un nuevo escalofrío, y lo siguiente que sé es que su pecho abriga mi espalda y la dureza de su miembro se aprieta contra mis nalgas.

—Quiero tenerte... Aunque no pueda, aunque no deba —recita en mi oído, en voz baja.

Sin darme tregua, me toma de las caderas y me aprieta más contra sí. Apoyo la cabeza en su hombro, elevando los brazos hasta poder anclar las manos detrás de su nuca, y solo entonces soy capaz de observar el reflejo de nuestras figuras enlazadas en el espejo que hay sobre la cómoda. Estamos prácticamente a oscuras, bañados por la escasa luz que se cuelga a través de las ventanas. La imagen resulta sensual y excitante.

Jay continúa vestido y a mí me sobran su ropa y las ganas.

Trato de darme la vuelta para ponerle remedio, pero no me lo permite.

—Quieta.

Lame el hueco detrás de mi oreja y me mordisquea el lóbulo, al tiempo que sus manos ascienden hasta rozar la piel suave de la parte baja de mis pechos. Mi espalda se arquea por sí sola, exigiéndole más, rogándole que no se detenga. No lo hace. Un momento después los acuna con suavidad para luego apretarlos con más firmeza, y me doy cuenta de que así es cómo van a ser las cosas con él: suave, duro, suave, duro...

—Quiero sentir tu piel —ruego yo esta vez.

Se entretiene un momento jugueteando con mis pezones, torturándome, antes de hacerme girar para quedar frente a frente. Sus ojos son dos profundos pozos anegados por el deseo y sus labios entreabiertos una tentación demasiado grande como para no sucumbir a ella.

Me pierdo en su boca mientras mis dedos se afanan con los botones de su camisa y, cuando por fin consigo deshacerme de la prenda, me permito explorar sin ningún recato su pecho y su abdomen. No siento vergüenza, a pesar de que estoy segura de que puede sentir mi necesidad, porque yo también siento la suya.

Todo lo que hace cuando ambos nos quedamos por fin en ropa interior es sonreír. Se muerde el labio inferior y niega con la cabeza, como si no pudiera creer lo que está pasando. Bien... ya somos dos.

—Joder, Ali. Ven aquí.

Me arrastra hasta la cama y caemos en un lío de brazos y piernas, de jadeos que exigen más, de bocas que devoran y lenguas que acarician. Se toma su tiempo para cumplir cada una de las palabras que han salido de sus labios. Lame, muerde, besa y acaricia, centímetro a centímetro. Explora mi cuerpo y cada rincón de este con delicadeza, pero con la misma necesidad apremiante con la que me ha abordado en la terraza. Sus manos se despliegan sobre mi abdomen, ciñen mi cintura, mientras que su lengua se hunde, por primera vez, entre mis piernas. Exhalo un gemido ronco al sentir su humedad mezclarse con la mía, la forma en que me prueba y la brusca inhalación que sacude su pecho un instante después.

—Sabes muy bien lo que te haces —señalo, enredando los dedos en su pelo y tirando con suavidad.

Él levanta la mirada y clava sus ojos en mí. Solo con verle así, con la cabeza hundida entre mis piernas, me siento un poco más cerca del abismo. El comentario, en absoluto malicioso, le hace sonreír.

—Llevo semanas imaginándolo —confiesa, sin un ápice de timidez—. No sabes la de veces que he soñado con tenerte desnuda bajo mi cuerpo.

Sin previo aviso, desliza los dedos entre mis pliegues y los hunde en mi interior. No aparta la mirada, aunque yo me veo obligada a cerrar los ojos durante un instante para hacer frente a la explosión que desata esa caricia. Cuando los abro, Jay, satisfecho, repite el gesto. Sé que no aguantaré mucho más.

—Cuando te tenga, no se va a alargar demasiado —confiesa, con total sinceridad, y tampoco en esta ocasión parece avergonzado.

Me lleva varios segundos entender de qué está hablando: su inexperiencia.

—Oh, eso. —Él ríe, una vez más, consiguiendo que la situación no se enrarezca—. Bueno... podemos repetir.

—Vamos a repetir —asegura él. Repta sobre mi cuerpo hasta alcanzar mis labios—, pero antes... Quiero que te corras, Ali.

A punto estoy de hacerlo al escucharle, como una orden imposible de desobedecer.

Su franqueza resulta erótica, más que cualquier otra cosa que ningún hombre me haya hecho jamás, y en este instante comprendo que somos algo más

que dos cuerpos ansiosos por perderse en el otro. Que hay una complicidad, una intimidad, que no he conseguido en ninguna de mis relaciones anteriores. Que todo es fácil y sencillo. Que es Jay. Él.

—¿Quieres que me corra? —repito, y estoy segura de que me sonrojaría si no fuera porque el calor ya hace rato que ha dominado mi cuerpo. Sin embargo, no me importa en absoluto—. No sé a qué estás esperando entonces.

El temblor de las comisuras de sus labios, que tan bien he llegado a conocer, me dice todo cuanto necesito saber.

Su boca se funde con la mía y la danza sensual se reanuda entre nosotros. Su lengua causa estragos en mi pulso, recorre mi cuello y continúa descendiendo. Más y más abajo, hasta alcanzar su objetivo. Me aferro a las sábanas. Las retuerzo entre los dedos con cada uno de sus ataques, feroces y más sedientos si cabe que hace un momento, y los gemidos que me arranca resuenan en las paredes del dormitorio.

—Jay, no puedo más...

—Guíame —replica, sin pudor, dispuesto.

Tomo su mano y la llevo entre mis piernas, justo al punto más sensible. Él me deja hacer, aunque no aparta la mirada de mi rostro, como si no quisiera perderse ni una sola de mis reacciones. Bajo el ardiente deseo que emana de sus ojos, nuestros dedos enlazados me empujan hasta el mismísimo paraíso en cuestión de segundos.

Mientras yo tiemblo y mi respiración se quiebra, él se sitúa a mi lado y continúa acariciándome, ahora con mayor suavidad.

Acto seguido, me besa. Se bebe mi aliento a pequeños sorbos con tanta ternura que no puedo evitar pensar en que, pase lo que pase, Jay está consiguiendo exponer algo más de mí que mi piel o mi cuerpo.

Sin embargo, no tengo demasiado tiempo para reflexionar sobre ello. El juego de sus labios sobre los míos se intensifica a la vez que, con tan solo la yema de los dedos, traza un sendero a través de mis pechos y mi abdomen, calentándome de nuevo, declarando que no ha terminado conmigo ni mucho menos. Mis músculos recuperan la vitalidad y se tensan ante la promesa de tenerle dentro de mí, y soy yo la que lo empuja para conseguir que se quede tumbado de espaldas sobre el colchón.

Arquea las cejas, divertido, aunque su expresión se transforma en cuanto

me siento a horcajadas sobre él, febril y ansiosa. Balanceo las caderas, frotándome contra su erección, y no escondo mi sonrisa.

—Alice... —me advierte, con tono ronco.

Yo me detengo al escucharle, mi nombre poco más que un susurro, y me descubro pensando en lo mucho que me gusta. Aun así, no pierdo la oportunidad para fastidiarle.

—¿Vuelvo a ser Alice?

—Te has corrido en mi boca, me he ganado el derecho a llamarte como quiera.

Estalla en carcajadas y yo le golpeo en el costado sin fuerza, reprimiendo una sonrisa. Al final cedo y el sonido de nuestras risas —fundidas en una— se convierte en un eco que me remueve por dentro.

—Estás jodidamente hermosa riéndote así. —Me agarra de las caderas y, con un solo movimiento, se coloca sobre mí—. Y sexi demasiado sexi para tu propio bien.

Sin previo aviso, entra en mí de una sola embestida. Me llena por completo, arrancándome el aliento. La sensación es tan placentera que se me encogen incluso los dedos de los pies. Un jadeo escapa de mi boca y no puedo negar la satisfacción que siento al comprobar que Jay permanece inmóvil, con los ojos cerrados y los labios apretados, luchando contra su propio cuerpo.

—Joder. ¡Joder! —repite, cuando posa su mirada en mí tras unos segundos.

Se inclina hasta alcanzar mi boca y comienza a moverse con lentitud. Dentro y fuera. Mientras me besa con idéntica suavidad.

—Estoy muy tentado de alargar esto empleando la magia —confiesa, sin dejar de perderse dentro de mí una y otra y otra vez—. Mucho. Pero no quiero usarla hoy. No para esto. No contigo. Quiero...

Coloco un dedo sobre sus labios.

—Más, Jay. Más fuerte, más duro —le pido, porque soy consciente de que se está conteniendo solo para tratar de complacerme.

Me interroga con la mirada, asegurándose, y yo asiento. Resulta dulce e increíblemente considerado por su parte, pero en este momento lo último que quiero es que se reprima.

Establece un ritmo endiablado. Me llena con cada embestida y luego, al retirarse, casi consigue que me eche a llorar al dejarme vacía. De repente es

como si hubiese soltado las riendas que hasta ahora lo mantenían atado y ya no pudiera ni quisiera parar. Es delicioso. Rudo pero lo suficientemente amable como para hacer que mi excitación crezca con la suya y de nuevo me encuentre bordeando el orgasmo.

Lame mi cuello entre gemido y gemido y, en el instante en que mis caderas comienzan a salir al encuentro de las suyas, sus jadeos ganan en intensidad y volumen. No puedo apartar la vista de su cuerpo sobre mí: los músculos del torso tensos y perfectamente perfilados, cubiertos por una fina capa de sudor, contrayéndose y relajándose al mismo tiempo que se hunde en mí.

—Mi princesa de cuento de hadas —farfulla, y no estoy muy segura de que sea consciente de que le he oído.

Estalla dentro de mí de una forma tan brutal que desata mi propio orgasmo. Las paredes de mi sexo se contraen como si quisieran retenerle. Más. Más tiempo. Para siempre.

Aparto el pensamiento a un rincón de mi mente, turbada. Jay cierra los ojos y se inclina hasta depositar un beso sobre mis labios, dulce y profundo. Cuando termina aún sigo temblando, totalmente aturdida por todo lo que acaba de suceder, por esta la noche. En realidad, por las últimas semanas.

Se desliza para colocarse junto a mí y yo me giro para tumbarme de lado. No sé muy bien cuánto tiempo pasamos observándonos en silencio, pero, de algún modo, las palabras parecen innecesarias en este momento.

## 30

A la mañana siguiente, me sorprende encontrarme a Jay tumbado en la cama a mi lado. Está boca abajo, con el rostro girado en mi dirección y totalmente relajado. Parece más joven, lo cual es mucho decir porque sigo sin saber cuántos años tiene más allá de que se cuentan por siglos y no por décadas.

No es que esperase que se hubiera esfumado, aunque tampoco sería la primera vez que un tío desapareciera a la mañana siguiente después de un revolcón, pero Jay siempre ha estado despierto cuando yo me he levantado. Creo que nunca antes le había visto dormir.

Uno de sus brazos rodea mi cintura y ese mínimo contacto basta para despertar un placentero cosquilleo por todo mi cuerpo. Aún no puedo creer lo que sucedió anoche ni tampoco que pudiese quedarme dormida mirándolo. Si alguien me hubiera preguntado, hubiera apostado por que mi mente estaría dedicada a darle vueltas a cada segundo que compartimos de un modo casi obsesivo y, sin embargo, lo único en lo que pensaba era en lo feliz que me sentía de tenerle conmigo.

Resulta ridículo, sí.

Exhalo un suspiro.

—Mi magia por lo que sea que estés pensando —me dice, de repente, sin rastro de somnolencia en la voz.

Sus ojos se abren y se clavan en mí. Está increíble incluso a estas horas de la mañana, aun con esos mechones rebeldes que caen sobre su frente. Sus labios se curvan y me regala una sonrisa juguetona.

—Es sábado —tercio yo, evasiva, porque no tengo ni idea de qué decir o hacer—. Debería adelantar trabajo.

Lo siguiente que sé es que le tengo sobre mí, su cuerpo ejerciendo la presión justa en las zonas adecuadas. Teniendo en cuenta que anoche nos dormimos desnudos, me estremezco de forma inevitable.

—Hoy no —replica. Se inclina sobre mí y, cuando creo que va a besarme, ladea la cabeza y sus labios van a parar a mi cuello—. Hoy te quiero para mí en esta cama... o en el suelo, o en la ducha. Tampoco me importaría probar en la cocina...

Desliza la punta de la nariz a lo largo de mi cuello y yo dejo escapar una incoherencia.

—Parece que estamos de acuerdo —se ríe.

Sus dedos se entrelazan con los míos y coloca nuestras manos unidas por encima de mi cabeza. En el mismo instante en el que caen contra la almohada, sus caderas empujan contra las mías, arrancándome un gemido.

—Podríamos empezar ahora mismo —prosigue, sin que yo sea capaz de abrir la boca a riesgo de empezar a jadear y no poder detenerme.

Otra embestida y su erección se frota contra el punto exacto entre mis piernas. En esta ocasión es él el que suelta un gruñido bajo.

—Dime por favor que no tienes aún ganas de desayunar, porque entonces tendría que comportarme como un caballero y levantarme para ir a prepararte el desayuno...

—No quiero a ningún caballero —le corto, ansiosa.

Alzo las piernas y rodeo sus caderas por si se le ocurriera alejarse. Mis tobillos se cruzan sobre su trasero, tenso por la postura. Entrecierra los ojos y el gris de sus iris prácticamente se derrite, convirtiendo su mirada en un mar de plata líquida. Su expresión también se transforma, hambrienta y feroz.

—No sabes cuánto me alegra oírte decir eso —señala, con la voz enronquecida—. Quiero hacerte cosas muy poco caballerosas.

Se me escapa una carcajada, interrumpida por otro de esos deliciosos movimientos de su cuerpo contra el mío. Acto seguido, se incorpora, arrastrándome con él, y sale de la cama para ponerse en pie sin ningún tipo de esfuerzo aparente.

—¿Ducha o pared? Tú eliges.

Arquea las cejas y las comisuras de sus labios tiemblan.

Su boca se estampa contra la mía antes de que pueda contestar. Me devora con frenesí y yo le correspondo con idéntica efusividad. Ni siquiera tengo que pensarlo, mi cuerpo responde por sí solo. Mis brazos se aferran a su nuca y mis piernas a sus caderas, y nuestros labios entablan una especie de guerra silenciosa en la que parece ser que no se aceptan prisioneros.

Jay debe creer que no llegaremos muy lejos porque avanza unos pocos pasos hasta situar mi espalda contra la pared más cercana.

—El baño luego —gime, y me muerde el labio inferior.

Sujeta con una mano mi cuello e inclina la cabeza para profundizar más en mi boca. Al segundo siguiente, sus manos regresan a mi cintura y me eleva un poco. Cuando me hace descender, su miembro se cuela en mi interior sin encontrar el mínimo impedimento.

—Dios, Jay —farfallo, desbordada por la placentera invasión.

Mi espalda se arquea y él se desliza un poco más profundo, llenándome por completo. Puede que sea el momento menos oportuno, pero a mí me entra la risa floja.

—¿Se puede saber qué te hace tanta gracia? —inquire, aunque parece tan divertido como yo, lo cual consigue que me ría más fuerte—. No voy a quejarme, pero, si continuas así, conseguirás que me corra antes de tiempo. Me estás apretando... —explica, echando un rápido vistazo a la zona en la que nuestros cuerpos se vuelven uno solo.

Su sinceridad lo empeora aún más.

—Lara me dijo... que serías capaz de follarte a una tía contra la pared... sin tan siquiera despeinarte —consigo decir, entre carcajadas.

—¿Ah sí? —tercia él, con su mejor sonrisa ladeada, idéntica a la primera que me dedicó, solo que ahora he aprendido a apreciarla.

Me embiste con tanto ímpetu, clavándose en mí tan y tan hondo, que mi risa cesa de inmediato.

—Pues puedes decirle a Lara que no —replica, la voz baja y grave, deliciosamente dura—. No a cualquier tía. A la única que voy a follarme es a ti.

Desde ese instante nos volvemos mucho menos habladores. Jay empuja dentro de mí mientras me sostiene casi en vilo, sin excesiva prisa pero también sin pausa, y con los ojos fijos en mi rostro. No nos alargamos demasiado, no es necesario. Hacemos el amor de una forma en parte animal, instintiva y salvaje. Los gemidos y el choque de nuestros cuerpos se suceden cada vez con más intensidad. Si bien, los besos de Jay se tornan más y más dulces y, cuando lo agitado de nuestras respiraciones le impide continuar besándome, sus labios repiten una única palabra: mi nombre.

—Ali... Ali...

—No pares —le ruego, las uñas arañándole la piel, aunque dudo que pensara en hacerlo.

Jay me sostiene con un brazo y apoya la otra mano en la pared, y en la

siguiente embestida el nudo que ha ido tensándose entre mis piernas explota y me provoca un orgasmo igual de brutal que sus embestidas. La oleada de placer que me recorre es tan intensa que mis piernas pierden la capacidad de seguir rodeando sus caderas. Sin embargo, Jay responde a la reacción de mi cuerpo alcanzando su propio clímax.

—Joder, Ali.

—Sí, eso lo resume bastante bien —señalo, entre jadeos.

Jay se ríe, temblando entre mis brazos, y, en ese preciso instante, mi corazón hace una pirueta y el estómago se me contrae por motivos muy diferentes. Sudorosa y exhausta, comprendo que las cosas acaban de complicarse mucho porque... es bastante probable que me esté enamorando de Jay.

Junto con la certeza de ese pensamiento acude a mi mente otro incluso más preocupante, o puede que sea mi subconsciente tratando de eludir dicho descubrimiento.

—Mierda —exclamo, y Jay frunce el ceño, aún enterrado en mí.

Hace verdaderos malabarismos para mantenerme contra la pared, pero yo me dejo caer hasta que mis pies se asientan en el suelo.

—Mierda, mierda, mierda —repito.

Le empujo para hacerle a un lado. Sin embargo, Jay me agarra de la muñeca.

—Ey, ¿qué es lo que pasa?

Su preocupación es obvia, así que le lanzo el golpe sin más:

—No tomo la píldora —suelto, sin rodeos innecesarios y, viendo la confusión que refleja su expresión, me veo obligada a aclarar—: No tomo ninguna clase de anticonceptivo. Sé que tú... bueno, eras virgen por lo que supongo que estás limpio, y yo...

—Ambos estamos sanos —me corta él, y esboza una sonrisa comprensiva— y no hay ningún bebé medio hada en camino.

Sus ojos, sin embargo, caen hasta mi vientre y por un instante estoy segura de que su mano está a punto de alzarse para acariciarlo.

Carraspea débilmente antes de proseguir.

—Las hadas solo somos fértiles en el solsticio de verano. Ese es el único día del año en el que podemos concebir.

—Oh.

—Esa noche es mágica para nosotros por motivos muy diversos.

La información revolotea en mi mente y también el recuerdo de lo numerosa que es su familia. Aunque claro, dada su longevidad, supongo que una cosa compensa la otra.

Cuando la mirada de Jay asciende hasta encontrarse con la mía, me da la sensación de que hay un buen puñado de preguntas brillando tras sus ojos. No obstante, no formula ninguna. Se limita a inclinarse sobre mí y darme un beso suave en los labios.

—Creo que la ducha nos vendrá bien ahora.

Enreda sus dedos con los míos y me lleva con él.

Ahora que hemos aclarado el detalle de los bebés, tal vez sea un buen momento para volver sobre ese otro detalle «insignificante»... ¡Me he enamorado de mi hada madrina!

# 31

Jay me demuestra en la ducha que su infertilidad selectiva no está reñida con una apasionada capacidad para practicar el sexo de las formas más variadas posibles. Nos toqueteamos sin pudor y me hace reír con sus preguntas sobre lo que me gusta y lo que no o con qué tipo de caricias disfruto más. No duda en explorar mi cuerpo con una minuciosidad implacable, y no solo con las manos... Me descubro aprendiendo muchas cosas de mí misma y sobre mi cuerpo al tiempo que me regala un par de orgasmos tan intensos que me hacen plantearme lo pobre que ha sido mi vida sexual hasta ahora.

—Creo que podría hacer esto para siempre —me dice, bajo el chorro de la ducha, deslizando los dedos a lo largo de mi espalda.

Está situado detrás de mí y no puedo ver su expresión, pero me da la sensación de que, por el silencio posterior, está pensando en las implicaciones de lo que ha dicho.

A su caricia le sigue un escalofrío. No hemos discutido nuestra situación ni lo que va a suceder a partir de ahora y, de una forma egoísta, no me importaría retrasar esa conversación un poco más.

Este instante parece tan perfecto que sé que, de un momento a otro, dicha perfección volará en cientos de pedazos y solo quedarán unos pocos recuerdos a los que aferrarse. Por una vez, aunque solo sea por una vez, quiero vivir algo bonito y sencillo, aunque soy consciente de que nada de lo que pueda haber entre Jay y yo es sencillo.

Sin embargo, mientras nos damos una ducha juntos después de hacer el amor, salpicando agua fuera y poniéndolo todo perdido; mientras sus labios dejan senderos ardientes sobre mi piel y sus manos repasan las curvas de mi cuerpo; mientras su risa rebota en estas cuatro paredes seguida de la mía; lo único que deseo es que este momento se vuelva infinito.

—Sí, creo que yo también podría —repongo, suspirando.

Me olvido de mi firme propósito de adelantar un poco de trabajo los sábados por la mañana. El resto del día lo pasamos entre la cama y el sofá, con las piernas de uno enredadas en las del otro. A la hora del almuerzo, me atrincho en la cocina alegando que seré yo la que cocine esta vez y acabamos

llamando para que nos traigan unas pizzas después de estar a punto de quemar la casa entera. No hay ningún «te lo dije» por parte de Jay, solo se ríe, como si conseguir que la vitrocerámica de mi apartamento estalle en llamas sea lo más divertido que le ha pasado jamás, como si todo conmigo fuera una aventura excitante.

A media tarde mi madre me sorprende llamándome para invitarme a cenar la semana que viene, aunque eso no es nada nuevo, lo llamativo es que Jay también está invitado. No sé qué le ha dicho a mi padre sobre él, pero quiere conocerle. Le digo que ya la avisaré, pero, en cuanto se lo cuento a Jay, este no pone reparo alguno en acompañarme si yo así lo deseo.

Poco después, me propone salir a dar vuelta.

—Podemos ir a donde quieras, a cualquier lugar —remarca, dando a entender que no le importa abusar un poco de su magia.

Aunque la idea resulta de lo más atrayente, me sorprende sugiriendo que demos un paseo, sin más, ni siquiera tengo en mente algo concreto. Puede que una parte de mí solo quiera sentir que estamos haciendo algo normal y que no es un completo desastre, solo eso. Supongo que es una forma de evitar que la faceta mágica de Jay cobre protagonismo. Lo único que me apetece es estar con él, nada de chasquear los dedos ni aparecer en el puñetero Everest con tan solo un parpadeo.

Declino la oferta de visitar Australia, París, Bali o Tokio, por decir algo, y nos limitamos a salir a la calle y caminar sin un rumbo fijo. Solo que lo hacemos cogidos de la mano mientras charlamos de tonterías y, por absurdo que parezca, resulta sencillamente perfecto. El resto lo aparto a un lado y me olvido de todo lo que no sea lo que Jay provoca en mí.

Tras recorrer media ciudad terminamos, ya de noche, haciendo una visita al local de Bam. Me pongo un poco nerviosa cuando nos acercamos al mostrador para hacer el pedido, pero él nos recibe con una sonrisa y Jay lo saluda como si fueran dos amigos que se reencontrasen tras un tiempo sin verse. Claro que eso es lo que cree Bam que son, dado que Jay manipuló sus recuerdos. De repente, me da por pensar en la posibilidad de que pudiera hacer algo similar conmigo.

—¿Puedo pedirte algo? —le digo, ya sentados en una de las mesas.

No he tocado mi perrito caliente, a pesar de que mi estómago reclama que le hingue el diente de una vez.

—Lo que quieras —repone, aunque hay cierto temor impregnando su voz.

—No juegues nunca con mi mente. Nada de toquetear ahí dentro.

Él asiente, solemne, y creo que ambos sabemos por qué se lo he pedido.

Pase lo que pase, no quiero olvidar nada de lo que ha sucedido entre nosotros. No estoy segura de cuáles son los poderes reales de Jay, pero visto cómo alteró la memoria de Bam me preocupa que, si esto acaba mal, se sienta tentado de borrar su existencia o cualquier chorrada mágica por el estilo.

—Y deberías arreglar lo que quiera que le hicieras a Bam, aunque eso signifique que no sea tan amable contigo.

Otro asentimiento.

Antes de marcharnos, percibo un cambio de actitud de Bam hacia Jay. Apenas si lo mira al despedirnos, lo que me hace pensar que ha deshecho el lío que montó en su cabeza para conseguir que saliera conmigo.

Regresamos al apartamento también paseando. No sé cuánto hemos andado hoy, pero la sensación de cansancio es agradable y se esfuma en el momento en el que empiezo a desvestirme casi por inercia antes de llegar al dormitorio y Jay me alza en brazos y me lleva hasta la cama.

—Me encanta que solo pienses en desnudarte.

Me río, dejando que sea él el que lo haga. Sus manos vuelan sobre mi cuerpo y sus labios les acompañan, demorándose sobre mi piel aquí y allá; pequeños besos cálidos y húmedos que me vuelven loca y consiguen que me estremezca de pies a cabeza.

—¿Tampoco ahora piensas dejarme trabajar? —le reprocho, bromeando.

En realidad, lo único en lo que pienso es en arrancarle la ropa y sentarme a horcajadas sobre él. Es difícil admitir que me he convertido en una adicta a Jay.

Me acomodo boca arriba y él se tumba sobre mí.

—Puedes intentarlo —asegura, pero su mirada hambrienta me dice que no va a ponérmelo fácil.

—Como si fueras a permitirlo.

—Como si quisieras que lo permitiera.

No, no quiero.

Hacemos al amor de un modo diferente y, aunque no sé cuántas veces lo hemos hecho ya, en esta ocasión parece distinto. Es probable que todas las veces me lo parezcan porque... Bueno, es Jay, y tan solo por eso me hace sentir que

podríamos acostarnos mil veces y cada una de ellas sería como empezar de cero.

Está tumbado boca arriba y soy yo la que se mece con suavidad sobre él, la que controla el ritmo al que entra y sale de mi cuerpo. Sus dedos se aferran a mis caderas, clavándose en la carne, mientras que mis manos reposan sobre su pecho y me dan el apoyo necesario para moverme. Resulta increíble contemplar cómo se retuerce de placer, lo acelerado de su respiración y cómo, de vez en cuando, sus párpados caen y se muerde el labio.

—Hay algo que no te he dicho —comenta, con un gruñido.

—¿Y piensas que es buen momento para decírmelo?

Durante un breve instante me aterra que haya decidido tener ahora «esa» conversación que tenemos pendiente. Sin embargo, el temblor en las comisuras de sus labios y su posterior sonrisa me hacen pensar que no se trata de eso.

—Oh, sí, es un momento perfecto.

Acelero ligeramente el balanceo de mis caderas y él suelta un jadeo ronco que me pone a cien.

—Te escucho.

Sin detenerme, me inclino hacia delante dispuesta a saborear la piel de su cuello. Trazo un pequeño sendero ascendente para terminar mordisqueando el lóbulo de su oreja.

—Me preguntaste... —carraspea para aclararse la garganta, hay cierta diversión en su voz—. Me preguntaste por qué te había besado tres veces pero, al responderte, te oculté algo.

Me incorporo para mirarle a los ojos. Ha despertado mi curiosidad.

—Oh, joder, no. No pares.

Sus manos me empujan con suavidad para que reanude mis movimientos y yo no puedo evitar sonreír.

—¿Y bien? —le animo a seguir, porque parece haber perdido el hilo.

—La segunda vez, en tu cita con... Owen, emitiste ese ruidito jodidamente morboso cuando te estaba besando y tuve que hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para no tumbarte sobre la mesa y hacértelo allí mismo.

Mis cejas se arquean ante la confesión y, sin darme cuenta, me quedo de nuevo inmóvil. Ahora es Jay el que se incorpora y nos quedamos sentados frente a frente. Comienza a moverse, muy despacio. Mis rodillas resbalan un poco más sobre el colchón, permitiéndole penetrarme con mayor profundidad.

—Parecías... asqueado —replico, gimiendo.

Nuestros cuerpos se sincronizan de una manera perfecta. Hablar resulta cada vez más complicado.

—Fue como recibir un puñetazo en la boca del estómago, aunque mucho más desconcertante porque no tenía ni idea de qué estaba sintiendo. —Sus labios tientan a los míos, juguetones, y su sonrisa torcida es increíble, dulce y a la vez provocadora—. Me volviste loco desde que te vi en aquella cafetería por primera vez, en todos los sentidos.

El ritmo al que nuestras caderas chocan aumenta y los jadeos resuenan en la habitación. Ni siquiera sé cómo es posible que estemos manteniendo una charla.

—Me vuelves loco de una manera que no consigo comprender —agrega, casi sin aliento.

Su afirmación permanece flotando entre nosotros mientras me muevo encima de él, más y más rápido, consciente de cada centímetro de su piel en contacto con la mía y del delicioso sabor de sus besos.

No añade nada más, aunque tampoco parece necesario. Nuestros cuerpos parecen ser capaces de decirlo todo por nosotros.

Cuando despierto el domingo por la mañana, Jay no está en la cama, lo cual no es algo que debiera preocuparme, ya que sé lo mucho que madruga siempre, pero un repentino pánico se apodera de mí y no puedo evitar pensar que el cuento de hadas ha llegado a su fin. No dudo en saltar del colchón y salir disparada hacia el pasillo, sin preocuparme de llevar puesto tan solo unas bragas.

Apretando el paso, giro para meterme en la cocina y me choco contra él. El alivio me inunda en el mismo instante en el que sus labios se curvan y me dedica una mirada que es de todo menos tímida.

—Tenemos visita —señala, pero acto seguido pasa el brazo en torno a mi cintura y me atrae para darme un beso muy poco casto.

—¡Eh! Dejad de magrearos delante de mí, por favor —grita Lara, desde el salón. Jay, sin embargo, no hace amago de soltarme—. ¡Bonitas bragas, Ali!

Sus carcajadas resultan contagiosas y termino riendo con los labios de Jay todavía contra los míos.

—Si haces que se vaya ahora, podemos montárnoslo sobre la encimera —murmura él, y me da un beso rápido en la punta de la nariz.

Suelta una risita, aunque no me queda claro si está bromeando o no, y

devuelve su atención a lo que imagino que será nuestro desayuno.

—Vuelvo enseguida —le digo a Lara, y me basta un vistazo para darme cuenta de todas las preguntas que debe estar deseando hacerme.

Regreso a mi habitación y cojo lo primero que encuentro: una camiseta de Jay. Me la paso por la cabeza y disfruto unos segundos de su aroma, impregnado en la prenda, y de la extraña sensación que me produce estar usando su ropa a pesar de que estoy segura de que no va a molestarle.

Un elocuente silbido me lo confirma cuando voy hasta el salón y me dejo caer junto a mi amiga.

—Ahora sí que tienes que hacer que se vaya —comenta, y Lara le enseña el dedo corazón sin contemplaciones y se gira hacia mí.

—¿No tienes nada que decirme?

Esbozo una sonrisa al más puro estilo Joker.

—Emm... No.

Lara pone los ojos en blanco y yo le lanzo una mirada rápida a Jay, solo que no hay ni rastro de él. No tengo ni idea de si se ha deslizado sigilosamente hacia el dormitorio o se le ha ocurrido esfumarse a golpe de magia. Lo más probable es que, a pesar de sus bromas, quiera darnos intimidad.

—Cuéntamelo todo —me ordena Lara, acomodándose contra el respaldo.

Y eso hago durante la siguiente hora. O al menos lo intento, porque mucho me temo que lo de que Jay es un ser mágico no me corresponde a mí contarlo. Me veo obligada a darle un versión bastante sesgada de nuestra relación o lo que sea que hayamos empezado y, al hacerlo, me doy cuenta de que sigo sin saber qué se supone que estamos haciendo o qué es lo que Jay espera de... esto.

## Jay Forevermore

—Adoro esta puta ciudad.

Agito la cabeza al escuchar a mi hermano.

—¿Aún seguís Jake y tú con esa estupidez? —inquiero, contemplando el perfil de su rostro.

Dos de mis hermanos hicieron una ridícula apuesta hará cosa de tres años. Jake solía burlarse continuamente del refinado uso del lenguaje que hacía Justice; ni un solo taco salía de su boca. No sé demasiado bien cómo llegaron a ello, pero, entre las bravatas de uno y la insistencia del otro, Jake aseguró que no sería capaz de pasar los siguientes cinco años convertido, básicamente, en la clase de tipo que no dice una frase sin soltar alguna palabrota. Las hadas no solemos hacer las cosas a medias, por lo que Jake le lanzó un hechizo y, si Justice incumple el trato, este lo sabrá enseguida.

A estas alturas pensaba que ya se habrían cansado, aunque cinco años no es demasiado tiempo para nosotros y, además, Justice odia perder.

—Jake no tiene una jodida posibilidad conmigo —replica él, muy pagado de sí mismo.

Justice es muy parecido a mí, al menos físicamente, salvo que sus ojos son de un azul eléctrico y profundo. Cuando te mira da la sensación de que puede ver dentro de ti. Es muy intuitivo y también extremadamente competitivo. No sé en qué estaba pensando Jake para competir con él y ni siquiera me atrevo a preguntar qué se han apostado. No quiero saberlo.

—Pero cuéntame, joder, ¿qué tal tu nueva asignación?

No suele andarse por las ramas, es el más franco de todos mis hermanos y también el más sensible con respecto a nuestra labor. Por eso le he llamado. Necesito hablar con alguien de lo que me está sucediendo con Ali o terminaré por volverme loco. La he dejado con Lara en el apartamento, consciente de que también ella necesita pasar un rato con la que es, para ella, como una hermana.

Sin embargo, ahora que estoy sentado en un banco de Central Park con él,

no tengo ni idea de cómo plantearle nada de lo que me pasa.

—¿Jay? ¿Qué cojones ocurre? —añade, porque me he quedado en silencio.

Me inclino hacia adelante y apoyo los codos en las rodillas. Con la vista fija en el suelo de gravilla, hago un esfuerzo por ordenar mis pensamientos y encontrar la forma de contarle que he infringido una de las normas más importantes de toda hada madrina y que, por si fuera poco, no siento ningún tipo de remordimiento al respecto.

—Joder, me estás asustando, hermanito.

—Me he acostado con Ali —escupo a bocajarro.

«Muy muy sutil, Jay».

Al menos ya está dicho.

—¡Hostia puta! ¡Joder! —exclama, casi gritando, al tiempo que se levanta de un salto y se sitúa frente a mí.

Dos chicos que pasan trotando a pocos metros le observan con curiosidad, pero él ni siquiera se da cuenta de ello.

—Te estás superando. Han sido tres palabras y las tres son tacos.

—Oh, mierda, no me vengas con esas. ¿Ha sido cosa de Joey?

Yo niego. Joey no tiene nada que ver en esto, pero entiendo que Justice lo saque a relucir. No es ningún secreto que nuestro hermano se salta las normas mucho y muy a menudo.

—Un momento... ¿Ali es tu jodida asignación? ¡Oh, mierda, Jay!

Se da la vuelta y echa un vistazo alrededor con nerviosismo, como si esperase que en cualquier momento fuera a aparecer el jefe y fulminarnos a los dos por mantener siquiera esta conversación.

Exhalo un suspiro antes de contestar.

—Ali es más que mi asignación. Yo...

—Deberías dimitir y que otro complete el puñetero trabajo, Jay —me interrumpe, sin dejar de pasearse frente a mí.

Aunque me duele su respuesta, no puedo reprochárselo. Su sugerencia es la opción más sensata en un caso como este, pero la sola idea de tener que despedirme de Ali y no volver a verla jamás...

Soy demasiado egoísta para tomar esa decisión.

Justice no me está mirando y me pregunto si, cuando finalmente lo haga, sus ojos dejarán entrever la profunda decepción que debe sentir en este

momento.

—Es tan jodidamente impropio de ti —prosigue, y sé que está analizando todas las posibles causas que puedan justificar mi comportamiento—. ¿Esto no será como lo de la otra Alice? Mierda, Jay, ¿has estado bebiendo de servicio?

Niego con la cabeza, aunque no sea del todo verdad.

—No es eso —le confirmo en voz alta, al comprender que no puede haber visto mi gesto—. Para, Justice. ¡Mírame, joder!

Se detiene y ladea el rostro hasta que sus ojos se topan con los míos. No sé lo que ve en ellos, pero, en lugar de decepción, yo en los suyos solo encuentro pesar y preocupación. Durante los siguientes segundos me observa sin siquiera pestañear, hasta que dejo caer los párpados y agacho la barbilla.

—¿Qué coño has hecho, Jay?

—La quiero para... mí —afirmo, titubeante pero a la vez convencido—. Ni siquiera sé cómo explicarlo, Just.

Mi hermano se serena un poco al escuchar el apelativo que solo yo empleo para dirigirme a él. Acude a mi lado y toma asiento.

—La quieres para ti —repite, como si no comprendiera lo que significan esas palabras. Puede que así sea, aunque yo sé que él es más listo que eso—. Tiene que ser algo jodidamente gordo para que tú hayas... ¿Es humana? ¿Totalmente humana?

Me río al comprender que sigue buscando una excusa para mi proceder, solo que no la hay.

—Una humana preciosa, Just. Inteligente y divertida. Me vuelve loco —admito, sin esconder la sonrisa que curva mis labios.

—Ya puede serlo, hermanito, porque estás hasta el cuello de mierda. ¿Qué cojones piensas hacer ahora?

Me encojo de hombros. Llevo más de un mes en Manhattan y, con toda probabilidad, el jefe debe estar planteándose exigir un informe de mis progresos. Por regla general, unas pocas semanas me bastan para localizar a la pareja, pero no tengo nada que ofrecerle. Lo normal sería que yo mismo pidiera que me relevaran para que otro prosiguiera la búsqueda.

De repente, Justice inspira de forma brusca y a su rostro regresa la misma expresión sobresaltada de instantes atrás.

—Eso de que la quieres para ti... ¿Estás diciendo que te has enamorado de

ella, Jay?

Asiento con lentitud. Abro la boca para intentar poner en palabras todo lo que Ali ha despertado en mí con el paso de los días; emociones que casi no sé cómo llamar porque jamás las había sentido por mí mismo; sentimientos que solo he vivido a través de otros y únicamente porque formaba parte de mi trabajo.

Sin embargo, antes de poder decir nada, una figura se inclina sobre nosotros.

—¡Te pillé! —se regodea Jake, y es entonces cuando me doy cuenta del tono compasivo que ha empleado Justice al hacerme la última pregunta y también, cómo no, de que no ha dicho ni un solo taco en esa frase—. Sabía que esta vez ibas a perder.

Abandono a mis hermanos en mitad de una acalorada disputa. Por un momento, he creído que Justice se iría de la lengua con Jake solo para justificarse e intentar no admitir la derrota, pero no ha dicho nada al respecto y yo no puedo estarle más agradecido. No estoy preparado para que toda mi familia se entere de mi fracaso.

La cuestión es que es así como debería sentirme, como alguien que ha fracasado de forma estrepitosa, pero no puedo pensar en nada que tenga que ver con Ali de esa forma. Aunque también puede que solo esté tratando de limpiar mi conciencia y evitar enfrentarme a la verdad, y es que yo no soy la persona con la que Ali debería compartir su vida. Estoy entorpeciendo el camino hacia su felicidad.

La verdad implícita en ese pensamiento me golpea de manera que siento un dolor real en mitad del pecho y, durante varios segundos, no consigo llevar aire a mis pulmones.

«Eres un jodido cabrón y un capullo egoísta», me digo, y no puedo evitar pensar en que Jake estaría orgulloso de mi «uso del lenguaje».

El encuentro con Justice no ha aclarado demasiado mis ideas, salvo por el hecho de que es obvio que estoy metido en un buen lío. Me transporto al interior del apartamento de Ali y reaparezco en el baño rezando por encontrarlo vacío. El ruido amortiguado de una conversación llega hasta mí desde el salón, aunque me es imposible entender ni una sola palabra.

Ya que estoy aquí, decido darme una ducha. Tal vez así consiga aplacar la

culpabilidad que ha anidado en mi pecho. El sonido del agua corriendo avisará a Ali de que estoy de nuevo en casa. No había pensado desaparecer sin decirle que me marchaba, pero ella necesita su propio espacio al margen de mí; ya he invadido suficiente su intimidad y su vida.

Apoyo ambas manos en la pared e inclino la cabeza para que el agua resbale por mi espalda y, sin querer, mi mente regresa a la noche anterior, cuando eran las manos de Ali las que trazaban las líneas de mis músculos, las que se clavaban en mi carne, ansiosas y demandantes. Cierro los ojos y trato de deshacerme de la imagen, pero solo consigo empeorarlo, y casi me parece estar oliendo el perfume de su pelo y escuchar los pequeños gemidos que escapaban de su garganta mientras yo me hundía entre sus piernas...

—Oh, mierda —exclamo en voz alta, al darme cuenta de que se me ha puesto dura solo con pensar en ella.

No es la primera vez que me pasa, algo de lo que Ali no tiene ni idea porque me he encargado de ocultarlo. Sin embargo, el deseo ha estado ahí casi desde el primer momento. Al principio me molestó, me hacía sentir furioso conmigo mismo. ¡Ni siquiera lo comprendía! Más tarde, a pesar de que la atracción fue creciendo conforme conocía más de ella, dejó de importarme la reacción de mi cuerpo a su presencia. Me encantaba, y creo que solo se debió a que mi mente y mi cuerpo empezaron a ponerse de acuerdo con mi... con mi corazón.

Abro al máximo el grifo del agua fría y, apretando los dientes, permanezco inmóvil bajo el chorro. El fuego de mi piel muere casi de inmediato, si bien, el de mi interior se mantiene inalterable.

Un par de golpes resuenan en la puerta antes de que esta se entreabra y Ali asome tras ella. Sus ojos se pasean de arriba abajo por mi cuerpo con lentitud y sin pudor alguno, y las malditas llamas que me consumían hace un momento resurgen aún con más intensidad. Ni que decir tiene que, bajo la toalla que cuelga de mis caderas, mi entrepierna se sacude más que dispuesta.

Cuando sus ojos tropiezan con los míos, sus mejillas adquieren un tono sonrosado y sus labios se entreabren, dejando escapar un ruidito delicioso. Puede que tenga que regresar a la ducha de nuevo.

—Solo quería avisarte —balbucea, repentinamente tímida.

Estoy seguro de que ambos estamos rememorando las mismas escenas

lujuriosas y eso hace que me excite aún más. Ali no se ha mostrado especialmente tímida hasta ahora, pero me alegra saber que no soy el único al que le «perturba» lo que está sucediendo entre nosotros.

—Tu hermano está aquí —añade, y aparta la mirada.

—¿Cuál de ellos? —inquiero, aunque mucho me temo que debe ser Joey.

—Joey —confirma, con cierta preocupación, como si de repente se estuviera planteando la posibilidad de que el resto de mi familia fuera a aparecer también en su salón.

Alargo la mano y tiro de ella para meterla dentro del baño. No tardo más que unos pocos segundos en tenerla contra mi pecho y saborear la dulzura de sus besos de nuevo.

«Estás bien jodido», me digo, al comprender lo mucho que la he echado de menos a pesar de haber estado fuera tan solo unas horas.

Profundizo el beso y Ali me corresponde sin titubeos.

¿Cómo demonios voy a hacer para renunciar a ella?

«No puedes».

Acaricio sus labios una última vez antes de separarme, a riesgo de no conseguir detenerme si continúo besándola.

—Enseguida salgo. —Ella asiente y se da la vuelta para salir—. ¿Ali? Quizás... Bueno, tal vez... deberíamos hablar.

Otro asentimiento, aunque esta vez evita mirarme a la cara. Quiero decirle que no tiene nada de lo que preocuparse, pero la cuestión es que no puedo. Aunque nunca llegara a aparecer su alma gemela y Ali sintiera por mí algo similar a lo que yo siento por ella, esta versión distorsionada de su cuento de hadas nunca podrá tener un final feliz.

## 32

Lara y Joey prosiguen fulminándose con la mirada cuando regreso al salón. Por sus respectivas expresiones es posible que estén imaginando formas creativas y dolorosas de matarse el uno al otro. Aun tratándose de Joey, me sorprende la hostilidad que despierta en mi amiga y lo poco que se esfuerza para disimularla. Él, por su parte, tampoco hace nada para restar tensión a la situación.

—Pensaba que estarías más contenta —le dice él, esbozando una sonrisa maliciosa.

—Lo estaría si no aparecieras allá donde voy.

Arqueo las cejas y los miro de forma alternativa. El comentario de Jay sobre que tenemos que hablar tiene tan buena pinta como la conversación entre estos dos.

—He acabado con Derek —repone Joey, dirigiéndose a mí.

Intuyo que debe haber concluido su labor, lo que quiere decir que ha dado con el alma gemela de Derek en tiempo récord, o al menos espero que sea eso a lo que se refiere.

Lara refunfuña en voz baja y el silencio se hace de nuevo en la estancia hasta que Jay aparece por el pasillo. Tres pares de ojos vuelan hacia él a la vez. Va vestido con unos vaqueros desgastados en la zona de las rodillas y una camiseta blanca básica, ni siquiera se ha molestado en calzarse. El pelo le cae húmedo sobre la frente. Se lo despeina con una mano antes de rodear la barra y dirigirse a su hermano. Está incluso más atractivo que con sus habituales atuendos formales.

—¿Se puede saber qué haces aquí, Joey? —inquire, resignado, como si de algún modo ya supiera la respuesta.

—Quería ver qué tal os iba.

—Muy bien hasta que tú has aparecido —le espeta Lara.

Estoy a punto de intervenir para calmar los ánimos, pero Joey no me da opción.

—Eso no es lo que decías la otra noche.

Se me descuelga la mandíbula al comprender lo que está insinuando. Ahora

es mi amiga la que cuenta con la atención de los presentes.

—Joder, Joey —exclama Jay, y este se limita a sonreír sin desviar la vista, que mantiene sobre Lara.

—¿Te has...?

—Fue un error —me interrumpe ella, antes de que complete la pregunta.

—¡Oh, por Dios! ¿Las has coaccionado? —Avanzo hasta la barra, dispuesta a encararme con él.

Si ha hecho algo en contra de su voluntad... Solo de pensarlo me entran ganas de vomitar. Sin embargo, Lara se pone de pie y me detiene antes de que me lance sobre él.

—¡¿Qué?! ¡No! Soy mayorcita para... cometer mis propios errores. Y para asumir las consecuencias —añade, a regañadientes.

—¡Pero tú le odias!

Mis ojos saltan del uno al otro. Soy consciente de que Lara no tiene por qué darme explicaciones sobre quién pasa por su cama, pero sigo sin estar convencida de que Joey no haya empleado la magia para colarse en ella.

—Fue solo un error —repite, encogiéndose de hombros.

—Pues parecías encantada cuando repetimos sobre la alfombra —apunta Joey—. Más satisfecha si cabe que la primera vez.

Levanto las manos y suelto una maldición.

Jay no parece demasiado contento, pero tampoco sorprendido. Supongo que si no estuviera seguro de que su hermano no se ha aprovechado de mi amiga no estaría mostrándose tan estoico.

—No quiero más detalles, gracias —les digo a los implicados.

Lara vuelve a acribillar a Joey con la mirada, aunque parece que este disfruta con esa clase de atención. No me extrañaría que le fuera el sadomaso o algo por estilo, pero eso es algo que tampoco tengo ninguna necesidad de descubrir.

Tras unos segundos de silencio tenso, Joey se decide a hablar:

—Bueno, ¿comemos algo o qué? Hablar de sexo me da casi tanta hambre como practicarlo.

—Cállate ya, Joey —le suelta Jay, acercándose a mi lado—. ¿Quieres salir a almorzar?

Escapar de entre estas cuatro paredes resulta una magnífica idea. Mi

apartamento parece cada vez más pequeño con tanta gente dentro.

Asiento.

—Había invitado a Lara a comer con nosotros.

—¡Genial! —interviene Joey—. Podemos ir los cuatro.

Tanto la expresión de Jay como la mía dejan claro que él no está invitado, pero creo que es de esos tipos que no admite un no como respuesta.

Jay precede a su hermano cuando traspasamos el umbral del edificio poco después. No puedo evitar fijarme en que Joey se inclina sobre él y le dice que hay algo de lo que deben hablar. Echo un vistazo a Lara, ya en la acera, y me pregunto cuántas conversaciones pendientes acumulamos en este pintoresco grupo y si alguna de ellas acabará bien.

Terminamos en un restaurante del West Village: el Corner Bistro, un lugar al que Jay y yo vinimos hace un par de semanas. No es nada pretencioso y las hamburguesas están deliciosas. No dejo de vigilar a Lara durante el almuerzo, no sea que le dé por clavarle algún cubierto a Joey en el brazo. Tampoco estoy demasiado segura de no querer hacerlo yo.

Por si fuera poco, me siento dividida entre el deseo de descubrir de qué quiere hablar exactamente Jay conmigo y el miedo a saberlo. Mientras me aseguro de que nadie salga herido y degusto mi hamburguesa con chili, no dejo de intentar descifrar la expresión de Jay.

Para cuando acabamos, la situación no puede resultar más incómoda para todos. Bueno, para todos menos para Joey, que se muestra de un humor inmejorable.

—Tengo que marcharme ya. —Lara se despide de Jay y de mí con uno de sus alegres abrazos.

A Joey lo ignora y debe ser la primera vez que le veo contrariado. No debe estar acostumbrado a que no le presten atención. Por un momento me da la sensación de que va a marcharse tras ella, pero, tras un leve titubeo, se limita a mirar a su hermano.

—Ahora. —Es todo cuanto le dice.

Jay exhala un suspiro y se gira hacia mí.

—¿Te importa? Prefiero hablar ya con él y que desaparezca cuanto antes —susurra, antes de inclinarse y darme un suave beso en los labios.

—Te estoy oyendo —protesta Joey, pero yo apenas si le escucho.

Estoy más pendiente de Jay. De repente no somos más que una pareja despidiéndose en plena calle y la sensación es muy muy agradable.

—¿Nos vemos luego?

—Puedes apostar a que sí —responde, y me deja ir con un último beso.

Tomo el metro para regresar, aunque me bajo una parada antes para dar un paseo y poder pensar un poco. Tres calles antes de llegar a casa paso por delante de un puesto con flores y, sin saber muy bien por qué, me detengo a comprar algunas. Nunca he puesto flores en el apartamento. Mi madre solía hacerlo. No tenía tiempo para admirarlas —o para dedicármelo a mí—, pero no había semana que no se detuviera en una floristería a la vuelta del trabajo.

El recuerdo me hace caer en la cuenta de que se suponía que llevaría a comer a Jay a casa de mis padres. Tras pensármelo unos segundos, saco el móvil del bolso para llamar a mi madre.

—No has venido —me reprende, apenas descuelga.

—Hola, mamá. No, no he podido —replico, esforzándome para pasar por alto la brusquedad de su respuesta—. Me ha surgido algo.

Lo había olvidado por completo, pero no voy a confesarlo.

—Está bien. Tu padre también ha estado ocupado.

Bajo la vista hasta el pequeño ramo que he escogido y que llevo en una de las manos.

—He comprado flores —le digo, sin saber por qué siento la necesidad de hacérselo saber.

No puedo asegurarlo, pero me parece escuchar un suspiro al otro lado de la línea.

—¿Cuáles?

—Margaritas.

—Tus preferidas —señala de inmediato.

—Me sorprende que lo recuerdes —repongo, y no consigo disimular la amargura en mi voz.

—Claro que lo recuerdo, Alice.

No digo nada. No tengo una respuesta para eso.

—¿Vendrás la próxima semana? ¿Traerás a ese hombre?

—Se llama Jay, mamá —le reprocho, porque esperaba que eso sí lo recordara.

—Lo siento —responde, y apenas puedo creer que esté disculpándose—. ¿Vendrás?

Giro en la siguiente esquina y ya estoy en mi calle.

—Sí, claro que iré, pero... no sé si Jay podrá.

Me da por pensar en si el leve cambio operado en el comportamiento de mi madre no se deberá a la aparición de Jay y lo que debe dar por sentado que hay entre nosotros. No es que pareciera agradecerle demasiado cuando se lo presenté, pero con ella todo es posible. Me preocupa que le interese más verme con él que verme a mí.

—No importa. Espero que nos visites.

Cuelgo tras despedirme sin saber muy bien qué creer e intentando no pensar en lo extraña que se ha vuelto mi vida.

No guardo el teléfono. Llamo a Lara apenas entro en el apartamento. No puedo evitar estar preocupada por ella y por lo suyo con Joey.

—No puedes vivir sin mí, ¿eh? —se ríe, haciéndome sonreír también a mí.

—¿Estás pintando? —Emite un ruidito que asumo que es una afirmación. Sin embargo, ya no hay forma de detenerme—. ¿Cómo no me has contado lo de Joey?

No tengo ningún jarrón, por lo que me veo obligada a llenar una jarra con agua y poner en él las margaritas que he comprado.

—Todos tenemos secretos, ¿no? Y no se te ocurra decirme que tú no porque estoy convencida de que te estás guardando algo con respecto a Jay —agrega, algo más seria—. He visto cómo le miras, como si pensases que va a esfumarse en cualquier momento, y la cuestión es que él te mira igual. Hay algo que me estoy perdiendo, eso seguro.

Lanzo los zapatos a un lado y me dejo caer en el sofá. Lara me conoce bien, demasiado bien. Aprieto la cara contra uno de los cojines, frustrada, y descubro que está impregnado del aroma de Jay.

Así que en realidad sí que ha estado durmiendo aquí y no en el Ritz.

—No es la clase de secreto que está permitido contar. No es mi secreto, Lara.

—No estará enfermo o... muriéndose, ¿verdad?

—¡No, por Dios!

Conociendo a mi mejor amiga, no me sorprende nada que esté montándose

las más variadas películas mentales.

—Bien, porque empezaba a temer que fuera como esa historia tan triste que leí hace poco. Un dramón, vaya —bromea, aunque hay un ligero matiz de preocupación en su voz.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Está bien, tampoco es que tenga muchos secretos teniendo en cuenta que Joey ya se ha encargado de airear mis miserias.

—No me lo recuerdes. —Hago un pausa—. Él... ¿Joey hizo algo fuera de lo normal cuando estabais juntos?

—¡Oh, joder, sí! ¿Sabías que un tío puede correrse y seguir empalmado?

Muy a mi pesar, se me escapa una carcajada.

—Bueno, supongo que eso sí que es algo fuera de lo normal —le digo, aunque no era ese el tipo de hazaña al que yo me refería.

—Es una pena que sea un gilipollas porque se lo monta de vicio en la cama.

—Y en la alfombra también, ¿no? —repongo, sin dejar de reír.

—Sí, en la alfombra también. Y sobre la mesa del salón —añade, con la boca pequeña, pero, aun así, entusiasmada—. Repetiría si no fuera porque cada vez que le veo me dan ganas de estrangularlo con mis propias manos.

Bueno, al menos ya sé que Joey no ha empleado su magia de modo persuasivo. Cualquiera pensaría que más bien la está usando para que los demás no podamos evitar detestar su presencia.

## 33

Tras renovar mi promesa de acudir a la exposición de Lara, colgamos y me obligo a levantarme del sofá para ir hasta el dormitorio. En cuestión de un par de minutos me he enfundado mi habitual uniforme de cualquier otro domingo por la tarde. Una camiseta de la NYU Law, la escuela de Derecho de la Universidad de Nueva York, y unos pantaloncitos cortos de pijama es todo lo que necesito para sentirme lo más cómoda posible y abordar algo de trabajo atrasado. Me refugio en el escritorio que hay encajado en una de las esquinas de la habitación y, a pesar del cansancio, me limito a recuperar algo de la eficiencia perdida en estas últimas semanas.

Durante las siguientes horas procuro mantener mi mente al margen de Jay y de mi caótica situación actual. No puedo evitar pensar que debería haber hablado con él en algún momento del fin de semana en vez de comportarme como una cobarde. Sin embargo, con el daño ya hecho, supongo que no me queda otra opción que esperar a que regrese y comprobar qué es lo que tiene que decirme. Lo que tengo claro es que si él no saca el tema, tendré que sacarlo yo.

Claro que tal vez yo esté adornando todo esto con un poco de drama. Él no tiene por qué sentir lo mismo que yo. Tal vez para Jay esto no sea más que pura atracción física y, ni por un momento haya pensado que la cosa va a pasar de ahí. Después de todo, ha sido enviado para ayudarme a encontrar a mi alma gemela.

Me torturo un rato más mientras reviso varios informes repletos de notas al margen de Thomas. Cuando la luz que entra por la ventana comienza a desvanecerse, mi preocupación ya ha alcanzado el nivel suficiente como para que me sea imposible continuar. Me obligo a no mirar el reloj, aunque es obvio que Jay no ha regresado tan pronto como me dijo que haría.

Recojo el papeleo y apilo las carpetas sobre el escritorio, salvo uno de los expedientes. Mañana acompañaré a mi jefe al juzgado y quiero revisar el caso para asegurarme de que lo tengo todo controlado. Me lo llevo al salón y lo dejo sobre el sofá antes de prepararme un sándwich y un cuenco con frutos del bosque —cortesía de mi hada madrina—. Tras tomarme el tentempié, me tumbo en el sofá e intento concentrarme a pesar de que las líneas del documento parecen bailar frente a mis ojos. Se trata de un divorcio de los difíciles: muchas

propiedades, cantidades indecentes de dinero, niños en común y unos progenitores que se han declarado la guerra, aunque sean sus hijos los que sufran las consecuencias.

Thomas dice que no debería implicarme tan a fondo en este tipo de casos y que todo lo que tiene que preocuparme es sacar el máximo beneficio para nuestro cliente, pero yo no puedo evitar pensar en esos niños. Lo más duro resulta comprobar que la mayoría de las veces mis sugerencias suelen ser desestimadas.

En algún momento de la noche me adormezco con la carpeta abierta sobre el regazo, el ceño fruncido y un intenso deseo de que el día no termine. Sola, totalmente sola en el salón de mi pequeño apartamento.

¿Y si Jay no regresa nunca? Podría desaparecer sin más. Es eso lo que hacen las hadas madrinas cuando ya no se les necesita, ¿no? Solo que ahora es cuando más le necesito, a él, a Jay. En estas semanas no he llegado a tomarme en serio su misión, no voy a empezar a hacerlo en este momento. En lo que a mí respecta, renunciaría al amor de mi vida si eso supusiera que Jay continuaría a mi lado. No me importa lo que diga su jefe o el puñetero destino. No quiero encontrar a mi alma gemela, le quiero a él. Y esa certeza es la que hace que un hueco en mi pecho que ni sabía que existía se ensanche y comience a resultar doloroso.

Unas horas más tarde, o puede que solo se trate de unos pocos minutos, me despierto rodeada por unos brazos que me acunan con delicadeza mientras me trasladan del sofá hasta la cama. A pesar de que la casa está completamente a oscuras, sé que se trata de Jay. Su olor inunda mi nariz y mi piel cosquillea de esa forma tan deliciosa que solo provoca él con sus caricias.

—Jay —murmuro, mientras me deposita sobre el colchón.

Pero él no parece que tenga intención de quedarse. Rodeo su muñeca con los dedos antes de que se retire del todo.

—Duerme conmigo —le pido, intentando no sonar desesperada, porque algo me dice que no le deje ir—. Quiero que duermas conmigo.

«Y que mañana me despiertes con un beso, como a Blancanieves, y me digas que no vas a marcharte», pienso para mí, pero no lo digo en voz alta.

Tiro un poco de él y percibo su resistencia durante unos pocos segundos, hasta que por fin cede y se deja caer sobre mí con suavidad.

—No puedo —susurra, aun así—. No podemos.

Hago caso omiso e introduzco las manos bajo su camiseta. El contacto con su piel es como una descarga directa a cada uno de los nervios de mi cuerpo. De repente, no hay rastro de somnolencia, sino que estoy completamente despierta y también muy excitada.

—Jay —le llamo de nuevo.

Decir su nombre se ha convertido en una necesidad; lo hace real para mí.

—Tienes que dormirte. Mañana...

Lo beso antes de que continúe. No quiero saber nada del mañana, solo puedo pensar en el hecho de que haya regresado y esté aquí conmigo. Mis labios demuestran de forma clara mi ansiedad, bebiendo de su boca con avidez, absorbiendo su sabor. Hundo los dedos en su pelo y lo atraigo más hacia mí. Aunque no me detiene, percibo la misma resistencia de hace un momento.

—Jay, por favor.

—No supliques, Ali —replica, con cierta dureza—. Debería ser yo el que estuviese de rodillas rogando tu atención.

Deslizo un dedo sobre sus labios, tensos, y acaricio una de sus comisuras. Adoro ese leve temblor que los sacude cuando trata de no sonreír.

—No estás sonriendo.

—¿Debería?

Sus dedos se enredan en uno de mis mechones.

—Sería una buena forma de hacerme saber que te gustan mis besos.

Esta vez sí que sonrío, pero la alegría no se refleja en sus ojos.

—Me encantan tus besos, tus caricias y cómo responde tu cuerpo a las mías. Me encanta cuando te pones a protestar por cualquier cosa y frunces el ceño, y esa jodida manera que tienes de volverme loco porque, a pesar de sentirte, hace tiempo que no tengo ni idea de lo que te pasa por la cabeza.

Estiro el cuello hasta alcanzar sus labios, rezando para que no me rechace.

—Los humanos y las hadas no se mezclan —me dice, y por un instante me da la sensación de que no habla conmigo.

Pero acto seguido sus labios se apropian de los míos y su lengua irrumpe en mi boca, permitiéndome volver a saborearle. Recorre cada rincón, roza mi paladar, se enreda con la mía y mi cuerpo se estremece bajo el peso del suyo.

—Oh, mierda, Ali —gruñe, con la voz ronca y desgarrada.

Lo siguiente que sé es que toda nuestra ropa ha desaparecido y, por una vez, me alegro de que esté abusando un poco de su poder.

El calor se extiende por mi piel en oleadas al ser consciente de su desnudez. Los músculos de su espalda se tensan bajo mis manos mientras sus labios resbalan hasta mi cuello.

—Eres perfecta —señala, y sus caderas se balancean contra mi centro, haciéndome gemir.

Ni siquiera está dentro de mí y yo ya me siento desbordada por el placer.

—Demasiado perfecta para mí.

Tomo su rostro entre las manos para obligarle a mirarme.

—Eso no es...

«Verdad».

Jay reclama mi boca sin permitir que complete la frase y yo me pierdo sin remedio cuando se cuele en mi interior con suavidad y sin dejar de besarme.

Se apoya en las manos y se yergue sobre mí. Comienza a moverse con una lentitud deliberada. Me penetra una y otra y otra vez, como si quisiera disfrutar al máximo de cada roce, como si tratase de grabar alguna clase de marca sobre mi piel y, a la vez, intentara llevarse algo de mí consigo. El nudo entre mis piernas no deja de apretarse, amenazando con volverme loca.

Poco después, se incorpora hasta quedar sentado sobre sus piernas y, cuando creo que va a salir de mí, tira de mis rodillas para exponerme por completo y hundirse aún más profundamente.

—Oh, joder —farfulla, sin aliento.

Mi cuerpo responde saliendo a su encuentro, reclamándole más, aunque él parece empeñado en alargar este instante todo lo posible.

—Tenías... Tenías algo que decirme —le recuerdo, jadeando.

Su expresión es serena, pero en sus ojos se amontonan decenas de emociones distintas.

—Hablares mañana.

Hace ademán de retirarse y yo envuelvo mis piernas en torno a su cintura para evitarlo.

—¿A dónde crees que vas?

Sus párpados caen, evitando mi mirada.

—No soy mejor que Joey. No te mereces esto, Ali —repone, con evidente

culpabilidad.

Le obligo a girar hasta que su espalda reposa sobre el colchón. Su cabeza se hunde en la almohada y sus ojos continúan cerrados.

—Esto es lo que quiero —afirmo, más convencida de lo que he estado nunca de nada.

«Te quiero».

No se lo digo, no estoy segura de que esté preparado para oírlo. O tal vez sea yo la que no pueda admitir que me he enamorado de él en tan solo unas semanas. Locura o no, es así, y dada nuestra situación y quién es Jay, casi parece lo único razonable en medio de este caos.

Ahora soy yo la que hace oscilar las caderas con suavidad, recreándome en la sensación de estar justo donde quiero estar. Sus dedos bordean mi cintura y descienden hasta clavarse en mis nalgas.

—Hay más magia en ti que en cualquier lugar de Nunca Jamás —me dice, mirándome por fin.

Aparto de mi mente su comentario sobre las hadas y los humanos y me quedo con la dulzura que desprende este comentario, con su aroma y sus sonrisas a medias. Cierro los ojos y me dejo llevar y, mientras Jay me llena de más formas de las que creía posible, comprendo que es más que sexo y atracción, más profundo. Mágico, sin duda, pero imposible de conseguir con un chasquido de dedos, y entonces entiendo por qué las hadas madrinas no pueden influir de manera directa en el amor.

No sé durante cuánto tiempo continuamos amándonos de esa manera, sin ninguna prisa, una agónica pero dulce tortura. Es como si ambos temiésemos que este momento llegara a su fin. Jay se detiene varias veces cuando el placer amenaza con desbordarle, aunque eso no le impide conseguir que yo alcance dos veces el clímax. Sin embargo, él se resiste a dejarse llevar.

No puedo evitar pensar en lo mucho que empieza a parecerse esto a una despedida.

## Jay Forevermore

Me mantengo despierto toda la noche. Mientras observo cómo Ali descansa sobre mi pecho, no dejo de pedirle una y otra vez perdón de forma silenciosa. Admiro la curva de sus labios entreabiertos y su semblante relajado, y estoy tentado de inclinarme sobre ella y darle un último beso, solo uno más, antes de que todo se vaya a la mierda y me odie por convertirme en un reflejo de mi hermano.

¿Cómo he permitido que esto pasase?

Lo peor es que haya sido precisamente Joey el que ha tenido que hacerme entrar en razón, lo cual no puede resultar más irónico.

Poco antes de que la luz comience a inundar el dormitorio me levanto para dirigirme al salón, donde sé que mi hermano me está esperando. Soy consciente desde el momento en el que se materializa en la casa; el sello de su magia, tan parecido al mío, resulta inconfundible. Me obligo a no echar siquiera un vistazo sobre mi hombro en dirección a la cama, a sabiendas de que seré incapaz de salir de aquí si lo hago.

—¿Qué demonios estás haciendo? —me recrimina, tan pronto como aparezco frente a él—. Pensaba que ya habíamos hablado de esto.

Me froto el puente de la nariz, más cabreado que nunca aun sabiendo que tiene razón. Lo que pasó anoche entre Ali y yo no debería haber sucedido —o no debería haber vuelto a suceder—. No he hecho más que empeorar las cosas.

—No estoy de humor.

—¿De humor? Joder, hermanito, creí que había quedado claro que no podías acostarte con ella y ¿qué haces tú? Echar un jodido polvo de despedida.

En dos zancadas estoy junto a él. Lo agarro de la camisa y acerco su rostro al mío.

—No hables de ella así —siseo, a pesar de que lo que de verdad deseo es estamparle el puño en plena mandíbula—. No es uno de tus ligues y definitivamente lo de anoche no fue un polvo, Joey.

Pasa medio minuto largo antes de que decida soltarlo y solo porque no ha hecho amago alguno de plantarme cara. Es probable que si así fuera hubiera perdido los nervios.

Retrocedo hasta que mi espalda topa contra la barra de la cocina.

—Pero sí fue una despedida —tercia él.

—No voy a irme.

Su expresión se transforma de nuevo, aunque ahora parece más perplejo que enfadado.

—¿Bromeas? Dime que estás bromeando y que no piensas joderte la vida por una humana. Solo tienes que renunciar a tu asignación en favor de otro y marcharte —señala, aunque es lo mismo que dijo ayer—. Nadie va a echártelo en cara. Todos renunciamos alguna vez.

—Yo no.

Ni siquiera después de la acalorada discusión que mantuvimos mi hermano y yo durante la tarde anterior tuve intención de aceptar esa opción. Nunca he renunciado a cumplir mi labor, por muy difícil que resultase, y no voy a hacerlo con Ali. Menos aún con ella. Me quedaré aquí hasta que me asegure de que es feliz, y si eso significa verla con otro, que así sea.

—Estás loco o eres gilipollas, probablemente ambas cosas.

—Será mejor que te vayas.

El despertador de Ali debe estar a punto de sonar y no quiero que le encuentre aquí, bastante duro va a ser tener que fingir que no hay nada entre nosotros como para encima tener a Joey sacando su afilada lengua a pasear.

—¡Y una mierda me voy! —replica, y se desploma sobre el sofá con desgana, como si este fuera el último lugar en el que quisiera estar, lo cual seguramente así sea—. Mira, es una mierda que ella y tú... —Hace una mueca de desagrado. Para ser alguien encargado de reunir almas gemelas, no se le da bien el tema del amor—. Pero si Celeste se entera, date por jodido. Vas a tener que dar muchas explicaciones y ya te puedes ir despidiendo del trabajo de campo. Tendrás suerte si te dejan siquiera dedicarte a las bases de datos.

Respiro hondo. Todo lo que me cuenta ya lo sé y también soy consciente de lo que no dice. Podría llegar a perder mi magia. Para siempre.

—Joder, que tenga que ser yo el que te diga esta mierda.

Antes era yo el que le amenazaba con las posibles consecuencias de las

irregularidades que cometía durante sus misiones, hasta que me cansé. Si conserva su estatus de hada madrina, se debe a que debe tener al maldito destino de su parte.

—Ya sabes lo que se siente —repongo, y me dan ganas de reír, aunque no precisamente de alegría.

Joey agita la cabeza y se pasa las manos por el pelo, revolviéndoselo hasta que parece que acaba de caerse de la cama. En el fondo resulta agradable ver que es capaz de preocuparse por algo más que por él mismo, aunque sus esfuerzos sean en vano. No hay nada que pueda hacer o decir para convencerme: Ali será feliz y yo seré el hada madrina que le entregue su felicidad en bandeja.

De eso va el amor de los humanos, ¿no? De desear por encima de cualquier otra cosa que la persona a la que amas sea feliz. Pues eso es lo que deseo yo para ella y ya no tiene nada que ver con que me hayan asignado su caso. Es algo más... personal.

—Puedo hacerlo —afirmo, más para mí mismo que para convencer a Joey.

Mi hermano luce mucho más contenido, aunque le es imposible ocultar el brillo compasivo de su mirada.

—Lo que vas a hacerte es una putada, Jay, y ambos lo sabemos. Tú lo has dicho: Ali no es un polvo. Es mucho más que eso.

—Puedo hacerlo —repito, y él niega, aunque creo que ha decidido tirar la toalla.

—Hermanito, hay pocas cosas peores que perder la magia, pero seguramente que te rompan el puto corazón es una de ellas.

No le pregunto cómo lo sabe. No intercambiamos una palabra más. La alarma de Ali resuena por el pasillo y ambos permanecemos en silencio a la espera de que ella aparezca por el pasillo.

—¿Qué pasa? ¿Tenéis una reunión de *coaching* mágico o algo así? —bromea Ali, cuando nos encuentra a los dos en el salón.

Está de buen humor, se le nota, y siento un pequeño cosquilleo en el pecho al pensar que pueda ser yo la causa de ello.

Hace veinte minutos que he escuchado el sonido de la ducha y me he estado preparando para afrontar este encuentro, solo que ni de lejos estoy preparado y es posible que no lo esté nunca.

Ninguno de los dos responde a su pregunta. Yo porque no sé qué diablos

decir y mi hermano porque, a pesar del reciente descubrimiento de que puede preocuparse por alguien más que no sea él mismo, es probable que esté disfrutando de la situación. Al fin y al cabo, es Joey.

Ali alza una ceja y su sonrisa pierde un poco de brillo.

—¿Interrumpo algo?

Nada en absoluto. Llevamos más de media hora sin hablar. Solo esperando.

—No, todo va bien —miento.

Es obvio que no se lo cree, pero, en vez de insistir, se acerca a Joey.

—¿Le hiciste algo a Lara?

—Nada que no quisiera —replica él, sin mostrarse ofendido.

Ayer también hablamos sobre la mejor amiga de Ali. Sé a ciencia cierta que Joey no empleó magia para acostarse con ella, pero yo también sentía cierta curiosidad al respecto. Lara no se ha mostrado precisamente agradable con él.

La cuestión es que no hay magia que obligue a ningún humano a mantener relaciones sexuales sin su consentimiento y, aunque la hubiera, ningún hada sería capaz de emplearla. Sin embargo, Ali no tiene ni idea de eso y resulta lógico que esté preocupada. Todo lo que mi hermano me contó es que Lara se presentó ante su puerta hace unos días y se puso a aporrearla. Cuando le abrió, comenzó a increparle por el volumen —y el estilo— de la música que tenía puesta. Ella le gritó y él le gritó en respuesta. Cuando quisieron darse cuenta estaban follando como dos animales —palabras textuales de mi hermano—. Fin de la historia.

—Ni se te ocurra hacerle daño, Joey —le exige, a continuación, y él casi parece encogerse ante su firmeza, lo cual no deja de resultar sorprendente.

Si algo tiene mi hermano, es un serio problema con las figuras autoritarias.

Intercambian algunas frases más, pero yo pierdo el hilo de la conversación enseguida, aunque mi atención está puesta en Ali. Está preciosa. Brillante y tan atrayente como un jodido fuego fatuo al que no puedes resistir acercarte. Se ha vestido un poco más formal que de costumbre, dado que hoy irá directa al juzgado. La tela borgoña de una falda de tubo abraza las curvas de sus caderas y desciende hasta por encima de sus rodillas, mientras que para la parte superior ha elegido un camisa blanca entallada y de manga tres cuartos. Los zapatos son unos que yo hice aparecer para ella varias noches atrás, negros pero con incrustaciones en los tacones de diez centímetros y una llamativa suela roja. Además, lleva un recogido elegante del que escapan un par de mechones rubios

que le restan la seriedad adecuada.

Podría llevar cualquier cosa puesta y continuaría siendo la mujer más bonita que haya visto jamás.

Trago saliva con cierta dificultad en el mismo instante en que Ali deja de hablar con Joey y se gira hacia mí. En cuanto su mirada se enreda con la mía, me doy cuenta de lo jodido que estoy.

## 35

Me inquieta lo violento que parece Jay en cuanto le miro, pero, más que eso, me preocupa lo vacíos que están sus ojos. No hay rastro de la calidez de la noche anterior, incluso entonces, ya habían perdido algo de ella. Pero hoy es como si no hubiera nada dentro de él, como si faltara la pieza que hace encajar su alma con el resto de su cuerpo.

Supongo que la frase «tenemos que hablar» nunca augura nada bueno, y nosotros ya hace días que nos debemos una conversación.

—¿Jay? —le llamo por segunda vez, porque tras la primera ni siquiera ha pestañado.

Sus párpados caen y, tras unos pocos segundos, ascienden con lentitud.

—Tienes un cita esta tarde. —No es Jay el que habla, sino su hermano.

Solo espero que sea una broma, de mal gusto, pero una broma.

—¡Mierda, Joey! —exclama él—. Hazme el jodido favor de largarte.

Un leve temblor en su voz me hace pensar que Joey no se está inventando nada.

—Alguien tenía que decírselo.

—Vete. Ahora —le exige Jay.

Ni siquiera espera su respuesta. Un chasquido de dedos y en el espacio que Joey ocupaba hasta hace un momento no hay nada.

—Esto es uno de sus chistes sin gracia, ¿no? —aventuro, porque de lo contrario... —. ¿Lo es?

La respuesta tarda un poco en llegar.

—Es mi trabajo, Ali.

Por primera vez me molesta que me llame así.

—¿Tu trabajo? —repito, tan perpleja como dolida—. ¿Pensabas en «tu» trabajo anoche mientras follábamos?

Su rostro se contorsiona ante la dureza de mis palabras, pero me da igual. Estoy enfadada, pero, sobre todo, estoy decepcionada. Lo más doloroso no es que lo que sea que tenemos se haya acabado casi antes de empezar. No, no es un fracaso más lo que hace daño. Lo peor es que me esté empujando a los brazos de otro hombre cuando las sábanas no se han enfriado siquiera.

—Ali, yo...

Levanto la mano para acallarle.

—¿No te das cuenta de que no va a funcionar? No importa lo que diga tu jefe, Jay. No hay nadie ahí fuera para mí.

«Nadie salvo tú».

Lágrimas de impotencia me queman en los ojos. Lágrimas por él y por mí, y por haber soñado con algo especial, con sus sonrisas esperándome cada mañana y con las malditas cosquillas los domingos en la cama. Me siento ridícula, más que nunca.

—Tú no lo entiendes.

No entiendo nada, en eso puede que lleve razón.

—No voy a quedar con nadie, Jay —le digo, atragantándome con los sollozos.

—Esta vez saldrá bien —insiste, levemente desesperado, algo que solo consigue que me sienta peor.

Yo niego y aprieto los labios.

—Boicoteé tus citas.

Durante varios segundos no comprendo el significado de esas tres palabras y, aun así, cuando calan en mi mente no atino a reaccionar.

—Sabía que ninguno de esos tíos era tu... tu alma gemela —concluye, con esfuerzo—. Tengo que arreglarlo. Déjame arreglarlo —suplica a continuación.

—¿Por qué?

—Te conozco, Ali, y sabía que ellos no encajaban contigo.

Alza la mano como si fuera a acariciarme el rostro, pero se detiene a medio camino y la deja caer.

Ante su respuesta, vuelvo a negar. No estoy segura de cómo funciona el poder de Jay, pero supongo que confío en él —o al menos lo hacía—. Sin embargo, no era eso lo que quería saber.

—¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué me enviaste a todas esas citas si sabías que no saldrían bien?

En la estancia se establece un silencio tan espeso que resulta asfixiante. Por mucho que me esfuerzo, las lágrimas acaban resbalando por mis mejillas.

Mientras Jay me observa, serio y contenido, mi móvil comienza a sonar y por el tono sé que la llamada proviene del bufete. A pesar de que lo último que

quiero es contestar, le doy la espalda y me dirijo al dormitorio en busca del teléfono. Aprovecho los escasos metros que separan una habitación de la otra para tratar de recomponerme, aunque mis ojos vuelan hacia la cama y se pierden entre las sábanas revueltas y repletas de un nosotros que ahora solo parece un sueño.

Me apresuro a coger el móvil, imaginando que será Thomas. Solo que no es él, sino Robert.

—Ya salgo para el juzgado. ¿Hay algún cambio en el horario o la sala? — Rezo para que no note mi voz quebrada.

—No, no hay cambios, Alice. Thomas acaba de marcharse.

—Perfecto, voy enseguida —replico, tratando de sonar profesional y no como una chiquilla a la que le han roto el corazón, aunque sea así como me siento—. ¿Necesitas algo?

Una pausa. Una exhalación.

—Solo quería desearte buena suerte, sé lo poco que te gustan este tipo de casos —me dice, amable—. Y bueno... Espero que esto no te resulte violento o fuera de lugar, pero esta tarde hay un evento. Nada formal —aclara, con cierta ansiedad—. Pero ya sabes que Thomas odia estas cosas y me preguntaba si te apetecería acompañarme.

Ahora soy yo la que no consigue retener el aire dentro de los pulmones.

—No quiero que te sientas obligada solo porque soy tu jefe. Es decir, yo...

Antes de darme cuenta estoy de vuelta en el salón con el teléfono pegado a la oreja y una sensación de irrealidad que no tuve siquiera la primera vez que Jay hizo uno de sus truquitos de magia.

—Si no quieres ir, Alice, olvida que te lo he pedido, ¿vale? Pero sería un placer que me acompañaras...

Robert continúa hablando con rapidez, excusándose por pedirme una cita al tiempo que recalca lo mucho que le gustaría salir conmigo. Nunca se me había insinuado antes ni había mostrado interés por mí. Suele mostrarse encantador y, a pesar de que me lleva casi diez años y es mi jefe, siempre me ha tratado con más cercanía que Thomas. Pero de ahí a que se sienta atraído por mí...

—¿Te importa si lo hablamos luego? —le digo, porque es lo único que se me ocurre—. Llego tarde.

Jay se ha colocado junto a la ventana y parece concentrado en lo que ocurre

al otro lado del cristal, aunque estoy segura de que no pierde detalle de la conversación. Sus hombros acumulan tensión, todo su cuerpo lo hace.

—Por supuesto. Siento haberte entretenido —replica mi jefe, y apenas puede ocultar la decepción en su voz—. Ha sido una estupidez por mi parte.

Le aseguro que no tiene de qué preocuparse porque casi parece más afectado que yo, y ya es decir.

Cuelgo poco después.

—¿Robert? —inquiero, tan pronto como finalizo la llamada—. ¿Has manipulado a uno de mis jefes?

Jay no se gira, sino que mantiene la vista fija en algún punto de la calle.

—No le he hecho nada. Él ya estaba interesado en ti. Le gustas, Ali. Mucho, además.

Su tono, carente de emoción, me saca de quicio.

—Estás loco —le digo, porque es absurdo, todo es absurdo y doloroso.

Solo entonces se vuelve y, cuando contemplo su expresión y la frialdad que acumula su mirada, me doy cuenta de que vuelve a ser mi hada madrina. No hay rastro de Jay.

—Es él. Lo sé.

—Tú no sabes una mierda —le espeto con rabia.

Incapaz de continuar en la misma habitación que él, cojo mi bolso y el maletín y me marcho. No estoy muy segura de cómo llego hasta el juzgado. Mi mente repasa con un desgarrador frenesí lo sucedido entre Jay y yo. Todo. Desde el momento en el que nuestras miradas se cruzaron por primera vez en el Starbucks hasta el instante en que ha asegurado que Robert es mi alma gemela, como si eso me importase lo más mínimo a estas alturas. ¿Puede alguien, con poderes o sin ellos, decidir de quién debes enamorarte? ¿No es precisamente esa la magia del amor? ¿Que nunca se sabe quién será la persona que logre colarse en tu corazón?

«Magia».

Se ha convertido en una palabra maldita para mí.

Sin embargo, cuanto más repaso cada uno de los momentos que he vivido junto a Jay, más comprendo que le quiero. Que no me importa lo que un tipo al que le gusta transformarse en libro le haya ordenado hacer.

Las carcajadas, las tardes viendo películas antiguas en mi cama, los paseos,

bailar con él, su sonrisa de medio lado, su forma de tocarme, sus desayunos, los silencios repletos de palabras por decir y las largas miradas, esas en las que miraba no a través de mí, sino dentro de mí. ¿Cómo puede pretender que no ha pasado nada? ¿Que estaré mejor con ese que el destino parece haber señalado para mí si yo solo quiero estar con él?

—Necesitas café.

Thomas debe darse cuenta de que no tengo mi mejor día porque, a pesar de que suelo ser yo la que siempre para a comprar un par de cafés de camino al juzgado, esta vez llego con las manos vacías y es él el que se ofrece para ir en busca de cafeína. Me deja a solas con Katherine Walls, nuestra cliente, y me esfuerzo para centrarme en ella y en mi trabajo. Aún tenemos algo de tiempo antes de que nos llamen y es el momento ideal para hacer un último intento.

—Sé que Thomas ya le ha sugerido ser flexible en lo concerniente a sus hijos —comienzo, con la esperanza de decir algo que la haga cambiar de opinión, y una vez que empiezo algo dentro de mí termina de romperse y ya no puedo parar.

Le digo que sé cómo se siente cuando traicionan tu confianza, cuando la persona a la que amas te es infiel. Soy consciente de que no somos iguales; yo era un chiquilla empezando a vivir cuando me sucedió y ella es una mujer, madre y esposa. Pero duele, siempre duele.

—Luche por todo lo material, por las casas, coches o propiedades, o por el dinero —señalo, seguramente con demasiada pasión—, pero no empeñe la felicidad de sus hijos solo para quedar por encima de él o por venganza. Ellos los necesitan a ambos.

Casi suplico por él, por su futuro exmarido, aunque no le conozco, salvo por el amago de acercamiento previo al juicio que tan mal terminó.

Le hablo de lo triste que es vivir sin el cariño de tus padres.

—No sea usted la que los aleje.

Y continúo. Absorbo su dolor para no tener que enfrentarme al mío. Intento calmarla para no pensar en lo mucho que me he acostumbrado a encontrar a Jay en mi salón y, por qué no decirlo, ahora también en mi cama. Poco más de un mes y no puedo imaginar no volver a verle. Tal vez, después de todo, sí que esté viviendo un cuento de hadas, solo que no es de esos que tienen final feliz.

—Alice. —La suavidad con la que Thomas pronuncia mi nombre me

sobresalta. Al alzar la barbilla casi espero encontrarme a Jay y no a mi jefe—. ¿Podemos hablar?

Se acabó mi tiempo.

Para mi sorpresa y la de mi jefe, el juicio transcurre con algo menos de la hostilidad esperada. Tal vez no tenga nada que ver con mi desesperado alegato, pero Thomas me dedica una sonrisa de aprobación cuando todo termina y abandonamos el juzgado.

—¿Estás bien? Antes parecías un poco... alterada.

—Solo eran los nervios —me excuso, esperando que se lo crea.

Caminamos hasta un *parking* cercano en el que ha dejado su coche.

—¿Irás con Robert a lo de esta noche?

La pregunta me pilla desprevenida, más que nada por la naturalidad con la que la hace. Me planteo si no habré malinterpretado las intenciones de Robert al invitarme a salir.

—No lo sé.

Me sonrío sin malicia, de buen humor por el acuerdo favorable al que hemos llegado, y no vuelve a sacar el tema durante el trayecto de vuelta al despacho.

—¿Quieres que te deje en algún sitio? Es casi la hora de comer.

Niego.

No quiero ir al despacho y encontrarme con Robert, pero tampoco deseo pasar por casa y ver a Jay, aunque tengo tiempo suficiente para ello. No sabría qué decirle a ninguno de los dos.

Me limito a picotear sin muchas ganas la guarnición de mi plato en el restaurante de siempre y, al terminar el almuerzo, no me queda más remedio que regresar al bufete. Para entonces ya he decidido que voy a aceptar la proposición de mi jefe.

Una parte de mí sigue muy enfadada con Jay, la parte que ha llegado a plantearse si no se parecerá a Joey más de lo creía, si no habrá jugado conmigo y ahora solo pretende deshacerse de mí. Pero hay otra parte, una que, aun cargada de miedos e inseguridades, no puede resignarse a creer que Jay sea esa clase de hombre. La parte que recuerda cada segundo de nuestra cita en la azotea, la forma en la que me miró, lo que sucedió después. Todo lo que no dijimos porque hubo magia. Magia de la real, de la que sabes lo que significa, aunque no seas

capaz de traducirla en palabras.

Es por eso por lo que estoy decidida a salir con Robert. Si Jay cree en el maldito destino, yo creo en él y en mí, en nosotros. Solo tengo que demostrárselo.

## 36

—He quedado con Robert.

La frase abandona mis labios apenas entro en mi apartamento. La escupo apresuradamente porque de alguna manera quiero terminar con esto de una vez. Ni siquiera sé si Jay está en casa hasta que sale por el arco que conecta la cocina con el salón.

Contemplo el trapo con el que se seca las manos y me pregunto si habrá estado cocinando. No alzo la mirada, no sé lo que encontraría en sus ojos, pero tampoco estoy dispuesta a averiguarlo. Dolería demasiado ver el mismo vacío de esta mañana.

—Muy bien.

Eso es todo. No dice nada más.

Me veo huyendo de él en dirección a mi dormitorio. Robert pasará a recogerme en unas horas e iremos a alguna clase de reunión conmemorativa con varios de los bufetes más renombrados de Manhattan; una especie de tradición o algo así, no prestaba demasiada atención cuando me lo dijo.

Mi plan parecía mucho mejor antes de decirle a Robert que le acompañaría y verle sonriéndome con ese entusiasmo sereno del que hace gala cuando gana uno de sus casos. Salir con mi jefe solo para demostrar a Jay que no es «él» resulta mezquino por mi parte, pero no sé qué otra cosa podría hacer.

Tras una ducha rápida, entro en mi dormitorio y me encuentro uno de los regalos de Jay. Me detengo en cuanto mis ojos se posan sobre los zapatos que ha dejado encima de la cama y maldigo en voz baja, a pesar de que son lo más bonito que haya visto jamás. No son de cristal, pero sí de un tejido flexible y transparente cubierto de pequeñas escamas plateadas. La luz del techo cae sobre ellos consiguiendo que despidan decenas de haces brillantes. Son preciosos y únicos.

Me acerco casi con reverencia y tomo uno entre las manos para probármelo de inmediato. Su tacto es suave y se ajusta a mi pie a la perfección, aunque eso no es una sorpresa, como tampoco lo es que resulten sumamente cómodos, aunque el tacón no debe tener menos de doce centímetros.

Bajo el otro zapato encuentro una nota:

**No tienes por qué volver antes de medianoche.  
Estaré aquí.**

**J.**

Su intento de bromear comparándome con Cenicienta no hace que me sienta aliviada, lo que sí lo hace es saber que va a estar esperándome cuando regrese. Eso hace las cosas un poco más fáciles. Me aterra la idea de que su jefe o él piensen que el trabajo ha concluido y Jay desaparezca sin más, como si nunca hubiera existido.

Me descalzo y dejo los zapatos y la nota tal y como los he encontrado. No obstante, en vez de comenzar a prepararme, me acerco a mi escritorio y abro el cajón en el que está guardado el libro con el que comenzó esta locura. Decidí esconderlo después de que Jay me dijera que era su jefe y, al encontrarlo donde lo dejé, no puedo evitar preguntarme si ha permanecido ahí todo este tiempo. Se supone que es una persona, ¿no? ¿No tiene otra cosa que hacer que estar metido en uno de mis cajones? ¿Habría visto u oído lo que ha sucedido en esta habitación?

Tras un breve instante, lo abro conteniendo el aliento y lo encuentro... en blanco. No sé por qué esperaba otra cosa; tal vez que sus páginas estuvieran plagadas de letras y quizás incluso de alguna ilustración. Acaricio el papel con la punta de los dedos de forma distraída, tentada de ser yo la que narre una historia distinta, una en la que la princesa no se enamora del príncipe al que se suponía destinada. Hasta que caigo en la cuenta de que es probable que esté tocando al jefe de Jay y lo lanzo sobre la mesa, confusa y asqueada.

Me armo de valor para presentarme en el salón poco antes de las siete. Mantengo la vista clavada en mis pies, que no lucen tan espectaculares como si llevara los zapatos que Jay me ha regalado. Los he dejado sobre la cama. Quizás llegue el día en el que pueda ponérmelos y sentirme como la princesa de mi propio cuento. Hoy, sin embargo, no es ese día.

Percibo la cercanía de Jay antes siquiera de que me hable.

—Todo va a ir bien.

Levanto la barbilla.

—Me gustaría que esa frase significase lo mismo para ti que para mí.

A pesar del dolor que atisbo en sus ojos, doy media vuelta y me dirijo a la

puerta, dispuesta a esperar a Robert en la calle.

Antes de que salga del apartamento sus dedos rodean mi muñeca.

—Espera.

Una descarga asciende por mi brazo en cuanto me toca. Me gustaría reaccionar y zafarme de su agarre, porque duele que mi cuerpo me traicione y que, incluso ahora, Jay sea capaz de hacerme sentir tanto con un solo roce.

Supongo que me creía acostumbrada a no ser merecedora del cariño de las personas que me importan, que mi actitud resignada ante la frialdad con la que mis padres me tratan era un símbolo de fortaleza. Solo que no es así en absoluto, no con Jay. Con él quiero más y es tremendamente doloroso que solo piense en completar su labor.

—Siento lo que ha pasado entre nosotros —murmura, destrozándome un poco más—. Te mereces ser feliz.

«Con otro», completo por él, aunque no me salen las palabras. Así que todo lo que hago, ahora sí, es soltarme de un tirón y escapar escaleras abajo.

A pesar de la tristeza inicial con la que recibo a Robert, la cita se desarrolla de forma amena e incluso divertida. Mi jefe se muestra más relajado que a diario y no deja de presentarme a todo aquel que se acerca a saludarle. Luego, entre susurros, me cuenta alguna anécdota y toda clase de cotilleos inofensivos que consiguen arrancarme más de una sonrisa. No es que se comporte como otra persona, pero descubro una faceta mucho menos seria de él. Su aspecto es impecable y sus esfuerzos por hacerme sentir cómoda son de agradecer.

Tal vez hace unas semanas podría haberme atraído, quizás incluso fuera yo la que le pusiera ojitos y coqueteara con él, pero la aparición de Jay en mi vida lo ha cambiado todo y no hay manera de que Robert despierte algo en mí al margen de cierta simpatía. Ni siquiera la improbable posibilidad de que Jay estuviera en lo cierto y sea mi alma gemela consigue que le mire de una forma diferente.

—¿Me vas a contar dónde estás en realidad? —inquire, cuando salimos a la terraza del hotel en el que tiene lugar la recepción.

El ambiente comienza a estar lo suficientemente cargado como para que haya necesitado un respiro y Robert se haya ofrecido a acompañarme fuera.

Aplaudo su perspicacia. Me he esforzado para disfrutar de la fiesta y, a decir verdad, incluso me lo estoy pasando bastante bien. Pero no puedo apartar a Jay de mi mente.

—¿Demasiado obvia? —replico, sonriendo con tristeza.

—Soy observador. Es parte de mi trabajo.

Decido sincerarme con él, al menos hasta donde me sea posible.

—Lo siento. No debería haber aceptado tu invitación. Hay... alguien, aunque no sé si... —Hago una pausa—. Es complicado. Mucho. Él cree que sería más feliz con otro.

—¿Como yo, por ejemplo? —bromea, con un guiño, sin saber lo acertado de su comentario.

Pasa su brazo en torno a mi espalda, pero el gesto carece de cualquier intención que no sea la de brindarme su apoyo. Su mirada comprensiva me hace sentir un poco mejor y un poco peor, todo a la vez.

—¿Quieres saber algo? Yo creo que serías más feliz en tu trabajo si te pasaras al otro bando —afirma, manteniéndome a su lado. Ambos tenemos la mirada puesta en las luces de la ciudad y el tráfico intenso de la Sexta Avenida—. Thomas me ha contado lo de esta mañana en el juzgado. No me ha sorprendido. Desde que trabajas para nosotros siempre he creído que tu carrera terminará llevándote a la Fiscalía, seguramente al departamento dedicado a menores.

Nunca me ha dicho nada al respecto y no sé por qué ha elegido este preciso instante ni qué tiene que ver con el error que he cometido al acudir a la cita, pero no tardo en descubrirlo.

—Pero eso es lo que yo pienso que te haría feliz. Solo tú sabes qué o quién —explica, enfatizando esa última palabra— puede hacerte feliz. Eres tú la que debe descubrirlo. Puede que ese tío solo sea un capullo con complejo de inferioridad o con el clásico miedo al compromiso. O tal vez solo necesita un pequeño empujón. De vez en cuando, todos lo necesitamos en uno u otro aspecto de nuestras vidas.

Mi mente absorbe con lentitud lo que ha dicho, diseccionándolo palabra a palabra, tanto la parte laboral como la personal. Respecto a la primera, no puedo decir que no me atraiga la idea de trabajar para el fiscal del distrito. En cuanto a la segunda... Sería más sencillo si Jay no fuera un ser mágico salido de Nunca Jamás. ¿Qué clase de empujón podría darle al tipo que consiguió que Bella y Bestia terminaran juntos?

—Eres una mujer estupenda, Alice. Inteligente y atractiva, aunque teniendo

en cuenta que te has reído de mis chistes puede que tu sentido del humor deje mucho que desear —se burla, apretándome con suavidad contra su costado—. Si ese tipo no sabe verlo, estaré encantado de tener una segunda cita contigo.

No puedo evitar reírme.

—Lo tendré en cuenta —le digo, aunque lo único que deseo es regresar a casa y que sea Jay el que me sostenga contra su pecho.

Robert me suelta y se coloca delante de mí. Al instante siguiente sus manos pasan a sostener mi rostro y me entra el pánico. Sería bochornoso tener que quitarme de encima a mi jefe, aunque no dudaré en hacerlo si se le ocurre besarme.

—Lo digo en serio. Me gustas de verdad, Alice.

Acto seguido, me suelta y a mí se me escapa un suspiro de alivio y, con él, llega también la certeza de que no hay nadie ahí fuera esperando por mí o por el que yo desee esperar; nadie salvo Jay.

## Jay Forevermore

—Te estás torturando sin necesidad —repite Joey, por enésima vez.

—No te he pedido que me acompañases. Es más, te agradecería que te largaras.

—¿Para que continúes castigándote sin testigos? Ni lo sueñes. Toma anda.

Me tiende un botellín de cerveza y, al negar, lo hace desaparecer y me ofrece un vaso de whisky con hielo en su lugar.

—No creo que sea una buena idea.

—Ya, claro, pero estar colgados de una jodida cornisa a veinte pisos de altura espiando a tu asignación es una idea cojonuda —replica, con no poco sarcasmo—. Cógelo de una vez. Aquí arriba hace un frío de mierda.

Estoy a punto de volver a negar cuando, al otro lado de la calle, veo a Robert pasarle el brazo por encima a Ali. Agarro el vaso y me trago el líquido de un solo sorbo. La bebida desciende por mi garganta, dejando a su paso un rastro ardiente que parece extenderse incluso hasta mi piel. Sin embargo, el alcohol no tiene nada que ver.

—La está abrazando —farfullo, con los dientes apretados.

Joey maldice por lo bajo.

—Vámonos de aquí, hermanito. Si es él, ya sabes cómo va a terminar esto.

Sí, lo sé demasiado bien.

Tanteo la conexión invisible que une a cada hada madrina con su respectiva asignación en busca de cualquier señal que pueda llegarme de Ali, pero no logro discernir entre sus emociones y las mías. No le he contado a Joey que es algo que lleva pasándome semanas; es otra de las razones por la que a estas alturas ya debería haber renunciado a completar esta misión. Mis sentimientos por ella no cesan de interferir y, dado que ha quedado claro que estoy jodidamente enamorado de ella, no hay manera de que sepa lo que de verdad siente Ali.

Joey apura su propia bebida y esta se rellena de forma automática. Imito su truco, pero coloca la mano sobre el vaso para evitar que me lo lleve a los labios.

Me estudia durante unos segundos, como el camarero que se plantea si debería mandar a casa a ese cliente que ya ha tomado copas suficientes. En su defensa diré que tolera mejor el alcohol que yo. En realidad, sus paranoias cuando está borracho suelen ser cuentos no aptos para adultos, ya me entendéis. Nada de conejos blancos ni reinas rojas.

—Estás enamorado de ella, ¿no es así? —inquire, sin retirar la mano.

Hay verdadera curiosidad en su pregunta además de cierta perplejidad, como si no lograra entenderlo. Tampoco yo lo entiendo demasiado. No creo que sea algo que haya sucedido nunca antes. Sin embargo, solo hay una respuesta que puedo darle:

—Sí.

Retira el brazo y lo deja caer contra su pierna, y yo bebo mientras contemplo la forma en que Robert sostiene a Ali pegada a su costado. En este mismo instante podría estar forjándose entre ellos esa conexión mágica llamada amor. Probablemente, si Ali no estuviera al tanto de la existencia de las hadas madrinas, ni siquiera se daría cuenta de lo que está pasando hasta que semanas o meses más tarde descubriera que se ha enamorado de él.

El pensamiento me hace apartar la vista. No obstante, mis ojos los buscan de nuevo al momento. Lo único que consigue distraerme de la pareja que cuchichea entre sí e intercambia sonrisas son las dos presencias que detecto de repente a mi lado.

—Justice. Celeste —los saludo, alternando la vista entre ellos.

Mi mirada vuela luego hasta Joey, que niega con la cabeza de forma leve, indicándome que él no ha tenido nada que ver, a pesar de haber amenazado con poner al corriente de lo que estaba sucediendo a nuestro jefe: Celeste.

—Jay —responde ella, y no tarda en ir directa al grano—, ¿hay algún motivo por el que tu hermano y tú estéis bebiendo a casi doscientos pies de altura?

—Es culpa mía —asume Joey, sin darme margen a contestar—. Pensé que necesitaba relajarse un poco y desde aquí se ven las cosas con otra perspectiva.

Celeste continúa centrada en mí y Joey aprovecha que no le presta atención para enseñarle el dedo corazón a mi otro hermano. Supongo que él es el responsable de la visita sorpresa del jefe.

—No he acabado mi labor —señalo, aterrado por la idea de que esté aquí

para relevarme del cargo.

Su mirada se dirige ahora al otro lado de la calle y, aunque me esfuerzo para no mirar a Ali, algo tira de mí en su dirección. A punto estoy de resbalar desde lo alto de la cornisa cuando contemplo a Robert a punto de besar a Ali.

—Necesito más tiempo —me apresuro a añadir.

El pulso comienza a latirme en las sienes y se me seca la boca. Ese tío va a posar sus labios sobre los de ella, la besará porque es imposible no desear hacerlo, porque Ali brilla como una jodida estrella, porque es tan increíble y tan especial que hasta yo —su hada madrina— he terminado cayendo rendido a sus pies.

—Esa es Alice Queen —comenta Celeste, confirmándome que sabe perfectamente lo que me ha traído hasta aquí arriba.

Ladea la cabeza mientras la observa y me pregunto si sus poderes alcanzarán a ver lo que está pasando en su interior. Lo que yo no veo.

—Ella está lista —sentencia, y mi maldito mundo se viene abajo con solo tres palabras.

—Necesito más tiempo —repito, ahora más como una súplica que como una sencilla petición.

Mis hermanos han enmudecido.

Celeste alza la mano y me acaricia la mejilla en un gesto cargado de ternura, la misma que emplearía una madre con su hijo.

—Ella está lista —insiste, a su vez—. Tienes hasta medianoche.

—No, no, no...

Pero ella ya se ha desvanecido.

Caigo de rodillas en la estrecha franja de hormigón mientras niego una y otra vez, horrorizado, furioso y lo suficientemente desesperado para arremeter contra mi propio hermano.

—Tenías que irle con el cuento a mamá —escupo, aunque hace mucho que no la llamamos así.

Mi madre siempre ha sido Celeste Forevermore, hada suprema de Nunca Jamás, a la que todas las hadas madrinas siempre se refieren como «el Jefe».

Mi acusación suena infantil y casi ridícula. Sin embargo, así es como me siento, tan asustado como un niño. Con Ali he descubierto lo que significa querer a alguien, reír sin motivo, admirar el cielo solo por el placer de hacerlo;

con ella he deseado hacer las cosas por mí mismo, solo para demostrar que soy algo más que lo que la magia hace por mí; con ella he comprendido, por fin, la importancia real de nuestro trabajo.

Y ahora... ahora he entendido también lo que es el miedo.

—Jay, yo no quería... —comienza a decir Justice, pero Joey le interrumpe.

—Tienes apenas tres horas —me dice—, ve a por ella y aprovéchalas.

Y al segundo siguiente, en vez de encontrarme arrodillado en una cornisa, estoy de pie en la puerta de la terraza en la que se encuentran Robert y Ali, la mujer de mi vida.

Joey debe haberme seguido, porque su magia se filtra hacia mí desde algún lugar a mi espalda. Dado que ha sido el que me ha alentado, no creo que venga a detenerme.

—Me marcharé cuando den las doce —le aseguro, sabedor de que cumpliré la promesa.

Ali puede que sea el amor de mi vida, pero yo no soy el suyo, y es por eso por lo que jamás arriesgaría su felicidad en favor de la mía. La quiero. La quiero feliz, sea como sea, aunque eso implique mi propia infelicidad.

Avanzo hasta donde se encuentra. No sé lo que ha pasado entre ellos mientras los he perdido de vista. Robert no se encuentra ahora tan cerca de ella, pero, de igual modo, me tortura la idea de que sea su sabor el que le cubra la lengua en vez del mío. Siento la quemazón de los celos ardiendo en mi pecho, extendiéndose por mis venas y arrasando todo a su paso. Sin embargo, soy consciente de lo estúpido que resulta creer que puedo perder algo que no he tenido nunca.

Daría lo que fuera por pertenecer a Ali y, con esa idea, termino de situarme a su lado y la tomo de la mano para llevarla conmigo a casa.

## 38

Unos dedos se deslizan en torno a los míos y, para cuando me doy cuenta de que no es Robert el que me ha cogido de la mano, estoy en el salón de mi apartamento y Jay me está abrazando como si pensara que soy yo la que tengo poder para desvanecerme en el aire y que haré uso de dicha habilidad en cualquier momento.

—¡Estás loco! ¡Estaba con Robert! —le grito, empujándole para que me suelte.

Él, sin embargo, se aferra a mí con más fuerza. Está claro que ha perdido el juicio.

—¡Nos ha visto! —prosigo, asustada por las consecuencias que esto podría tener para él—. ¡Todos en esa fiesta pueden habernos visto! Son los abogados más respetados de Manhattan, por el amor de Dios, no unos locos de los que se reirán cuando cuenten que dos personas han desaparecido sin más.

Jay frustra mis intentos de interponer distancia entre nosotros mientras mi airado discurso va a más.

—¡Robert sabe dónde vivo! La policía podría estar de camino. ¡O los jodidos hombres de negro!

Se separa lo justo para poder mirarme a los ojos y, aunque esboza una sonrisa divertida, en ellos solo encuentro tristeza y desesperación.

Seguramente es un momento pésimo para alegrarme por que mi deseo de estar de regreso en casa y en brazos de Jay se haya hecho realidad, pero no puedo evitar pensar en que no pierdo nada por desear con todas mis fuerzas que se quede conmigo. Para siempre.

—Joey lo arreglará.

—¿Joey? Santo Dios...

No sé si alegrarme o echarme a llorar. No creo que sus métodos sean demasiado ortodoxos.

Jay sigue manteniéndome cerca de él y no aparta la mirada de mí. No puedo creer que se haya arriesgado de esta forma, a no ser...

—Lo siento —me dice, y el amago de sonrisa desaparece de su rostro—. Tenemos poco tiempo, Ali. Sé que te prometí no emplear la magia para alterar

los recuerdos...

Doy un paso atrás, atónita y también furiosa, y esta vez sí que me lo permite.

—No voy a dejar que me borres la memoria.

Pero Jay se apresura a negar.

—Soy demasiado egoísta para hacerlo. No puedo... No quiero que me olvides, Alice Queen —señala, con la voz quebrada por la emoción—. Joey alterará los recuerdos de Robert para que piense que te has ido a casa porque te encontrabas mal o cualquier cosa por el estilo.

Un terrible presentimiento se va abriendo paso en mi mente, aunque quiero creer que la irrupción de Jay en mi cita se debe a que ha cambiado de idea con respecto a Robert y a mí.

—No se trata de eso. Yo... —inspira con dificultad, le cuesta respirar o tal vez encontrar las palabras—. Estás lista y yo... tengo que irme.

Antes de darme cuenta mi cabeza ha empezado a agitarse de un lado a otro, negando. Jay toma mi rostro entre las manos para detenerme, sus ojos fijos en los míos y una tormenta de oscuridad desatada en ellos.

—Está hecho, Ali. Está hecho.

Las palabras se amontonan en mi garganta sin encontrar la forma de salir.

—No. De ninguna manera —atino a decir—. No, Jay —repito, en un intento de ganar la firmeza que le falta a mi voz—. No es Robert. No lo es.

Su mirada recorre las líneas de mi cara, anhelante, y sus pulgares acarician con suavidad mis pómulos.

—El jefe lo ha confirmado.

—Se equivoca —escupo, luchando con el dolor agudo que perfora mi pecho—. No es él. No puede serlo porque yo quiero a otra persona. Estoy enamorada de ti, Jay —confieso, esta vez sí, sin titubeo alguno, porque nunca he estado más segura de algo en toda mi vida.

Las manos de Jay caen, aunque su calor perdura en mis mejillas, y sus labios se entreabren para dejar escapar un quejido, no sé si de sorpresa o de dolor. Es difícil de adivinar.

Durante los segundos siguientes ninguno de los dos dice nada, incluso fuera, la ciudad entera parece enmudecer bajo el peso de mis palabras.

—Ali...

Por la dulzura con la que pronuncia mi nombre se diría que conocer mis sentimientos lo ha cambiado todo. Sin embargo, el leve gesto de negación con el que lo acompaña destruye cualquier esperanza al respecto.

—Me marcharé a las doce. He de hacerlo —farfulla, y gira sobre sí mismo para darme la espalda.

Mi dolor se transforma en ira.

—Te quiero, Jay Forevermore —repito, y su cuerpo parece encogerse ante tal afirmación—. Duele que no... que tú no sientas lo mismo, pero no te excuses en el maldito destino para deshacerte de mí —le espeto a continuación—. El destino, tu jefe y tú podéis ir al infierno si creéis que mis sentimientos son... intercambiables, algo con lo que jugar a vuestro antojo. Irrumpiste en mi vida sin permiso y la llenaste de magia, pero no de la forma en la que piensas, sino de una mucho más sencilla.

—Ali, no...

—Y aunque te vayas, no voy a dejar de quererte o lanzarme en brazos de otro. Puedes decirle eso a tu jefe. ¡Te quiero a ti! —le grito, enfadada y herida.

Antes de darme cuenta, le tengo encima de mí. Sus manos me sostienen por la cintura y su boca se bebe el jadeo de sorpresa que exhalan mis labios. El beso es tan dulce como desesperado, ávido pero delicado. Es como él mismo, tierno pero apasionado, y duele como el mismísimo infierno.

Nuestras lenguas se enlazan y, durante un instante, parece que no fueran a separarse nunca. Pero todo termina con la misma rapidez con la que ha empezado. Al separarse de mí, Jay me deja aún más vacía, como si se hubiera llevado consigo lo poco que quedaba de «nosotros».

—Con el tiempo te darás cuenta de que esto no es real.

Mis carcajadas, cargadas de cinismo, resuenan con fuerza entre las cuatro paredes del salón.

—Esto es lo más real que he sentido nunca, Jay.

Cierra los ojos, como si le doliera el mero hecho de mirarme.

—Quiero que seas feliz —me dice, con los párpados apretados—. No voy a arrebatarte eso. ¡Joder, Ali! Es... Yo te...

Abre los ojos y avanza hasta quedar a escasos centímetros de mí. Parece a punto de decir algo más, pero los segundos siguientes se dilatan más y más. Al final queda claro que no piensa añadir nada.

—Vas a irte —señalo, comprendiendo que ya ha tomado la decisión.

—Te prometo que serás feliz, eso es lo único que me importa. —Su mirada recorre la estancia, van de un lado a otro hasta que regresan a mí—. Solo quiero pedirte una última cosa.

No le respondo, el apretado nudo que contrae mi garganta no me lo permite y todo mi esfuerzo se centra en contener las lágrimas. Por mi corazón ya no puedo hacer nada, Jay acaba de destrozarlo. A pesar de que mis relaciones amorosas siempre han sufrido el mismo destino, en esta ocasión resulta muy diferente. El dolor de mi pecho y la sensación de estar perdiéndole solo vienen a confirmar que, para mí, Jay es mi alma gemela. No me importa lo que nadie diga al respecto.

—Un último baile, Alice Queen, por favor —susurra, y su tono suplicante resultaría conmovedor si no fuera porque me está diciendo adiós.

No me sorprende descubrirme asintiendo. A pesar de todo, le daría cualquier cosa que me pidiera.

Su mano se desliza en la mía y su tacto parece devolver mi cuerpo a la vida. Resulta extraño lo que la persona adecuada puede provocar en nosotros, la cantidad de emociones que puede despertar de la más simple de las maneras, incluso cuando esa persona no nos corresponde o cuando nos ha destrozado el corazón.

Aun a sabiendas de que Jay se va a llevar una parte de mí que no volveré a recuperar jamás, comprendo que no me arrepiento de nada. Que a veces hay que exponerse; que el rechazo, las decepciones o el fracaso son solo la prueba de que lo hemos intentado, de que estamos vivos.

—Permíteme —murmura muy cerca de mi oído, y su brazo rodea mi cintura.

Permanecemos un minuto enfrentados, observándonos con detenimiento, hasta que Jay cierra los ojos una vez más y lo que nos rodea comienza a desvanecerse. Nos hundimos juntos en la oscuridad, que nos envuelve muy lentamente. Si bien, no siento temor. Jay me estrecha contra su pecho y, a pesar de que sepa que esto no es más que el punto y final de nuestra historia, me siento reconfortada por su presencia, como si todo estuviera encajando por fin.

Tardo un poco en apartar la vista del rostro de Jay y no es hasta entonces que me percató de que no tengo ni idea de dónde estamos. Una gran rotonda de

piebra se alza sobre nuestras cabezas sostenida por grandes columnas y, tras estas, se adivina lo que debe ser un pequeño lago. El agua brilla, repleta de cientos de farolillos flotantes, dándole un aspecto irreal, casi como si fuera un lago encantado. Bajo la barbilla y me doy cuenta de que mi ropa no es la misma que llevaba hace un momento. Mi vestido es ahora blanco, de una tela suave y muy fina que me cubre las piernas hasta la mitad de los muslos. El escote palabra de honor deja a la vista mis hombros. En mis pies, como no podía ser de otra manera, llevo los zapatos que Jay dejó sobre mi cama y que no había querido usar para mi cita con Robert.

Jay, frente a mí, luce increíble con un esmoquin. Ha prescindido de la pajarita, pero aun así podría hacer sombra a cualquier príncipe de cuento. Cuando alzo la vista y mis ojos tropiezan con los suyos, las comisuras de sus labios tiemblan y sé que está a punto de sonreír; sonreír de verdad.

—Alice Queen, ¿me harías el honor de concederme este baile? —Conforme formula la pregunta, la música comienza a sonar y nos envuelve.

Tomo la mano que me tiende y no me extraña descubrir que estoy temblando. Posa su otra mano en mi cintura y yo me agarro a su hombro.

Nunca se me ha dado especialmente bien bailar, pero con Jay es sencillo dejarse llevar y enseguida me encuentro moviéndome en círculos, girando junto a él al ritmo de la melodía que flota en el aire cálido de la noche; como si fuera algo que hemos hecho siempre.

—Dime una cosa...

—*Everything I do, I do it for you* —repone, antes de que continúe—. La canción —se apresura a aclarar— se titula así.

A la música se une la voz del cantante y olvido por completo qué era lo que iba a decir. Mi atención se divide entre Jay y una letra de sobra conocida, y, mientras el cantante habla sobre arriesgarse y morir intentándolo, yo me pierdo en sus ojos grises y me pregunto si hay algo que pueda hacer para que no se marche, cualquier cosa.

Jay no aparta la mirada de mí. Sus ojos me queman sobre la piel y esa extraña energía que desprendemos cuando estamos juntos actúa como un imán que hace que nuestros cuerpos cubran, centímetro a centímetro, la escasa distancia entre ellos. Antes de que termine la canción, sus brazos rodean mi espalda y los míos, su cuello, mientras nuestras bocas juegan a rozarse sin llegar

a hacerlo del todo.

Bailamos sintiéndonos el uno al otro, como si estuviéramos solos en el mundo. Si alguna vez he deseado formar parte de un cuento de hadas, estoy segura de que este es el mío. Aunque no termine con el consabido «fueron felices y comieron perdices».

De igual forma, lo intento una vez más.

—Quédate conmigo —le pido, al inicio de la siguiente canción, You and me. La conozco, es de Lifehouse y es preciosa.

Sus labios se curvan y las líneas de su rostro se suavizan. Me hace girar sobre mí misma y la tela de mi falda vuela a mi alrededor, una, dos y hasta tres veces, para luego recibirme en la cárcel que forman sus brazos y de la que no quiero escapar.

—Yo no soy el protagonista de esta historia, Ali, solo un secundario que se ha excedido en su representación.

Sus iris reflejan la luz anaranjada de los farolillos del lago. Nuestros pasos no se detienen en ningún momento, llevados por el ritmo de canciones que se van sucediendo mientras yo busco palabras para expresar lo que siento por él y lo que provoca en mí la idea de perderle. Lo peor es que no creo que pueda hacérselo entender por mucho que lo intente.

## 39

—No pienso arrebatarte la felicidad —me dice, después de no sé cuánto tiempo.

Me lleva hasta el borde del lago, donde permanece observando las ondas que las luces flotantes forman en al agua.

A su lado, exhalo un suspiro y apoyo la mejilla sobre su hombro.

—Soy feliz, Jay. Ahora, en este mismo instante. Contigo.

—Tú no lo entiendes...

—No, el que no lo entiendes eres tú —le interrumpo, consciente de que continúa aferrándose a la idea de que mi alma gemela anda por ahí a la espera de que la encuentre.

Tal vez sea así. La cuestión es que no me importa en absoluto.

Hunde las manos en los bolsillos del pantalón y me sorprende lo frágil que parece, lo lejos que está de la imagen de aquel hombre seguro de sí mismo que me abordó sin pensárselo dos veces cuando nos conocimos.

Me coloco delante de él, porque no soporto que no me mire o, más bien, que no me vea. Sin embargo, antes de que pueda insistir o mencionar todas las razones por las que sé que se está equivocando, es él el que toma la palabra:

—No quiero malgastar el poco tiempo que nos queda discutiendo contigo, Ali. Por favor, casi es medianoche.

Siento ganas de reírme. ¿Se sentiría Cenicienta así cuando tuvo que abandonar el baile de forma apresurada? No obstante, cedo a su petición, pero no sin hacer otro intento.

Ladeo la cabeza. Me lleno los ojos de él y su sabor acude de inmediato a mi boca.

—Si nací destinada a alguien, ese alguien eres tú, Jay Forevermore. Solo tú.

No le doy opción a replicar. Me pongo de puntillas y le beso y, como si esa fuera la señal que hubiera estado esperando, Jay responde alzándose hasta que mis pies se despegan del suelo. Gira conmigo en brazos y ambos nos sumergimos en la boca del otro. Nuestras lenguas se acarician con suavidad primero, para luego desatarse en un frenesí embriagador. Vuelco en mis labios cada uno de los sentimientos que albergo hacia Jay, sabedora de que no habrá

tiempo para más, de que es ahora o nunca, aunque también sé que mañana dolerá haberle entregado todo de mí. Pero el miedo no parece tener cabida en este momento.

Aun así, resulta insuficiente. Mis manos se aferran por sí solas a su nuca y mis dedos se hunden en su pelo. Es entonces cuando Jay me deposita en el suelo y son sus manos las que se mueven por mi espalda, en busca de la piel descubierta de mis hombros. No tengo que pensarlo para dar un tirón a mi falda y prácticamente arrancarme el vestido, ofreciéndole cada centímetro de mí. Ni siquiera valoro la posibilidad de que estemos en un sitio público o que pueda haber gente cerca; la necesidad de sentirlo es más fuerte que cualquier pensamiento racional.

Cuando la prenda cae, amontonándose a mis pies, se me escapa una sonrisa al recordar la primera noche que Jay estuvo en mi apartamento. Sin embargo, en esta ocasión, la magia no tiene nada que ver. Solo somos él y yo.

—No deberíamos —farfulla él, aunque ambos sabemos que no puede ser de otra manera.

Resulta irónico que todo acabe como empezó, aunque ahora encontrarme casi desnuda frente a él me haga sentir fuerte y no expuesta, valiente en vez de vulnerable.

Se separa lo justo para deshacerse de la chaqueta, que pasa a acompañar a mi ropa. Aunque muy pronto desaparecen, sustituidos por una mullida manta que cubre el suelo bajo nuestros pies y sobre la que ambos nos arrodillamos sin mediar palabra.

—Alice Queen, eres la única mujer al lado de la que pasaría mi vida si pudiera. Toda mi vida.

Mi corazón se salta un latido al escucharle. Ambos sabemos que, en su caso, eso significa mucho mucho tiempo.

—Ojalá fuera yo el que pudiera hacerte feliz —añade, y su voz rebosa una tristeza inconsolable.

Los ojos me escuecen. Ni siquiera hago un esfuerzo por reprimir las lágrimas, porque mantener mis emociones dentro de mí se me antoja imposible con Jay; tanto lo bueno como lo malo. Y él debe pensar lo mismo. No me dice que no lllore, tan solo se dedica a secar los surcos húmedos de mis mejillas con la yema de los dedos.

Se inclina sobre mí y nuestro beso anterior prosigue en el mismo punto en el que lo dejamos, como si nada hubiera sucedido desde entonces, como si no acabase de confesarme que él también me ama. Nuestras bocas se reencuentran, y nuestras manos... nuestra piel, y cada parte de nosotros se reconoce aunque estén destinadas a olvidarse.

Nos desnudamos por completo con la premura que da el saber que no habrá un después y, sin embargo, cuando nos tumbamos y Jay se sitúa entre mis piernas, hacemos el amor como si ese instante fuera a durar para siempre. Tal vez así sea. Tal vez nuestro cuento se vuelva infinito en este instante, aunque solo sea en nuestra memoria.

—Ali, mi preciosa Ali —susurra en mi oído con devoción, consiguiendo que la piel se me erice—. Te amo.

Busco su mirada, repleta de ese brillo mágico que creía perdido, pero cuando voy a contestar él me detiene colocando un dedo sobre mis labios. Agita la cabeza, en una negativa que resulta extremadamente dolorosa.

—Si solo fuera un cuento de hadas... Nuestro cuento de hadas... Yo sería el príncipe que encuentra un zapato perdido, el leñador que salva a la niña del lobo feroz, el hombre con piel de bestia pero con el corazón repleto de nobleza, el que trepa hasta la más alta de las torres, el que te besa para arrancarte de las garras de un sueño interminable... —agrega, tan perdido como yo—. Por siempre jamás.

Esconde la cara en el hueco de mi cuello mientras continúa moviéndose sobre mí, bailando como hace unos minutos, solo que unidos más allá del simple hecho de estar acostándonos juntos. La música sigue sonando, flotando en torno a nosotros, y los farolillos van apagándose uno a uno al tiempo que miles de estrellas se iluminan en el cielo, hasta que solo quedamos nosotros bajo el firmamento, nuestra piel y nuestro aliento entrecortado. Incluso las columnas de piedra son tragadas por las sombras y la letra de la canción que nos envuelve se lleva los restos de mi cordura:

*Heartbeat's slowing, pains are growing.*

*Does she love you?*

*That's worth knowing.<sup>1</sup>*

Y duele, y a la vez es maravilloso. Y al final comprendo que nada podrá cambiar el hecho de que enamorarse de una persona siempre conlleva un acto de

fe y que Jay cree que dicho acto pasa por hacerme feliz a toda costa, aunque eso implique que lo sea con otro y, también, su propia desdicha. Que da igual lo que yo le diga porque nada podrá hacerle cambiar de opinión, y resulta a la vez frustrante y tranquilizador saber que me quiere de la misma forma en que yo le quiero a él. Que no le pediría nunca que renunciara a lo que es y a su larga existencia y, por eso, él tampoco es capaz de pedirme que sustituya al amor de mi vida por él.

Lo que Jay no sabe es que, para mí, nunca podrá haber otro más que él. Que es el único amor de mi vida, diga lo que diga el caprichoso destino.

No sé cuánto tiempo permanecemos entregados el uno al otro, perdidos en su piel, besando cada rincón. Jay, con las manos apoyadas a los lados de mi cabeza y los músculos del torso tensos por el esfuerzo, se mantiene sobre mí y se hunde sin pausa en mi interior, y con cada una de sus profundas embestidas mi cuerpo se estremece.

De forma alternativa, ruego para que pare y a la vez para que no se detenga, y, cuando se inclina para capturar mis labios entre los suyos, me pierdo una vez más en su delicioso sabor y en ese aroma que me vuelve loca.

El lago, la piedra, el suelo en el que se extiende la manta que acuna nuestros cuerpos reaparece con la misma lentitud con la que me veo empujada a un orgasmo que, cuando por fin llega, parece interminable y que también lo sacude a él. Ni siquiera hace falta que Jay me diga qué hora es ni si ha llegado el momento en el que corre lejos de mí antes de que pueda decir nada más.

Ninguno de los dos dice adiós, todo lo que hacemos es observarnos hasta el último segundo, y nuestros ojos se lanzan promesas que no está en nuestra mano poder cumplir, pero lo hacen igualmente.

Luego ya no está. Desaparece en un instante, envuelto en la misma magia que hizo posible traerlo hasta mí, y yo me quedo aquí, desnuda, sola y rota.

Durante lo que me parecen horas, a pesar de que no hay rastro de luz en el horizonte, no me muevo salvo para arrebujarme en la manta, presa de un frío que no había sentido antes. A mi alrededor todo ha perdido el brillo y la belleza abrumadora tras la marcha de Jay. Ni siquiera me preocupa no saber cómo voy a regresar a casa. Todo en lo que puedo pensar es en que mi apartamento nunca me había parecido un lugar al que ansiara volver, nunca hasta que él se instaló allí y lo convirtió en un verdadero hogar. Y sé que ahora ese lugar está donde quiera

que se encuentre él.

—Maldita sea, Alice. —Durante un precioso segundo deseo con todas mis fuerzas que esa voz sea la de Jay, pero no lo es.

Joey se arrodilla a mi lado y yo alzo la barbilla para mirarle, y me sorprende la compasión que descubro en su expresión, más allá de la furia que emana su presencia.

Tira de la manta para cubrirme por completo y me alza en brazos, acunándome con una ternura y delicadeza desconocida en él. Tal vez los dos hermanos Forevermore tengan más en común de lo que creen.

Me abandono y cierro los ojos, fingiendo que es Jay quien me sostiene y alargando así la fecha de caducidad de nuestro particular cuento de hadas. Aunque resulte humillante y mi cuerpo sea consciente de que no se trata de él, no me siento con fuerzas para resistirme.

No presto atención alguna hasta que percibo que me deposita sobre una superficie blanda. El aroma de Jay se cuele por mi nariz, pero al abrir los ojos descubro que solo es porque estamos de vuelta en mi dormitorio y mi cama está impregnada de su esencia. Joey se mantiene inmóvil a un lado de esta y, por el nerviosismo con el que se muerde el labio inferior, no debe tener ni idea de lo que debería hacer o decir.

—Gracias por traerme —repongo, solo para evitar que continúe buscando unas palabras que no existen.

—Está jodidamente enamorado de ti.

—Lo sé.

Quizás por eso todo resulta aún más doloroso.

---

1 Perteneiente a *The last song ever*, de Secondhand Serenade.

## 40

Gracias a Joey, al día siguiente no tengo que ir a trabajar. La desaparición que protagonizamos Jay y yo en la fiesta desató un caos momentáneo del que él se ocupó con rapidez y eficacia. Mi repentina «indisposición» cuando Robert y yo nos encontrábamos en la terraza, me asegura la excusa perfecta para quedarme en la cama gran parte de la mañana. Sin embargo, una vez que me despierto, las paredes del apartamento parecen a punto de derrumbarse sobre mí.

Paso al menos diez minutos contemplando con fijeza la barra de la cocina, como si en cualquier momento fuese a aparecer un cuenco de fruta y un café humeante. Como por arte de magia... Solo que la magia ha salido de mi vida para siempre y, con ella, Jay Forevermore: mi hada madrina.

Cuanto más observo lo que me rodea, más me doy cuenta de que no puedo permanecer aquí dentro. El refugio que suponía mi casa desde el momento en que me mudé ya no es tal. Cada objeto, cada rincón me recuerda a él, desde el sofá que de forma inevitable me hace pensar en el Ritz hasta la colección de películas antiguas, muchas de las cuales hemos visto juntos.

Regreso al dormitorio con la idea de cambiarme de ropa y salir a dar una vuelta, no importa a dónde, pero me descubro con el ceño fruncido y los ojos puestos en mi escritorio. Me lleva un par de minutos caer en la cuenta de qué es lo que falta en él: el libro. Rebusco en los cajones, aunque recuerdo haberlo dejado a plena vista y, cuando tampoco doy con él, emprendo una búsqueda inútil habitación por habitación.

Si lo que dijo Jay acerca de ese libro es verdad, podría ser mi oportunidad para hablar con su jefe. Me he resignado en muchos otros aspectos de mi vida, pero no estoy dispuesta a hacerlo con Jay. Ni siquiera he asimilado la idea de que no vaya a verle nunca más, me da la sensación de que en cualquier momento aparecerá sin más, con las comisuras de sus labios temblando y la promesa de no marcharse de nuevo brillando en esos ojos de un gris imposible. Sin embargo, no hay rastro del libro y no puedo evitar pensar que eso lo hace todo más definitivo.

Ausente y más aterrada de lo que quiero admitir, termino de vestirme y salgo a la calle. De forma inconsciente, acabo encontrándome a las puertas de Central Park, como si el lugar me hubiese llamado de manera silenciosa. Recorro

el mismo camino que seguimos Jay y yo cuando estuvimos aquí y tomo asiento en el mismo banco. Mi cuerpo parece encontrar cierta calma, no así mi mente, que sigue anclada en la noche anterior y en la partida de Jay.

«Tiene que haber alguna forma», me digo, mientras contemplo la superficie del lago Reservoir, pero horas después sigo sin encontrarla.

Mi teléfono suena a pesar de que no sabía que lo llevara encima. Apenas si he atinado a coger el bolso antes de salir, más por costumbre que por otra cosa. La pantalla me informa de que se trata de Lara. Me debato entre responder o no durante tanto tiempo que se corta, pero Lara no es de las que se rinden y vuelve a sonar de inmediato.

—Jay se ha ido —le espeto apenas descuelgo, sin preocuparme de que no podré decirle los motivos reales por los que se ha marchado.

Suspira al otro lado de la línea.

—Lo sé. Joey me lo dijo.

—¿Ya te hablas con él? —inquiero, tratando de resultar graciosa, aunque solo es un intento de contener nuevas lágrimas.

—No, pero ha venido esta mañana a advertirme de que... podrías necesitarme.

Me yergo sobre el asiento y aprieto el móvil contra la oreja.

—¿Esta mañana? ¿Quieres decir que él no se ha ido? ¿Sigue en Manhattan?

—Espera un momento. —Oigo ruidos, pero no tengo ni idea de qué es lo que está haciendo—. ¿Sabes esa terraza tan coqueta de enfrente de mi casa? ¿La que sirve los capuchinos que te encantan? Pues está sentado en ella.

Joey ya ha cumplido con su misión, suponiendo que «encargarse de Derek» signifique que ha hecho que encuentre a su alma gemela. Entonces, ¿por qué no ha regresado a Nunca Jamás o a donde sea que vayan las hadas madrinas?

—Baja ahora mismo y entreténlo —le pido, y echo a andar hacia Central Park West, la avenida más cercana a la zona en la que me encuentro—. Voy para allá.

—En realidad, pensaba ir a verte...

Comienza a sonar el tono en espera y, tras un rápido vistazo, descubro que es mi madre.

—Enseguida estoy ahí, Lara, pero por favor no dejes que se vaya —suplico, antes de colgar y pasar a la otra llamada.

—Alice, ¿no estás en casa?

Ha pasado la hora de comer, pero, aun así, debería estar en el bufete. Aunque sin duda lo raro no es la pregunta en sí, sino que mi madre me esté llamando. Al igual que con las visitas, las llamadas también suelen ser cosa mía.

—Es martes, mamá —señalo, dando a entender que estoy trabajando.

Por muy mayor que sea, sigue sin gustarme mentirle.

—He venido a verte.

Se hace el silencio durante unos segundos e incluso me detengo, sorprendida.

—¿Ha pasado algo? ¿Papá está bien?

—¿Tú estás bien? —replica, y su preocupación es palpable.

—¿Por qué no habría de estarlo?

Oigo el perfecto chasquido de su lengua y me imagino su expresión tan nítidamente como si la tuviera delante. Siempre ha odiado que contesten a sus preguntas con más preguntas.

—No tengo tiempo ahora, mamá —le digo, y echo a andar de nuevo—. Si puedes esperar, me pasaré esta semana a veros.

—Recibimos una visita el otro día. Tu amigo Jay. Estuvimos hablando...

—¿Jay? —la interrumpo, y casi echo a correr hacia la calle.

La sensación de urgencia, de que tengo que encontrar a Joey cuanto antes, es cada vez mayor. Tal vez él me ayude.

—Hablamos de muchas cosas y yo... —titubea, y eso sí que resulta sorprendente viniendo de ella—. Creo que deberíamos vernos más a menudo. Yo... Yo... Lo siento, Ali.

Se me escapa un jadeo y me quedo clavada en el sitio, aunque, desde donde estoy, veo el borde del parque y el asfalto tras él. Es la primera vez en toda mi vida que me llama así. Quizás por eso siempre me ha gustado que se dirijan a mí de esa forma, ha sido mi pequeño acto de rebeldía contra mi madre. Absurdo, pero igualmente importante para mí.

—¿Qué sientes? —tercio yo, tan cautelosa como asombrada.

—Es mejor que lo hablemos en persona.

—¿Qué tiene esto que ver con Jay?

Hace una pausa antes de contestar y, cuando vuelve a hablar, entiendo por qué. A mi madre nunca le ha gustado que le digan lo que tiene que hacer y

mucho menos que le señalen sus defectos.

—Me hizo darme cuenta de algunas cosas —admite—. Se preocupa por ti. Una lágrima solitaria corre por mi mejilla a pesar de que estoy sonriendo.

—Lo sé. Mira, será mejor que lo hablemos en otro momento, mamá —le digo al avistar un taxi libre que se acerca calle abajo—. Tengo algo urgente que hacer.

Hace un ruidito de aprobación, algo muy propio de ella cuando no quiere darte la razón pero es consciente de que la tienes.

—Pero tú, ¿estás bien?

Niego con la cabeza, aunque no pueda verme. Detengo al taxi y abro la puerta.

—Vuelve a preguntármelo cuando nos veamos —le digo—, tal vez entonces sepa qué responderte.

Para cuando llego, Lara y Joey están sentados juntos en la terraza; juntos, juntos...

—Cuando te dije que lo entretuvieras no me refería a esto.

Mi amiga saca la lengua de la garganta de Joey y levanta la mirada. Es Lara, así que no hay sonrojos o muestras de estar avergonzada. Teniendo en cuenta lo mal que ha terminado mi historia con Jay, no puedo evitar preocuparme por ella.

«Aún no ha terminado, Ali. Ni lo pienses».

Se encoge de hombros, mientras que Joey se muestra mucho más contenido de lo normal y no hace ni un solo comentario hiriente. Me siento en una de las sillas y le hago un gesto al camarero para evitar que se acerque.

—¿Por qué sigues aquí, Joey? —lo interrogo, sin siquiera pararme a saludarle. Cada vez me parezco más a mi madre.

El pensamiento me provoca un escalofrío.

Joey pasa los brazos en torno a la cintura de Lara, que descansa sobre su regazo, y esboza un amago de sonrisa.

—Creo que es obvio —responde, pero yo niego.

—Cumpliste con tu asignación, pero no te has marchado. ¿Por qué Jay sí? Podría haberse quedado... —Mi voz va perdiendo firmeza—. No tenía por qué irse. Él...

Lara le da un codazo sin fuerza para que la suelte y se coloca en la silla

libre a mi lado, frente a él. Ambas lo observamos a la espera de una respuesta. Esa es Lara, siempre apoyándome. Deslizo la mano alrededor de la suya y le doy un apretón de agradecimiento.

—Hace mucho tiempo que no cumplo las normas y no voy a empezar ahora —comenta, finalmente—. Jay, en cambio... Su rectitud y diligencia es legendaria entre... nosotros. Desobedecer esa clase de orden supondría perderlo todo y dejar de ser quien es, yo mismo le recordé que así sería. Pero nada de eso le importa esta vez. Tenía que irse, Ali.

Pese a los rodeos que da para evitar descubrir ante Lara, está tratando por todos los medios de hacerme entenderlo.

—Pero ¿por qué? —insisto. Joey parece reacio a contestar—. Por favor.

—¿Le dijiste tú que se fuera? —interviene Lara, cabreada—. Deja de ser un capullo y dile lo que sepas.

Él apoya los codos sobre la mesa y se inclina en nuestra dirección.

—Sé que él mismo te lo dijo, no tengo otra respuesta para ti, Ali —murmura, casi con resignación—. Te quiere demasiado como para arriesgar tu felicidad en favor de la suya y, además, el jefe dio por concluido el trabajo contigo. No te asignarán a otro. Sea quien sea el tipejo al que estás destinada, está hecho.

La última frase la pronuncia con evidente desprecio, mientras que la expresión de mi mejor amiga no puede reflejar mejor la confusión que siente.

Agito la cabeza. Eso es imposible. La única cita que he tenido últimamente ha sido Robert y, desde luego, estoy completamente segura de que no voy a perder la cabeza por él. No me veo pasando toda la vida con un hombre al que no ame con locura. En realidad, no me veo con otro que no sea Jay; él lo ha cambiado todo.

—¡Y una mierda! —le espeto, furiosa—. Quiero hablar con tu jefe. No me voy a resignar, Joey, no voy a renunciar a tu hermano y no voy a dejar de amarlo solo porque tú y los tuyos creáis que así es como tiene que ser. Ayúdame, por favor.

—Yo no —replica, tal y como debería haber esperado de él, y a punto estoy de empezar a gritarle—. Yo no creo que tenga que ser así, Ali.

# 41

Si las palabras de Joey avivan mi esperanza, el paso de los días se encarga de ir socavándola poco a poco. El hermano de Jay me asegura que intentará traer consigo a su jefe, pero el tono con el que lo dice me hace pensar que no es algo que dependa de él y que no debo hacerme ilusiones al respecto. Mientras, yo me hundo en la rutina del trabajo, al que me aferro con más fuerza que nunca. Regresar al apartamento se me hace tan cuesta arriba que la mayoría de los días paso más horas en el bufete que en mi casa.

—Sigo sin entender por qué se ha ido —me dice Lara, en uno de nuestros viernes de chicas.

No solemos mencionar su nombre, pero siempre hay algún momento en el que terminamos hablando de él.

—Porque me quería —replico, murmurando, más para mí que para ella.

Ese es el único motivo por el que continúo en pie. Jay no pensaba que fuera malo para mí, pero la realidad es que no se creía lo suficientemente bueno.

—¿Estás bien?

Hago un rápido gesto de asentimiento y le brindo una sonrisa tranquilizadora a pesar de que echo tanto de menos a Jay que el dolor, en vez de mermar, no hace más que aumentar semana tras semana.

—¿Helado? —ofrezco, otro detalle que me recuerda a él, como casi todo.

Tomo impulso para levantarme del suelo, donde Lara y yo hemos desplegado todo un surtido de comida basura y bebidas alcohólicas. Empezamos tomando una cerveza para luego pasarnos directamente a la ginebra, lo cual no ha sido una buena idea. Me veo obligada a agarrarme al reposabrazos del sofá para mantener el equilibrio.

—Wow... —Aprieto los párpados unos segundos y, al abrirlos, Lara sigue con la mirada clavada en el lugar donde he estado sentada hasta ahora—. ¿Lara?

No hay respuesta. Su inmovilidad resulta antinatural.

—Lara, déjate de bromas —le exijo, aunque algo me dice que no se trata de nada que esté haciendo ella—. ¿Joey? ¿Jay?

Lanzo los nombres al aire con un deje esperanzado. Joey ha estado rondando a Lara, pero esta última semana no ha aparecido ni siquiera para

encontrarse con ella y no hemos sabido más de él.

Giro sobre mí misma, observando cada rincón del salón así como el pasillo que conduce a mi dormitorio.

—¡Joder! —exclamo, al volver la cabeza y encontrarme de repente con una tercera persona al lado de mi amiga.

La mujer, arrodillada a pocos metros de mí, contempla a mi amiga con una curiosidad infantil, a pesar de que debe rondar los treinta años. Una larga y ondulada melena rubia le cae por la espalda y sus rasgos, aun siendo delicados, desprenden un aura de poder distinguible incluso para mí que no soy como ella. Aunque no hubiera surgido de la nada sabría que se trata de un ser mágico.

—Alabo el gusto de Joey —comenta, casi cantando, y alza la mirada en mi dirección. Sus ojos son de un azul desvaído y no hay una sola gota de amabilidad en ellos—. Soy Celeste.

Al incorporarse, la tela de su vestido negro ciñe cada una de sus curvas. Por un momento he creído que podría tratarse de Jewel, la única hermana con la que cuentan los Forevermore. Hay algo en la forma de sus labios que me hace pensar en la sonrisa de Jay y también en esa curva desafiante tan típica de Joey.

—Y tú eres Alice Queen —prosigue. Se mueve hasta rodear el sofá y quedar frente a mí.

—Pensaba que no iban a enviarme a otro de vosotros —repongo, a la defensiva.

—Te equivocaste.

Niego.

—Es tu jefe el que se equivoca.

Sus cejas se arquean con elegancia.

—¿Mi jefe? —Suelta una carcajada tan antinatural como el estado de mi amiga—. No, señorita Queen, yo nunca me equivoco.

Mi cuerpo avanza un par de pasos por iniciativa propia, atraído por la revelación. ¿El jefe de Jay es una mujer? ¿Es posible que Joey haya conseguido por fin traerle hasta mí?

—Esta vez sí.

El ambiente de la estancia se va cargando segundo a segundo de tensión. Aunque su rostro sea el de un ángel, me da la sensación de que no hay demasiada bondad en ella, y mi actitud desafiante parece sacarla aún más de

quicio.

—Quiero a Jay de vuelta —exijo, con determinación—. Robert no es mi alma gemela. Jay sí.

La afirmación abandona mi boca sin miedo alguno y sí como una certeza ineludible.

—Jay Forevermore ha perdido su estatus de hada madrina.

—¿Le has despedido?! —replico, perdiendo momentáneamente la compostura.

—¿Mereció la pena? —inquire a su vez—. ¿Hacer que deje de ser quien es? Porque la verdad es que ha sido él el que ha renunciado a todos sus privilegios.

Agito la cabeza una y otra vez, horrorizada. Nunca fue eso lo que busqué.

—Yo solo quería...

—Tu cuento de hadas —termina por mí, aunque no era eso lo que iba a decir—. ¿Sabes? Todo el mundo mágico respeta a Jay por su rectitud, pero mi hijo siempre fue demasiado cabezota para aceptar las cosas tal y como le eran dadas.

—¿Su hijo? —Ahora soy yo la que rodea el sofá. Me dejo caer sobre él, abrumada por el rumbo que ha tomado la conversación—. ¿Jay es su hijo?

—Mi hijo y mi subordinado, o al menos lo era hasta hace una semana — replica Celeste, perdiendo parte de su arrogancia.

Le hago un gesto para que se siente a mi lado. A estas alturas debería no sé por qué conservar la capacidad para sorprenderme.

De repente, una idea consigue lo que no ha logrado nadie durante estos días: que estalle en carcajadas.

—¿Tiene usted algo que ver con la madrastra de Cenicienta? ¿Tal vez con la de Blancanieves?

No tengo muy claro que vaya a tomarse bien mi sentido del humor. Sin embargo, no parece que mis suposiciones le afecten demasiado.

—Veo que mi hijo te ha contado algunas de sus aventuras —me dice, mientras se acomoda junto a mí.

—Unas cuantas. También me dijo que estaba muy unido a su familia.

El comentario parece poner fin a la breve tregua y su expresión se torna severa de nuevo.

—Así es —admite— y tú has terminado con dicha unión.

—Yo no he hecho tal cosa.

No me dejes amedrentar por la dureza de sus palabras ni de su mirada.

—Alice, al margen de mi cargo, Jay es mi hijo. Tienes que comprender que no fue fácil para mí enviarlo en tu busca a sabiendas de lo que pasaría —explica, y comprendo de dónde le viene a Jay ese gesto serio y adusto que ha mostrado en más de una ocasión conmigo—. Él y tú estabais destinados desde el principio. Yo lo sabía y, aun así, te lo asigné como hada madrina.

Me lleva un momento procesar lo que acaba de decir y, cuando por fin lo hago, mis labios exhalan un jadeo.

—¿Me está diciendo que Jay es mi alma gemela? ¿Usted lo sabía?

—Sí.

—¡¿Y cómo es posible que no se lo dijera?! ¡No había ningún impedimento para que estuviéramos juntos y le dejé creer que lo que sentíamos estaba mal! ¡Que no era suficiente para mí!

La advertencia silenciosa de su expresión no le basta para acallar mis protestas.

—Sí que había impedimentos a vuestra unión. Muchos y muy variados.

—Tráigalo de vuelta —le ordeno, ignorando su afirmación, pero ella niega.

—No soy quién para hacer tal cosa y, además, no sé dónde está. Su magia se desvaneció en el mismo instante en el que renegó de su cargo —señala, con desagrado y algo más, tal vez con tristeza—. Él es el único que puede volver a ti si así lo desea.

Permanezco en silencio mientras reflexiono en busca de algo que decir, pero es la madre de Jay la que se encarga de mantener viva la conversación.

—Es la primera vez en la historia de las hadas que uno de los nuestros se ve implicado en el destino de un humano. No podía decirle que tú eras para él y él para ti, un hecho que contraviene todas nuestras leyes —explica, ahora sí, con el pesar propio de un madre—. Jay debía renunciar por sí mismo a su magia, algo que ya se había planteado, pero por otros motivos.

—Estaba cansado de este trabajo —señalo, recordando el hastío que mostraba los primeros días y algunas de nuestras charlas.

Con una leve inclinación de barbilla, Celeste me da la razón.

—La cuestión es que lo ha hecho, solo que no ha dado una explicación al

respecto.

—¿Quiere decir que no piensa que sea por lo nuestro?

De repente, la inseguridad se apodera de mí. ¿Por qué Jay no ha venido a verme?

—Si le hubiera dicho la verdad desde un principio, ¿crees que habría renunciado sin más a su magia por una extraña? ¿Que hubiera dejado su vida por ti?

Me demoro unos segundos en contestar.

—Con magia o sin ella, nadie tiene derecho a decirte a quién debes amar —  
concluyo, pensando tanto en Jay como en mí misma.

## 42

La madre de Jay termina marchándose alrededor de una hora después, aunque antes de «descongelar» a Lara le pregunto por qué ha venido a verme. No me contesta, no parece la clase de mujer que rinda cuentas a nadie. De igual forma, me da la sensación de que la situación resulta tan difícil para ella como para mí. Lo único que saco en claro es que Jay ha renunciado a ser un hada madrina, y todavía no estoy demasiado segura de todo lo que eso conlleva.

Durante el mes siguiente, hago todo lo posible por seguir con mi vida, incluso salgo una noche con Lara y también visito a mi madre, tal y como le había prometido. La relación con mi padre y con ella no ha cambiado de manera radical, si así fuera, sospecharía que la visita que les hizo Jay fue para algo más que para darle unos simples consejos. Pero al menos parecen menos fríos conmigo, lo cual resulta todo un avance.

No he sabido nada más de la familia Forevermore. Joey me evita y Lara no ha sido capaz de sacarle una palabra sobre Jay más allá de un «no sé dónde está». Mi mejor amiga no ha dejado de llamarme un solo día a pesar de que le he asegurado que todo está bien; todo lo bien que puedo estar sin Jay. La cuestión es que no quiero dejarme arrastrar por la melancolía, así que lucho para disfrutar de las cosas que me gustan y de mi trabajo. Supongo que es mi forma de honrar el deseo de Jay de que fuera feliz. Ni que decir tiene que entre Robert y yo no ha surgido ningún clase de relación amorosa. Tengo muy claro a quién pertenece mi corazón.

Con la llegada del verano a Manhattan y el final de las clases en la universidad, recibo de manos de Lara la invitación para su exposición. Lleva semanas trabajando sin descanso para este momento y, como es lógico, estaré a su lado esta noche.

—¿Por qué no te pones este?

Lara saca una percha del armario y me la muestra. Mis ojos tropiezan con el vestido blanco que Jay conjuró para mí el día de nuestra despedida.

—Es precioso, Ali —insiste, amagando un puchero—. Por favor, por favor, por favor...

—Ese vestido...

—Lo sé, y por eso deberías llevarlo, al menos habrá algo de él contigo.

Su razonamiento, aunque en apariencia absurdo, consigue que ceda. El recuerdo de esa noche es amargo pero a la vez dulce y, al sumergirme entre los pliegues de la tela, casi puedo sentir la sensación de las manos de Jay sobre mi piel desnuda. Sin pensarlo siquiera, rebusco hasta dar con los magníficos zapatos que vestí en esa ocasión y de los que tampoco he hecho uso desde entonces.

—Estás increíble. Tengo que irme ya para comprobar que todo está perfecto antes de que abran —comenta Lara, que solo ha pasado para asegurarse de que cumpliría mi promesa de asistir—. Deséame suerte.

La estrecho entre mis brazos con toda la fuerza de la que soy capaz, a riesgo de arrugar un increíble vestido verde esmeralda que Joey le ha hecho llegar. Cosas de hada madrina, supongo. No sé qué hay exactamente entre ellos, ni tan siquiera lo sabe Lara, aunque no parece preocuparle.

—¿Joey estará allí?

Se encoge de hombros.

—No tengo ni idea —señala, ya desde la puerta de mi dormitorio—. Aparece a su antojo, como por arte de magia.

Si supiera lo cerca que está de la verdad. En algún momento tendré el valor suficiente para contárselo todo, o tal vez debería dejar que sea Joey el que lo haga.

—Nos vemos luego —agrega, con una sonrisa, y se despide con la mano.

—¡Lara! Una cosa... ¿Sientes algo por él? Porque puede que no sea la clase de tío que... se queda para siempre.

Odio tener que decirle algo así después de lo que me ha pasado, pero, precisamente por eso, no quiero que otra de nosotras termine enamorada de un hada madrina y sufriendo por ello.

—¿Tú me has visto pillada de verdad por algún tío?

—Alguna vez tiene que ser la primera.

—No es más que buen sexo y mucha diversión —repite, guiñándome un ojo—, pero si se da el caso serás la primera en saberlo. Ahora termina de arreglarte para que puedas ir a apoyar a tu mejor amiga la noche en la que se hará rica y famosa.

Ambas nos reímos. Lara sueña con el día en el que sus cuadros se valorarán con cifras de más de seis ceros. Yo, como su mejor amiga, estoy convencida de

que lo logrará.

La exposición es en la misma galería en la que Jay se me presentó. Hoy todo parece volver a él. Al contrario que esa noche, la sala luce más iluminada. Ya hay un buen grupo de gente admirando los cuadros de mi amiga cuando llego. Ella danza de un lado a otro, entusiasmada y feliz. Me encanta verla así. Esta es su gran noche.

Tras saludarla, me dispongo a esperar que atienda a todo el mundo mientras pido un copa de vino en una de las barras disponibles. Mis ojos se desplazan hasta la puerta y tropiezan con los de Jay. Durante los pocos segundos que dura la ilusión, el corazón me retumba en el pecho con tanta fuerza que incluso me roba el aliento. Hasta que comprendo que no se trata de Jay sino de Joey, y la decepción me arranca un largo suspiro.

Se ha vestido para la ocasión con un traje muy similar a los que suele usar su hermano y, como él, ha prescindido de la corbata. Aun así, su estilo es impecable.

—Lara no sabría si vendrías —le digo, cuando se coloca a mi lado, aunque más bien creo que se ha acercado en busca de una bebida.

Joey barre la sala de un vistazo y yo hago un intento por recuperarme de la impresión.

—Ya me estoy arrepintiendo. No me mires así —añade, alzando las manos—, ya sé que no soportas verme aquí.

—No eres mi persona favorita en el mundo, Joey, pero, por misterios de la vida, Lara esperaba que la apoyaras hoy. Si eso la hace feliz, por mí está bien.

Él agita la cabeza, alza una copa de vino y le da un largo sorbo antes de replicar:

—Me refería a «aquí», en este mundo —aclara—. He visto tu expresión cuando he entrado. Siento si mi presencia te recuerda a él y hace que te preguntes porque yo sí y Jay no.

Abro la boca para negarlo, pero me detengo antes de decir una palabra. En realidad, tiene razón.

—Piensa una cosa —me dice, tendiéndome otra copa—, tú me soportas solo por amor a tu mejor amiga, ¿verdad? Es un misterio el por qué los humanos sois capaces de ser los seres más egoístas y también de realizar los mayores sacrificios por aquellos a los que amáis. Hasta ahora ninguno de los nuestros se

había visto en la necesidad de tomar ese tipo de decisión...

—Lo sé, Joey. Sé por qué Jay hizo lo que hizo —le interrumpo, y, aunque entiendo el motivo de la marcha de Jay, no puedo evitar amarle y odiarle al mismo tiempo por ello.

Joey apura su copa, la deja sobre la barra y toma otra. Durante un instante, se dedica a hacer girar el vino en su interior, para luego volver a centrarse en mí.

—No, no lo entiendes, Alice. Incluso yo, que desprecio nuestras leyes y hago caso omiso de ellas a mi conveniencia, moriría si alguna vez pierdo mi magia. No imagino motivo alguno capaz de hacerme renunciar.

Ahora soy yo la que bebe sin medida. Me trago hasta la última gota de líquido bajo su mirada, atenta y reprobatoria. Por algún motivo, sus reproches me duelen más que los de Celeste. Es obvio que él también sabe lo que ha hecho Jay.

—¿Le has visto? Él... ¿Está bien?

—¿Y Robert? —inquire, sin responder a mi preocupación.

—¿Robert? Es mi jefe, Joey, solo eso. No hay nada más entre nosotros ni lo habrá.

Echa un nuevo vistazo a su alrededor y percibo el momento en el que localiza a Lara porque sus labios se curvan de forma muy leve.

—Sé que Celeste te hizo una visita, ¿te dijo que, de no haber decidido enviar a Jay, Robert y tú hubieras acabado juntos?

Apenas logro contener la sorpresa. Sin embargo, me repongo casi de inmediato.

—Tú tampoco hubieras conocido a Lara de ser así —replico, y él suelta una carcajada, si bien, detecto un matiz de nerviosismo en su risa—. Jay me dijo una vez que las almas gemelas están destinadas, pero que su camino nunca es fácil y que hay muchas que no llegan a encontrarse. De no haber conocido a Jay, Robert y yo seríamos una de esas parejas. Lo que quiera que podría haber habido entre nosotros palidecería en comparación con lo que siento por tu hermano. Y ¿sabes qué? No cambiaría los días que he pasado con Jay o lo que me ha hecho sentir por lo que hubiera podido tener con Robert o con ningún otro.

Sus labios dibujan una sonrisa y su expresión se torna satisfecha tras un nuevo sorbo de vino.

—Bien, pequeña princesa —concluye, tragándose el resto de su bebida. Se

alisa la chaqueta a pesar de que luce sin una sola arruga—, porque eso es justo lo que tienes que hacerle entender a él.

Levanta la mano con la elegancia típica de los Forevermore y chasquea los dedos frente a mi rostro.

—Lucha por tu final de cuento de hadas, Alice Queen.

La sala se ha sumido en un silencio absoluto y todos los asistentes a la fiesta han quedado inmóviles, como si el tiempo se hubiera detenido, y tal vez así sea. Incluso yo estoy paralizada, salvo que, en mi caso, lo que evita que realice movimiento alguno es muy diferente.

Jay ha aparecido a pocos metros de mí, casi al fondo de la barra, y, pese a su evidente desconcierto inicial, se dirige hacia nosotros con el paso firme del que no tiene nada que perder porque ya lo ha perdido todo.

## 43

Jay se detiene junto a su hermano y evita mi mirada. Yo continúo quieta, temerosa de que sea producto de mi imaginación o una treta de Joey, tal vez una especie de venganza retorcida. Es curioso que el paso de los días no haya conseguido disminuir la intensidad de ninguno de los sentimientos que Jay provoca en mí. Todo sigue ahí, con más fuerza que nunca, y, si no me he lanzado ya sobre él, es por miedo a descubrir que no es real.

—No deberías haberme traído —le escucho reprender a su hermano.

Su voz, aunque dura, hace acudir las lágrimas a mis ojos; pensaba que jamás volvería a oírla.

—Luego me das las gracias —repone Joey, muy pagado de sí mismo.

Se inclina sobre la barra y se hace con una botella de vino. Acto seguido, me dedica un breve movimiento de cabeza, como si tratara de infundirme ánimos. A un chasquido de sus dedos, la sala cobra vida de nuevo. Ahora, somos solo Jay y yo los que permanecemos inmóviles mientras, por fin, nos observamos en silencio. Hay tantas emociones fluyendo de los suyos que no sé qué decir.

—Hola, Ali.

En cuanto pronuncia mi nombre, ni siquiera me paro a pensarlo, me abalanzo sobre él en busca de sus labios. Mi cuerpo casi parece desprenderse de la carga invisible que ha venido soportando desde su marcha y me inunda el alivio de poder sentirle de nuevo. El beso es torpe y muestra lo desesperada que estoy, pero no me importa. Jay responde con dulzura, aunque es evidente que se está conteniendo.

—Lo siento —me disculpo, dando un paso atrás.

Pero la mano de Jay, colocada en mi cintura, me retiene.

—No debería estar aquí. Joey no tendría que haberme traído.

—Sé que puede sonar pretencioso —replico, aunque con su rostro a apenas unos centímetros se me hace difícil pensar—, pero no puedo imaginar un lugar mejor para ti que a mi lado. ¡Oh, Dios! Sí que suena pretencioso.

Jay esboza una sonrisa carente de verdadera alegría.

La gente va y viene por la sala, algunos se acercan a la barra para pedir

bebidas, mientras que otros pasean ante los lienzos de Lara, comentándolos entre susurros. Sin embargo, nadie se acerca hasta donde estamos y me pregunto si Joey no habrá creado alguna clase de burbuja mágica a nuestro alrededor. Sea como sea, el hermano de Jay acaba de anotarse un buen puñado de puntos. Me prometo no juzgarle con tanta dureza en lo sucesivo.

—¿Cómo te va todo? —inquire, de forma algo forzada.

—Bien, bastante bien en realidad. Incluso por eso he de darte las gracias.

La tímida curva que había aparecido en sus labios se torna en una mueca resignada y puedo imaginar que está pensando en Robert.

—Gracias —añado—. Por lo de mis padres. Sé que hablaste con ellos. No sé qué les dijiste, pero funcionó, al menos en parte. Nos queda un largo trayecto por recorrer y probablemente nunca seamos una gran familia unida y feliz, pero gracias, Jay. Fue todo un detalle.

Su mirada desciende hasta el suelo.

—Solo quería que fueses feliz.

—Pues entonces no debiste haberte marchado. —La contundencia con la que esas palabras abandonan mi boca me sorprende incluso a mí y toda mi contención se viene abajo—. ¡Renunciaste! Celeste me lo dijo —admito, provocando que alce la vista de golpe—. Vino a mi casa y me lo contó. ¿Por qué, Jay? ¿Por qué me dejaste para luego decir adiós a lo que eres? ¿Y por qué no me buscaste entonces? No lo entiendo...

No me percaté de la humedad de mis mejillas hasta que Jay las recorre con la punta de los dedos. Su mano acuna mi rostro. Ladeo el cuello hasta que queda atrapada contra mi hombro solo para evitar que la retire y poder sentirle contra mi piel.

—No podía quedarme, Ali, no cuando el precio era tu felicidad. Sin embargo...

—¿Qué?

Inspira profundamente, mientras el corazón me late en el pecho a un ritmo vertiginoso.

—No podía soportar la idea de vivir durante siglos sin ti.

Ahora soy yo la que levanta los ojos para buscar los suyos, y en ellos encuentro el mismo dolor amargo que emana su confesión.

—Lo supe incluso antes de regresar a Nunca Jamás —prosigue,

aprovechando el nudo que aprieta mi garganta y que no me permite hablar—. Una vida contigo habría sido mil veces más vida que cualquiera que pudiera otorgarme la magia y, si no podía tener ese privilegio, no quería ningún otro.

Su índice se desliza con una suavidad inusitada sobre mis labios para luego ascender hasta mi sien y retirar el mechón que oculta en parte mis ojos.

—La eternidad perdió todo su valor desde el momento en que te vi en aquella cafetería. No hay un para siempre sin ti.

—Entonces... entonces —balbuceo, abrumada—. ¿No renunciaste porque estabas cansado?

Frunce el ceño y su mano se mueve hasta mi nuca. Sigue desprendiendo la misma calidez de siempre. Mi vello responde al contacto erizándose.

—En realidad, tú me hiciste recuperar el amor por lo que hago. Descubrir al fin cómo os sentís... los sentimientos que podéis llegar a albergar por otra persona.

—Los mismos que siento por ti —tercio yo, pero él niega.

—Ali, no. No te hagas esto.

Y esta vez soy yo la que lleva los dedos hasta sus labios para hacerlo callar.

—Celeste no te lo dijo, ¿verdad? No te contó que tú y yo estábamos destinados desde el principio. —Continúa negando, como si no fuera capaz de parar o no quisiera creer lo que le digo—. Nosotros, Jay. Siempre fuimos los protagonistas de este cuento de hadas. Pero tú tenías que vivirlo, tenías que sentirlo por ti mismo. Y supongo que yo debía demostrarle a tu madre que era digna de su hijo.

Supongo que por eso fue por lo que recibí la visita de la señora Forevermore.

—Eso es imposible, Ali.

La mano que me sostiene desaparece y Jay retrocede, confuso. Sin embargo, sus ojos brillan esperanzados.

—Pensaba que en los cuentos nada era imposible —repongo, y avanzo un paso.

Jay vuelve a retroceder, murmurando algo ininteligible, y yo elimino la distancia entre nosotros una vez más.

—La noche que saliste con Robert... Ella dijo... dijo que estaba hecho.

Le tomo de la barbilla para obligarle a mirarme.

—Tendrás que preguntarle a ella, pero es posible que esa fuera mi prueba —le explico—. Robert y yo hubiéramos terminado juntos si no te hubiera conocido.

—Lo sabía. Sabía que tú y él...

—La cuestión, Jay Forevermore, es que te conocí, y fuiste arrogante y odioso de esa manera en que suelen ser las personas que terminan convirtiéndose en alguien importante en nuestras vidas. Y antes de que me diera cuenta eras mi amigo y tu sonrisa bastaba para mejorar cada uno de mis días y tu presencia era suficiente para hacerme feliz. Feliz, Jay, era feliz contigo, como nunca antes con nadie.

Su expresión incrédula, en vez de detenerme, me da alas.

—Hiciste que comprendiera que en realidad nunca he sido la mitad de nada. Nunca debí dejar que mis fracasos ensombrecieran la persona que soy. No necesito encontrar a mi alma gemela —concluyo, sin reprimir mi sonrisa—, porque te tuve a ti. Solo... Solo quédate conmigo, Jay.

Me pongo de puntillas hasta que estamos tan cerca que bebemos del mismo aire.

—Te quiero, Jay Forervermore, y no podía estar más feliz de hacerlo.

—Pero Robert...

—Cállate y bésame —le ordeno, aunque no le doy opción a hacer otra cosa.

Elimino la distancia entre nuestras bocas y le muestro con ese beso todo lo que soy incapaz de explicarle con palabras. Acaricio sus labios con la misma atenta suavidad que él ha mostrado conmigo. Sostengo su barbilla con la firmeza con la que ha proclamado que me merezco ser feliz. Y luego le imprimo la pasión que desata en mi interior cuando está cerca. Me apoyo contra su pecho, en busca del calor delicioso que emana de él, pero también para ofrecerle el mío y, cuando nuestras lenguas se enredan, sujeto su mano y la llevo hasta mi corazón para que comprenda que es y será siempre suyo.

Al separarme de él, son sus ojos los que no logran contener la humedad.

—Te amo, Ali.

Mis músculos se aflojan cuando me doy cuenta, no solo de la sinceridad y la dulzura que emplea, sino de que no hay rastro de amargura en su expresión.

Las comisuras de sus labios tiemblan para dejar paso a una sonrisa que ilumina su rostro.

—Oh, joder, no puedo creer que seas de verdad —comenta, atrayéndome hacia él, aceptándome por fin.

Me envuelve con sus brazos y es como estar en casa, o más bien, como volver al hogar, ese que él ha construido para mí.

—Creía que ya habíamos superado esa fase —replico, citándole.

Nos fundimos en un abrazo y yo aprovecho para llenarme los pulmones con su delicioso aroma.

—Creo que esto es vuestro.

Ambos giramos la cabeza en dirección a la voz. Celeste Forevermore, ataviada con un elegante vestido de noche, nos observa junto a Joey y otro hombre que, por el gran parecido, debe tratarse del padre de Jay o de otro de sus hermanos, no sabría decirlo. Que Celeste aparente la misma edad que sus propios hijos es bastante perturbador ahora que los veo juntos.

Entre las manos, acuna un libro que me es de sobra conocido.

—Quiero que lo tengáis. En él encontraréis vuestra historia y, tal vez en algún momento, deseéis compartirla con el resto del mundo —señala, con mayor amabilidad de la que mostró en mi apartamento.

Hay tristeza en su expresión, aunque eso no le resta intensidad al cariño que desprende su mirada cuando sus ojos se posan en Jay.

—Este es el final que quería para ti —le dice, y su voz parece quebrarse por la emoción—. Siento no habértelo puesto más fácil.

—Y yo siento haberle ido a mamá con el cuento —interviene el desconocido, que debe darse cuenta de que no se ha presentado porque a continuación me dedica una elaborada reverencia—. Alice, soy Justice Forevermore.

Asiento con la cabeza en respuesta.

El comentario parece divertir a Jay. Se acerca hasta él, le da un abrazo y le murmura algo al oído. Los dos sonrían al separarse.

Jay regresa junto a mí de inmediato y me coge de la mano. Hay cierto orgullo en la forma en la que sus dedos se enlazan con los míos frente a los ojos del resto del grupo.

—Ha sido justo como tenía que ser y cada segundo ha merecido la pena —sentencia Jay.

—Como un cuento de hadas —agrego yo, dándole un apretón.

Lara se une a nosotros. Echa un rápido vistazo a los recién llegados, pero apenas se percata de la presencia de Jay pierde el interés por ellos.

—¡Jay! ¡Has vuelto! —exclama, tan sonriente que deben dolerle las mejillas.

Él rodea mi cintura con un brazo y me estrecha contra su costado, y encajamos de manera perfecta, sin mitades, solo dos personas que se complementan la una y la otra y se aman en igual medida.

—¡Has vuelto! —repite, Lara, cuyo entusiasmo crece por momentos.

—Así es —tercia él, devolviéndole la sonrisa para luego clavar sus ojos en mí— y pienso quedarme. Por siempre jamás.

# Epílogo

—¿De verdad quieres hacerlo?

Asiento, sonriente y feliz, convencida de que la proposición que nos ha hecho Joey es una locura, pero también una hermosa forma de convertir mi historia con Jay en un verdadero cuento de hadas.

—Está bien. Le daré el libro a mi hermano esta noche durante la cena y él se encargará de hacérselo llegar a algún escritor —repite Jay—. Solo espero que no toque ni una sola coma del manuscrito —añade, atrayéndome hacia él.

—Es perfecta tal y como está, señor Forevermore.

—Tú sí que eres perfecta, señora Forevermore.

Toma mi mano y se la lleva a los labios. En mi dedo anular reluce el símbolo de nuestra unión, un aro de oro delicadamente trabajado. En su interior hay grabadas tres palabras: «Por siempre jamás».

—¿Van a venir todos? —inquiero, algo nerviosa por el encuentro inminente de nuestras familias.

Tanto mis padres como el clan Forevermore estuvieron presentes en nuestro enlace, pero en esta ocasión la celebración será más íntima. Hace algo más de un mes del último solsticio de verano y tenemos una noticia muy importante que darles.

Como si supiera exactamente en lo que estoy pensando, Jay se arrodilla frente a mí y coloca las manos sobre mi estómago. Acto seguido lo besa con ternura.

Aunque su magia desapareció en el mismo instante en que renunció a su cargo, Jay ha seguido colaborando en algunas de las misiones de sus hermanos. Sin embargo, ahora que estoy embarazada, ha decidido que se dedicará a criar a nuestro pequeño.

—¿Crees que ella poseerá algún tipo de poder?

—Estás convencida de que será una niña, ¿no? —replica él, aún de rodillas.

Le sonrío mientras asiento. No hay modo alguno de que pueda saberlo todavía, pero algo me dice que así es.

—Es una Forevermore y, aunque ahora soy humano, ha sido concebida durante el solsticio de verano —señala, depositando otro pequeño beso sobre mi

barriga antes de erguirse y rodearme con sus brazos—. Será un niña preciosa y mágica, aunque solo sea porque su madre también lo es.

Me acurruco contra su pecho. No importa que Jay no sea ya un hada madrina, sigue desprendiendo esa aroma increíble que tanto me gusta y que resulta más adictivo si cabe con el paso de los días.

—Y la amaré con la misma intensidad con la que te amo a ti.

Acuna mi rostro entre las manos para a continuación besarme. Sus labios se demoran sobre los míos durante largo rato, consiguiendo que me olvide de la inquietud y los nervios.

—Nada podrá salir mal mientras te quedas conmigo —le digo, a sabiendas de que, como en los mejores cuentos, al nuestro le quedan aún muchas páginas por escribir.

Jay sonrío, me alza en brazos y dirige sus pasos hacia el dormitorio. Una vez que me ha dejado en la cama y se ha tumbado a mi lado, permanece contemplándome unos segundos antes de recitar:

—Y vivieron felices por siempre jamás.

# Agradecimientos

Con cada nueva novela tengo más y más que agradecer, aunque siempre temo olvidarme de alguien. Sois muchos los que directa o indirectamente me ayudáis a seguir sentándome frente al ordenador para dar vida a nuevas historias.

A vosotros, lectores, que habéis llegado hasta aquí, por creer en la magia de los libros. Sois lo más importante de todo esto. Gracias por leer mis novelas, por los comentarios, los correos, los mensajes de ánimo. Gracias por elegirme. ¡Vosotros sí que sois mágicos!

A Cristina Martín, por guiarme cuando ni yo sé hacia dónde voy. Aunque me pierda tú siempre consigues que me encuentre.

A mis chicas H: Nazareth Vargas, Tamara Arteaga, Yuliss M. Priego y María Martínez, por ser y estar. No sé qué sería de mí sin vosotras y tampoco estoy dispuesta a adivinarlo. ¡Os quiero!

A mi editora, Teresa, por su paciencia, por los ánimos y por su confianza ciega en mí incluso cuando le planteo historias tan alocadas como esta. Y a Borja, porque siempre hace magia con las portadas de mis novelas.

A cada lector que compra uno de mis libros y que invierte su tiempo en leerlo. A cada bloguero que ayuda a su difusión, que lo reseña o comparte información, hacéis un trabajo inmenso. A tantas y tantas personas, imposibles de nombrar sin olvidarme de nadie, que cada día me muestran su ilusión a través de las redes sociales. Cada uno de vosotros tenéis magia en vuestro interior, gracias por compartirla conmigo.

Ya sabéis que mi correo electrónico siempre está abierto para vosotros ([vickyvilchez@gmail.com](mailto:vickyvilchez@gmail.com)), así como mis perfiles en Facebook, Twitter, Pinterest e Instagram. Me encantará teneros en cualquiera de ellos y que me hagáis llegar vuestros comentarios.

¡Felices lecturas!